

# LA CHICA DE SIMON'S BAY

Barbara Mutch



Alianza editorial

Barbara Mutch

# La chica de Simon's Bay

Traducido del inglés por M.<sup>a</sup> del Puerto Barruetabeña Diez

**Alianza** editorial

# Índice

Prólogo

La chica de Simon's Bay

Agradecimientos

Créditos

*Para L*

# *Prólogo*

Inglaterra, 1967

**L**A CARTA HABÍA pasado por varias manos que no la habían tratado muy bien.

Aunque en un principio debió de estar perfecta, ahora estaba sucia y tenía arrugas por todas partes, como si la hubieran hecho una bola para intentar encestarla en una papelerera pero hubiera acabado fuera, donde alguien la pisó.

¿Cuánto tiempo pasaría allí, esperando a que la barrieran y la tiraran?, se preguntó.

¿O a que la rescataran sin prestarle mucha atención y la volvieran a poner en circulación?

Las palabras garabateadas, en distintos momentos y con bolígrafos de diferentes colores, tal vez se podían considerar una pista.

«Ya no vive ahí». Eso decía la primera anotación, con unas claras mayúsculas en tinta negra.

«Dirección desconocida». Decía escrito encima (bien marcado, con fuerza) en tinta roja.

«Devolver al remitente» era la última. Impaciente, subrayada en verde, con una flecha que señalaba la dirección de la solapa del otro lado. («No me hagan perder más el tiempo» era el mensaje que se desprendía de eso, aunque no estaba expresado con palabras).

La mirada de Ella recorrió la mesa ocupada por sus posesiones, bien ordenadas, como si fueran a darle respuesta a una pregunta que nunca había tenido la valentía de hacer y que de repente había saltado al primer plano gracias a esa carta.

Un cuaderno de cuero repujado encima de una carpeta marrón.

Una foto de ella de bebé junto a un cartucho metálico que usaba para meter los lápices.

Un tintero de plata que siempre estaba lleno, a pesar de que ya habían llegado los bolígrafos.

Una brillante concha marina, una caracola, con su superficie irregular pulida de tanto tocarla.

—¿Papá? ¿Te dio ella la concha?

# 1

Simon's Town, Unión Sudafricana, años veinte

—¡LOU!

Unas olas pequeñas se me acercaban creando espirales sobre la arena cristalizada. Oí unos pasos pesados detrás de mí. Estiré ambas manos para rozar el agua que se aproximaba con su encaje de burbujas y me dejé caer hacia delante. Un líquido frío y verdoso me llenó la boca, me lamió la frente, y, justo cuando empezaba a rozarme las orejas, un par de manos que conocía me rodearon el tronco y me sacaron.

—¡Lou! —Mi padre, Solly, se echó mi cuerpecito al hombro y me dio una fuerte palmada en la espalda—. ¡No quieras nadar antes de saber andar!

Desde esa posición privilegiada veía que el mar se extendía, cuajado de crestas coronadas de blanco, hasta que chocaba con las montañas o las rodeaba impaciente para fundirse con el cielo que había arriba. Yo ya conocía el cielo. Veía su cúpula azul todos los días cuando Ma me tumbaba a descansar bajo la palmera que había frente a la puerta principal.

¡Pero el mar era mucho más emocionante que el cielo!

Me retorcí entre los brazos de mi padre e intenté que me bajara.

Solly miró triunfante a mi madre, Sheila, que estaba al principio de la playa, sentada en una manta con las piernas cruzadas, y la saludó con la mano que no estaba utilizando para sujetarme y evitar que me escabullera y que volviera al agua.

—¡Esta niña quiere más!

A DIFERENCIA DE MÍ, la playa de Seaforth era tímida. Se escondía entre unas enormes rocas grises, lisas y redondeadas como cáscaras de huevo que debía de haber arrancado del océano algún puño divino gigante. Los chicos, incluido mi mejor amigo Piet Philander, solían escalar como podían por las

lisas paredes y, desafiando al peligro, tirarse en plancha al agua poco profunda, rezando para que hubiera suficiente para amortiguar la caída. Pero más que la impresión que provocaba la fría agua del mar, lo mejor de Seaforth era su arena. En su superficie resplandeciente se podía hacer una impresión perfecta de una mano con sus cinco dedos, o de una tripa redondeada. Incluso su sabor, aunque arenoso, era agradable.

—¡No, Louise! —Ma se acercó para que soltara la arena que tenía en la mano.

Tras la zona donde se veía la marca de la marea alta, la arena dejaba paso a una costra de conchas. Una vez, cuando nadie miraba, me guardé una en el bolsillo y por las noches me la acercaba a la oreja para que me recordara el susurro de las olas.

Cuando iba subida a los hombros de mi padre, tardábamos veinte minutos en llegar hasta la playa desde la casita familiar en Ricketts Terrace.

—¡Ten cuidado, hija! —gritaba Ma cuando me giraba peligrosamente para mirarla mientras ella caminaba con la respiración trabajosa detrás de Pa.

Los coches eran solo para los blancos ricos que venían desde Ciudad del Cabo para contemplar embelesados nuestras vistas. Todos los demás iban caminando: a la playa, al astillero donde trabajaba Pa o por las cuestas entre las proteas y las pintadas cacareantes para admirar False Bay, bautizada así por unos marineros indignados que la confundieron con Table Bay, que está en el extremo norte de nuestra península. Era curioso que en la zona de El Cabo, aunque no supieras muy bien dónde te encontrabas, nunca estabas lejos de las montañas ni del mar. Y no importaba si eras rico o pobre; ambas cosas llenaban tu corazón de un enorme orgullo. Las montañas daban cabida a ciudades pintadas de blanco que se extendían por sus laderas o se agarraban a la costa con dedos de asfalto. Nosotros vivíamos en una de esas pequeñas ciudades cercanas a la espinosa punta de la península. Pa siempre decía en voz alta, alegre, que si seguías y seguías hacia el sur, podías llegar a saludar a la Antártida.

—¿De quién recibe el nombre nuestra ciudad? —preguntaba a menudo mi maestra de primero.

—¡De Simon van der Stel! —contestábamos todos al unísono, poniendo los ojos en blanco ante una pregunta tan obvia. ¿Pero quién podía no saber

eso?—. El primer gobernador de El Cabo.

CUANDO ME DESPERTABA POR las mañanas, en vez de ir corriendo al dormitorio de Pa y Ma y colarme en su cama para que me hicieran mimos, me subía a la mesa que había junto a la ventana de nuestro salón atestado para asegurarme de que el mar estaba en el mismo sitio que el día anterior y que no me lo habían robado por la noche. El agua subía y bajaba, y a veces cubría la arena por completo o golpeaba con fuerza las rocas y asustaba tanto a los chicos que no se atrevían a tirarse en plancha. El viento (esa versión más enérgica del aliento que se escapaba entre mis labios) parecía ser el responsable de la mayor parte de ese comportamiento errático. Empujaba las olas hasta que formaban altas crestas y te arrojaba salpicaduras saladas a los ojos hasta que te escocían. Cuando el mar y el viento unían sus fuerzas de esa forma, lo mejor era echar el cerrojo a la puerta de la casita y esperar a que pasara.

—Mi padre está ahí fuera —susurraba Piet Philander con una mezcla de orgullo y miedo mientras los dos pegábamos las narices al cristal de la ventana, mirando cómo las palmeras se doblaban por la mitad y deseando que la barca de pesca de su padre estuviera ya de vuelta en la costa. Aunque Simon's Bay, nuestro trocito de False Bay, estaba protegido por montañas y se suponía que era un lugar tranquilo, todo el mundo conocía pescadores que habían muerto en el mar. El abuelo de Piet era uno de ellos: lo arrastró una ola que surgió de la nada, como uno de esos leopardos silenciosos que cazaban en el pico de Simonsberg, justo encima de nuestro barrio, y que me mantenían despierta por la noche solo con imaginármelos.

—Puedes quedarte con nosotros si...

Le cogí la mano a Piet y sentí su piel áspera sobre la palma. Piet ayudaba a su padre con las redes. Si nunca has pescado, no sabes que cuando la maroma húmeda pasa entre las manos corta la carne como un cuchillo de sierra lo hace con la piel de un melocotón. Al final la piel aprende la lección y se cura formando una costra dura y cicatrizada. La pesca era algo que formaba parte de la familia Philander, pero a veces sentía que Piet odiaba los peces tanto como adoraba el mar.

LOS BARCOS QUE ENTRABAN y salían del astillero de la Marina Real británica eran más robustos que la débil barquita de pesca de los Philander y estaban mejor preparados para soportar las tormentas de El Cabo. Cuando ya era más mayor y sabía más, Pa me explicó que esos eran barcos de guerra y que su función era defender la agitada ruta marítima que rodeaba África de algo que él llamaba, de una forma muy inquietante, «potencias extranjeras». Ese esfuerzo necesario aseguraba que Simon's Town fuera un puerto floreciente, con la Marina en lo más alto de la pirámide y todos los demás en capas por debajo, ofreciendo sus servicios. El trabajo fijo de Pa suponía que nosotros estábamos más o menos en la mitad, por debajo de los profesionales de la Marina pero por encima de los trabajadores negros que vivían en unos barracones que cruzaban la montaña y que no sabían leer ni escribir, mientras que nosotros sí. Y además teníamos mucha suerte, como solía decir Pa señalando y meneando el dedo mientras Ma y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina. Los mecánicos de piel oscura como él ganaban mucho más trabajando para los ecuanímes británicos que para unos jefes tacaños en el mundo que había más allá de Simon's Town. Ahí afuera (Pa agitaba un brazo desdeñosamente, indicando el resto de África) te pagan menos por el color de tu piel.

Yo admiraba a la Marina por una razón más profunda que el dinero o la justicia, una razón que estaba conectada con las mareas que subían y bajaban y con el destino del abuelo de Piet. Fuera cual fuera el tiempo, los barcos de guerra de la Marina conseguían mantenerse a flote. No se escoraban, ni se hundían, ni arrojaban a los hombres de sus cubiertas. Cruzaban las olas como flechas certeras e inmunes a todo. Y dejaban una estela, como un pensamiento tardío, de burbujas sutiles mucho más ordenadas que las que producían las olas de la playa de Seaforth.

CUANDO CUMPLÍ SIETE años, hicimos una fiesta de cumpleaños en la casita de Ricketts Terrace. Vinieron Piet, mis compañeras de clase Vera, Susan y Lola y unos cuantos amigos de Ma y Pa. Ma me explicó una vez que hay que invertir muchos cuidados para criar a un niño año tras año y por eso hay que estar agradecido de que crezca sano, así que sus cumpleaños no solo son celebraciones para los niños, sino también para los adultos, por haber logrado mantener al niño del cumpleaños con vida y bien hasta ese momento. Las señoras de mi fiesta tomaron té y los señores bebieron unos líquidos de color pálido que hicieron que se pusieran más alegres. Nosotros comimos gelatina, melocotones y una tarta de cumpleaños que hizo Ma con una muñequita coronando un bizcocho glaseado redondo que parecía la falda larga de una bailarina de ballet. Ma normalmente no hacía cosas tan elaboradas en casa, porque estaba cansada después de todo el día trabajando. Y yo no podía aprender a bailar ballet porque las clases costaban demasiado, pero una vez estuve admirando embelesada la foto de una bailarina.

—Gracias, Ma —dije, y le di un beso después, cuando estábamos las dos acurrucadas en mi diminuta habitación de la parte de atrás de la casa—. Era muy bonita. Me ha dado pena comérmela.

—Ya tienes siete años —contestó Ma acariciándome el pelo. Tenía la frente relajada, sin sus arrugas habituales—, así que vas a tener que ayudarme un poco con la casa. Poner a cocer las verduras cuando yo llegue tarde de trabajar. Recoger la colada. Pero nada de planchar hasta que tengas diez.

Se oyó un golpecito en la puerta.

—¡Tengo otra sorpresa de cumpleaños para ti! —exclamó Pa, y se sentó en el borde de la cama.

Le había costado echar a unos cuantos de los adultos, los que más jaleo

estaban armando, sobre todo a la madre de Vera, que después del té se había puesto a beber con ellos.

—¿Qué es, Pa? ¿Qué es?

Y me acerqué para acurrucarme en su regazo.

—Te lo enseñaré mañana. Es solo para las niñas que tienen siete años y un día.

Cuando Ma me vistió al día siguiente con mi mejor vestido de domingo, uno que había cosido la señora Hewson, la vecina de al lado, y que tenía unas mangas abullonadas amarillas, y me puso un lazo del mismo color en el pelo, Pa dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás de foto! —Dobló el periódico y lo dejó a un lado del sillón—. Ahora mismo me acuerdo de la primera vez que vi a tu madre...

La miró y le guiñó un ojo y los labios de Ma se curvaron en una sonrisa mientras frotaba ropa en el fregadero. Pa le demostraba su amor a Ma de una manera muy abierta, con abrazos, guiños y besos sonoros. Ma era menos generosa.

—No puedes dar demasiado —me advertía cuando le preguntaba por qué—. Si lo haces, al final se acostumbran y se olvidan de que tienen que ganárselo.

Pa me cogió de la mano (ya era demasiado grande para llevarme sobre los hombros) y los dos nos dirigimos al camino de tierra que llevaba a St George's Street. Dejamos atrás la mezquita, donde el muecín lanzaba su llamada a la oración todos los días al amanecer. «Algunos vecinos le rezan a Alá y nosotros le rezamos a Jesús, así que el barrio está siempre bien cuidado», me había explicado Ma.

Pa me levantó en el aire para pasarme por encima del arroyo que había junto a la casa de los Hewson, para que no se me mancharan de barro las merceditas negras.

Desde la estación llegó el fascinante sonido del silbato del tren matutino a Ciudad del Cabo, seguido de las volutas etéreas de humo que crecían y se desvanecían, crecían y se desvanecían, con la montaña verde de fondo. En mi corta vida solo había estado en el tren una vez. Y además solo fui hasta Fish Hoek, que no tenía nada que ver con la grandiosa Ciudad del Cabo, según lo que decía la gente.

—¿Adónde vas hoy, Solly Ahrendts? —gritó la señora Hewson desde su puerta.

La señora Hewson era dura de oído. Tal vez el señor Hewson se cansó de estar siempre gritándole y por eso se fue.

—¡Adiós! ¡Adiós, señora Hewson! —me despedí volviéndome y agitando la mano—. ¿Adónde vamos, Pa? ¿Vamos a subir al tren?

—Vas a tener que esperar. Tal vez solo vamos a dar un paseo... —Miró a nuestro alrededor con aire inocente.

—Si vamos solo a dar un paseo, ¿por qué llevo mi mejor vestido y mis mejores zapatos? Tengo calor...

—Paciencia, chiquilla.

Pa y yo cruzamos St George's Street, en la que había más peatones que coches, y después continuamos caminando junto al muro que rodeaba la base de la Marina. Mientras íbamos avanzando, hombres que pasaban saludaban a mi padre y le decían: «¿Te has tomado el día libre, Solly?» o «¿Ya te ha pedido alguien la mano de la señorita, Solly?» y se quitaban el sombrero para saludarme a mí. Uno me dio una palmadita en la cabeza cuando nos cruzamos. A mí no me molestaban sus atenciones, aunque seguro que si Ma hubiera estado con nosotros me habría metido prisa para que nos alejáramos. A mí me parecía que ese interés de los hombres era solo por respeto hacia Pa. Él era muy conocido. Después de todo, la piedra con la que se había hecho el muro de la base de la Marina la había extraído de la montaña que había encima de Ricketts Terrace mi abuelo Ahrendts. No él solo, claro, pero a Pa le gustaba decir que la contribución de su padre había sido la más importante.

—Yo empecé desde abajo, Lou, igual que él —decía a menudo Pa cuando yo me sentaba en su regazo y le preguntaba cómo eran las cosas cuando él era pequeño—. Hice un examen y les gustaron tanto mis respuestas que me hicieron aprendiz y después mecánico. ¿A que es increíble? Recuerda que si trabajas mucho, puedes llegar lejos —me decía blandiendo un dedo delante de mí.

Era un mensaje que repetía con frecuencia: si trabajas mucho, puedes llegar lejos.

Pero no decía cómo de lejos podría llegar. Ma era cocinera para una familia de la Marina. La madre de Vera era lavandera. La señora Hewson

cosía. A mí me parecía que ninguno de esos trabajos me iba a permitir llegar mucho más lejos del lugar donde empecé. Tal vez existía la regla no escrita de que las chicas no podían progresar tanto como los chicos.

Era el precio que había que pagar por ser chica.

Giramos hacia las puertas de hierro que daban acceso al astillero. En medio de las puertas se veían, con unas letras muy redondas que se retorcían, las iniciales de la reina Victoria: VR.

—¿Quién es la reina más importante del mundo? —Una vez más, una pregunta habitual en primero de primaria.

—¡Victoria! —gritamos los dos—. ¡Reina del Imperio y de Sudáfrica! ¡Dios salve a la reina!

Nos quedamos esperando junto a la puerta. El calor subía desde el asfalto y traspasaba las suelas de mis merceditas.

La puerta se abrió.

—¿Pa?

Él me miró y me guiñó un ojo. Aunque los demás niños de mi clase habían ido en el tren más veces que yo, ninguno había entrado en el astillero: ni Vera, ni Susan, ni Lola, ni Piet. Tal vez ni siquiera la propia reina Victoria cuando estaba viva, pensé con picardía (después de todo, Simon's Town estaba a dos semanas en barco de vapor del palacio de Buckingham y no se puede dejar un imperio para que se gobierne solo mientras vas a visitar una diminuta parte de él).

—Vamos —dijo Pa—, deja de soñar despierta y ten cuidado donde pisas. Como te ensucies el vestido, Ma me va a hacer lavarlo a mí.

Avanzamos hacia un grupo de soldados que hacían mucho ruido. Y entonces lo vi, cabeceando por encima de ellos: un enorme barco gris, alzándose sobre el agua, con la cubierta llena de cañones, las dos chimeneas robustas flanqueadas por torres con cables. Había banderitas de colores colgando desde la proa hasta las chimeneas y desde ahí hasta la popa (yo ya me sabía las partes de la anatomía de los barcos); parecía que estaba engalanado para celebrar su fiesta de cumpleaños. Qué vergüenza. Con mi emoción personal por cumplir siete años, se me había olvidado que iba a llegar el barco más famoso del mundo.

—¡El *HMS Hood*! —gritó Pa con aire de reverencia por encima de la

algarabía. Extendió una mano como si quisiera acariciar los elevados laterales —. El buque insignia de la Marina Real británica. Treinta nudos en casi todas las condiciones climáticas. ¿No eres una niña muy lista por tener la suerte de que tu cumpleaños sea justo cuando pasa por aquí?

—¡El *HMS Hood*! —Fue como si el nombre me acariciara la lengua por la emoción de poder pronunciarlo.

Muchas de mis primeras palabras fueron nombres de barcos, sacados de las cosas que contaba mi padre: *Nep-tu-ne*, *Vy-per* ... Piet decía que yo sabía más de los barcos que todos los oficiales del Almirantazgo.

Sonó imperiosamente un claxon detrás de nosotros y Pa me apartó.

Un coche negro pasó a nuestro lado y se detuvo para que bajaran unas señoras elegantes con sombreros y unos oficiales de uniforme con galones dorados que cruzaron la pasarela y, cuando subieron a bordo, saludaron mirando hacia el alcázar.

El corazón se me encogió en el pecho.

¿Podrían obligarnos a irnos, aunque Pa trabajara allí? Había reglas no escritas sobre qué personas pertenecían a ciertos lugares. A veces tenían que ver con el color de tu piel y otras con cuánto dinero tenías. Y algunas veces se trataba de a quién conocías, y entonces ni el color ni el dinero importaban. Desde arriba llegó el sonido de una oleada de aplausos. Los oficiales elegantes desaparecieron en el interior del barco y eso pareció ser una especie de señal para los marineros, que se reunieron en grupos a charlar y después se dirigieron hacia la puerta de la reina Victoria sin fijarse en nosotros. Nadie sacó la cabeza por encima de la barandilla del *Hood* para ordenarnos que nos fuéramos.

Yo me erguí un poco más y le solté la mano a Pa.

—¡Tienen un avión a bordo! —exclamó Pa, al que no le había distraído nada de lo que había pasado—. Se llama Fairey Flycatcher <sup>1</sup> y va volando para buscar barcos enemigos en el horizonte. ¿Te acuerdas de que hablamos de lo que era el horizonte? ¿El punto más alejado de lo que se ve?

—¡Fairey Flycatcher! —me estremecí.

En general no me asustaban esos duendecillos inteligentes e impacientes (¿por qué se iban a fijar en mí?), pero tenía un miedo secreto a los papamoscas blancos y negros que volaban entre las proteas que rodeaban

Ricketts Terrace. Los llamábamos «pájaros carniceros» porque ensartaban a sus presas, los insectos, en alambre de espino antes de comérselos. «Los ponen ahí para que se curen. Esperan a que se sequen un poco, como las pasas», decía Ma para tomarme el pelo.

—¿Lou? —Pa me dio un suave codazo—. Dile adiós al *Hood*. Vamos a seguir.

Le tiré un beso apresurado al enorme barco con su avioncito escondido y fui detrás de Pa zigzagueando entre la gente. Yo no había visto nunca un avión de verdad, como tampoco había visto una bailarina de ballet. Solo una foto de uno, que era frágil como una libélula. Pa dijo que tenía las alas cubiertas de una especie de telaraña mágica que podía elevarlo por encima de Simon's Town, por encima del calor...

—¡Cuidado! —Pa me cogió a tiempo cuando tropecé con unos rieles que llevaban hasta una grúa que tenía el cuello como el de una jirafa.

¿Por qué había allí tantas máquinas que parecían animales o pájaros?, me pregunté. Tal vez era para animarlas a ir más rápido o llegar más alto, como las criaturas salvajes a las que se parecían. Para robarles su energía. Había un garfio enorme entre un montón de cadenas en el suelo. Me agaché para tocarlo, para ver si latía dentro algún poder especial, salvaje...

—¡No lo toques! —Pa miró a su alrededor y después sacó un pañuelo para limpiarme el óxido de la mano antes de que se me ocurriera limpiármelo en el vestido—. Esa grúa va rodando hasta donde está el barco atracado, ¿ves? Y la parte superior se dobla para coger la carga. —Pa fingió que llevaba una pesada carga, trastabillando bajo el supuesto peso, y yo solté una risita—. Luego la desplaza y la sube a bordo.

Me apartó cuando un pelotón de marineros pasó marchando a nuestro lado con sus pantalones azules de pata de elefante ondeando alrededor de sus piernas. Sin perder el paso saludaron a Pa con la cabeza y a mí me sonrieron. Yo les saludé con la mano.

—¿Qué tenemos por aquí?... ¡Dame la mano!

Yo di un paso atrás. Fue como si la misma fuerza poderosa que había traído las rocas a la playa de Seaforth hubiera elegido hacer un agujero en el mar, sacar toda el agua y dejarlo como trampa para que cayeran los que se acercaban allí sin permiso.

—Esto —dijo Pa abarcando todo ese agujero con su mano libre— es un dique seco. Aquí es donde traen los barcos que hay que tener fuera del agua para arreglarlos. Lo excavamos en el mar y, antes de que volvieran a hundirse, reforzamos los lados con granito que trajeron directamente de Inglaterra, ¿sabes?

—¿Por qué está esa gente ahí abajo?

Estiré el cuello para mirar las figuras que iban de acá para allá. Pa me apretó la mano.

—Están preparando en el fondo un calzo de madera que tiene la misma forma que el barco roto. Después —Pa elevó la voz por el orgullo— abrimos las compuertas y lo llenamos de agua, ¡flus! El barco entra navegando, sacamos el agua y entonces queda reposando sobre el calzo.

Me quedé mirando las enormes compuertas y me imaginé el agua entrando a borbotones, lamiendo los laterales del dique seco, más brava que las mareas en Seaforth, colándose en tu boca, llenándote las orejas, ahogándote antes de que nadie tuviera tiempo de cogerte y sacarte...

—¿Pa?

Los hombres se estaban reuniendo allí abajo. Subieron a alguien a una camilla y fueron saliendo lentamente del agujero, cada paso un enorme esfuerzo por mantener la camilla nivelada. Pa me apartó y me tapó los ojos cuando consiguieron llegar a la superficie y pasaron despacio a nuestro lado. Yo pude echar un vistazo entre sus dedos y vi a un hombre con una pierna retorcida. El hueso blanco asomaba por debajo de la carne. La sangre manchaba la sábana de la camilla. El hombre gemía.

Pa esperó a que se alejaran antes de soltarme.

—¿Se va a morir?

A veces veía la muerte en la cara de Pa cuando llegaba a casa. No le preguntaba por ello, pero sabía que alguien había muerto. Y yo le enviaba una oración a Jesús y otra a Alá, por si acaso, para darles las gracias porque no hubiera sido Pa.

—¡Claro que no! —Pa me apretó contra sí y habló con tono alegre—. Ahí abajo es fácil caerse. Lo van a llevar al hospital y allí lo arreglarán. Bueno, Lou —señaló las paredes del dique seco—, ¿ves esas divisas? ¿Ves la del *HMS Durban*?

Rodeando el perímetro interior había una hilera de insignias pintadas en colores fuertes y decoradas con guirnaldas, como las que hacía Ma en su máquina de coser que iba a manivela.

—Cuando arreglamos un barco, nos dejan pintar su escudo en la pared. Es una tradición, como lo que hace Ma cuando prepara *snoek* ahumado como lo hacía su madre antes que ella. O cuando el viejo señor Phillips va por todo el barrio tocando su gaita.

Me quedé contemplando esa última maravilla que había descubierto como regalo de mis siete años y un día: un dique resbaladizo excavado en el mismísimo mar, brillante y agitado, que me había dejado asombrada y que además estaba decorado con escudos pintados de barcos que habían recuperado la salud. Supe que era una señal.

Cogí la mano de Pa entre las mías y le dije:

—Pa, ¡cuando sea mayor yo también voy a arreglar cosas!

---

<sup>1</sup> El nombre del avión significa aproximadamente «papamoscas cazador de hadas». (*N. de la T.*)

**P**IET PHILANDER ESTABA sentado en la hierba por encima de la playa de Seaforth con la frente apoyada en las rodillas, dobladas y al aire. Muchas veces iba allí por la noche. El mar se acercaba y se alejaba con regularidad, la luna hacía su viaje luminoso imparables por el cielo y el sonido de las olas que rompían camuflaba los gritos y el ruido de cosas que se rompían que llegaba de la casa de los Philander, al principio de la calle.

No es que maltrataran a Piet.

Su padre no le pegaba. O más bien no se molestaba en pegarle. Pero si se caía y Piet estaba por allí en medio, él acababa en el suelo también. Eso ocurría cuando Piet intentaba ayudarlo a sentarse o a quitarse las botas de agua para meterlo en la cama. Así que Seaforth, con sus mareas impredecibles, vigilada por una luna benigna, se convirtió en el antídoto al caos que se apoderaba de la casa al final del día. En verano, cuando hacía calor, muchas veces se llevaba una sábana fina, que colocaba en la zona de hierba por encima de la arena, se enroscaba en ella y dormía bajo las palmeras, oyendo el sonido del mar. Piet no le contó eso nunca a nadie, solo a Louise. Y lo que le dijo fue que hacía demasiado calor para dormir en la casa.

AMOS PHILANDER, EL PADRE de Piet, era pescador, como lo fue su padre antes que él. Como lo sería Piet, le gustaba decir a Amos. La familia tenía una barca que no paraba de crujir y que sacaban casi todos los días para echar las redes. Después entre Piet y él, o con la ayuda de cualquiera que estuviera por allí, las arrastraban hasta la costa. Si hacía buen tiempo, Amos estaba sobrio y la pesca había sido buena, él se gastaba inmediatamente sus ganancias en la licorería más cercana. Eso se traducía en muchos tumbos, muchos gritos y ninguna posibilidad de que Piet pudiera dormir algo esa

noche. De hecho, nunca dormía mucho, siempre preocupado por su padre y por si quedaría suficiente dinero para comprar comida y para, muy de vez en cuando, pagar un uniforme para el colegio. Piet no podía evitar crecer, pero ese crecimiento costaba dinero, aunque compraran en una tienda de segunda mano. Y no podía ir a la escuela de Arsenal Road con ropa con agujeros o los profesores le harían volverse nada más verlo llegar así a la puerta.

Piet ayudaba casi todas las tardes a recoger las redes. Era un trabajo duro y pesado, sobre todo si la marea estaba alta y las corrientes tiraban de las maromas y las arrastraban lejos. Pero merecía la pena cuando la red llegaba a la arena llena de peces plateados, saltando y sacudiéndose. La pesca era una forma de ganarse la vida. Bueno, más o menos.

Solía quedarse cerca cuando se vendía el pescado, esperando poder convencer a su padre para que soltara parte del dinero que acababa de cambiar de manos.

—Necesitamos leche y pan, Pa. Y yo necesito dinero para una camisa —suplicaba Piet—. Si no, tendré que pedirle prestada una al tío Den o los Ahrendts.

—Pídeselo a tu tío Den, que está forrado —decía Amos entre risas—. Vamos, ayúdame con esas redes.

Pero el tío Den no estaba forrado.

Nadie estaba forrado.

La vida era siempre precaria, a no ser que tuvieras la suerte de trabajar para la Marina. Cuando se corría la voz de que había trabajo en el astillero, las colas para pedirlo llegaban desde la puerta de la reina Victoria hasta la estación. La última vez que ocurrió eso fue cuando llegó el *Hood* e hicieron falta más manos para ayudar a cargarlo: huevos y verduras frescas de las granjas de Murdoch Valley y cajas de vino de El Cabo. La Marina no solo pagaba bien; también se alimentaba bien.

La mañana siguiente a esa noche, Amos Philander habló con su hijo, casi disculpándose.

—No volverá a pasar, Pietie, lo prometo. Pero desde que murió tu madre...

—Ma se enfadaría mucho —respondió Piet entre dientes.

—¡Mucho cuidado con lo que dices! —gruñó Amos—. No sabes nada de nada.

—Sé algo...

—Déjalo. —El tío Den apartó a Piet—. Nos las arreglaremos.

El tío Den esperó a que Amos se hubiera alejado.

—Miro sus pantalones antes de lavarlos, Piet —confesó con un guiño—. A veces Amos se deja ahí dinero olvidado.

El tío Den era el hermano mayor del padre de Piet. Había ido a vivir con ellos cuando su mujer murió. Al principio Den ayudaba con la barca, pero se lesionó la espalda. Así que ahora limpiaba la casita una vez a la semana, lavaba cuando la ropa sucia se acumulaba y cocinaba cuando había suficiente dinero para comprar verduras frescas para acompañar al pescado: *galjoen*, *snoek*, *kingklip* si había suerte. Y también mantenía la paz entre Amos y Piet. ¿Qué más podía hacer? Piet necesitaba una madre. Y en vez de eso tenía un padre que bebía hasta perder la cabeza para olvidarla. Pero nadie dijo que la vida tuviera que ser justa. Piet tendría que aprender. Después de todo, si quería heredar la barca de Amos, no le quedaba más remedio que seguir a buenas con su padre.

—Piet, ven a echarle una mano a tu tío Den con la colada —pidió Den—. Tiéndela. Ya sabes que mi espalda se queja con tanto agacharse y estirarse.

Piet se acercó y cogió la pila de ropa sin decir nada.

Den suspiró. Piet tenía buen corazón. Y una buena amiga en Louise Ahrendts, la hija guapa y descalza de Solly Ahrendts de Ricketts Terrace. Se pasaban los fines de semana en la playa, normalmente con Solly o Sheila vigilándolos. Si Den tuviera una hija, nunca la perdería de vista. Todo el mundo creía que los chicos eran lo más valioso, pero las chicas, en opinión de Den, no tenían precio. ¿Y si Piet jugaba bien sus cartas? Solly tenía un trabajo estable, su mujer también trabajaba, había dinero. Y, por lo que parecía, Louise iba a ser hija única.

PIET TENDIÓ UNA CAMISA en la cuerda que el tío Den había colgado, con dificultad por su dolor de espalda, entre la casita y el tronco despellejado de un árbol de caucho. Antes de que Den llegara, su padre y él se limitaban a estirar la ropa mojada y repartirla por la casa para que se secara. Pero Den se estaba haciendo viejo y Piet tenía miedo de lo que pasaría cuando su padre y él se quedaran solos otra vez en la casita encima de Seaforth. Él podría irse de

casa, pero entonces tendría que renunciar a ese lugar, a la barca y al trocito de Simon's Bay que ellos consideraban suyo. Sería diferente si pudiera seguir en el colegio, pero Amos ya estaba hablando de que Piet tendría que dejarlo dentro de cinco años, cuando tuviera dieciséis, para ocuparse de la barca toda la jornada. Piet a veces escuchaba con envidia a Solly Ahrendts describir cómo con dieciocho años se ganó un puesto de aprendiz con la Marina y después se convirtió en mecánico, con una paga al final de todas las semanas que no variaba dependiendo del tiempo que hiciera en El Cabo, ni de si los peces decidían aparecer o no.

Y además estaba Louise.

Su Lou, con esa piel dorada perfecta, los ojos almendrados y el pelo largo y oscuro que le caía por la espalda como la catarata que había por encima del Almirantazgo. Piet no era muy ducho con las palabras, pero no las necesitaba para darse cuenta de que la gente no podía apartar los ojos de ella. Lo veía a todas horas. Los pescadores se quedaban mirándola cuando estaba junto a la barca y los padres de sus compañeros de clase cuando la veían por la calle. Los hombres miraban a Louise con una especie de codicia.

Había otra posibilidad.

Ya le habían abordado alguna vez esos tipos ostentosos que merodeaban entre las barcas de vez en cuando, hombres que llevaban en los bolsillos navajas que no eran para sacarle las tripas al pescado.

—¿Quieres ganarte un dinerillo? —le preguntaban, enseñándole un fajo de billetes—. Cuando quieras, *jong*, cuando quieras...

**M**IENTRAS MA Y Pa se esforzaban por protegerme entre un cumpleaños y el siguiente, el viento intentaba regularmente arrancar de cuajo la casita de Ricketts Terrace. Ma se preocupaba (miraba con expresión suplicante hacia el cielo, a Alá o a Jesús, cualquiera que nos estuviera mirando desde allí ese día) porque nuestra casa se quejaba y se combaba como un alma cansada a la que no le quedara mucho en este mundo.

—Basta —la regañaba Pa tras mirarme de reojo—. Vas a asustar a la niña.

Si, como yo, hubieras nacido en Simon's Town, comprenderías el poder del viento sin que tuvieran que explicártelo. Yo tenía el viento metido en los huesos, sobre todo ese viento terrible que llegaba con toda su fuerza rodeando la montaña de Simonsberg en lo más caluroso del verano. Como las reglas no escritas sobre el color o sobre lo que podían hacer las niñas, también había reglas no escritas sobre el viento. Si el mar que quedaba contenido dentro del muro del puerto estaba solo un poco agitado, casi seguro que estábamos a salvo. Pero si las olas se elevaban y rompían estrellándose, eso significaba que se trataba de un sudeste funesto, un viento tan fuerte que podía levantarte por los aires, estrellar barcas de pesca contra las rocas e incluso arrancar de raíz toda una hilera de casitas. Y, por si eso fuera poco, podía durar varios días.

—¡Adentro, Lou! —me gritó Ma mientras estaba intentando ayudarla a rescatar la colada de la cuerda de tender—. ¡Vas a salir volando! ¡Adentro!

Cuando el viento amainaba, llegaba una lluvia fuerte, como de disculpa, y el maltrecho barrio quedaba envuelto en una niebla que convertía a la enorme Simonsberg en nada más que una sombra fantasmagórica. Cuando era pequeña le tenía mucho miedo al ataque de ese viento fatídico, pero al menos era algo que venía a por ti directamente y podías sentirlo y protegerte de él

dándole la espalda. Pero la niebla que llegaba reptando sin hacer ruido te atrapaba de una forma más furtiva. Para mí era como una serpiente, una cobra serpenteando por la hierba, una amenaza que podía envolverte cuando menos te lo esperabas, cuando creías que lo peor había pasado.

PERO ESE DÍA EL viento todavía esperaba que llegara su momento detrás de Simonsberg y la niebla serpenteante solo acechaba en mi imaginación. Piet estaba aprovechando la calma para hacer rebotar piedrecitas sobre la superficie del agua en la playa de Seaforth. La marea estaba baja, había muy poca profundidad para tirarse en plancha, y en el agua, lisa como el satén, se veían suaves ondas alrededor de nuestros pies. Una formación de elegantes golondrinas de mar estuvo haciendo círculos en el cielo hasta que por fin todas se posaron en una roca lejana. Los niños levantaban la vista de los castillos de arena que estaban haciendo para mirar a Piet doblar la muñeca delgada y tirar la piedra, con fuerza y dirigida hacia abajo, para hacer que diera saltitos sobre la superficie, rozándola dos, tres, cuatro veces, antes de hundirse; después sacaba la siguiente del bolsillo, apuntaba, doblaba la mano y la soltaba otra vez, con una regularidad que hacía que todo pareciera un solo movimiento fluido y no varios encadenados.

Doblar, tirar, rebotar. Un reducido arco con un silbido, un rastro de gotitas plateadas...

Piet y yo nos hicimos amigos poco después de que yo me enamorara del mar. Él me enseñó el truco para hacer que las piedras rebotaran sobre la superficie y también a deslizarme sobre las rompientes espumosas cuando había viento sin correr peligro. Yo no podía enseñarle a Piet nada tan importante como eso, así que le mostré cosas sobre el lado más tranquilo del mar y el susurro etéreo que se oía cuando te acercabas una concha marina a la oreja.

Pero últimamente (desde el último sudeste fuerte) su forma de lanzar las piedras era menos alegre, menos diestra, porque se centraba más en tirar que en apuntar. Y también perdió el interés por los sonidos del interior de las conchas. Nadie más lo notó, porque Piet siempre atraía las miradas de admiradores aunque no se lo propusiera. Pero yo sí lo vi. Yo conocía el humor de Piet igual que conocía el momento en que cambiaba la marea.

Ese día, antes, habíamos estado nadando, él avanzando con potentes brazadas para cruzar las olas grandes más allá de las rocas que sobresalían, y yo cruzando despacio el agua algo más cerca de la orilla, entre las hojas marrones de las algas kelp que ondeaban a merced de la corriente, con las raíces bien aferradas al lecho marino.

—¿Piet? —lo llamé.

A mi lado, en la arena, había tres esqueletos de erizos de mar perfectos que él había sacado tras bucear hasta el fondo. Los esqueletos, lleno de puntitos, eran de un delicado tono verde: más claro que el de una manzana Granny Smith, pero no tan amarillo como el de una Golden Delicious. La mayoría de los esqueletos de erizos ya estaban astillados cuando los encontrabas, pero Piet se vanagloriaba de saber dónde encontrar los que estaban intactos, porque estaban protegidos tras un saliente rocoso o entre las exuberantes anémonas. Piet conocía el fondo del mar como un granjero conoce sus tierras.

—¡Piet!

Yo adoraba a Piet, igual que adoraba el mar.

Esta vez me oyó, cruzó la playa, se dejó caer a mi lado boca arriba y se apoyó en los codos. Tenía el pelo negro pegado a la cabeza. Se veía una clara línea siguiendo toda la circunferencia de su cabeza donde el tío Den le había cortado el pelo con la ayuda de un cuenco de cocina.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

Él cogió un puñado de arena y lo dejó escapar lentamente entre sus dedos. Los granitos formaron debajo de su mano un pequeño cono dorado.

—Supongo que tendré que ser pescador.

—No te he preguntado eso —repliqué haciéndole cosquillas en el costado—. Te he preguntado lo que quieres ser, no lo que tendrás que ser.

Él se encogió de hombros, cogió otro puñado de arena e hizo otro cono.

—No sé.

Yo me abracé las rodillas contra el pecho. Una gaviota voló bajo para atrapar un alga con el pico. Con Piet había aprendido a esperar, a veces a que dijera alguna palabra, pero normalmente a que hiciera algo. ¿Tal vez ya lo había hecho? Tal vez eso de tirar piedras al mar sin prestar mucha atención era lo que se hacía cuando eras un niño y odiabas la vida que parecía que

tenías por delante. Yo lo entendía. Pero no había que aceptarlo todo sin luchar. Él tenía que saberlo, ¿no? Intenté ayudarlo un poco.

—¿Te acuerdas de cuando fui al astillero? ¿Cuando estaba aquí el *Hood*?  
Asintió.

Me acerqué para apoyarme en su hombro huesudo y calentado por el sol.

—Pues allí vi el dique seco, donde arreglan los barcos, y le dije a Pa que yo quería arreglar cosas también.

Nunca antes le había hablado a nadie de mi sueño. Lo tenía bien guardado en el corazón, alimentándolo día tras día, demasiado insegura todavía como para compartirlo; era como un *Fairey Flycatcher* en busca de un horizonte lejano lleno de nubes. También me parecía demasiado atrevido. Una chica de mi barrio que quería estudiar después del instituto...

—¡Pero tú no puedes trabajar allí! —contestó Piet—. ¡No admiten chicas en el astillero!

—¡Ya lo sé, bobo! ¡No quiero arreglar barcos!

Piet se giró para mirarme. La expresión de su cara bronceada era intensa, pero también extrañamente insegura.

—Quiero arreglar a las personas, Piet. —Me mordí el labio y continué—: Quiero ser enfermera. En un hospital. ¡Tal vez incluso llegue a directora!

—¿Qué?

—Todo el mundo cree que voy a ser doncella o niñera, pero yo quiero intentar hacer otra cosa, algo más...

Él apartó la mirada.

Esperé a que dijera algo (incluso si lo que decía era que estaba mal ser tan ambiciosa), pero él simplemente se quedó mirando las olas que iban rompiendo al acercarse a la costa. Abrí la boca para preguntar por qué no mostraba tanto entusiasmo como yo, pero él me dio la espalda y se puso a contemplar la ladera rocosa de *Simonsberg*. Una leve brisa llegaba desde la montaña y levantaba la arena seca, arrastrándola por toda la playa. Yo me estremecí. Tal vez la ambición era como ese sudeste funesto, o como la serpenteante niebla que llegaba después. Un ataque. Una trampa. Nunca había visto mi sueño de esa manera.

Cogí un puñado de arena y fui dejando que se deslizara entre mis dedos.

—¿LE PASA ALGO A PIET ? —preguntó Ma una semana o dos después, levantando la voz mientras me cepillaba el pelo antes de ir a la cama.

El viento había vuelto y llevaba soplando tres días seguidos, así que todas las conversaciones se habían convertido en una competición de gritos. Incluso Pa y el viejo Jack Gamiel, que estaban tomándose su *dop* nocturna en el salón, tenían que gritarse como si ambos estuvieran sordos.

—No, Ma.

Ma y Pa sabían que Piet muchas veces pasaba hambre y que Amos no lo cuidaba como era debido. Pero el hambre y la falta de cuidados no eran cosas que se comentaran. Después de todo, eso mismo se daba en diferentes medidas en todas las casas de la gente que vivía por allí y no había forma de ocuparse de las necesidades de todos. Si Piet hubiera tenido algún ojo morado o alguna herida aparte de los callos de las manos, Pa habría ido a la casita de Seaforth y le habría gritado a Amos. Pero como las cosas eran de otra manera, Ma invitaba a Piet a cenar con cierta regularidad. A cambio, él prometía cuidarme en el camino al colegio y protegerme de los *skollies* que siempre andaban por Quarry Road o de los hombres con buena pinta que iban en coches y que podían llevarse a una niña guapa en plena calle, aunque Pa siempre decía que eso era solo fruto de la imaginación calenturienta de Ma. Pero Ma aseguraba que, aunque la mayoría de los chicos podían cuidarse solos, con una hija nunca tenía suficiente cuidado. Incluso con una hija descalza que probablemente podría escapar de cualquier secuestrador inesperado corriendo como una centella.

—Piet está bien.

Estiré la mano para tocar la colección de conchas que tenía alineadas en la parte de arriba de la estantería. Erizos de mar verdes, *alikleukel* con sus espirales, cauríes con sus dientecitos. A los adultos probablemente se les había olvidado cómo era ser mejores amigos: protegerse el uno al otro, ser leales y guardar los secretos (no como hacen la mayoría de los adultos, a los que les encanta cotillear sobre los suyos).

—Es que se cansa de trabajar con las redes.

—*Ja* —contestó Ma, y me dio un beso de buenas noches—. La pesca no es un camino de rosas precisamente.

Pero no tenía nada que ver con el cansancio.

Al final, en la playa, Piet me deseó suerte, pero noté un tono extraño en su voz. Y después el viento empezó a soplar con fuerza durante varios días y él comenzó a apartarse, guardando su propio secreto. No para proteger sus esperanzas, como yo, sino de forma furtiva, como un leopardo que esconde su presa en las ramas de un árbol. Una semana antes de la pregunta de Ma, con el cielo ya claro y solo una leve ráfaga de viento, intenté recuperarlo.

—¡Vamos a Seaforth! —susurré mirando de soslayo adonde estaba Ma, enfrascada cosiendo unas cortinas nuevas para la cocina—. Podemos ir a nadar y después todavía nos dará tiempo de ir a ver entrar las barcas...

—No —me cortó rápidamente—. No me apetece hoy. Y Pa ya tiene bastante gente para ayudarlo. —Miró hacia el agua brillante de False Bay y hundió las manos en los bolsillos—. Te veo mañana. —Se dirigió a la puerta—. Adiós, señora Ahrendts.

¡Pero si a Piet le encantaba nadar! El mar era nuestro lugar de juegos compartidos, el corazón de nuestra amistad. Sentí un miedo que me acechaba, sigiloso. Tal vez hacerse mayor tenía poco que ver con acumular años y mucho con la obligación de dejar cosas atrás. El sabor a sal de los labios, el brillo del agua entre los dedos de los pies... ¿Los amigos con los que te has criado?

Corrí hasta la puerta y lo intercepté antes de que la cruzara.

—¡Piet!

Él se volvió con una mirada defensiva en sus ojos oscuros. Tenía un agujero en la camisa, en el codo, donde la tela estaba demasiado gastada para seguir aguantando. Le cogí del brazo. Los tendones se tensaron como alambres bajo mi mano.

—¿Qué pasa, Piet? ¿Es tu padre?

—No —se zafó de mi mano—. Vete tú si quieres.

Lo vi alejarse, pasar por encima del arroyo que había junto a la casa de los Hewson, dejar atrás la mezquita y después seguir por Alfred Lane. No se volvió para despedirse con la mano como solía hacer y me di cuenta de que yo sentí una incómoda presión en el corazón. Era una sensación que no había tenido nunca antes, ni siquiera cuando me observaban los pájaros carniceros o cuando la niebla me envolvía con sus dedos húmedos.

«Vete tú si quieres».

No le preocupaba que fuera a nadar sola, algo que siempre habíamos prometido que no dejaríamos que el otro hiciera, porque nunca se sabe lo que puede pasar: una ola inesperada que sale de un mar en calma, un tiburón que nada cerca de la costa.

«Vete tú si quieres».

Parecía que ya no le importaba.

AUNQUE MA ME dio la oportunidad, no le dije que Piet había dejado de preocuparse por mí como antes. Si hubiera dicho algo, Ma habría tomado cartas en el asunto, indignada; estaba deseando tener una oportunidad para ponerle las cosas en su sitio al padre de Piet, que estaba segura de que era la causa de todos los problemas en la casa de los Philander. Tal vez si lo hacía, yo podría arrancarle a Piet cuáles eran sus planes secretos.

Pero dejé que Ma creyera que seguíamos tan unidos como siempre.

Y me dije que él volvería a ser como antes conmigo, que no había nada de lo que preocuparse. Solo tenía que esperar. Todo el mundo sabía que los chicos crecían de forma diferente a las chicas. Era su forma de ser, lo que Jesús quería que fueran: más fuertes, a veces gruñones y otras impulsivos, intentaban hacer cosas que no debían solo para ver hasta dónde podían llegar.

Pero en algún lugar de mi corazón, que también estaba creciendo, sabía que estaba descuidando a Piet.

No como lo hacía su padre, sino a causa de mi propia forma de distracción egoísta.

Yo solo tenía catorce años, pero por todo Simon's Town los padres de chicas de mi edad se quedaban despiertos hasta altas horas de la madrugada y consumían vela tras vela mientras le daban vueltas al futuro de sus hijas.

Mi futuro.

Se hablaba de posibles trabajos y, de lo que era más importante, perspectivas de matrimonio.

¿Tiene buen corazón el chico? ¿Tiene dinero o padres que lo tengan?

¿Ha habido locura, alcoholismo o conductas reprochables en la familia?

No había tiempo que perder. Tenía que contar cuál era mi ambición antes de que fuera demasiado tarde.

¿Tal vez debería echarme a llorar para producir un mayor efecto? Ma y Pa seguramente prestarían más atención si había lágrimas. Ya sabía que no se imaginaban un futuro para mí que fuera más allá del matrimonio y el servicio doméstico. Hasta ahí se suponía que podía esperar llegar, por mucho que me esforzara. Debía respetar (y agradecer) mi lugar en la pirámide.

¿Cómo podía decirles a Ma y a Pa que no era suficiente?

Que no estaba agradecida. Ni tampoco quería respetarlo.

Yo no podía decir que a mí no me cuidaran, como Piet, porque una vez que a final de año quedó dinero en la lata que Ma tenía en la cocina, Ma y Pa me llevaron en tren a Ciudad del Cabo, en tercera, para ver el Carnaval de los Negros en Año Nuevo.

—¡Es mucho más alta que Simonsberg! —exclamé sacando la cabeza por la ventanilla y estirando el cuello para ver Table Mountain, que se elevaba por encima de una nube algodonosa.

—¡Pero qué multitud! —gritó Ma mientras nos abríamos paso por Adderley Street—. ¡Todo Ciudad del Cabo está aquí!

—*Daar kom die Ali-ba-ma!* —cantaba la gente que iba con disfraces satinados y la cara pintada de negro.

El mundo exterior me dejó extasiada.

En un arrebato, Pa prometió dejarme estudiar hasta los dieciocho. La mayoría de las chicas lo dejaban antes, en cuanto se prometían para casarse, sobre todo si lo hacían con un hombre mayor, uno de los que años atrás les daba palmaditas en la cabeza y les preguntaba si ya estaban comprometidas. Las chicas se convertían en una carga si no estaban prometidas. Pero aunque siguiera en el colegio un poco más, en cuanto acabara, el objetivo era el matrimonio y, si había suerte, un trabajo en alguna casa.

—Te tratarán bien si trabajas para una familia de la Marina, Lou —dijo Pa un día que hablamos de mi futuro trabajo sentados a la mesa de la cocina—, y te pagarán mejor que por ahí. —Hizo un gesto con la cuchara señalando hacia el norte.

—Es más que eso, Solly —interrumpió Ma sirviendo un cucharón de sopa de tomate—. Se quedan contigo cuando tienes hijos, no te echan. Lou necesitará ganar dinero para contribuir en su casa.

La pesca de mi potencial marido no iba a aportar suficiente para alimentar

y vestir a una familia: era lo que en el fondo quería decir. Al parecer, ya le habían dado el visto bueno a Piet como posible marido.

—Le he dicho a tu padre —me confesó Ma después, en la intimidad de mi cuarto— que serás más feliz con un chico que conozcas que con un extraño más mayor, aunque tenga más dinero.

—Las chicas de nuestro barrio no consiguen trabajos especializados —aseguró Vera cuando hablamos del tema del trabajo, mientras se atusaba el pelo para que los rizos le rodearan la cabeza—. Estamos aquí para hacer bebés, Lou, así que será mejor que te hagas a la idea.

Mis amigas ya estaban echándole el ojo a los chicos locales que conocían, y algunas incluso a algún tipo elegante con coche, para escoger los que parecían más prometedores y después darles a entender a sus padres por dónde iban sus intereses.

—Tienes suerte de tener a Piet en el bote —añadió Vera con una risita y dándome un pellizco—. No vas a necesitar esforzarte tanto.

Ella había estado perfeccionando delante del espejo una pose, en la que ponía el pie señalando hacia fuera, para atraer a los chicos a última fila del bioscopio del Criterion o a la parte de atrás de la tienda Sartorial House, donde los maniqués de los escaparates llevaban uniformes y unas gorras con galones dorados ladeadas que parecían estar en consonancia con sus intenciones.

PERO YO NECESITABA HACER un intento para conseguir mi sueño antes de contarlo.

Un día me acerqué a mi profesor del colegio cuando terminó la clase.

—¿Señor Venter?

No podía preguntarle a la señora Hewson, la vecina de al lado, ni al señor Phillips, del barrio, que tenía hijas mayores y debía saber lo bastante sobre ambición y matrimonio y si se podía conciliar ambas cosas, ni tampoco a mi catequista, que tal vez supiera cuál era la opinión de Jesús al respecto. Todos ellos se quedarían tan perplejos por mi pregunta que acabarían yendo a contárselo a Pa o Ma.

—¿Sí, Louise?

Inspiré hondo.

—Señor, ¿qué es lo que tengo que hacer si quiero estudiar una carrera? ¿Si quiero convertirme en enfermera?

—Bueno —resopló con un libro en la mano, a medio camino entre su mesa y su maletín—, primero tienes que estudiar mucho para conseguir una buena nota en la prueba de acceso y después necesitarás presentar una solicitud en la escuela de enfermería. ¿Qué dicen tus padres de eso?

Dudé. Las chicas no preguntaban sobre hacer una carrera sin el apoyo de sus padres, sobre todo las chicas pobres que vivían en casitas que se podía llevar el viento y que iban descalzas a la playa. Pero si admitía que no había hablado con Pa o Ma, era posible que él no respondiera a mi siguiente pregunta (la más importante).

—¿Cuánto cuesta convertirse en enfermera, señor?

Él me miró de arriba abajo, desde el cuello del vestido hasta los zapatos.

Me sonrojé. Ma me zurcía el uniforme, pero lo hacía tan bien que seguramente él no sería capaz de ver los zurcidos, ¿verdad?

—No lo sé, Louise —dijo con tono más suave—. Tal vez podrías trabajar mientras estudias, para cubrir tus gastos.

Mi corazón dio un vuelco todavía un poco inseguro. Si me buscaba un trabajo para después de las clases, como camarera en el centro o como lavandera a tiempo parcial para una familia de la Marina, tal vez podría ahorrar lo bastante con antelación. Mis catorce años tenían que ser suficientes para ganar un sueldo decente.

—Quiero solicitar plaza en el hospital Victoria —solté.

Pasamos por delante de ese hospital con el tren cuando hicimos ese viaje a Ciudad del Cabo en Año Nuevo. El hospital recibió ese nombre en honor de la misma reina cuyas iniciales adornaban las puertas de hierro que había cruzado como regalo por mis siete años y un día. ¿No estaría muy bien? ¿Estudiar allí no sería justo lo adecuado? Intenté contener mi entusiasmo.

—No, Louise. —Él acabó de guardar sus cosas y cerró el maletín con un ruido seco—. Mejor inténtalo en otro sitio. Te será muy difícil entrar en el hospital Victoria.

—Pero señor... Si saco las notas más altas en la prueba de acceso, ¿no me aceptarán?

El señor Venter se miró las manos que tenía apoyadas encima del maletín,

estiró los dedos, como si se estuviera examinando las uñas, y después volvió a mirarme con cierta lástima. Odiaba esa mirada. No quería que nadie me tuviera lástima.

—Tendrás que competir con las chicas blancas de los mejores colegios del país —explicó mientras recorría la clase con la mirada—. Aunque estudies mucho, puede que no llegues al nivel que piden.

Miré con consternación la pizarra agrietada, pero que todavía se podía usar, y la pila de libros de texto que compartíamos; había uno por cada dos alumnos. Nunca antes me había sentido en desventaja; pobre sí, claro, y con la piel un poco demasiado oscura a veces, pero nunca en desventaja. No mientras viviera entre el mar y las montañas, con la arena brillante bajo los pies.

—Lo siento —continuó mi profesor mientras se abrochaba la chaqueta y cogía el maletín—, pero es mejor que no cometas el error de intentar conseguir algo que no es posible.

Intenté con todas mis fuerzas contener las lágrimas.

—Sí, señor Venter.

Se detuvo al llegar a la puerta de la clase.

—Eres una alumna excelente, Louise. No es culpa tuya.

Asentí y levanté la barbilla.

—Gracias, señor. Buenas tardes.

EL SOL BRILLABA CON mucha fuerza sobre mi cabeza mientras recorría St George's Street y después pasaba por delante del astillero donde albergué por primera vez una esperanza tentadora que había sido tan tonta de dejar crecer...

Las hojas de las palmeras caían como paraguas del revés. El mar parecía arder bajo un cielo que resplandecía tanto que parecía casi blanco. Era uno de esos días en los que podía surgir el fuego en lo alto de la montaña, como un genio vengador, y amenazar con quemar nuestra casa; si eso ocurriera, habría algo más por lo que llorar, además de ese sueño que se desvanecía como el humo.

Me limpié el sudor del cuello y me detuve delante de la oficina de correos.

«Si trabajas mucho...». Oía las palabras de Pa una y otra vez, me llegaban

desde el mar reluciente y el cielo abrasador.

Hice cola con unas señoras blancas para poder mirar la guía de teléfonos que había en la oficina. Una de ellas me sonrió, las otras no me prestaron atención. Sus hijas nunca tendrían que oír lo que me acababa de decir a mí el señor Venter. Escribí la dirección que encontré en la parte de atrás de mi cuaderno para los deberes, donde no la vería Ma, que revisaba todas las noches lo que había hecho.

—¿Louise? —me llamó Lola desde el otro lado de la calle—. ¿Vienes al bioscopio?

—No puedo, lo siento —contesté—. Tengo que ayudar a mi madre.

—¡Qué buenecita! —exclamó con sorna.

—¡Y tú qué vaga! —repliqué.

Cuando llegué a casa, me quité el uniforme y me puse unos pantalones cortos y una blusa.

¡Ya iban a ver!

Ya iban a ver todos.

Recogí la colada seca de la cuerda, la doblé y la dejé sobre la cama de Ma. Después quité mi colección de conchas de la estantería, limpié el polvo, me sequé el sudor de las manos y saqué una hoja de papel con renglones. Yo normalmente hacía los deberes en la mesa de la cocina, pero lo que estaba a punto de escribir necesitaba secretismo, a pesar de que Ma y Pa todavía tardarían unas horas en volver a casa.

Oí la llamada vespertina del muecín que llegaba desde la mezquita.

Empecé a escribir con mi mejor letra:

Ricketts Terrace  
Simon's Town

Estimada directora de enfermería:

Me llamo Louise Ahrendts. Tengo catorce años. Vivo en Simon's Town con mis padres y voy al instituto. Sueño con ser enfermera desde que tenía siete años. Quiero dedicar mi vida a los enfermos y a los que no pueden cuidar de sí mismos. Sería un honor tener la oportunidad de solicitar plaza en el hospital Victoria para realizar mi formación.

Ya soy la primera de mi clase, pero sé que tengo que esforzarme mucho más para competir con chicas muy inteligentes de todo el país. ¿Podría decirme qué nota tengo que sacar en el examen de acceso para que me acepten en su hospital y cuánto cuesta estudiar enfermería? No puedo pedirles a mis padres que me paguen la carrera, así que tengo intención de trabajar después del colegio durante los próximos cuatro años para ahorrar lo bastante para pagármela yo.

Muy agradecida por su atención.

Atentamente.

Louise Ahrendts

A VECES, AL ESFORZARME para hacerlo todo muy bien y muy limpio, se me resbalaba la pluma, hacía un borrón y tenía que empezar otra vez en otra hoja de papel. Además me sudaban tanto los dedos que la tinta se corría si no dejaba que cada línea se secara antes de empezar a escribir la siguiente.

Al séptimo intento quedó perfecta.

—¿Dónde vas tan corriendo con este calor? —preguntó la señora Hewson desde su sitio habitual, el escalón de la entrada de su casa, cuando pasé corriendo por delante de ella.

No me había molestado en ponerme zapatos y las piedrecillas del camino se me clavaban en los pies.

—A echar una carta —grité, animada de nuevo.

Seguro que ningún hospital podía rechazar a una chica que solicitaba plaza con cuatro años de antelación, viniera de donde viniera o fuera cual fuera la mezcla de sangre malaya, hotentote y europea que le daba a su piel una tonalidad más marrón que blanca.

Todavía no habían hecho la última recogida del día. Seguro que en ese momento el cartero ya iba para allá con la saca. Podían clasificar la carta y meterla en el tren hoy mismo. ¡Y, si la directora no estaba muy ocupada, tal vez me contestara en el plazo de una semana!

Corrí por St George's Street, me detuve un momento, observé a alrededor para comprobar que no había nadie mirando (sobre todo amigas cotillas que estuvieran cerca del bioscopio) y, cuando estuve segura, le di un beso a la carta y la metí en el buzón rojo. Hizo un suave ruido al caer sobre la pila de

correo que ya había dentro.

Las lágrimas que habían amenazado con caer antes estuvieron a punto de escapar de mis ojos entonces.

¿Hay ciertos momentos que tienen una magia especial?

¿Y hay que atraparla y atesorarla antes de que salga volando arrastrada por el sudeste?

Quería decírselo a alguien. Tenía que decírselo a alguien. Tal vez si encontraba a Piet y compartía ese momento con él, si le cogía la mano de piel encallecida y le pedía que volviera...

Empezaron a salir trabajadores por la puerta de la reina Victoria que chocaron conmigo cuando se dirigían al tren. Esos días Piet a menudo rondaba por la puerta de atrás de la tienda Runciman's General Dealers, con las manos en los bolsillos y haciendo dibujos en la gravilla con los pies, esperando que surgiera la oportunidad de reponer estanterías o desembalar cajas de mercancía. Me limpié la cara con el dorso de la mano y me uní al flujo de gente que caminaba apresuradamente junto al muro de piedra del abuelo Ahrendts en dirección a la estación. El fuerte aroma a curri que llegaba desde el comedor de la estación flotaba sobre sus cabezas.

—No está aquí —gritó el señor Runciman desde la parte de atrás de la tienda cuando me acerqué—. Tal vez esté pescando con ese padre bueno para nada que tiene. Amos Philander me debe dinero. Se lo quitaré de la paga a su hijo la próxima vez que venga.

Me volví e intenté abrirme paso entre la masa de gente.

Alguien me llamó a gritos (tal vez amigas de Ma que pensaron que tenía algún problema; nunca se es demasiado cuidadoso con las hijas..), pero ignoré la llamada y seguí adelante. Debería haberme puesto zapatos; porque la acera me estaba quemando las plantas de los pies. Cuando la multitud empezó a dispersarse, yo seguí avanzando saltando de una zona de sombra a otra. El pelo escapó de la cola de caballo que llevaba para el colegio y ondeó detrás de mí. Empezó a dolerme el costado. Podía haberme parado a descansar, pero entonces la magia se habría desvanecido, habría escapado de mis manos antes de que pudiera compartirla...

Subí jadeando hasta lo más alto de la colina que había sobre Seaforth. En la bahía, dos dragaminas colocados en línea de fondo avanzaban soltando

vapor hacia ese pilar blanco que era el faro de Roman Rock.

¡Por fin! El batiburrillo de casitas con sus tejados combados, el ladrido de perros de ojos amarillos, el coro de gritos de los pescadores que sacaban las redes, pero no había señal de Piet. Me agaché e intenté recuperar el aliento parada sobre la hierba donde a él le gustaba dormir en verano. La barca de Amos estaba varada por encima de la marca de la marea alta, entre las algas que había dejado el agua al retirarse.

Corrí por el camino hasta su casa.

—¡Piet! —Llamé a la puerta y la abrí de un empujón—. ¡Piet!

—¡Louise! —El tío Den se levantó de una silla que había junto al hogar. Tras el fuerte sol de afuera, el interior parecía oscuro—. Ven, niña. Piet no ha vuelto del colegio todavía.

Me quedé de pie en el umbral, con el pecho subiendo y bajando. Piet no había aparecido por el colegio en todo el día.

—Tómame una taza de té. —El tío Den fue a buscar un hervidor muy usado—. Amos no está aquí. Ha habido buena pesca esta mañana. Ha dicho que tenía que hacer cosas en la ciudad. —Den enarcó una ceja, resignado.

—Tengo demasiado calor para tomar té, tío Den. Ya veré a Piet mañana.

—Claro —contestó el hombre sonriendo, y volvió a dejarse caer en la silla—. Saluda a tu madre y a tu padre de mi parte. Buena gente tus padres.

Volví hasta la playa, donde había un grupo de gente reunido alrededor de una red que acababan de sacar. Desde la arena llegaba el olor fuerte y familiar del pescado, el sudor y las maromas mojadas. Había niños que chapoteaban en la zona poco profunda y cogían algas y se las tiraban los unos a los otros, como antes hacíamos Piet y yo.

Me senté en la hierba.

Del bosquecillo que había en la parte más alejada de la playa, la zona de sauces donde yo me ponía el bañador, salieron dos figuras. Una era un hombre. La otra era Piet. Reconocí su camisa de cuadros desvaída, una de las de su padre, con las mangas arremangadas y los faldones colgando por encima de los pantalones cortos.

El día mejoró de repente. Inspiré hondo para saludarle con un grito alegre, pero...

¿Qué estaban haciendo?

¿Por qué estaban escondidos en el bosquecillo?

El hombre le dio algo a Piet. Piet lo enrolló y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. El hombre le dio una palmadita en el hombro y desapareció otra vez entre la vegetación.

Esperé, temiéndome algo malo.

Piet se quedó parado un momento, mirando al mar. Unos cormoranes que volaban formando una uve rozaron el agua plateada más allá de las rompientes, subiendo y bajando en respuesta al ritmo de las olas. Después Piet corrió hasta la arena, se quitó la camisa (¡pero qué delgado estaba!), la guardó bajo una piedra, con cuidado de poner el lado del bolsillo hacia abajo, corrió hasta el agua y empezó a nadar hacia las olas que llegaban, su cabeza de pelo oscuro atravesando la espuma. Pronto dejó atrás las rocas lisas y llegó al agua más profunda, con los brazos moviéndose por encima de su cabeza en un estilo libre lleno de fuerza; parecía que no iba a parar hasta que alcanzara a los cormoranes que subían y bajaban, el faro, los dragaminas que se alejaban o el extremo de la bahía.

Me quedé mirando el fardo de la playa: la camisa de Piet.

Y en su bolsillo, lo que fuera que le había dado el hombre.

Estaba tan lejos ya que no me vería si iba corriendo hasta la playa, cogía su camisa y metía la mano en el bolsillo.

## 6

**P**ERO NO LO hice.

Tras varios minutos de incertidumbre jadeante, me puse de pie y me fui corriendo a casa, con el corazón latiéndome con más fuerza de la que exigían la distancia y el calor. Me dije que si hubiera hecho lo contrario, habría sido peor: si hubiera ido corriendo y le hubiera registrado la camisa, habría significado que ya no confiaba en él. Y eso era admitir algo mucho peor que un enfriamiento pasajero de nuestra amistad.

¿O sería simplemente que era una cobarde?

Me dije que lo que no sabía no podría hacerme daño. ¿Tampoco le haría daño a él?

—¿Qué pasa contigo y con Piet? —Vera me miró con las cejas arqueadas un día que me vio volver a casa sola desde el colegio—. ¿Os habéis peleado?

—Tenía que ayudar a su padre —intenté escabullirme.

—¿Y qué? Vete a Seaforth —respondió ella—. Cuando conquistas a un chico, tienes que seguir esforzándote para conservarlo, ¿sabes?

El calor del verano fue languideciendo y los funestos sudestes soplaron hasta agotarse.

No seguí el consejo de Vera y no fui a buscar por la playa. No me enfrenté a Piet, sino que durante un tiempo dejé que un profundo desasosiego se colara en mi corazón, aunque después desapareció. Me dije que había que dar tiempo a que las cosas mejoraran por sí solas. Los meses que había por delante seguro que harían que pasara lo que tenía que pasar. Forzar una confrontación podría alejar a Piet de mí para siempre.

Al menos eso me dije.

En medio de ese vacío solitario surgieron las nieblas marinas del otoño, que avanzaron sigilosamente sobre la bahía, inundando la ciudad y

envolviéndome. Empezó a crecer una presión diferente. Evitaba a Vera y a Lola utilizando una ruta distinta para ir a casa desde el colegio; iba por calles pequeñas, atravesando apresuradamente el aire opaco, sacaba con prisa la llave de la puerta principal y revisaba las cartas que habían metido por debajo buscando alguna que estuviera dirigida a mí. No quería fijar mis expectativas en un punto más bajo. Quería darle una buena sacudida a la pirámide. Si era necesario, lo intentaría en otro hospital y después en otro hasta que alguno dijera que sí. Como no llegó una respuesta inmediata del hospital Victoria, empecé a escribir más cartas de solicitud mientras Ma y Pa estaban trabajando. Las escondía boca abajo en la estantería y las dirigía a otras directoras de enfermería de hospitales elegidos al azar de la zona de El Cabo que había encontrado en la guía de teléfonos de la oficina de correos.

Entonces, cuarenta y un días después, una tarde en que la niebla cubría el astillero como si fuera nata espesa y la sirena antiniebla aullaba en medio de la amenazadora penumbra, llegó una carta.

Me quedé parada con ella en la mano, sujeta con dedos rígidos, hasta que al fin pude abrirla:

Estimada señorita Ahrendts:

Gracias por su carta.

Las solicitudes de plaza en el hospital Victoria se evalúan basándose en las notas de los exámenes de acceso y en el resultado de una entrevista personal. Cuantos más sobresalientes tenga una candidata, mejores serán sus posibilidades. También buscamos una conducta positiva, buena salud y apariencia, respeto por la disciplina y un férreo compromiso con la rectitud moral.

A las solicitantes que superen el proceso y sean aceptadas, el hospital les financia el coste total de su formación, exceptuando gastos excepcionales. También se les paga un salario mensual reducido, que sirve para cubrir sus necesidades, si son modestas. Y se les puede proporcionar alojamiento en la residencia de enfermeras, si lo requieren.

Creemos que el hospital Victoria es la mejor institución de formación del país.

Señorita Ahrendts, aunque admiro su entusiasmo, debo advertirle de que nunca se ha aceptado a una solicitante de color proveniente de un colegio de Simon's Town, así que le aconsejo que, en previsión, piense en una alternativa de empleo para usted.

Atentamente,

A. S. Winthrow, directora de enfermería

CASI NO PUDE VER la firma de la directora porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

Corrí a mi dormitorio, cerré la puerta de un portazo y enterré la cabeza en la almohada. No debería ni haberme molestado en escribir. No era ni lo bastante rica ni lo bastante blanca. Y tal vez dudaban incluso de mi rectitud moral, aunque no sabía lo que era eso...

—¿Louise? —Ma entró corriendo por la puerta—. ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Dónde está Piet? ¡Se supone que te tiene que acompañar a casa!

—¿Por qué no estás trabajando, Ma? —pregunté con voz ahogada.

—La señora Hewson te vio llegar del colegio corriendo y pensó que te pasaba algo. —Ma me sacudió con fuerza—. ¡No debería haberme fiado de Piet!

Cogí la carta y se la di.

Ma no leía tan bien como yo, así que le costó un rato descifrar lo que había allí escrito, sobre todo algunas palabras largas como «apariencia» o «excepcionales». Después suspiró y sacó un pañuelo para secarme las lágrimas.

—¿Por qué no nos has contado esto, hija?

—Pensaba que no lo ibais a entender —sollocé—. Vosotros queréis que sea doncella o niñera. Y que me case cuanto antes.

Ma me abrazó y me meció un poco.

—Eres una niña muy buena, Louise, pero ¿por qué siempre quieres nadar antes de saber andar?

—Trabajaré mucho —sollocé—. ¡Puedo ser tan lista como cualquiera de las chicas que soliciten plaza!

—*Ja*. —Ma me dio un beso en la coronilla—. Es posible. Pero seguramente en ese hospital solo quieren chicas blancas, y no de piel oscura

como tú. Esto no es como lo de tu padre en la Marina, donde tratan a todo el mundo igual, ¿sabes?

—¿Y entonces por qué no lo dicen? —Me zafé de su abrazo—. ¿Por qué ocultan la verdadera razón?

Ma sonrió tristemente, estiró la mano para coger el cepillo y empezó a peinarme el pelo enredado. Ma normalmente decía las cosas importantes cuando me estaba cepillando el pelo.

—Lou, porque nadie lo dice nunca. No abiertamente. —Se puso a pelear con un nudo—. Siempre eligen a los blancos primero, a los de color después y a los negros los últimos. Ya deberías saberlo a estas alturas. No puedes llegar mucho más allá de donde se supone que tienes que estar.

—¡Pero no es justo!

—El progreso no tiene nada que ver con el cerebro —aseguró Ma—. Todo tiene que ver únicamente con las reglas sobre el color. Sé sensata, Louise —continuó Ma frunciendo el ceño—. Tendrás que comprar más libros para estudiar y habrá que pagar el viaje en tren para hacer la entrevista. ¿Merece la pena si al final deciden que no tienen sitio allí para ti?

—Quiero solicitar plaza —insistí terca—. No pueden evitar que lo haga.

—No, no pueden. Pero deberías seguir el consejo de esa enfermera tan importante que te ha escrito y buscarte otro trabajo por si acaso. Tu padre y yo te ayudaremos. —Hizo una pausa y me miró fijamente.

No creo que Ma supiese de dónde había sacado yo esas ideas. Yo tampoco lo sabía. Era como si hubiera nacido dentro de mí, como si hubiera surgido una chispa mientras miraba la espuma del mar o cuando veía cómo curaban a los barcos...

—Hay un lugar para todos en este mundo, hija. Si te empeñas en no encajar en él, te harán daño. Como te ha pasado hoy.

Me mordí el labio. Yo nunca haría nada en contra de Ma y Pa. Y no debería preocuparles así, y menos justo en ese momento en que las noticias de la radio hablaban de gente que perdía sus trabajos, de recortes en el astillero de Simon's Town y de la amenaza que suponían esos recortes para nuestra agitada ruta marítima y lo que eso significaba para las potencias extranjeras que la codiciaban.

—Quiero intentarlo, Ma.

—Entonces es mejor que nadie se entere —me dijo sin más, bajándose de la cama y estirando la colcha—. En este barrio, las chicas que tienen ideas diferentes ponen celosas a las otras. No pierdas a tus amigas por algo que tal vez no llegue a ocurrir.

Asentí.

Ma se detuvo en el umbral y se volvió para mirarme.

El señor Venter me había mirado con lástima. En los ojos de Ma se veía eso mismo también, pero acompañado de una decepción que no podía disimular. Estaba decepcionando a Ma por atreverme a ser diferente.

HIZO FALTA UN año, pero Piet por fin le dijo que sí al hombre ostentoso que estaba siempre merodeando por la zona de las barcas en la playa de Seaforth. Un año en el que Piet se hizo más alto (algo que el hombre comentó mirando de arriba abajo la complexión de Piet) y por ello menos útil para la tarea que tenían entre manos. Un año en el que el alcoholismo de Amos empeoró, en la casa aparecieron nuevas goteras con las lluvias invernales y Piet tuvo que perder cada vez más clases para poder aceptar todo tipo de trabajos.

—Esto te proporcionará unos ingresos regulares —dijo el hombre ostentoso encogiéndose de hombros—. Pero no lo hagas si tienes cualquier otra cosa...

Pero Piet no tenía nada más. La barca de su padre (que debía heredar Piet algún día) no iba a aguantar mucho más. Podría haber intentado hablar con sus profesores, pero ellos siempre estaban enfadados con él y seguramente no querían escucharlo. Amos Philander nunca se había preocupado por la religión, así que no había ni un imán ni un padre cristiano al que Piet pudiera acudir para preguntarle dónde estaba la frontera entre el bien y el mal en un mundo injusto. Y sentía demasiada vergüenza para hablar con Solly Ahrendts. En cuanto a Louise, cada vez que pensaba en ella todavía veía el dolor en su cara cuando le dijo que fuera a nadar ella sola si quería.

Por suerte, la señora Ahrendts seguía invitándole de vez en cuando a cenar con ellos (su succulento *bobotie*, a veces pastel de manzana); esas eran sus únicas comidas en condiciones, el resto del tiempo pasaba hambre. Y el hambre le volvía irritable, malhumorado y maleducado. Piet pensaba que si comiera un poco más, podría volver a encarrilar su vida. Y después arreglaría las cosas con Lou y ya no tendrían que seguir intentando evitar que sus

miradas se cruzaran.

El hombre ostentoso le dio algo de dinero por adelantado y le prometió un trabajo nocturno a la semana por el que le pagaría una tarifa acordada de antemano. Piet se dijo que solo iba a trabajar para ese hombre durante un tiempo. Mucha gente hacía ese tipo de cosas cuando la suerte le daba la espalda.

NO HABÍA LUNA ESA noche y la imponente Simonsberg contribuía a la oscuridad bloqueando la luz de las estrellas de la mitad del cielo, entre ellas la Cruz del Sur con sus vigilantes aristas. Piet y el hombre ostentoso avanzaron por una calle asfaltada de una parte de la ciudad más elegante que la zona de casitas destartaladas de Seaforth. El hombre se detuvo, miró alrededor y después cogió la verja combada de una casita a oscuras y la empujó hacia el suelo. Pasaron por encima. Piet examinó las sombras fugaces en busca de animales y después forzó la vista para escoger una ruta a través del jardín mientras sus oídos se esforzaban por percibir el más mínimo murmullo de voces humanas.

El hombre le hizo un gesto para que avanzara.

Algo de unos treinta centímetros de altura salió de un arbusto con la espalda arqueada y cubierta de púas blancas y negras. Piet dio un respingo y contuvo un grito.

El puercoespín se alejó dando tumbos.

Él se agachó, con el pecho subiendo y bajando como loco. ¿Estaría por ahí su compañera con púas? ¿Iban en grupos esos animales? ¿Su primer trabajo se iba a ir al garete por culpa de un escuadrón de puercoespines salvajes?

El hombre ostentoso se encogió de hombros y se dio unos golpecitos en la muñeca para indicar que tenían que seguir.

Piet retorció su cuerpo delgado (una ventaja de pasar hambre, pensó con una mueca) para colarse por un tragaluz abierto y lo consiguió sin dificultades. Aterrizó con suavidad sobre una alfombra, reprimió una exclamación y miró a su alrededor.

Una cama, vacía.

Olfateó el aire intentando notar el olor de cigarrillos o el fuerte aliento de un perro que saliera de un salto de una cesta enseñando los dientes...

Nada, solo el latido fuerte de su corazón, que sonaba tan alto como para despertar a todo el vecindario.

Entró de puntillas en el pasillo.

Unos cuadros colgados en la pared se inclinaban hacia él desde sus ganchos.

Siguió adelante; en esa parte avanzó por un suelo sin alfombra con los pies descalzos, pisando con cuidado para no hacer crujir las tablas de madera del suelo que podrían delatarle. Notaba el sudor acumulándose en la arruga del cuello y en las palmas de las manos. Normalmente era él quien olía el miedo empalagoso en los cuerpos de sus compañeros pescadores cuando las olas eran tan grandes que ocultaban el cielo. Se limpió las manos en los pantalones cortos.

Ahí, a su derecha, había una puerta. Entreabierta.

Se quedó escuchando para ver si oía alguna respiración, pero lo único que oyó fue su propio jadeo enfebrecido. Metió la cabeza por la puerta, preparado para salir corriendo, pero esa cama, igual que la primera, estaba vacía.

Al otro lado del pasillo había un baño.

Se sobresaltó cuando vio un reflejo, con mala cara y los ojos desorbitados, en un espejo.

Pero ya se estaba acostumbrando a la oscuridad. Con más confianza, cruzó un salón muy bien amueblado y después pasó por la cocina con su nevera brillante y un horno mucho más elegante que el de los Ahrendts. Comprobó que la puerta de atrás estaba cerrada y entonces se tropezó con una cesta de la colada de mimbre y estuvo a punto de caerse. Se quedó petrificado, se agachó y agarró con las manos la cesta con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla.

Nadie gritó. No se encendió ninguna luz.

No se oyeron pasos corriendo que fueran a investigar.

Ese lugar estaba vacío.

Dejó escapar el aliento, fue hasta la puerta principal y la recorrió con las manos en busca de cadenas o pestillos, y cuando los encontró, los abrió despacio. El jardín apareció oscuro e imponente ante él. La única luz llegaba desde la bombilla de una farola que iluminaba un trozo de asfalto más allá de la valla. A lo lejos, el mar que conocía tan bien parecía un charco negro,

enorme y silencioso barrido solo de vez en cuando por el haz de luz del faro.

Una silueta salió de entre los arbustos. El hombre ostentoso se coló dentro.

Entre los dos vaciaron la casa: las joyas que encontraron en el dormitorio, un fajo de billetes que había en un cajón y varias botellas de licor que encontraron en un armario de la cocina. El hombre lo guardó todo en un saco.

Después se fueron y cerraron la puerta sin hacer ruido al salir.

Desde la cumbre de la montaña llegó el sonido de la fuerte tos de un babuino. Después más toses. Señales de alarma (Piet se obligó a mantener la calma), pero que no tenían nada que ver con él. Debía de haber un leopardo por allí. Pasó como pudo el saco por encima de la valla, con cuidado de que las botellas que había dentro no tintinearan. Por una carretera cercana pasó un coche. El ruido del motor se perdió en la noche. Cuando ya estuvieron escondidos entre las sombras ondulantes de los árboles, el hombre ostentoso contó unos cuantos billetes para pagarle.

—Como quitarle un caramelo a un niño, ¿eh? —le susurró el hombre, y le dio una palmadita en la espalda a Piet—. La próxima vez ponte guantes. Que duermas bien.

ESTABA OTRA VEZ EN la cama de su diminuta habitación mucho antes del amanecer, antes de que los primeros cacareos escandalosos de las pintadas pudieran despertar a algún vecino que viera a Piet por ahí a esas horas y que luego se lo contara a su padre...

Acarició los billetes bajo la manta con dedos temblorosos. ¡Menuda riqueza! Pero no debía levantar sospechas yendo por ahí con mucho dinero. Se gastaría parte en comida y el resto lo guardaría para una camisa o unos zapatos de la tienda de segunda mano, cosas que iría comprando gradualmente para no llamar la atención.

Los ronquidos de su padre y del tío Den llegaban desde las dos habitaciones de delante.

Extendió las manos delante de la cara, deseando que sus dedos culpables se relajaran.

Se dio cuenta de que estaba esperando algo: el sonido de un silbato, pasos atronadores, el ladrido de perros policía. Estaba esperando que lo pillaran.

Pero no oyó nada, solo el ruido regular del mar.

Mañana (hoy ya) podría volver al colegio.

—¿LOUISE? — PIET APARECIÓ a mi lado en el pasillo cuando salimos de clase—. ¿Te acompaño a casa?

Sus ojos negros me sostuvieron la mirada y no los apartó. Sentí que se me quitaba un peso del corazón. Debe de ser parte del proceso de crecer, eso de alejarse y acercarse otra vez. Había hecho bien dejándole su espacio para que volviera a su debido tiempo.

Pero ¿y aquel hombre desconocido de la playa?

¿Y el intercambio furtivo entre ellos?

Piet estaba a mi lado, alto y ansioso, con una expresión atenta en su cara alargada. Ahí estaba el Piet con el que me había criado, el chico con el que había compartido mi secreto y que tal vez tenía derecho a ocultarme el suyo.

—Te he echado de menos —dije en un impulso, y entrelacé el brazo con el suyo.

Él sonrió y se agachó un poco para abrazarme.

Sus brazos me transmitieron calidez y autenticidad.

—Yo también. Siento haberme comportando así contigo. ¿Vamos a nadar?

La playa de Seaforth estaba desierta cuando llegamos y en la arena no había ni una sola huella, aparte de las delicadas marcas de las patas de las gaviotas. La marca de la marea alta estaba tachonada de una línea serpenteante de fragmentos de conchas (bígaros, caracoles marinos morados, lapas con sus estrías) y Piet extendió nuestras toallas justo a su lado. Una cinta de nubes adornaba Simonsberg. Nadamos más allá de las piedras lisas y las olas nos elevaban y nos arrastraban con la marea, que estaba bajando. El sol estaba bajo en el cielo y sus rayos de luz color ámbar atravesaban el agua hasta el lecho marino. Piet buceó en las profundidades veteadas por los rayos

del sol para sacar un par de conchas de *perlemoen*, cuyas concavidades brillaban por la madreperla.

—¡Podrías ser mejor pescador que tu padre, Piet Philander! —le grité cuando emergió delante de mí, salpicando agua.

—¡Te echo una carrera hasta la playa! —me respondió también a gritos, nadando hacia la costa.

Yo me puse a nadar rápidamente detrás de él. Varios cardúmenes ovalados de *strepies* plateados y amarillos pasaron a toda velocidad junto a mis piernas y desaparecieron entre las algas kelp.

Nos tumbamos en la arena, jadeando por el esfuerzo de nadar contra la marea. Más allá de las rompientes, la bandada local de aerodinámicas golondrinas de mar echó a volar desde una roca, trazó un círculo y se posó de nuevo.

—O podrías intentar que te hicieran aprendiz en el astillero, como mi padre. —Estiré la mano y lo agarré del brazo—. Tienes que seguir en el colegio, Piet, ¿no puedes dejarlo!

—Sí —se apresuró a responder.

Agarró una de las conchas de madreperla y echó a correr hacia donde la arena estaba más dura y se veían brillantes cristales que había sacado a la luz la marea al bajar. Se agachó. Me coloqué la mano haciendo pantalla sobre los ojos para distinguir lo que estaba haciendo. Dos pájaros ostreros totalmente negros pero con el pico rojo rebuscaban en la arena y se pavoneaban por la orilla.

—¡Ven a ver! —me llamó.

Yo fui corriendo a su lado.

Había utilizado la concha para dibujar un corazón enorme en la arena húmeda.

—Te quiero, Lou. Siento haber sido tan desagradable contigo. Pero todo va a ser mejor ahora.

Le cogí la mano y le froté el lugar donde tenía la piel herida y después curada. Había hecho mal en dudar de él. Tal vez la magia desaparece un tiempo y después vuelve cuando menos te lo esperas.

—Yo también te quiero, Piet. No me dejes sola otra vez.

Él se acercó, puso las manos cálidas sobre mi piel y sus labios encontraron

los míos por primera vez.

CUMPLÍ QUINCE AÑOS cuando 1933 ya se acercaba a su final. No hubo regalo de cumpleaños ni dinero en la lata de Ma para una excursión a Ciudad del Cabo. Una gran depresión en el extranjero, de la que empezaron a hablar por primera vez en la radio en 1929 y cuya fría sombra había llegado hasta el otro lado del océano, le había inculcado a la gente el miedo a perder sus trabajos. Los hombres del barrio que tenían menos cualificación que Pa se quedaron sin empleo. Nadie quería comprar las pipas del señor Phillips, ni encargarle vestidos nuevos a la señora Hewson. Más gente respondía a la llamada del muecín o llenaba la iglesia de St Francis para oír al capellán del astillero y rezar para que no les tocara el mal trago de que prescindieran de ellos.

—Es una vergüenza —exclamó Pa en el camino de vuelta desde la iglesia un domingo—. ¡Una vergüenza! Todo ese barullo tan lejos no tiene nada que ver con nosotros. Pero aquí han recortado los turnos, no hay dinero para herramientas nuevas, ni siquiera para pintura con que retocar los escudos de la pared del dique seco. El del *HMS Acorn* ya casi ni se ve...

—Tranquilízate, Solly —contestó Ma, firme—. Tu hija tiene casi quince años y es la primera de su clase. Tú y yo todavía tenemos trabajo. Recuerda el sermón de hoy. Hay que ser agradecidos.

Pa suspiró y le dio a Ma un beso sonoro. Su consternación, claro, no era tanto por las herramientas o la pintura como, sobre todo, por los vecinos sin trabajo. Había leído la carta de la directora de enfermería. A diferencia de Ma, él se sintió orgulloso de mí por haber sido lo bastante valiente para presentar la solicitud. Pero sospechaba que esa «depresión» de allá lejos iba a hacer todavía más difícil que me consideraran apta en el hospital Victoria. Pa sabía que yo quería conseguirlo con todas mis fuerzas. Y lo sabía porque una

vez él quiso progresar tanto como yo lo quería en ese momento. Pero también creo que se sentía culpable por haberme animado tanto, por haber alimentado un sueño demasiado ambicioso para una chica de piel oscura.

SORPRENDEMENTE PIET Y SU familia no se vieron muy afectados por la depresión. Tal vez cuando tienes muy poco ya de inicio, tienes menos que perder. Y, al parecer, siempre había demanda de pescado, pasara lo que pasara al otro lado del océano. A mos seguía bebiéndose todos sus beneficios, pero de alguna forma la barca se mantenía a flote y la casita aguantaba. Piet y él habían firmado una tregua, según me contó Piet con una mueca de desagrado, y decidieron arreglar juntos las goteras de la casa y las grietas de la barca.

—Piet —llamé en un susurro desde la fila de detrás, porque mi cumpleaños cayó en día de colegio—, ¿tengo que contarte algo!

—¿Ah, sí? —Piet inclinó la cabeza, pero no se giró.

—¡Ma dice que podemos ir solos al bioscopio las noches de los viernes!

Mis amigas siempre iban por ahí solas con los chicos, pero hasta entonces Ma había estado haciendo de carabina conmigo; miraba con el ceño fruncido a Vera y su última conquista, que se sentaban en la parte más alta del Criterion y, entre arrumaco y arrumaco, se burlaban de la gente blanca elegante que estaba en los asientos reservados de abajo. «Van a tener problemas, ya lo verás», murmuraba Ma lanzando una mirada preocupada a las extremidades entrelazadas. Pa era igual de protector. Insistía en que estuviera en casa al atardecer, incluso en las tardes de verano cuando a Piet y a mí nos gustaba nadar por la noche, bajo las estrellas, y pasear de la mano entre las largas sombras, donde nadie podía vernos. Ya éramos novios formales y Piet estaba deseando que diéramos un paso más. Lo sentía en el hormigueo de su piel contra la mía, la forma en que sus ojos me recorrían el cuerpo y en cómo me ardía la cara cuando me miraba así. Ma nos observaba y me advertía en privado sobre los peligros de dejarse llevar demasiado antes del matrimonio.

—No te respetará —insistía—. Tienes que hacerle esperar.

Piet se giró en su asiento de clase y me lanzó una sonrisita.

Los pasos de unas pesadas botas resonaron en el pasillo. Al acercarse,

empezaron a ir cada vez más despacio, hasta que un policía blanco con un uniforme azul oscuro apareció en el umbral con las manos en las caderas. Empezó a examinar las hileras de mesas.

El señor Venter se acercó rápidamente, murmuró algo y después cerró la puerta dejándolo fuera.

—Silencio —ordenó cuando todos nos pusimos a hablar entre nosotros, nerviosos—. Seguid con el ejercicio.

La clase continuó. Piet se hundió en su asiento y enterró la cabeza en el libro.

Sonó el timbre.

—Acabad el ejercicio como deberes —ordenó el señor Venter levantando la voz por encima del alboroto creciente— y mañana lo corregiremos. ¡Nada de excusas! Buenas tardes, clase.

—Buenas tardes, señor Venter —dijimos a coro.

Piet se levantó de un salto, metió apresuradamente sus pertenencias en la mochila y se unió al grupo que salía de la clase.

—¡Espera! —grité recogiendo mis libros. Las exigencias de ser la primera de la clase significaban pasar los fines de semana estudiando, sobre todo desde que trabajaba la mayoría de las tardes—. ¡Espérame!

El policía estaba al otro lado del pasillo y giraba la cabeza de derecha a izquierda. Cuando llegué a la puerta, yo estiré el cuello para poder ver por encima de la gente. Un chico moreno como Piet bajaba las escaleras con la cabeza gacha, pero era mucho más bajo que Piet, o tal vez se estaba encogiendo para pasar desapercibido.

NI RASTRO DE PIET en el camino a casa, que hice corriendo. Dejé atrás Runciman's y la tienda Sartorial House, donde trabajaba por un sueldo escaso limpiando el polvo de las estanterías, midiendo telas para que el señor Bennett no tuviera que forzar sus ojos cansados y barriendo las hojas que arrastraba el sudeste. Ahorraba cada penique que ganaba.

—Ha venido la policía —me gritó la señora Hewson desde el escalón de su casa—. Buscaban a Piet.

Me detuve.

—¿Qué quiere decir? ¿Han venido a nuestra casa?

La señora Hewson se encogió de hombros y volvió a su labor de costura.

—Sabía que ese chico no era trigo limpio. ¡Ya avisé a tu padre!

Saqué mi llave de debajo de la piedra que había junto a la puerta principal.

Un par de estorninos de alas rojas que rebuscaban en la tierra echaron a volar con un graznido asustado.

Aunque era mi cumpleaños, había colada a remojo en el fregadero esperando para que la enjuagara y una pila de camisas sobre la mesa de la cocina que había que planchar. Me quité el uniforme de un tirón, me puse corriendo unos pantalones cortos y una blusa y volví a salir, sin molestarme en ponerme zapatos e ignorando las advertencias a gritos de la señora Hewson. Recorrí toda Alfred Lane y seguí junto al muro del abuelo Ahrendts con el recuerdo de otro día martilleándome en la cabeza: la carta enviada llena de esperanzas, la carrera hasta Seaforth para compartirlas y la imagen de Piet cogiendo algo de manos de un hombre entre los árboles y después tirándose al mar.

No miré en su camisa. Seguía sin saber lo que había hecho. Incluso entonces. Incluso aunque él había dicho que me quería y yo lo quería también y estábamos destinados a casarnos algún día.

Cerca de Tredree Steps estuve a punto de chocar con un marinero que venía en dirección contraria.

—¡Cuidado, señorita! —exclamó.

—¡Perdón!

Piet no quería ser pescador, quería trabajar en tierra, en el astillero, o embarcarse como marino. Cualquier cosa menos pescar, me confesó un día por fin, retorciéndose las manos, con sus ojos negros fijos en los míos. Cualquier cosa. Me encanta el mar, pero no quiero dedicarme a pescar.

Me detuve un momento para recuperar el aliento y refrenar mi corazón.

Había gaviotas volando por encima de los barcos anclados, aguantando contra el viento con una asombrosa habilidad.

—Es por la posición que tienen en el aire, ¿ves? —me dijo mi padre una vez—. Saben cuál es la fuerza del viento y solo aletean lo justo para mantenerse en su lugar y que no las arrastre.

¿Piet había perdido su posición y algo lo había arrastrado mientras yo prefería mirar a otra parte?

¿Me estaba mintiendo cuando me decía que todo iba mejor...?

Eché a correr otra vez.

Un velero cruzaba la bahía con las velas hinchadas por la brisa refrescante. El ruido llegó a mis oídos antes de que alcanzara la casa de los Philander.

—¡Piet! —grité, abriéndome paso entre una masa creciente de pescadores, vecinos, perros y pollos que se arremolinaban ante la puerta principal.

Había un policia grande tapando la entrada, con las piernas separadas y los enormes brazos apoyados en el marco de la puerta. Yo me colé por debajo de uno de ellos.

—¿Piet?

—¡Oye, no puedes entrar! —me gritó el policia, e intentó agarrarme.

Forcé la vista para ver algo en la penumbra, pero no necesitaba los ojos para detectar que se avecinaba una tormenta. Amos y Piet estaban el uno frente al otro en un rincón. Había una silla volcada y bayetas para fregar los platos tiradas por el suelo. El tío Den los miraba desde la puerta de su habitación y sus ojos no dejaban de ir de acá para allá, nerviosos, entre los hombres y una olla que burbujeaba en el hogar, con la tapa subiendo y bajando por el vapor que quería escapar. Delante de mí un segundo policia, que llevaba un cuaderno y un par de esposas colgando del bolsillo, miraba con las manos en las caderas mientras Amos sacudía a Piet y gritaba:

—¡Pedazo de *bliksem*! ¡Eso es lo que has estado haciendo!

Entonces Amos levantó la mano y golpeó a Piet en la cara.

La multitud chilló y se apretó contra la puerta. Los perros iniciaron un coro de ladridos.

—¡No! —chillé yo, y me lancé para meterme entre ellos—. ¡Déjele!

El policia fue a por Amos y lo apartó a la fuerza, a la vez que me alejaba a mí.

—¡Señorita, este no es lugar para usted!

—¡No te metas, Lou! —me dijo Piet agachado y con una mano sobre la cara hinchada.

Amos, con el pecho subiendo y bajando sin parar, dio unos pasos atrás, trastabillando. Desde donde estaba olía el alcohol en su aliento. Al agitar uno de los brazos, me golpeó en la oreja. El dolor me subió hasta la sien y bajó por el cuello. Me esforcé por mantener el equilibrio.

—No me iré hasta que me digan qué es lo que ha hecho —afirmé con los dientes apretados.

—¡Díganos lo que ha hecho, díganoslo! —Empezaron algunas refriegas entre los que estaban afuera intentando ver algo.

—¡Atrás! ¡Váyanse! —El policía que estaba dentro perdió la compostura y se giró hacia la puerta para gritar—: ¡Todos, váyanse! ¡O soltaré a los perros!

Hubo una cierta confusión. La multitud se dispersó.

Den se acercó al hogar y apartó la olla humeante del fuego.

Yo le cogí la mano callosa a Piet. Estaba jadeando con fuerza.

«Te quiero, Lou» —había dicho después de dibujar un corazón en la arena—. «Todo va a ser mejor ahora».

—Bueno, vamos a hacer esto bien y despacito —dijo el policía volviendo a girarse hacia nosotros.

Amos recogió la silla volcada y se dejó caer en ella.

Un pollo pasó por delante de los pies del policía de la puerta y él le dio una patada para alejarlo.

—Puedo hacer un poco de té —ofreció Den desde la cocina con una vocecilla.

—No, gracias, señor. ¿Usted es Amos Philander —preguntó señalando a Amos— y este es su hijo Piet Philander?

Amos dijo que sí en un murmullo.

—Es mi deber comunicarle que se han encontrado las huellas de su hijo en varios domicilios en los que se han producido robos...

—¿Y cómo sabe que son de Piet? —interrumpí.

La mano de Piet, que seguía agarrando la mía, tembló un segundo.

—Señorita, hace tiempo que sospechamos de él. —El policía miró a Den también—. Hemos visto a este chico volviendo a su casa de madrugada justo las mismas noches en que se produjeron los robos en esos lugares.

Amos intentó ponerse de pie otra vez, pero vio que el policía fruncía el ceño y se conformó con gritarle a Piet.

—¡Creíamos que estabas en la cama, pero ibas por ahí a robar! Si tu madre estuviera aquí para verlo... —Se le quebró la voz.

—¿Y las huellas? —Me obligué a repetir a pesar del dolor de la sien.

El policía consultó sus notas.

—El martes de la semana pasada obtuvimos autorización para sacar huellas de esta casa.

Un rugido atronaba en mis oídos, como cuando una ola te tumba y te arrastra a sus profundidades.

—¿Han estado en mi casa? —chilló Amos, esta vez poniéndose de pie.

El tío Den agitó una mano en su dirección para calmarlo.

Me volví hacia Piet. Levantó la vista del suelo para mirarme. Había culpa en su cara y hacía que se le formaran unas arrugas extrañamente adultas. Mi mano tembló todavía aferrando la suya.

El policía obligó a Amos a volver a sentarse.

Yo le solté la mano y Piet hizo una mueca como si mis dedos fueran una maroma mojada que se escapaba de su mano, que la había estado agarrando, dejándole la piel lacerada a su paso.

—Encontramos huellas que coincidían con las del ladrón en la habitación de su hijo. Bien —nos miró a todos uno por uno, pero su mirada se demoró más en Piet—, podemos hacer esto de la forma fácil o de la difícil.

Amos se hundió en la silla.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —gimió—. He hecho lo que estaba en mi mano para criar al chico en condiciones. Tú lo has visto, Den, lo has visto.

—*Ja*, Amos. Vamos a ver qué tiene que decir el agente.

El policía asintió mirando a Den.

—Su hijo tiene dieciséis. —Se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en la rodilla a Amos para asegurarse de que estaba prestándole atención—. Si admite todos sus robos, hay una forma de que pueda conseguir que evite la cárcel.

—¿Cuál? —preguntó Amos con un gruñido.

El tío Den cruzó la habitación para ponerse delante de su sobrino.

—¿Has hecho eso que dicen, Pietie? —Su voz era suave.

—Sí —murmuró Piet—. Quería ganar dinero para comprar comida y ropa para el colegio y para poder seguir estudiando y sacarme el título.

Den apoyó una mano en la cabeza inclinada del chico.

—Oh, Piet —exclamé—, ¿por qué no me lo dijiste? —Me volví hacia

Amos—. ¡Usted se bebió todo el dinero que tenían! Piet se ha visto obligado a hacer esto porque nunca le da suficiente...

Amos abrió la boca.

—¡No digas una palabra, hermano! —Den lo cortó con una fuerza sorprendente—. La chica tiene razón y lo sabes. Agente —se volvió hacia el policía—, díganos qué puede hacer por nuestro Piet.

El policía llevó a Piet hacia una silla junto a la vieja mesa de la cocina.

—A los delincuentes juveniles como este chico se les puede reencauzar si van a un lugar con una disciplina estricta —afirmó, como si Piet solo fuera una herramienta roma que hubiera que enviar al afilador—. Cuando salen de allí, tienen la posibilidad de reconstruir sus vidas.

—¿Qué lugar es ese? —pregunté con una inquietud creciente.

El dolor de mi oído se estaba reduciendo, pero sentía el corazón a punto de estallar, como si estuviera intentando abarcar algo que era demasiado grande, demasiado abrumador para poder contenerlo.

—Un correccional.

—¿Un reformatorio? —gritó Amos—. ¿Mi hijo en un reformatorio?

El policía se encogió de hombros.

—Es casi como una escuela. Ahí los chicos aprenden lo que han hecho mal...

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Piet, hundido—. ¿Cuándo saldré?

—Depende de cómo te vaya. —El policía sacó un lápiz y empezó a escribir—. Dos años, por lo menos.

—¿Tendrá antecedentes penales? —preguntó Den.

—No, si lo admite todo ahora y nos ayuda con nuestras investigaciones.

Amos gimió con la cabeza entre las manos.

—Pero si sale y vuelve a delinquir —advirtió el policía con un dedo acusador—, entonces irá a la cárcel.

Se guardó el cuaderno y abrió las esposas.

—No lo hará —intervine—. Saldrá y conseguirá un trabajo. Ya no habrá más robos.

Piet levantó la cabeza y me miró.

—Sé por qué ha hecho lo que ha hecho —le lancé una mirada de menosprecio a Amos— y no volverá a pasar.

¿Pero podía estar segura?

Le había entregado mi corazón a Piet, creía que lo conocía...

El policía se encogió de hombros y le hizo un gesto. Piet dejó caer la cabeza y extendió las manos con las palmas callosas unidas, como si fuera a rezar. Las esposas le rodearon las muñecas delgadas y se cerraron con un chasquido metálico.

—Esperaremos fuera mientras le ayudan a hacer una maleta y se despiden.

Los policías salieron por la puerta principal. De fondo se oía el ruido de las olas. Uno de los policías se despezó. El otro encendió un cigarrillo. Desde la calle llegó el cacareo de una bandada de pintadas que se acercaba.

Den fue hacia Amos.

—Louise ayudará a Piet. Nosotros nos quedaremos aquí.

La habitación de Piet estaba en la parte de atrás de la casa. Solo había espacio para una cama individual y unas cuantas cajas viejas de manzanas apiladas una sobre otra para crear una cómoda improvisada. Nunca había entrado ahí. Ma siempre decía que las chicas solteras que iban a las habitaciones de los chicos quedaban desgraciadas para siempre.

—Podría escaparme —dijo Piet tirando de sus muñecas esposadas—. Salir por la ventana de la cocina y nadar hasta el otro lado de la bahía... —Me miró con ojos desesperados.

El mar era su amigo, podía cruzar el agua tan rápido como un pez, seguramente incluso con las manos esposadas.

—¿Por qué no? —continuó—. Si distraes a los policías...

—¡Te ahogarías! —Había varios kilómetros hasta la playa de Fish Hoek y más de treinta kilómetros hasta el extremo más alejado de False Bay—. ¡O te encontrarían y te meterían en la cárcel!

Se dejó caer en la cama.

Yo me senté a su lado y le cogí las manos, separándole un poco el frío metal de la piel de las muñecas. En las manos de Piet estaba la historia de su vida. La pesca. Los robos.

—¿Me esperarás, Lou?

Me quedé mirándolo. Quería decir que sí. Quería decirle que lo quería a pesar de todo, que entendía por qué se había convertido en un delincuente.

Porque era cierto.

Pero no entendía lo que vino después. Lo que me había animado a creer. Cogió una preciosa concha de madreperla, dibujó un corazón en la arena y me dijo que todo iba a ser mejor ahora... Todo eso mientras ocultaba una vida secreta en la que robaba casas.

Era una traición monstruosa.

Mucho peor que mi forma de descuidarle tiempo atrás por mi sueño; mucho peor que mi cobardía de no enfrentarme a él y preguntarle por su cómplice, el del bosque, porque eso es lo que debía ser ese hombre, su cómplice.

—Dime que me esperarás —suplicó—. ¡Quiero casarme contigo, Lou!

No esperó a ver mi reacción. Se inclinó y me besó con fuerza, como para atesorar el sabor de mis labios, la sensación de mi piel, el roce de mi pelo contra su mejilla hinchada.

—Me reformaré. No volverá a ocurrir...

Me aparté y me toqué los labios con un dedo.

No sé por qué lo hice. ¿Fue para recordar la huella que había dejado su boca al apretarse contra la mía? ¿O para evitar decir algo más o hacer promesas en las que no podía confiar?

Me levanté, abrí una maleta marrón y empecé a meter ropa dentro.

—¡Espérame! —rogó retorciéndose las manos esposadas—. ¡Espérame!

**E**L INVIERNO LLEGÓ poco después de que Piet se fuera al reformatorio. Los sudestes que habían azotado el mar hasta provocar esas olas que a él le gustaba cruzar a nado desaparecieron y los sustituyeron unos vientos del norte que dejaban la bahía desierta y traían temporales repentinos que golpeaban su temperamental superficie.

En la ciudad, otro tipo de temporal provocaba que las madres con hijos pequeños se apartaran de mí cuando me veían por la calle. En el barrio nuestros vecinos intentaban que nuestras miradas no se cruzaran.

La vergüenza por lo que había hecho Piet se cebó conmigo.

—¡Pero si yo no he hecho nada malo! —le decía a Ma llorando.

—Así son las cosas —contestaba ella encogiéndose de hombros—. Con Piet lejos de aquí, tú eres el objetivo que tienen más cerca.

Yo no sabía esto del mundo: que los delitos son contagiosos, incluso aunque tú seas inocente.

—¡Louise! —me llamó el señor Bennett con un grito desde el umbral de la tienda una tarde, cuando iba de camino a casa desde el colegio.

No llevaba el delantal que lucía habitualmente y la tienda a estaba a oscuras detrás de él.

—No voy a llegar tarde, señor Bennett. Solo voy a casa a cambiarme de ropa —dije acercándome corriendo. Tenía que entrar a trabajar poco después—. Vuelvo dentro de nada.

Negó con la cabeza y señaló a la montaña de Simonsberg con un gesto resignado de la mano.

—No, será mejor que te quedes en casa...

Volvió a entrar, cerró la puerta y puso el cartel de «Cerrado». Me quedé allí plantada y después dirigí la mirada más allá del astillero. El pálido haz de

luz del faro de Roman Rock daba vueltas en medio de la lluvia y recayó sobre un buque de guerra que se dirigía al puerto, su silueta apenas visible sobre el peltre moteado de la superficie del mar.

Eché a correr. Tal vez ya no quería que trabajara allí. Tal vez creía que yo también era una ladrona.

Un torrente furioso bajaba por un lado de Alfred Lane. Subí los escalones de dos en dos; los zapatos del colegio resbalaban sobre la piedra húmeda y unas lágrimas amargas me atenazaban la garganta. La ladera de la montaña había cedido en diferentes lugares el día anterior y se habían formado montones de tierra y rocas en la parte de atrás de las casas del barrio. En la mezquita hicieron una llamada a la oración más de las habituales. La casa del señor Phillips, sin cimientos, se vio arrastrada hacia delante hasta que quedó sobresaliendo sobre la ladera, como la proa de un barco. Tal vez Jesús y Alá, los guardianes de nuestro barrio, estaban ocupados en otra parte, pensé limpiándome la cara con la mano para quitarme la lluvia y las lágrimas, y había habido otro deslizamiento en la montaña, la tierra se había colado en nuestro salón y encontrado a Ma cosiendo en la máquina...

Y el señor Bennett lo sabía.

Todo aquello no tenía nada que ver con Piet ni con el robo.

Ese era el castigo de Dios por mi insensata ambición: llevarse a Ma y destruir nuestra casa, el único lugar en el mundo adonde pertenecíamos de verdad.

Un agua marrón se acumulaba alrededor de la puerta principal de la casa de la señora Hewson, erosionando la tierra que había bajo los escalones y arrastrándola hasta que acababa oscureciendo el torrente que bajaba por Alfred Lane. Pasé por encima de un salto, pero resbalé y puse la mano para evitar caerme. La piedra húmeda me arañó la piel.

—¿Ma? —la llamé a gritos, apartándome como pude del agua que corría veloz.

Debería haberla escuchado, aceptar mi lugar en el mundo, sentirme agradecida...

La señora Hewson sacó la cabeza por la puerta. Arrastraba por el suelo el dobladillo mojado del vestido.

—¡Ve a tu casa! —me dijo mientras utilizaba una escoba para limpiar el

suelo inundado—. Acabo de oír a tu padre...

Recuperé el equilibrio y los últimos metros hasta nuestra puerta los hice medio patinando. El agua estaba dejando al aire las raíces de las palmeras en las que Piet y sus amigos jugaron al escondite en mi séptimo cumpleaños y donde Ma me tumbaba cuando era un bebé para que me echara la siesta.

Ma...

—¡Gracias a Dios! —Pa se agachó para arrancarme del suelo húmedo e intentó hacer una broma—. ¡Creía que iba a tener que volver a salir con una partida de búsqueda y una caña de pescar!

—¿Dónde está Ma? —pregunté aferrándome a él—. ¿Ha habido otro corrimiento de tierra detrás de la casa?

—Un día de estos todo el barrio rodará por la montaña y acabará en el mar —sentenció Pa, y me dejó en el suelo. Después se limpió los zapatos mojados en el felpudo.

—¿Ma? —llamé, preocupada.

—¡No la asustes, Solly! Estamos todos bien. —Ma se acercó para cogerme el chubasquero—. La casa de los Hewson está inundada, pero no es nada que no pueda secarse. Quítate esos zapatos llenos de barro. Estoy preparando un té bien cargado.

Las piernas me fallaron y me dejé caer el suelo, apretándome la mano en el lugar donde estaba sangrando.

—Pues lo nuestro no es nada —comentó Pa a gritos sobre el repiqueteo de la lluvia y señalando hacia afuera—. Acaba de entrar un barco que ha estado durante días en estas condiciones ¡Vientos huracanados y olas enormes!

Ma estaba a salvo. Nuestra casa se mantenía en pie. Si la montaña cedía, al menos caería sobre todos nosotros. Tal vez yo no era mala y desagradecida.

—El *HMS Durban*. —Pa se inclinó para darle un beso y un apretón en el hombro a Ma—. Uno de los habituales. Dame el té, *asseblief*, Sheila. Cuando me lo tome, iré a ver cómo están los Phillips e intentaré ayudar a la señora Hewson.

Me quedé mirando la lluvia y al mar enfurecido que adoraba y temía.

—Vamos a secarte el pelo, Louise. —Ma me puso la mano suavemente en el hombro—. Y a curarte ese corte tan feo. ¿Por qué vas por ahí corriendo si no hace falta?

—El *HMS Durban* —repetí con la voz temblorosa—. Vi su escudo en el dique seco cuando tenía siete años.

No dejaba de toparme con señales. Pero tenía que ser valiente. No todas ellas eran de advertencia.

LO QUE NO dejaba de darle vueltas en la cabeza a Piet durante los primeros días de reformatorio era que el hombre ostentoso le había advertido de que debería ponerse guantes.

Y la mayoría de las veces lo había hecho, pero no siempre. Se volvió descuidado.

Y en esas circunstancias se arriesgaba a perder a Lou, su magnífica Lou de ojos almendrados, que había dado la cara por él a pesar de que era claramente culpable.

Se aferró a los barrotes de la ventana. La reducida vista que tenía de las Hottentots Holland Mountains era un pobre sustituto del mar. Piet no había estado en toda su vida más de un día lejos del mar. No verlo, no poder nadar en él, era para él como perder un brazo o una pierna.

Miró afuera. Llevaba lloviendo todo el día. No había nada que ver.

Y pronto vendrían a gritarle por llegar tarde.

O por no ser lo bastante agradecido por todo lo que estaban haciendo por él.

Se preguntó dónde estaría ella, qué estaría haciendo.

Se lo iba a compensar, costara lo que costara.

Ella era suya. Mataría a cualquiera que intentara arrebatársela.

*Liewe Lou:*

Odio este sitio. Los policías dijeron que serviría para volverme mejor, pero aquí lo único que hacen es tratarme como a un preso. No me llaman por el nombre, sino por mi número. A veces quiero darles un puñetazo y escaparme, pero sé que no puedo porque entonces tendré más problemas de los que ya tengo. Cuando me dejen salir,

volveré al colegio y después conseguiré un trabajo de verdad, como me decías tú. Lo único que me da fuerzas para soportar esto eres tú. Te quiero, Lou, y quiero casarme contigo, cuidarte durante todas nuestras vidas y formar una familia contigo. Nada va a lograr cambiar eso. Diles a tus padres que lo siento.

Con todo mi amor.

Piet

NUESTRA CASITA SOBREVIVIÓ al corrimiento de tierra igual que sobrevivía a los funestos sudestes: por poco.

Pa y los otros hombres del barrio pasaron varios fines de semana de duro trabajo cavando, estabilizando la ladera y desplazando la casa de los Phillips de nuevo hasta su lugar en la ladera.

—Hasta la próxima vez —dijo Pa agachándose para hacerle a Ma una caricia con la nariz mientras se lavaba las manos en el fregadero—. La siguiente acabará hecha pedazos.

Mientras trabajaban, yo estudiaba dentro, en la mesa de la cocina. No podía vagar ni un momento, sobre todo porque habían aceptado mi solicitud formal de plaza para el hospital Victoria. Ya era, oficialmente, una candidata. Pero los términos de la respuesta de la directora de enfermeras no eran más suaves que en su carta anterior. Repitió casi palabra por palabra la advertencia que me hizo antes: que nunca habían aceptado a ninguna chica de color de Simon's Town y que haría bien en tener otro trabajo previsto por si acaso. Si quería jugar conmigo, no había forma más cruel que esa: darme esperanzas, pero después desintegrarlas. Ma y Pa negaron con la cabeza ante la crueldad de su mensaje.

Más allá de las paredes de nuestra casa, los cotilleos se habían precipitado como si cayeran ladera abajo igual que la tierra del corrimiento.

—¡Seguro que ella lo sabía!

—Tal vez aceptó dinero de Piet. Para eso de hacerse enfermera. Solly y Sheila seguro que no lo sabían...

—¿Ha registrado su casa la policía?

—¿Es demasiado especial para solicitar un hospital para gente de color?

—Pero Piet me engañó —protestaba yo, esforzándome por contener las

lágrimas que amenazaban con correr por mis mejillas—. ¡Yo soy inocente! ¿Y por qué no voy a poder formarme en el hospital Victoria?

Pero la gente (incluso los que me conocían desde pequeña) prefería la teoría de la conspiración. Es más interesante que la sinceridad. ¿Por qué deberíamos creerte?, decían encogiéndose de hombros. Tampoco les dije a tus padres lo que pretendías...

Vera fue muy clara sobre lo que había que hacer para recuperar mi reputación.

—Deberías buscarte a otro —ordenó—. La gente será más amable contigo si te ve con otro chico.

—¿Y, si no, seguirán pensando que he tenido algo que ver con un ladrón? El mar languidecía.

Lo veía desde la ventana del salón en los descansos entre las sesiones de estudio.

Gris, agitado, salpicado de crestas blancas por culpa del viento errático.

EL REFORMATARIO PERMITÍA UNA visita al mes.

Amos seguía estando demasiado enfadado para gastarse el dinero en el billete y la espalda enferma de Den no le permitía ir sentado en el tren esas largas horas, así que Ma, Pa y yo éramos las únicas visitas de Piet. No fue ninguno de nuestros amigos del colegio, ni de los adultos que conocían a Amos y que deberían haber sentido cierta responsabilidad hacia el chico descarriado. Pero no era el coste del billete lo que evitaba que fueran. Era lo que yo había descubierto: el riesgo de que a ellos los culparan también por asociación. Era mejor guardar las distancias. Evitar darle carne fresca a la policía, que siempre estaba alerta.

—Espero que Piet aprecie el hecho de que vamos a visitarlo —dijo Ma sorbiendo por la nariz una vez.

—Vamos —protestó Pa—, todo el mundo se merece una segunda oportunidad. No es un mal chico...

Pero yo sabía que Pa también estaba disgustado. Él animó a Piet, esperando que así se liberara de la dependencia que tenían los Philander de esa barca con vías de agua por todas partes y de la bebida. Cuando nos sentamos en la espartana sala de visitas y Pa vio cómo Piet me seguía con los

ojos, me di cuenta de que estaba desgarrado entre lo que decía en voz alta y el miedo privado a que me prometiera con un chico que ya estaba dañado.

—Yo lo alimentaba —se quejó Ma una vez que creía que yo no la oía—. Y confiábamos en él. ¿Cómo pudo mentirle a Lou? Nuestra hija tiene que terminar con esto...

Yo también estaba asustada. Hasta ese momento en mi vida me habían asustado sobre todo cosas externas, como la niebla que asomaba por encima de Simonsberg, los astutos pájaros carniceros o los corrimientos que podrían arrebatarme a Ma antes de que pudiera rescatarla. Pero eso era diferente. Tenía miedo porque no había perdón en mi corazón.

Solo frío.

Para encubrirlo, me obligué a sonreír y decirle a Piet que todavía lo quería (¿cómo iba a abandonarlo como habían hecho todos los demás?) y que podríamos empezar de nuevo cuando saliera.

¿Estaba bien mentir? De todas formas, no eran mentiras como las que él me había contado a mí.

Yo mentía por bondad.

Y por culpabilidad por no haberme enfrentado a él, por no haberlo salvado cuando tuve la oportunidad.

\* \* \*

EL REFORMATARIO ESTABA AL otro lado de False Bay y hacía falta coger dos trenes y hacer un viaje de varias horas para llegar. Primero un traqueteante recorrido rodeando la bahía y cruzando el Constantia Valley hasta la vibrante Ciudad del Cabo y después una caminata cruzando la zona de Cape Flats en dirección a Somerset West. Yo en el fondo, secretamente, adoraba ese viaje, sobre todo cuando cumplí dieciocho y Ma y Pa, para ahorrar un poco, me permitieron a regañadientes ir sola. Sin supervisión podía sacar la cabeza por la ventanilla y sentir las gotitas de agua de mar que me salpicaban la cara y reírme de las gaviotas que graznaban muy cerca del techo del vagón. En la parte del viaje que transcurría tierra adentro me quedaba mirando las parras de color esmeralda que cubrían las colinas de Constantia y las calas con sus flores de color crema elevándose hacia el sol e

imaginaba (con un anhelo que parecía ascender desde mi garganta cuando menos me lo esperaba) otro viaje que me llevara mucho más lejos.

Había llegado una carta.

Sin previo aviso, no en respuesta a una mía.

Decía, una vez más, que tenía pocas probabilidades de conseguir una plaza. Pero también ponía que querían que fuera a hacer una entrevista.

Para evaluar si la formación de enfermera es algo que encaja con usted, señorita Ahrendts.

Debo recordarle que la realización de esta entrevista no supone ninguna garantía de éxito en su empeño.

—NO TE EMOCIONES DEMASIADO —me advirtió Ma cuando me acompañó al tren, acariciándome el pelo trenzado y estirándome la chaqueta.

Unas olas con crestas blancas morían en la orilla, justo por debajo de la vía del tren. Ninguna de las barcas de pesca había salido ese día.

—Seguramente sea solo para hacer el paripé —continuó.

—¿El paripé?

—*Ja* . Para fingir que están abiertos a que cualquiera haga una solicitud, aunque en realidad no lo están. —Ma se encogió de hombros y me metió en el bolsillo un penique, ganado con el sudor de su frente, por si había una emergencia—. Así se sienten mejor.

—¡Tal vez es que quieren admitirme de verdad, Ma!

Ella hizo todo lo posible por sonreírme. Yo la abracé. A la pobre Ma no le gustaba nada que yo saliera de su ámbito, del lugar donde podía protegerme. El señor Venter, en cambio, se mostró optimista, aunque con cierta cautela. Me dijo que me sentara con la espalda recta en la silla, que mirara a los ojos a la persona que me estuviera haciendo la entrevista y que hablara con claridad.

—Quieren asegurarse de que serás capaz de completar la formación —dijo—. No quieren invertir tiempo y dinero en chicas que la dejen a medias.

Lo decía pensando en Lola y Susan; ambas habían dejado el colegio para tener unos bebés inesperados pero, según creía yo, secretamente buscados.

—A mí no me pillarán tan fácil —rezongó Vera, haciendo un mohín delante del espejo del diminuto baño de su madre—. Quiero probar con

muchos chicos primero, y eso deberías hacer tú también. Mi madre dice que hay formas de evitar tener un bebé hasta que quieras tenerlo.

Al principio de la entrevista estaba un poco asustada (la sala fría y sin ventanas, la mirada escéptica de la directora de enfermería), pero recordé el consejo del señor Venter, respondí a las preguntas de forma clara y respetuosa y tal vez sorprendí un poco a la directora con mi variedad de rectitud moral propia de Simon's Town. Por suerte ella no tenía forma de saber nada sobre la lujuria de Vera que la hiciera dudar sobre si yo sería igual, ni tampoco de ver la vergüenza del delito de Piet con la que yo había tenido que cargar.

—Esperaremos a ver sus notas, señorita Ahrendts —anunció la directora cuando acabó la entrevista, mirándome desde los zapatos lustrosos hasta el uniforme del colegio (me había puesto el que menos zurcidos tenía) y fijándose en la postura muy erguida—. Pero debo advertirle que no hay ninguna garantía de que usted consiga una plaza.

—Muchas gracias, directora —respondí, sosteniéndole la mirada. Su pelo de color gris acero brillaba bajo la luz del techo—. Si la plaza se la dan a otra, entenderé que había otra chica que se lo merecía más que yo.

Interrumpió el contacto visual conmigo en cuanto dije eso y apartó la vista.

EL REVISOR CRUZÓ EL vagón gritando que llegábamos a la estación del reformatorio. Me levanté, ignorando las miradas suspicaces de los otros pasajeros (más culpabilidad por asociación), y me bajé del tren. Hasta llegar a la entrada había que andar algo menos de un kilómetro por un camino de tierra flanqueado por árboles de caucho a los que se les desprendía la corteza. A pesar de que Piet lo odiara, no era un mal sitio. Había comida de sobra. Los profesores eran estrictos, así que Piet estaba aprendiendo cosas en clase. Y su cama del dormitorio común estaba cerca de una ventana, así que podía mirar afuera. Pero incluso cuando intentaba mostrarse positivo, se veía que había perdido toda su energía. Piet era un chico hecho para estar en el exterior, para el mar revuelto y el viento que aúlla. Encerrarlo le privaba de la parte de él que lo convertía en quien era.

—Louise Ahrendts —le dije al guardia de la entrada—. Vengo a ver a Piet

Philander.

La puerta se abrió con un ruido metálico.

—¡Lou! —Piet me cogió las manos y miró detrás de mí, buscando a Pa y Ma—. ¿Has venido sola?

—Sí. —Le cogí la cara y le besé en la mejilla.

Llevaba el uniforme habitual, aunque era sábado: la camisa, los pantalones cortos grises y la corbata a rayas. El pelo negro, que antes siempre llevaba alborotado, allí lo tenía muy corto. Sus manos, que antes destacaban por los callos de las palmas, desde que estaba allí eran ásperas por el trabajo manual que tenían que hacer como parte de la formación: jardinería, cavar zanjas, cortar madera o colocar ladrillos.

—¿Estaba la marea alta cuando saliste de allí? —Sus ojos inquietos se apartaron de mí.

—Casi. Las olas rompían casi al final de la arena —dije fingiendo que había ido hasta Seaforth antes de coger el tren.

Casi nunca iba a nadar desde que Piet se fue. Me parecía egoísta disfrutar del mar mientras él estaba encerrado; flotar boca arriba y sentir cómo me elevaban las olas mientras lo que más deseaba él, con todas sus fuerzas, era poder verlo aunque fuera nada más que un momento. Iba a la playa temprano, cuando no había nadie, para buscar fragmentos de conchas como los que él recogía para mí o para sentarme en la hierba y mirar las rompientes que antes cruzábamos.

—¿Y el faro iluminaba el mar cuando te levantaste esta mañana?

—Sí.

—Me pareció ver su luz por mi ventana. Conté los segundos hasta el siguiente destello...

Metí la mano en el bolso.

—Te he traído unos libros.

Los manoseó un poco y los dejó a un lado.

—¿Todavía me quieres?

Las arrugas de su cara ya se habían vuelto permanentes; estaban grabadas en su frente y en sus mejillas como las cicatrices que cruzaban sus palmas. Sentí que se me cerraba la garganta. Todo lo que le quedaba, lo único a lo que se aferraba entre una visita y otra no era a su autoestima, sino a la

endeble esperanza que albergaba sobre si le diría que le quería o no.

—Sí, te quiero, Piet.

Se inclinó, ansioso, y me cogió los brazos.

—¡Entonces prometámonos! ¡Dejemos de vernos en secreto! ¡Podemos intentar hacer un bebé, Lou!

Lo miré, horrorizada.

—Por favor, Lou. Eso me dará algo por lo que luchar. Y seremos una familia cuando salga de aquí... —No me soltó los brazos, pero hizo un gesto con la cabeza para señalar la sala donde había otros chicos con sus visitas.

—¡Pero yo quiero ser enfermera! —exclamé, zafándome de sus brazos—. ¡He trabajado mucho para conseguirlo! ¡Y me han hecho la entrevista!

Si el hospital Victoria no me quería, me querrían en otro sitio. Ya estaba camino de conseguirlo, ¿cómo iba a renunciar ahora?

Se acercó, volvió a cogerme las manos y me las apretó con fuerza.

—Puedes empezar un año más tarde.

—¡No!

¿Cómo podía esperar que renunciara antes siquiera de empezar? ¿Y qué pasaba con el perdón?

Sonó un timbre. Era la señal de que solo quedaban quince minutos del tiempo de visita.

—¡Por favor, Lou! Si me quieres, tienes que hacer esto por mí.

Noté las mejillas ardiendo.

¿Cómo se atrevía a decir que si me negaba, eso significaba que no lo quería! ¿Cómo era capaz de ponerme a prueba así?

Sus ojos, en los que se veía más vida de la que había habido en ellos durante los últimos meses, examinaron mi cara enrojecida. Me puso una mano en la nuca, se acercó y me besó como el día que lo arrestaron: deliberadamente, con una furia subyacente. Y con más pasión que cuando Pa y Ma estaban delante.

—Tengo que irme —dije apartándome, con la boca dolorida.

La lluvia salpicaba las ventanas. El viento estaba volviéndose más fuerte, silbaba al rodear el edificio y doblaba los pocos árboles que había desperdigados por el perímetro.

—¡Si me quieres, lo harás! Sé que lo harás.

—¡No es justo! —Me alejé bruscamente, desesperada por escapar.

Seaforth. La arena inmaculada. El mar indulgente.

Tras la incredulidad, en mi cara apareció la desesperación.

Mi furia latió y después se convirtió en lástima.

—No voy a tener un bebé todavía, Piet. Voy a ser enfermera.

Se observó las manos y después me miró a mí, desafiante.

—Y cuando salgas de aquí —señalé ese lugar espartano—, vas a terminar el colegio y a conseguir un trabajo como Dios manda.

EL AGUACERO QUE CAYÓ sobre mí durante el largo camino hasta la estación del reformatorio, que recorrí corriendo, pasó rápidamente sobre False Bay y después se instaló sobre Simon's Town. Ma chasqueó la lengua e hizo té mientras yo me arrancaba la ropa mojada como si estuviera contaminada.

—¿Qué tal está Piet? —me preguntó durante la cena, con tono casual.

La lluvia repiqueteaba en el tejado.

Pa la miró de reojo.

Yo me erguí. A Ma no le importaba cómo estuviera Piet. Estaba preocupada por lo que había pasado en la visita. En las visitas anteriores al reformatorio se había fijado en la procesión de jóvenes embarazadas que también iban allí de visita.

—Está bien, Ma —respondí con voz monótona—. Pero sigue odiando ese sitio.

—¡Claro! Lo han metido allí para que aprenda una lección. —Me echó con energía una cucharada de puré de patata en el plato—. Estuve hablando con Den el otro día. Dice que Amos necesita que Piet vuelva, aunque esté enfadado con él. Las piernas de Amos ya no soportan su peso. —Le lanzó una mirada cínica a Pa.

—Piet tiene que acabar el colegio primero —repuse—. Después podrá decidir qué quiere hacer. Es posible que no quiera dedicarse a pescar.

—Tienes razón —dijo Pa asintiendo y pinchando unas zanahorias—. Hay que darle una oportunidad al chico para que se las arregle a su manera.

—Muchas cosas tiene que arreglar antes de que yo le permita volver a sentarse a esta mesa —aseguró Ma, y se levantó—. ¡O acercarse a mi hija!

—¡Sheila!

Ma tiró la servilleta en la mesa y miró a Pa.

—Quiero lo mejor para Lou. ¡No tiene que conformarse con Piet!

—¡Ma, por favor! —Me incliné sobre la mesa y le cogí el brazo—. Esperaré a que Piet salga. Pero no le he prometido nada más.

—¡Menos mal! —Ma cogió la servilleta y se la colocó en el regazo—. Tu padre conoce hombres respetables...

—Voy a ser enfermera —grité levantándome de la mesa bruscamente—. ¿Por qué nadie quiere escucharme? ¡No quiero ser la esposa de nadie! ¡Todavía no!

Salí corriendo, me metí en mi habitación y cerré la puerta de un portazo.

## C AMBIÓ LA ESTACIÓN.

Los vientos sudestes propios del verano empezaron a formarse detrás de Simonsberg y el sol inició su baile sobre la bahía, que había recuperado la vida. Aparté a Piet de mi mente y me centré en estar atenta al correo, como cuatro años antes. En los periódicos había noticias sobre un líder alemán que se llamaba Hitler, que quería conquistar tierras que estaban más allá de sus fronteras. Pa sacudía la cabeza al leerlo y se preguntaba qué pasaría con las rutas marítimas.

Ma no dijo nada más sobre Piet, ni sobre otros hombres respetables, ni sobre mis posibilidades de entrar en el hospital Victoria.

—Déjala —le susurraba a Pa—. Ya aprenderá por las malas.

Pero había gente que no era tan discreta como mi madre.

Mi futuro era la comidilla del barrio.

—¡El hospital Victoria no te va a aceptar! —dijo un día Vera entre carcajadas mientras recorríamos St George's Street luchando contra un fuerte vendaval de primavera—. ¡No malgastes tu tiempo! Y si no vas a dejar a Piet, dile que aguante allí sin crear problemas, para que podáis empezar a hacer bebés en cuanto salga. Eso es lo que él quiere, ¿no?

¿Es que las paredes del reformatorio tenían oídos? Aunque lo cierto era que Vera me sorprendía a menudo con esas intuiciones que tenía y que no dudaba en anunciar a los cuatro vientos.

—Yo aspiro a algo más...

—¿Por qué? —preguntó airada, con las manos en las caderas y el pelo azotándole la cara—. ¿Es que eres mejor que el resto?

—¡No, claro que no!

Eso era lo que pensaba todo el mundo: que yo me creía mejor que ellos.

Demasiado buena para Ricketts Terrace. Demasiado buena para Simon's Town.

—¡No te vayas! —gritaba la señora Hewson desde el escalón de su casa—. ¿Qué hay de malo en trabajar en la ciudad, entre la gente que conoces?

—Quiere progresar —le comentaba Susan a Lola mientras el bebé recién nacido mamaba de su pecho—, pero los lugares en los que se puede hacer eso solo aceptan a los blancos. Lou es lista, pero un poco prepotente.

—Puedes trabajar a jornada completa aquí —me ofreció el señor Bennett un día, entre los rollos de tela de la tienda Sartorial House—. Tú trabajas bien, nada que ver con ese novio tuyo. Cinco días a la semana, de ocho a seis, y los sábados hasta la una. Es mejor que cuidar niños o ser cocinera.

—No puedo aceptarlo todavía, señor Bennett. Me han hecho una entrevista para el acceso a los estudios de enfermería en el hospital Victoria.

—¿En el Victoria? —Elevó las comisuras de la boca—. Eres lista. Pero me parece que tienes la piel demasiado oscura...

Me mordí la lengua para no contestar a eso. ¿Es que en nuestro mundo nadie estaba dispuesto a poner en tela de juicio esas reglas sobre el color de la piel? Yo no podía luchar sola contra esa injusticia. La gente mayor y con más experiencia debería resistirse, abrir camino. Pero nunca se atrevían a dar la cara.

Aun así... si el gobierno de nuestro gran héroe de guerra, el general Smuts, de repente cambiaba de idea y erradicaba esa discriminación que hacía que los blancos siempre estuvieran en lo alto de la pirámide, los de color en el medio y los negros abajo, ¡entonces yo tendría una oportunidad! (se me aceleraba el corazón solo de pensarlo).

El hospital Victoria tendría que elegir basándose exclusivamente en los méritos. Pensé en escribir una carta:

«Estimado Primer Ministro:

¿Por qué debo ir siempre segunda?

¿Por qué usted debe ir primero?».».

DESDE QUE ENVIÉ LOS resultados de mi examen hasta que recibí la carta esta vez solo pasaron veintiocho días. La encontré bajo la puerta cuando llegué del colegio y me senté toda la tarde en la mesa de la cocina con ella delante,

sin abrir, esperando a que llegaran Pa y Ma a casa.

La espera mantuvo el sueño vivo unas cuantas horas más.

—Prepárate —me advirtió Ma cuando cogí el sobre con el emblema—. Has hecho todo lo que has podido.

—Estamos orgullosos de ti, Lou —añadió Pa para animarme, rodeándome los hombros con un brazo—. Has sacado mejores notas que tu madre y yo en el colegio. Mucho mejores.

Estimada señorita Ahrendts:

Tenemos el placer de ofrecerle una plaza para formarse como enfermera en el hospital Victoria, con la condición de que supere un periodo de prueba de tres meses.

—ME HAN ACEPTADO . —TIRÉ la hoja de papel por los aires y me eché a llorar—. ¡Me han aceptado!

Llevaba tanto tiempo preparándome para la negativa (y para mantener la cabeza alta a pesar de ella) que cuando llegó la aceptación lo único que pude hacer fue llorar. Al fin, aunque fuera entre lágrimas, había logrado mi escurridiza venganza tras todas las murmuraciones que había soportado, aunque fingía que no las oía, y tras todos los años que había esperado a que me examinaran y me dieran el visto bueno.

—¡Esa es mi niña! —Pa me cogió en brazos y me hizo girar en el aire—. ¡Cómo no te iban a aceptar!

Ma cogió la carta. Leyó las palabras moviendo los labios, atónita.

Señorita Ahrendts, usted va a ser nuestra primera estudiante de enfermería de color y tenemos la obligación de insistir en la necesidad de que ponga toda su concentración y dedicación en su formación. Si no logra alcanzar los estándares necesarios en cualquier punto de la misma, será expulsada del programa.

—¡SACA EL OLD BROWN! —gritó Pa—. ¡Vamos a invitar a todo el barrio!

Me dejó en el suelo y buscó por la cocina el jerez y unos vasos.

Ma se arrodilló delante de mí, me cogió las manos y las besó.

—¡Muy bien, hija mía! —exclamó entre lágrimas—. ¡Valiente e insensata

hija mía!

Me limpié la cara con la mano y la atraje hacia mí, acariciándole el pelo en sortijado. Tranquilizándola. En un instante, y gracias a las palabras de una hoja de papel, Ma y yo habíamos cambiado los papeles...

—¿Qué es todo ese alboroto, Solly Ahrendts? —preguntó la señora Hewson, asomando la cabeza por la puerta principal—. Lo he oído desde mi casa, y eso que estoy medio sorda.

—¡Es por Louise! —Ma se enjugó los ojos y se puso de pie—. ¡La han aceptado en el hospital para ser enfermera!

La señora Hewson entró cojeando y señaló a Pa sacudiendo un dedo, mientras él servía generosamente en los vasos.

—Fíjate en lo que has criado, Solly. Ahora puede que llegue incluso más lejos que tú. —Después se volvió hacia mí y me dio una palmadita en la cabeza—. Mucho cuidado, jovencita —advirtió—, el mundo de ahí fuera está lleno de pecados.

Y yo me eché a reír sin dejar de llorar.

—Pero dicen que es un lugar lleno de emociones también.

Ella aceptó un vaso que le pasó Pa y lo alzó.

—Ahora a por peces más grandes. Ya no necesitas seguir corriendo tras ese inútil de Piet.

—¡ENFERMERA AHRENDTS!

—¿Sí, enfermera jefe?

—La directora quiere verla. Inmediatamente.

Me quedé de piedra.

—¿Enfermera?

Pasé el período de prueba y aprobé los exámenes con buenísimas notas. Había demostrado de todas las formas posibles que era tan buena, o incluso mejor, que las enfermeras que tenían un color de piel más pálido que el mío y de repente... Las palabras de Ma resonaron en mis oídos: «Ya deberías saberlo a estas alturas».

—¿Enfermera? ¿No se encuentra bien?

—Sí, enfermera jefe. Ahora mismo voy.

Inspiré hondo, me enderecé el delantal y salí decidida de la sala de los pacientes. Mis tacones resonaban contra el suelo pulido. Nunca hay que correr, repetía siempre nuestra tutora. Las enfermeras caminan, rápido si hay una emergencia, pero nunca corren.

¡Y jamás van descalzas!

Nunca antes en mi vida había tenido los pies encerrados durante un período tan largo.

Habían pasado dos años desde que crucé por primera vez, intimidada, por esos pasillos, una nerviosa chica de dieciocho años con una piel oscura que destacaba más de lo que había destacado en Simon's Town (o al menos eso me parecía a mí). La enfermería era más un arte que una ciencia, igual que lanzar piedras rebotando sobre la superficie del mar. Podías aprender la mecánica de cómo arreglar huesos rotos, pero la verdadera curación era algo totalmente diferente. En esos dos años aprendí las habilidades prácticas, pero

también algo mucho más emocionante: encontré un instinto que estaba más allá del libro que la tutora nos hacía machacar una y otra vez. Mis compañeras se preguntaban por qué las heridas de mis pacientes se curaban antes que las de los suyos o cómo era capaz de poner en práctica el entrenamiento de una forma tan eficiente al atender una urgencia. La tutora lo sabía, pero nunca decía nada. Tal vez era algo que venía de Dios, como lo de las piedras. Tal vez Él había decidido que me merecía un respiro.

Pero mi arte no era suficiente para los que me rodeaban.

—¿Por qué está ella aquí? ¿Es que no hay hospitales para gente de color?

—¡Es increíble! ¡Ocupando el lugar de una blanca! —exclamaba la enfermera Phipps, echándose atrás el pelo rubio con un movimiento de cabeza, y después me daba un empujón para pasar por mi lado.

Esas quejas, que no se molestaban en expresar en voz baja, me seguían como la niebla a los vientos sudestes, sobre todo cuando quedó claro que no iba a tener el buen juicio de fracasar y salir corriendo, con el rabo entre las piernas, de vuelta a la comunidad pobre de la que había salido. Había veces en que me parecía que casi me aceptaban (un asentimiento de reconocimiento, una alabanza), pero al momento siguiente todo se quedaba en nada.

—Buen trabajo, enfermera. Pero hemos elegido a la enfermera Mullins para el acceso a la formación avanzada. Ya puede irse.

Estaba atrapada entre el éxito y el ostracismo. Tuve que construirme una fachada para la gente de Simon's Town, porque ellos solo veían el éxito.

—He encontrado mi sitio —contaba alegremente cuando me daban permiso para ir a casa y Ma se sentaba en el extremo de la cama a escuchar las historias de mis logros con admiración—. ¡Allí me quieren! ¡Saben que soy buena!

—Está bien, pero no te relajes —contestaba ella. Tras todos sus recelos anteriores, en los últimos tiempos Ma había desarrollado una poderosa determinación en lo que a mí respectaba—. ¡No les des oportunidad de cambiar de idea!

Piet, que ya había abandonado el reformatorio y hacía lo que podía por salir adelante, no me preguntaba por mi carrera, solo envidiaba el dinero que me pagaban. Le contaba muy poco sobre mi trabajo, era más fácil así. No

porque no quisiera mentirle, como a Ma, sino porque estaba claro que mis perspectivas, incluso con toda la oposición a la que tenía que enfrentarme, eran mucho mejores que las suyas. Me decía a mí misma constantemente que debía darle tiempo y no decepcionarme por su falta de progresos. Él, por su parte, no dejaba de presionarme para que nos casáramos y estableciéramos un compromiso firme.

—¿Cuánto más voy a tener que esperar, Lou?

Por raro que pueda parecer, cuando más me costaba encajar, más respeto tenía por la directora. Había sido lo bastante valiente para ofrecerme esa plaza. Me preguntaba constantemente si todavía estaría soportando críticas por ello. Tal vez me llamaba a su despacho porque había decidido que ya no merecía la pena aguantar tanto por mí.

Me toqué la cofia para asegurarme de que estaba bien y llamé a la puerta.

Debía mostrarme agradecida, no enfadada.

—Adelante.

La directora era la misma señora de pelo gris acero que me entrevistó para evaluar mi rectitud moral y si mi comportamiento era el adecuado. Abrió una carpeta marrón que había sobre su mesa y levantó la vista. Me recorrió con la mirada, desde mis zapatos blancos inmaculados hasta la cofia, pasando por la pechera del uniforme, y asintió. En opinión de la directora, un uniforme en su sitio era la base para una mente igualmente en su sitio, y una mente así era lo que caracterizaba a una enfermera eficiente.

—¿Es usted originaria de Simon's Town, enfermera?

—Sí, directora.

Si no era algo del trabajo, ¿es que se había enterado de lo de Piet? ¿Lo iba a utilizar a él como excusa? La falta de rectitud moral de mi novio... No había hablado de él ni una sola vez, ni siquiera con las compañeras que me miraban con la suficiente buena voluntad como para reconocer que yo era igual que ellas.

La directora se quitó las gafas y las puso sobre la mesa.

—Al hospital de False Bay de Simon's Town le falta personal, enfermera. ¿Le gustaría que la trasladáramos allí hasta la finalización de su formación?

El corazón me dio un vuelco. ¡Seaforth! El agua fresca, la arena entre los dedos de los pies...

—Me encantaría, directora.

Desde mi diminuta habitación en la parte de atrás de la residencia de enfermeras de Wynberg no se veía la subida y bajada de la marea, ni los efectos del primer soplo suave del sudeste sobre la superficie del agua.

La directora se volvió a poner las gafas y me miró por encima de ellas.

—Tendrá que hacer las mismas pruebas que las enfermeras de aquí y completar una formación idéntica. —Su voz se volvió más dura—. Esperamos por su parte el mismo nivel de compromiso que ha mostrado en este hospital, enfermera.

—Sí, directora. Seguiré esforzándome.

¿Lo que estaba haciendo era salvarme del personal inflexible que había allí?

—Muy bien. —Cerró la carpeta—. Continuará aquí para terminar sus tareas hasta final de semana y después se trasladará. La residencia de enfermeras de False Bay puede proporcionarle alojamiento si no tiene.

—Gracias, directora, pero en ese caso podré volver a mi casa. Mis padres viven cerca del hospital y puedo ir caminando al trabajo todos los días.

—Entonces seguro que este traslado le vendrá muy bien. —Me miró con una leve sonrisa—. Buena suerte, enfermera.

Se levantó de la silla.

Esperé a que me dijera que podía irme, pero me dio la impresión de que estaba considerando decir algo más.

—Va a ser la primera enfermera local en trabajar en False Bay. —Volvió a mirarme de arriba abajo—. Tenga mucho cuidado de mantener la conducta apropiada con sus pacientes. La familiaridad no debe comprometer su conducta en ningún caso. Si se dan las circunstancias apropiadas, tiene madera para desarrollar una carrera prometedora. Ya puede volver a su trabajo.

Me obligué a mantener la expresión neutral.

¿Quería decir que, siempre y cuando me comportara, me tratarían mejor cerca de casa y así podría progresar más? ¿Que encontraría allí gente que me aceptaría de verdad?

¿O se trataba solo de que el otro hospital estaba tan desesperado por la falta de personal que aceptaría cualquier enfermera, incluso una que no era

blanca, y que mi traslado le estaba evitando a la directora el fastidio de tener que estar constantemente defendiendo su decisión de aceptarme en un principio?

Estaba claro que era una experta en encontrar razones para mi marginación.

Pero podía vivir con cualquiera de esas opciones a cambio de la maravilla de ver el mar todos los días.

—Buenas tardes, directora.

Salí, cerré la puerta y tuve que contenerme para no ir dando saltitos por el pasillo o, peor, echar a correr.

**P**IET Y SU amigo Abie arrastraron la barca hasta dejarla varada en la arena de Seaforth. Faltaba poco para la marea de primavera y en el pasado esa marea había arrastrado muchas barcas que no estaban bien atracadas. Abie cogió su parte de la captura y subió por las dunas cubiertas de hierba.

Piet levantó la vista.

El viento del norte seguía azotando. Ya se veía una borrasca emborronando el horizonte por encima de Fish Hoek y Elsie's Peak, difuminando la tierra marrón, la montaña verde y el cielo azul, que había adoptado un tono gris opaco. No había nubes alrededor de Simonsberg, cuyas laderas estaban llenas de proteas con los capullos bien cerrados, protegidos a la espera de mejor tiempo.

—¿Cómo ha ido la pesca, Piet? —Amos Philander bajaba la cuesta desde su casa.

Amos ya no salía en la barca. Era por las piernas, decía. No podía recoger las redes, ni tenía fuerza suficiente para mantener el equilibrio en la cubierta que no paraba de zarandearse. La pesca la hacía Piet.

Pero no iba a ser así siempre.

Cuando Piet salió del reformatorio, volvió al colegio e intentó acabar los estudios. Pero era mayor que sus compañeros de clase y pronto quedó claro que, incluso aunque lograra aprobar los exámenes, nunca iba a conseguir convencer a alguien para que lo contratara por culpa de sus antecedentes de ladrón. Solly Ahrendts intentó recomendarlo, pero no le dieron la oportunidad de entrar como aprendiz, ni siquiera pudo solicitarlo. Así que dejó el colegio y se puso en la cola que se formaba a la puerta de la reina Victoria del astillero para hacer trabajos pesados. Pero ahí también lo rechazaron.

Durante todo ese tiempo su padre no paraba de quejarse y de decir que Piet solo valía para pescar y que debería estar agradecido incluso de que le dejara limpiar el fondo de la barca, mucho más de que le permitiera heredarla. El tío Den intentaba mantener la paz. Y Louise siguió diciéndole que lo quería, pero que no quería casarse ni tener un bebé hasta que fuera enfermera titulada.

—Bien —gruñó Piet en respuesta a la pregunta de su padre y se tocó el bolsillo donde tenía el dinero que le habían pagado—. Suficiente para comprar comida.

Así que allí había acabado.

Otra vez inmerso en la terrible rutina de ganar lo justo para comprar comida, la medicina que el tío Den necesitaba para su espalda enferma o algún par de zapatos de segunda mano cuando el único que tenía se pudría por culpa del salitre. Pero no había ni un céntimo para alcohol. Y ahí residía parte del problema: Amos, jubilado y obligado a permanecer sobrio, se pasaba el día amargado, repitiendo una y otra vez sus quejas sobre ese hijo que tanto le había decepcionado. Era cierto que en la casita encima de Seaforth ya no se oía el ruido de las cosas que se rompían durante las borracheras de Amos, como durante la infancia de Piet, pero lo que lo había sustituido era un silencio hosco que se instalaba entre los tres hombres y hacía que Piet se pasara la mayor parte del tiempo en la playa arreglando las redes o calafateando grietas de la barca.

Cuando intentaba convencer a Louise de que cambiara de opinión, prometiéndole que tomarían precauciones para evitar que tuvieran un bebé antes de que ella acabara de estudiar, lo primero que preguntaba ella era dónde iban a vivir.

—En mi habitación, Lou, en la parte de atrás de la casa. A mi padre y al tío Den no les importará.

—¡Pero no se ve el mar desde ahí!

La casa de los Philander no tenía vistas por ninguna parte, porque estaba escondida detrás de un grupo desordenado de viviendas que iban bajando hasta la costa.

—¿Y qué importan las vistas si estamos juntos? —contestaba Piet, desesperado por ella, por su cuerpo.

Pero al parecer sí que importaban. Y cuando Louise intentó explicarle que sus vidas se verían reducidas a una habitación trasera atestada, mientras que en su casa tenía la ventaja de un salón donde la puerta y las ventanas daban a la deslumbrante bahía, metros más abajo, Piet se quedó perplejo.

Y se puso furioso.

Tal vez no eran las vistas, ni tener que compartir la casa con Amos y el tío Den, ni el riesgo de tener que interrumpir su formación. Tal vez era que ella no quería ser su esposa y punto y no sabía cómo decírselo sin disgustarlo.

Pero él no la iba a dejar ir así sin más, sin pelear.

Ella era suya.

**M**E CERRÉ BIEN la capa del uniforme de enfermera. La ciudad llevaba toda la mañana cubierta por una niebla fría que venía del mar y su efecto lo empeoraba el sonido de la sirena antiniebla cuyos aullidos, que parecían un canto fúnebre, resonaban en toda la bahía y rebotaban contra la oculta Simonsberg.

Y lo cierto era que se trataba del sonido más apropiado, dadas las noticias.

La directora del hospital de False Bay nos reunió a todas en cuanto llegamos para decirnos que se iban a tomar medidas para declarar Simon's Town un puerto cerrado; el personal tendría que enseñar sus documentos de identificación y autorizaciones válidas para que les permitieran el acceso al tren en Fish Hoek. Sin excepciones. En el Almirantazgo ya estaban colocando persianas de oscurecimiento en las ventanas.

Me detuve de camino a la residencia de las enfermeras, intentando ver algo en medio de las tinieblas. Las casitas desvencijadas de Seaforth quedaban ocultas, pero Ricketts Terrace se veía entre los jirones de niebla, como un friso fantasmagórico encaramado en la montaña, a la espera de su primera noche de oscurecimiento. Esa mañana, cuando salí a trabajar, la mezquita estaba más llena de lo habitual y Ma me dijo que la noche anterior había habido una vigilia de oración en la iglesia de St Francis a la que también asistió mucha gente y que el ministro rezó para que la guerra fuera corta. Pa llevaba semanas contando que en el astillero se decía que era solo cuestión de tiempo. También decía que la confianza estaba extrañamente bajo mínimos.

—¿Por qué? —se preguntaba—. Tienen la mejor Marina del mundo. Deberían atacar ellos primero. ¿Os lo imagináis? ¡El *HMS Hood* podría darle un buen *donner* a la flota de Hitler antes incluso de que a los suyos les diera

tiempo a quitarles las lonas a sus cañones!

Pero ese día ninguna guerra inminente, ni siquiera esos tentáculos de niebla que se iban extendiendo como la tela de una araña, podían estropearme a mí el buen humor.

El cambio se produjo despacio al principio, pero después todo fue rodado. Una palabra por aquí, una mirada por allá.

—Estamos encantados de que haya decidido venir al hospital y unirse a nosotras, enfermera —me dijo la jefa de enfermeras unas pocas semanas después de que llegara, tras llevarme aparte—. Espero que la hayan hecho sentir bienvenida aquí.

—Sí, gracias. —Dudé un segundo—. Más de lo que me esperaba incluso. Enarcó una ceja, pero sonrió.

—Excelente.

—¡Lou! —gritó Vera desde detrás de mí—. ¿Vas a escuchar las noticias de la radio?

Tenía el pelo, que normalmente llevaba cardado, pegado a la nuca por la humedad.

—Sí. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Seguramente solo podrán ir las enfermeras, no las limpiadoras... —dudó, toqueteándose la falda.

Vera me perdonó mi ambición cuando comprobó adónde me había llevado y las recompensas que me había traído. Un uniforme elegante. Un sueldo mucho más alto que el de una limpiadora. Un cierto respeto, incluso.

—Es la guerra, Vera. No te van a echar de allí si vienes.

—¿Y nuestros chicos tendrán que ir a luchar? —preguntó Vera intentando arreglarse el pelo—. ¿Y cómo vamos a salir por las noches si hay oscurecimiento?

—Supongo que todos vamos a tener que luchar, cada uno a nuestra manera.

Abrí la puerta de la residencia de enfermeras. Ella se ajustó el delantal y entró muy solemnemente detrás de mí. La sala común estaba llena de gente. Había enfermeras sentadas de dos en dos en las sillas, limpiadoras con sus delantales arremolinadas en los laterales y cocineras con su uniforme blanco encaramadas en los alféizares de las ventanas. Los celadores negros se

apoyaban en las paredes o estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas delante de la radio. La guerra ya estaba sacudiendo la pirámide tradicional. Un grupo de médicos que no estaban de turno, algo inseguros en ese bastión femenino, se apiñaban en el sofá desvencijado.

De la radio salieron unos crujidos. Desde miles de kilómetros de distancia llegó la voz de un hombre, vacilante al principio, pero que fue adquiriendo confianza poco a poco.

«En esta hora terrible...»

Todo el mundo se inclinó hacia delante, como si fuera a dar una noticia de última hora.

«Por segunda vez en las vidas de la mayoría de nosotros nos vemos en medio de una guerra...»

Sentí que a mi alrededor todo el mundo daba un respingo colectivo, que hundía la cabeza entre los hombros, como si la guerra anterior siguiera acechando, todavía cobrándose su precio. Yo nací al final de la Gran Guerra. Pa decía que esa debería haber sido la guerra que acabara con todas las guerras. Una de las enfermeras más mayores contuvo un sollozo. Un médico apoyó la cabeza en las manos.

«Manténganse tranquilos, firmes y unidos...»

Yo le rodeé los hombros con el brazo a Vera. Ella se apoyó contra mí. Al otro lado de la ventana un par de estorninos de alas rojas competían muy ruidosamente por los gusanos que asomaban de la hierba empapada.

«Con la ayuda de Dios, prevaleceremos...»

Durante unos minutos nadie se movió ni dijo nada. La sirena antiniebla llegó y desapareció entre las montañas que nos rodeaban. Los estorninos continuaron con su batalla privada, sin saber que el mundo había cambiado en el tiempo que ellos habían invertido en extraer otro gusano de la tierra. Entonces uno de los médicos se levantó, miró a su alrededor, asintió como si nos diera las gracias y se dirigió a la puerta.

—Deberías casarte con Piet ahora —me aconsejó Vera cuando salimos—. Con más barcos por aquí, hará falta mucho más pescado. ¡Va a ganar mucho dinero! —Me dio un golpecito con el codo—. ¡Cásate con él rápido antes de que venga otra y te lo quite!

Tuve que reprimir unas ganas locas de echarme a reír. Vera, por muy

frívola que fuera, era implacablemente práctica: si la guerra significaba dinero, entonces había que utilizarla como trampolín hacia el matrimonio. Pero yo no necesitaba un hombre que me mantuviera. Ma siempre soltaba una exclamación ante lo novedoso de esa situación y pensando en el peligro inherente a tener una hija independiente. ¿Quién iba a querer a una chica así? Sobre todo una que ya se acercaba a su vigésimo primer cumpleaños...

—¿Lou? —Vera entrelazó su brazo con el mío y adoptó un tono pícaro—. Todavía lo quieres, ¿no, Lou?

¡Y la guerra solo iba a servir para aumentar mi independencia! Me frené en seco. Con todos esos fríos cálculos no me estaba diferenciando mucho de Vera.

—¡Lou!

Tal vez incluso podría ahorrar para comprarme una casita propia...

Vera se paró y me miró irritada, con las manos en las caderas.

—Cumplió su pena. Deberías decírselo si ya no lo quieres. —Se encogió de hombros—. Siempre hay alguien a la expectativa. Yo le tengo echado el ojo a Abie.

—Quiero que a él le vaya bien, que tenga éxito en algo —expliqué levantando la voz para que me oyera por encima del estruendo de la Cascada del Almirante.

Había prometido esperar, pero ya estaba cansada de eso. Aunque tampoco podía dar el paso definitivo. La culpa seguía estando ahí. No lo salvé entonces, así que tenía que darle más tiempo para que se salvara él.

—¡No esperes demasiado! O al final te dejará él a ti —dijo Vera con una carcajada, y después levantó un dedo por encima de su cabeza y lo sacudió. Un momento después se fue en dirección a las cocinas bamboleando las caderas bajo una falda más corta de lo que estipulaban las normas.

La vi alejarse y después me giré para seguir el camino en la otra dirección.

—¿Enfermera Ahrendts? —La enfermera jefe Roberts me llamó desde la entrada lateral del ala inferior.

A lo lejos una tormenta estaba avanzando por la costa de Fish Hoek, difuminando la frontera entre la montaña y el cielo. Mis zapatos chapotearon en el barro cuando crucé por la zona de hierba. Un par de pintadas gordas pasaron corriendo, con las crestas estremeciéndose y los flancos moteados

brillando por las gotitas de agua.

—¿Sí, enfermera jefe?

—Perdone, sé que ya ha acabado su turno, pero quería pedirle que ayudara a una de las auxiliares con un vendaje en la mandíbula.

—Claro, enfermera Roberts.

Oculté una sonrisa. La directora del hospital Victoria me había hecho un gran favor. Poco a poco, una persona tras otra, en el hospital de False Bay estaban aprendiendo a valorar mis capacidades en vez de a despreciar mis orígenes.

—Espléndido. Sala dos. Cuando termine, puede irse, naturalmente. —La enfermera jefe Roberts me miró de arriba abajo—. Estoy segura de que querrá volver a su casa...

Le costó decir la palabra «casa», como si el estallido de la guerra ya estuviera amenazando sus paredes, invadiendo su corazón y poniendo en riesgo su valor. Como si las casas, por humildes que fueran, ya nunca volvieran a ser tan seguras como antes.

**A**NTES DE QUE te des cuenta, pensó Piet exultante mientras iba corriendo por St George's Street; el astillero era zona de guerra, patrullada por la policía militar, y bullía con una urgencia que Piet estaba deseando compartir. Montones de barcos (demasiados nombres para que Lou pudiera recordarlos, incluso aunque no fueran secretos) llegando y yéndose con prisa por repostar combustible y por que les hicieran reparaciones. El taller de Solly Ahrendts había tenido que doblar turnos. Y de repente Piet también se iba a beneficiar. Sin importar los robos, el reformatorio, ni su caída en desgracia.

¡A sus Señorías no parecía importarles!

La guerra había hecho borrón y cuenta nueva.

—¡Lou! —fue corriendo hasta la puerta de la reina Victoria, donde Louise estaba esperando a su padre bajo el sol menguante de la tarde, y se agachó para besarla.

Ella se ruborizó y se apartó.

—¡Que llevo el uniforme, Piet!

Él se miró. Debería haberse arreglado un poco. Todavía llevaba la ropa de pescar: un jersey rojo demasiado grande y unos pantalones sueltos. Iba descalzo. Como solía ir ella tiempo atrás.

—Te estaba buscando. ¡Tengo noticias, Lou!

—¿Ah, sí?

—¡He conseguido un trabajo de verdad! —Se pasó los dedos por el pelo, nervioso, y después la agarró por los hombros.

Ella se revolvió bajo sus manos.

—¿Qué trabajo?

—¡Es la guerra! —gritó él. Los guardias de la puerta se volvieron y lo miraron con el ceño fruncido—. Se han quedado con nuestra barca;

requisada, así lo han llamado. Voy a pescar para la Marina, ellos me van a ayudar a arreglar la barca y —entonces bajó la voz porque podían anular el trato si lo anunciaba a los cuatro vientos— ¡me van a pagar incluso aunque no pesque nada!

—¡Eso es genial! —Louise le cogió la mano y se la apretó—. Pero... —Se apartó y lo miró detenidamente—. Sigues odiando pescar, ¿no?

—No tanto como odio ser pobre —contestó Piet sonriendo.

Ojalá pudiera estrecharla entre sus brazos, apoyar la mejilla contra el algodón de su cofia de enfermera y sentir su cuerpo latiendo contra el suyo a pesar del uniforme almidonado que la cubría, tieso, desde el cuello hasta la rodilla. Le dieron ganas de decir: «Vamos a nadar. Vamos a Seaforth y bucearé para buscarte esqueletos de erizos de mar como hacía antes y hace muchísimo que no hago. Y tu pelo se liberará de esa cofia ridícula, se expandirá por el agua como si fuera de seda y todo será como antes...».

—¿A qué se debe esto? —preguntó Solly, que salía por la puerta.

—Tengo un trabajo de verdad, señor Ahrendts —exclamó Piet triunfante—. Le voy a suministrar pescado a la Marina.

—¡Qué bien! —Solly le dio una palmadita en la espalda—. Qué buenas noticias. ¡Sigue así! —Miró a su hija, que se ruborizó bajo esa cofia blanca—. ¡Deberías estar orgullosa de Piet!

—¡Claro que lo estoy! —Ella lo miró y le sonrió, la parte de atrás de su cofia moviéndose contra su nuca—. Además, yo también tengo noticias. Me van a trasladar temporalmente del hospital de False Bay.

—¿Adónde? —preguntó Piet inmediatamente.

¡A Ciudad del Cabo no!

¡Allí no!

Lou iba a conocer a gente elegante y él no podría mantenerla a su lado, ni siquiera con el dinero extra que iba a ganar gracias a la guerra...

—¡Aquí! —Señaló hacia el viejo funicular y el grupo de edificios que destacaban en la montaña—. ¡Al Hospital Naval!

Piet se quedó con la boca abierta. En ese hospital solo trabajaba personal británico. A los locales únicamente los contrataban para traer pedidos o planchar.

—¡Esa es mi niña! —gritó Solly, que abrió los brazos y envolvió a Louise

con ellos, lleno de orgullo.

El humor de Piet se chafó en un segundo. Justo cuando creía que podría ponerse a su altura, ella daba otro salto. Como un *klipspringer*, siempre un salto por delante de él. Eso no estaba bien.

Louise se separó de su padre y se volvió hacia él.

Piet forzó una sonrisa mientras ella dejaba que la abrazara. En esa época llevaba el pelo recogido bajo la cofia en una especie de moño que dejaba su delgado cuello al aire. Los hombres la miraban con codicia, como habían hecho siempre. Ella no lo sabía, pero él había tenido que enfrentarse a un par de ellos y agarrarlos por la garganta porque la miraban demasiado tiempo o con demasiada intensidad. Solo a modo de advertencia. Incluso aunque ya se estuvieran alejando, todavía babeando por Lou, y no lo vieran venir...

—¡Hay que celebrarlo! —exclamó Solly, ignorando las miradas curiosas que le dedicaban los marineros que entraban y salían por la puerta de la reina Victoria—. ¡Vamos a contárselo a tu madre, Lou! —Cogió a su hija del brazo y se giró para cruzar St George's Street—. ¡Ven con nosotros, Piet! —exclamó haciéndole un gesto por encima del hombro.

—¿Seguro?

Igual que Amos, la señora Ahrendts no le había perdonado.

Puede que, si no le quedaba más remedio, lo invitara a cenar, pero sería con *lang tande* ... es decir, a regañadientes.

Pero ese trabajo lo iba a cambiar todo.

Gracias a él podría demostrarle que era lo bastante bueno. Podía insistir más para que Louise se casara con él, porque con dos salarios podrían buscar su propia casa, una que tuviera vistas, lejos de su padre y sus continuas quejas. Y, una vez que estuvieran establecidos, mientras la guerra siguiera rugiendo y el dinero del pescado llegando, ella podría dejar de trabajar y tener a sus bebés. No podrían hacer todo eso inmediatamente, claro, tendrían que irse a vivir a casa de Amos por un tiempo hasta que encontraran la casa que querían...

—¡Claro! —Solly acompañó triunfante a su hija hasta el otro lado de la carretera, por la que se acercaba un convoy de camiones haciendo mucho ruido—. La vida no te da una alegría todos los días. ¡Y hoy os la ha dado a los dos!

—Cierto —contestó Piet riendo.

—¡Pues no desaproveches la oportunidad! —Solly miró a Piet por encima de la cabeza de Louise.

Claro que no la iba a desperdiciar, pensó Piet sonriendo para sí mientras cruzaba corriendo la carretera.

Era dinero fácil.

Cuando la Marina Real fue a buscarlo, él no lo dudó.

Sin decírselo a Amos, firmó como si la barca fuera suya. Aseguró que él era el patrón y aceptó pescar para la Marina durante todo el tiempo que durara la guerra. La Marina se comprometió a arreglar las grietas del casco y a darle maromas nuevas. Él ganaría un sueldo fijo, pescara lo que pescara (Sus Señorías ignoraban extrañamente el volumen de las capturas que se hacían a nivel local y Piet no tenía ningún interés en ilustrarles), y al final de la guerra tendría una barca en condiciones que podría vender si le apetecía hacer otra cosa con su vida. O simplemente si quería dejar de trabajar.

Amos, sus quejas y su reticencia a traspasarle la propiedad de la barca habían quedado eludidas gracias a la guerra. Si alguien hacía preguntas, Piet podría decir que no tuvo elección. La requisa había sido una imposición.

Era la oportunidad (y el reconocimiento) que le habían negado durante tanto tiempo.

—¡ENFERMERA! ¡ENFERMERA AHRENDTS!

Dejé la sábana que estaba doblando y salí apresuradamente del almacén de la ropa de cama. A la enfermera jefe Graham no le gustaba que la hicieran esperar. Ella contabilizaba el tiempo de respuesta en segundos.

—Arregle la número cuatro. El médico vendrá pronto para hacer la ronda y no puede haber una cama sin hacer. Y quiero esquinas de hospital en las sábanas, enfermera, esquinas de hospital...

Desde fuera llegó una competición de cacareos de las pintadas.

La enfermera jefe dejó la frase sin terminar. Hice un esfuerzo por mantener la expresión neutra. La mayoría del personal británico no había estado nunca antes en África y, para su horror, nuestra península estaba repleta de especies extrañas. En su opinión, los peludos babuinos que campaban por las laderas empinadas de las montañas eran los peores. A veces jugaban a perseguirse por encima de los tejados de la sala del hospital o intentaban bañarse en el tanque de agua. «¡Fuera! ¡Largaos!», les gritaban los camilleros, y daban palmadas para espantar a los animales, mientras las enfermeras extranjeras salían huyendo.

Miré alrededor buscando a la auxiliar de enfermería que se encargaba de las camas, pero no se la veía por ninguna parte. Bueno, pues nada. No tenía sentido enfrentarse a la enfermera jefe, sobre todo porque seguía viéndome como una intrusa (en este caso no porque no fuera lo bastante blanca, sino porque no había realizado la formación en Gran Bretaña).

«Estoy segura de que no será lo bastante buena», la había oído decirle entre dientes a la directora, pero fingí que no me había enterado de lo que había dicho.

—Sí, enfermera jefe.

¿Algún día llegaría a estar en un lugar en el que me aceptaran del todo?

«No cuentes con ello», me dije, dirigiendo la mirada respetuosamente al cuello de la blusa de la enfermera jefe.

—La número ocho necesita que le cambien el vendaje —continuó cuando el alboroto de las pintadas dejó de oírse.

Para esa enfermera los pacientes no alcanzaban el estatus de seres humanos y por eso siempre los identificaba por el número de cama.

—Sí, enfermera jefe, —respondí, ya mirando cómo su espalda muy bien almidonada iba alejándose.

LA RIGIDEZ DE LA disciplina de la enfermera jefe quedó rápidamente equiparada con la deprimente naturaleza de mi trabajo en el Hospital Naval. Estas no eran unas instalaciones civiles con su cuota rutinaria de amígdalas y piernas rotas. Esto era ser una enfermera al límite todo el tiempo.

—¿Señorita? —llamó el marinero Wills desde la cama número tres.

Un acorazado de bolsillo alemán había hundido su barco en el océano Índico. Su piel y su pelo seguían rezumando de forma cáustica glóbulos de aceite, y eso que ya hacía semanas que lo habían rescatado del mar en llamas.

—¿Me da un poco de agua, enfermera?

Me incliné y le acerqué el vaso a la cara destrozada. Parecía que no había límite en cuanto al número de formas en que la carne podía rajarse por culpa de las esquirlas de los proyectiles; a veces las heridas eran en zigzag, pero normalmente eran limpias, como si un cuchillo hubiera atravesado una sandía. Ese era el lado de la guerra del que no se hablaba en los periódicos, las batallas que se libraban fuera de los focos. Y no había tiempo para la lástima: si nuestros pacientes no morían, lo que se esperaba de ellos era que soportaran como pudieran las heridas de su carne lacerada y volvieran al servicio activo. A pesar del horror que tenía que ver a menudo y de las dudas de la enfermera jefe sobre mi formación, eso era lo que había soñado desde que era pequeña, y mi sueño se estaba viendo cumplido, e incluso superado, gracias a la tragedia de la guerra (y la escasez de personal cualificado). Pero yo no era una ingenua. La oportunidad no iba a durar para siempre. Desaparecería cuando acabara la guerra.

—¿Enfermera Ahrendts?

Me erguí, atenta, junto a la cama sin hacer. El comandante médico se acercó, con la bata ondeando y el estetoscopio colgando del bolsillo.

—Voy a operar al encargado de señales Jamieson en breve. Cuando salga del quirófano, hará falta que alguien lo acompañe hasta que despierte. No quiero que se quede solo. —Se acercó y continuó—. La enfermera jefe Graham le daría un susto de muerte al pobre hombre, así que he sugerido que fuera usted quien lo hiciera.

—Claro, señor.

—Bien. —El médico me dedicó una sonrisa breve y cansada—. Puede continuar con sus tareas.

—Gracias, señor.

No era todo deprimente.

Mis pacientes, chicos jóvenes en su mayoría, eran indefectiblemente alegres. Había acabado adorando su cháchara, incluso aunque no siempre me sonaran las palabras que usaban (como por ejemplo «mamaíta» o «chaval») en esas cartas que yo les escribía, mis manos sustitutas de las suyas, que tenían vendadas. Y la situación del hospital, muy por encima de la bahía, presa constante de las trastadas de los babuinos, nos servía a todos, a los pacientes y al personal (aunque tal vez a la enfermera jefe Graham no), para sentir los ánimos renovados cada vez que mirábamos por alguna ventana o escuchábamos lo que pasaba en el tejado.

Durante unos minutos la guerra se desvanecía y el sufrimiento se aliviaba.

—¿Se mueren muchos pacientes? —me preguntó una noche Ma mientras fregábamos los platos en la estrecha cocina iluminada por velas de nuestra casita de Ricketts Terrace.

—A veces. —Le puse la mano en el hombro—. Pero nuestros médicos son listos y tenemos el mejor equipamiento, que ha venido directo desde Inglaterra. Si alguien puede salvarlos, esos somos nosotros.

—Creo que yo no podría hacerlo, Lou —respondió Ma, estremeciéndose—. Ver morir a esos chicos.

—Es mi guerra, Ma. —La rodeé los hombros con un brazo y apoyé la mejilla en su pelo—. Pa lucha por cada barco y yo por cada marinero. Veo más allá de sus heridas. Y me imagino cómo serán cuando estén curados.

Ma asintió y parpadeó para apartar unas lágrimas inesperadas.

—¿Y cómo te trata el personal?

—En general bien. —Dudé—. La enfermera jefe no está segura de que yo sea lo bastante buena, pero le voy a demostrar que sí que lo soy. —Reí y le pasé a Ma un plato sucio—. Por suerte, los médicos sí confían en mí.

—Eso es lo que tienen que hacer —dijo Ma muy seria, inclinándose sobre el fregadero—. La guerra no tiene tiempo para prejuicios por el color. Asegúrate de acumular buenas referencias, Lou. Las antiguas costumbres volverán cuando haya paz otra vez, recuerda lo que te digo. Los viejos hábitos nunca mueren.

—Bueno, están ofreciendo formación para ser enfermera jefe, así que, si accedo rápido, puedo obtener la cualificación antes de que termine la guerra y vuelvan esos viejos hábitos —expliqué sonriéndole a Ma.

Ella apretó los labios y añadió más agua caliente.

—¿Y Piet? ¿Qué le parece a él tu nuevo trabajo?

Metí los vasos en el armario que Pa había colgado encima del fregadero. Piet estaba orgulloso de mí y se mostraba ambicioso ante la posibilidad de que ostentara más poder, pero culpaba a mi trabajo de mi reticencia a comprometerme.

—Quiere que nos casemos y nos mudemos a la casa de Seaforth hasta que podamos comprarnos una para nosotros. —Miré a Ma—. Dice que podré seguir trabajando de enfermera.

Últimamente había cogido la costumbre de besarme y susurrarme al oído cuánto me necesitaba con una violencia que no había mostrado nunca antes.

—Hagámoslo ya, Lou —murmuraba con sus labios aplastando los míos y sus manos callosas agarrándome con fuerza la cintura—. No te dejaré embarazada. —Y apretaba todo su cuerpo contra mí.

—¡No! —Me contenía para no intentar zafarme de sus brazos y salir corriendo—. Me estás haciendo daño...

Era una versión de amor que era difícil apreciar. Y si accedía a acostarme con él y no encontraba ternura, sino solo esas mismas exigencias urgentes, yo no podría desvincularme tan fácilmente como Vera, por ejemplo, que ya había echado a varios novios de su cama. Yo era respetable. Si las chicas respetables entraban en el dormitorio de algún hombre, era porque esperaban casarse con él. Si no, quedaban para siempre marcadas como mercancía de

segunda mano. Ma me había enseñado bien.

—¿Y qué le dices tú? —Ma se me quedó mirando.

Me toqué la cara ruborizada con la mano.

—No quiero vivir con Amos y con Den. ¿Soy egoísta, Ma?

Pero no tenía nada que ver con el egoísmo. Ni con la culpa.

Contuve la respiración.

Era sobre todo por las personas en las que nos habíamos convertido.

—Yo no creo que quieras casarte con él en ningún caso, independientemente de dónde vayáis a vivir.

Las palabras de Ma cortaron el aire cargado de la casita como el metal caliente que había lacerado la carne del marinero Wills. Desde el astillero llegaban los sonoros golpes de los martillos mientras el último turno del taller de Pa se esforzaba por acabar las reparaciones del *HMS Dorsetshire*. La caldera, había dicho Pa.

Ma me dio una palmadita en la mano y salió de la cocina.

Yo colgué los trapos y comprobé que estuvieran bien echadas las cortinas. Los alemanes estaban al acecho en aguas de El Cabo, lo que significaba que el barrio tenía que ser muy riguroso con el oscurecimiento, sobre todo cuando había viento. Solo hace falta una luz olvidada para guiar al enemigo hacia el objetivo que buscan aquí abajo, solía advertir sacudiendo un dedo extendido Pa a nuestros vecinos, sobre todo al viejo Gamiel, que le prestaba más atención al brandy que a la guerra.

LAS PALABRAS DE MA se negaron a salir de mi cabeza y seguían resonando en ella incluso al día siguiente, mientras preparaba la sala para la ronda del comandante médico. Había que medicar a los pacientes siguiendo al pie de la letra las indicaciones que había junto a sus camas, todos debían ser capaces de responder preguntas, si estaban despiertos, y tener un pijama limpio recién puesto.

«Yo no creo que quieras casarte con él en ningún caso».

¿Cómo lo había sabido, cómo había adivinado mis pensamientos más íntimos? Si pudiera librarme de la culpa por haber descuidado a Piet, por no haberlo salvado...

Me centré en cambiarle el vendaje al cabo Hills (cama número ocho).

—Está curando bien, cabo. —Podía seguir con el dedo el irregular camino que había dibujado la metralla como si fuera escritura en braille—. Tenga paciencia y pronto estará como nuevo.

El joven intentó sonreír con los labios hinchados. Le iban a quedar cicatrices de por vida. Me pregunté si estaría casado, si su mujer se apartaría al verlas...

—Que Dios la bendiga, enfermera —dijo, y se acercó un poco con dificultad—. Por todo.

Se oyó un crujido en la radio que había en la sala y empezó la transmisión de los últimos informes de la guerra. Los pacientes que podían caminar se arremolinaron alrededor del aparato, deseosos de oír buenas noticias. Inglaterra seguía sola y amenazaban con invadirla. El señor Churchill, con la voz atronadora y desafiante, confirmó que se habían producido más hundimientos en el Atlántico. No dio cifras, pero si trabajabas en el astillero, como Pa, no costaba enterarse.

—El *Belfast*, el *Courageous*, el *Rawalpindi* ... —Pa recitaba regularmente los nombres de los barcos perdidos sin poder creérselo—. Medio millón de toneladas en los primeros tres meses de guerra, Lou, ¡incluyendo el *Royal Oak*! Un capitán consiguió colarse entre las redes antisubmarinos, escogió bien su objetivo y torpedeó al *Royal Oak* . ¡Y se ganó una medalla que le puso el propio Hitler!

Más cerca de casa, en nuestra frontera noroeste, siempre se cernía la sombra del África Sudoccidental alemana, sin duda un trampolín para acciones de agresión posteriores. Todos los días, después de que se realizara el mantenimiento de nuestras baterías costeras, se entrenaban para responder a una aproximación. No teníamos más defensas pesadas aparte de los barcos que había en el puerto. El astillero de Pa sería el primer objetivo, seguido de los edificios navales y los talleres.

—¿Enfermera? —El encargado de señales Jamieson hizo una mueca de dolor al cambiar de postura—. ¿Puedo levantarme?

Bloqueé en mi mente la posibilidad de verme en la obligación de tratar a alguna de las personas que quería.

—Mañana, encargado de señales. —Le cogí la muñeca para comprobarle el pulso—. Y podrá sentarse en el porche si hace buen tiempo.

—Es precioso lo que hay ahí afuera. Ojalá pudiera ir a la playa —dijo el chico con nostalgia, dejándose caer sobre la almohada.

Miré por la ventana. Un cielo cristalino, el sudeste a raya tras la montaña de Simonsberg, unas leves olas en la superficie del mar, las lapas, los caracoles marinos y las almejas asomando por encima de la marca de la marea alta. Sentí el pellizco familiar del primer amor.

Dejé la mano del chico sobre las mantas, pero, antes de que me diera tiempo a apartarla, él me cogió la mía.

—¿Enfermera? ¿Es cierto que si te acercas una caracola a la oreja se puede oír el mar en su interior?

—Sí, yo lo he oído alguna vez —dije sonriendo y soltándome de su mano.

Incluso se podía fingir que se trataba del susurro de alguien que te amaba.

Me acerqué a la última cama. El sargento Forbes. Pierna con tracción. Despierto, medicado. Me enjuagué la frente y me estiré la falda. Todos en mi sala estaban listos. Tal vez la enfermera jefe esta vez tuviera la deferencia de aprobar mi trabajo. Y en ese momento, no sé cómo, entre las vendas de las heridas, la cháchara sobre el recrudecimiento del conflicto y los ecos del interior de las caracolas, por fin tomé una decisión. Miré por la ventana una vez más y sentí que mi ánimo mejoraba. Estábamos en guerra, pero el sol seguía ascendiendo hacia su cenit y el color del agua iba pasando de turquesa a lapislázuli.

No había tiempo que perder.

Una vez creí que estaba siendo buena con Piet por decirle que lo seguía queriendo. Pero tal vez ese tipo de mentiras ocultaban una crueldad velada. La verdad era que el antiguo Piet había desaparecido y yo ya no quería a ese nuevo Piet tan colérico. También se había ido la chica a la que él enseñaba a hacer rebotar piedras sobre la superficie del agua, la que corría descalza por el asfalto ardiente para ir a su encuentro. Nuestra infancia en Seaforth nunca podría servirnos para superar el abismo que se había abierto entre los dos. Y ahora que él ya tenía un trabajo de verdad, no necesitaba que yo lo siguiera protegiendo.

—¡L OU! —ME LLAMÓ Pa cuando me vio cruzando el camino de entrada al salir del hospital tras terminar mi turno.

Se levantó con dificultad de la piedra donde estaba sentado. El marinero que estaba de guardia sacó la cabeza de la caseta, levantó una mano para saludar a Pa y cuando yo pasé a su lado hizo un saludo militar.

—Buenas noches, señora.

—¡Buenas noches! ¡No hace falta que vengas a buscarme, Pa! —Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla, curtida por los elementos—. No hace falta que subas toda la cuesta de la ladera después de trabajar. Puedo volver a casa sola.

—Ah, pero entonces no te enterarías de las últimas noticias. No te lo puedo contar en casa porque la noticia correría como la pólvora por todo el barrio en un segundo. Ya sabes que tu madre no sabe guardar secretos. Ven. —Pa puso aire conspirador y fingió que miraba alrededor para ver si alguien escuchaba—. Aquí solo pueden oírnos los babuinos.

—¿Cuál es la noticia?

Seguro que no era peor que las cosas que había estado oyendo últimamente.

Nos dirigimos a un camino que cruzaba la montaña en diagonal y desembocaba en Ricketts Terrace. Unas aves azucareras, con sus largas colas ondeando en la brisa como banderines, estaban posadas en las proteas que salpicaban la ladera.

—Es el acorazado alemán *Graf Spee* —dijo Pa en voz baja con satisfacción—. ¡Lo han hundido!

—¿Qué? ¿Ese es el que estaba atacando a nuestros barcos en el océano Índico? —El que había provocado las heridas del marinero Wills, quise

añadir. El que podía colarse en False Bay cualquier noche en busca de nuevas presas...

—Ese mismo. Y —Pa se acercó un poco— lo han conseguido el *Exeter*, el *Achilles* y al *Ajax*. ¡Por fin una dosis de venganza!

—¿Han muerto muchos?

—*Ja*, eso dicen. —La expresión de Pa se volvió lúgubre—. Un enfrentamiento terrible. El *Exeter* ha recibido impactos serios, directos a las torres delanteras. También el *Achilles*. Lo alcanzaron en la torre de dirección de tiro. Han ido a las Malvinas para que los reparen. Pero no digas nada hasta que no sea oficial. Cuidado que no se te escape nada, ya sabes.

—Tendré cuidado. —Me quedé mirando la bahía—. El *Ajax* y el *Achilles* han estado aquí alguna vez.

—Les reparamos los motores. Tengo su aceite en mis manos. ¡Deberíamos pintar una marca especial junto a sus escudos para señalar que han hundido a un acorazado! —Pa rio entre dientes—. Tenemos que hacer un brindis secreto por ellos, Lou. ¿Por qué no invitas a Piet a cenar? Ahora le va mucho mejor.

Eché a andar por el camino y Pa vino detrás de mí.

—Debes decidirte pronto, Lou-Lou. No puedes mantenerlo así para siempre. Ven, siéntate. —Pa señaló una roca a un lado del camino.

Me levanté la capa y me senté a su lado. La superficie resplandeciente se estaba cubriendo de crestas de espuma. Por encima de la neblina de las gotas de agua las Hottentots Holland Mountains se veían negras en el atardecer morado y despejado.

—No puedo perdonarlo, Pa —confesé—. Y no lo quiero. Ya no.

—¡Lou! —Pa me miró con la boca abierta—. ¡Ese chico es algo seguro! Ya no quedan muchos chicos buenos, al menos en Simon's Town no...

—¿Estás seguro de que Piet es bueno? ¿Cómo voy a poder confiar en él?

Pa se pasó una mano por el pelo, que ya le raleaba. Yo sabía lo que estaba pensando. Ninguna chica de allí en su sano juicio rechazaría a un chico así de seguro, ni siquiera después de que hubiera pasado un período turbulento. Tal vez chicas de barrios ricos que vivían en las calles con árboles, como los que había bajo Table Mountain, donde el dinero familiar podía camuflar cualquier decepción, pero no chicas de Simon's Town, donde el viento sacaba a la luz

los secretos de todo el mundo y el grupo de solteros disponibles era limitado y se iba reduciendo por momentos. Sonó un silbato y los dos nos quedamos mirando cómo el último tren de la tarde salía de la estación e iba rodeando la bahía. La locomotora escupía gruesas volutas ovaladas de humo. Si tenía que ser sincera (y al parecer había llegado el momento de serlo), no podía evitar admitir que en su momento me gustaba más el interesante viaje hasta el reformatorio que ver a Piet al llegar.

—Eres lista, Lou —dijo por fin Pa, con tono triste—. Y guapa. Las chicas listas y guapas pueden hacer lo que no está al alcance de otras chicas más tontas y menos guapas. Pero —entrelazó los gruesos dedos— si te muestras demasiado exigente, al final te verás sola. Atrapada en tu pequeño mundo, como dice la señora Hewson.

Estiré la mano para cogerle las suyas, que no dejaba de retorcer nervioso, y le obligué a parar ese movimiento. ¡Mi querido Pa! Igual que Ma, él no podía evitar tener miedo por lo que se avecinaba cada vez que yo decidía salirme del camino.

—Dicen que el *Graf Spee* lo hundieron ellos mismos —dijo Pa recuperando el tema de la guerra—. Porque no podía romper la línea de los británicos. Le está bien empleado a ese Hitler por empezar la guerra. —Suspiró e irguió la espalda—. Ten cuidado, Lou. Es lo único que te voy a decir. Ten cuidado de no tirar por la borda algo que luego vayas a lamentar. Si Piet se va, será para siempre. Y ahora vamos a casa. Tu madre se enfadará si la hacemos esperar con la cena.

Al otro lado de la bahía, un jirón de nubes coronaba la lejana Muizenberg Mountain, que parecía uno de esos merengues crujientes de los postres de Ma.

—¡Espera! —Estiré el brazo y lo detuve—. Hay algo más. No necesito casarme, Pa. Puedo ganar el dinero suficiente por mí misma. Y cuando termine la guerra, el mundo será diferente. ¡Estoy segura! Ya está cambiando. —Abrí los brazos intentando abarcar la ciudad que había a nuestros pies y todo el país que se extendía hacia el norte, como si yo fuera igual a todos los que habitaban en él. Y si trabajaba mucho, ¿por qué no iba a serlo?

Pa se me quedó mirando, desconsolado. Me levanté de un salto y lo abracé con fuerza, sintiendo su pecho fuerte y esos brazos que me habían transmitido

tanto amor toda mi vida. La visión de Pa no iba más allá de Simon's Town. Pero yo había empezado a ver un mundo más amplio, más generoso.

—No quiero casarme con nadie a menos que los dos podamos ser verdaderos compañeros y amarnos como iguales.

Pa no dijo nada.

Vi que el tren desaparecía por el flanco inferior de Elsie's Peak. Su estela de humo permaneció un momento en el aire y después se disolvió delante de la ladera. Entrelacé mi brazo con el de Pa y tiré de él para que continuáramos por el camino.

—No te preocupes por mí, Pa. Y no le digas nada a Ma aún.

—Como quieras. ¿Y Piet?

—Tendrá que encontrar a otra. —Miré hacia Seaforth—. Alguien que quiera a la persona que es ahora.

HASTA DONDE LE alcanzaba la memoria, Piet y sus compañeros pescadores siempre habían salido a pescar en Seaforth, pero en esos tiempos había un control de la Marina cerca de su lugar de pesca favorito en el que se revisaban todas las embarcaciones que se acercaban al puerto porque, con los insolentes alemanes a tiro de piedra de El Cabo, Sus Señorías no querían correr ningún riesgo. Incluso el enorme *Queen Mary*, todavía inconfundible a pesar de estar lleno de soldados y pintado del mismo gris que un acorazado, tenía que detenerse allí. Así que Piet y los otros pescadores cambiaron de lugar en la bahía y tiraban las redes desde Long Beach, en la costa frente a la estación de tren, bajo la mirada seria del Almirantazgo con sus pilares blancos.

Fue la combinación del ferrocarril y la cercanía del Almirantazgo lo que le dio una idea a Piet.

¿Y si pudiera sacarle beneficio doble a su pescado?

¿Y justo bajo la nariz del almirante?

La Marina le pagaba para salir todos los días adonde el fondo marino se hundía y el agua más profunda albergaba no solo el pescado ordinario que se usaba para secar y el *snoek* que normalmente llenaban las redes, sino también el *kabeljou*, más dulce, y el salmón de El Cabo. Pero a Sus Señorías de Londres no parecía importarles qué pescados les llegaban a los marineros de la ciudad, ni a las hambrientas tropas que pasaban por Ciudad del Cabo de camino al norte de África o que venían desde Australia. Y le pagaban lo mismo fuera cual fuera el tamaño de sus capturas o el contenido de sus redes; por lo menos Sus Señorías entendían que los peces no siempre se metían alegremente en las redes cuando tú querías que lo hicieran.

SIN EMBARGO, LOS RESTAURANTES que había en el otro extremo de la vía del tren, en Ciudad del Cabo, eran más exigentes que la Marina. Solo querían los mejores peces, como el salmón de El Cabo y el *kingklip*. Los barcos que salían desde el puerto de Ciudad del Cabo se revisaban muy bien cuando volvían y los restaurantes tenían que esperar siempre a que la Marina, el ejército y cualquier otro cuerpo militar escogieran primero.

Una buena proporción del pescado de Simon's Town iba hasta Ciudad del Cabo en el tren. Cubierto de hielo y listo para meter en los barcos de transporte de tropas. El almirante (más bien el personal del almirante) nunca imaginaría que alguien pudiera ser tan temerario como para quitarle algunos de los vis más preciados justo delante de sus narices. Pero necesitaba un plan, se dijo Piet, una forma de librarse si algo salía mal. Como los guantes que debía haber llevado en sus primeras fechorías.

La clave sería empezar con el intendente, regalándole de vez en cuando un pescado, y si alguien hacía preguntas, echarle la culpa a otro (a Abie Meintjies o Trev Olifant, ambos pescadores con contratos de suministros como el suyo... Aunque Vera se había convertido en la chica de Abie y Lou se enfadaría en su nombre si Abie acababa cargando con la culpa). Piet, Abie y Trev trabajaban juntos, se ayudaban a sacar las barcas y a recoger las redes. Era fácil que los peces se mezclaran. Animales escurridizos, nadie puede negarlo. Podían acabar en la caja equivocada sin que nadie tuviera que intervenir. O caerse fuera. Y las huellas dactilares no iban a ser un problema en este caso.

Piet guardó su red dentro de la barca y miró los edificios bajos del Hospital Naval y el camino de piedra que bajaba desde las salas de la parte superior, donde había quedado con Louise cuando acabara su turno. Le había dicho que quería hablar con él de una cosa; tal vez pudieran ir a hablar a Seaforth y después bañarse. La marea se encontraba justo en su punto medio, el mar no estaba muy agitado y así podría echarle un buen vistazo a Lou solo con su traje de baño...

Esta vez ella no podía enterarse, incluso aunque algo saliera mal.

Él se estaba esmerando en seguirle el juego. ¿Que quería libertad? Él le daba libertad. ¿Que no quería comprometerse ni tener un bebé? Él mantenía los pantalones bien abrochados. Bueno... lo justo.

Ella decía que era por la guerra y porque tenía que desempeñar su papel en ella, sobre todo porque trabajaba en el Hospital Naval. Así que él tenía paciencia. Pero no podían seguir así siempre. Ni Sus Señorías podrían esperar que él dejara a un lado el matrimonio y la formación de una familia por ellos. La directora de enfermeras de Lou tendría que encontrar a otra persona. Lou echaría en falta su salario cuando dejara el trabajo, pero contarían con sus ahorros, que a esas alturas ya tenían que alcanzar una cantidad importante.

Le echó un último vistazo a la barca, cruzó la arena blanda hasta el almacén del intendente y se puso en la cola con los otros pescadores y trabajadores. Las noches de los viernes siempre pagaban puntualmente.

—Abie —saludó al hombre que tenía delante y le preguntó en voz baja—: ¿Una buena noche para cenar pescado seco?

Abie se volvió, le guiñó un ojo a Piet y se dio unas palmaditas en el bolsillo. Todos olían a pescado siempre, así que ¿quién se iba a dar cuenta?

La cola se fue acercando a la mesa del intendente.

—Piet Philander. El pescado semanal, señor.

Presentó sus recibos, el intendente comprobó sus registros, contó los billetes del sueldo de Piet y lo anotó todo en un libro.

—¡No se lo gaste todo de una vez!

—No, señor. Estoy ahorrando para las vacas flacas.

Y se despidió del hombre con poca convicción.

La próxima vez apartaría un pez pequeño, lo envolvería en periódico y se lo traería un miércoles, por ejemplo, cuando el hombre no estuviera ocupado con los sueldos de la semana. Le diría que no podía prometérselo todas las semanas, pero que lo intentaría.

Se apartó de la multitud que iba de regreso a sus casas y se apoyó en la valla que había junto a la estación. Un tren estaba acumulando potencia y empezando a expulsar vapor. Un guardia revisaba los papeles de viaje en la entrada al andén, antes de dejar que los pasajeros subieran a bordo. En la parte de atrás del tren, un segundo guardia estaba revisando cajas y cestas y contrastándolo todo con una lista que tenía en la mano. Después las subía a los vagones de mercancías. Las puertas se cerraron de golpe y sonó el silbato. El motor resopló. El último marinero subió al tren apresuradamente. El tren empezó a andar.

Piet se alejó y recorrió St George's Street, dejando atrás las inmaculadas paredes del Almirantazgo. El mayor peligro eran las dos estaciones de tren: cómo pasar de contrabando una caja sin que se enteraran los guardias de allí y después colarla por el punto de control de la estación de Ciudad del Cabo. Piet no podría acompañar su pescado todas las veces, porque se necesitaba un permiso para volver a Simon's Town y al final alguien sospecharía: ¿por qué ese pescador tenía que ir hasta Ciudad del Cabo, si su pescado iba perfectamente en hielo y en cuanto llegaba al otro extremo lo recogían e iba directo a los estómagos de las tropas sin necesidad de ayuda? No tenía sentido.

Tal vez estaba siendo demasiado avaricioso, se dijo Piet sonriendo para sí. Tal vez necesitaba moderarse.

Si fuera a Ciudad del Cabo solo una vez cada dos semanas o así, cuando hubiera una captura especialmente buena, podría funcionar. Podría decir que estaba siendo concienzudo, que solo quería echar un vistazo de vez en cuando para asegurarse de que no había cosas raras, que nadie aprovechaba para abastecer el mercado negro. La Marina estaría contenta, dirían que demostraba «su profunda dedicación al esfuerzo de la guerra».

Al llegar a su antiguo colegio echó a correr, en el mismo punto en el que Sheila Ahrendts antes se dejaba llevar por el pánico y se ponía a hablar de malos hombres que miraban a su hija desde un callejón cercano. Un grupo de marineros, acompañados de un perro enorme al que llamaban *Molestia*, llenaban el Club de Marineros y no paraban de montar escándalo. Piet nunca sería bienvenido en un sitio así, pero tampoco tenía que salir en los barcos de guerra y dejar que le dispararan.

Aceleró por Quarry Road.

Tenía que empezar ya a viajar hasta Ciudad del Cabo una vez cada quince días con el pescado. Para irse haciendo amigo de los guardias, de la policía militar, de los inspectores de los permisos... Tener paciencia, hacerlo unas cuantas veces para que pareciera algo habitual, hasta que incluso Abie y Trev se acostumbraran a eso (¿tal vez se mostrarían agradecidos por que él se tomara la molestia?). Y después, solo después, hacerlo de verdad. Tras todo ese trabajo de preparación, no sería difícil confundir a los guardias con el número de cajas o decir que alguien había cometido un error.

También, cuando conociera a los guardias, podría dejar caer algún pescado para ellos.

Y si le pillaban, diría que era inocente o que no tenía los estudios suficientes para saber sumar bien.

El almirante lo perdonaría porque la Marina necesitaba pescado; de hecho, necesitaba más de lo que Abie, Trev y él podían sacar del agua. Y al mar no le importaba adónde iban sus peces. No era robar; era redistribuir.

Piet acarició los billetes de su paga semanal. Las monedas suponían un peso satisfactorio en su palma áspera.

Todo el mundo decía siempre que la guerra era una oportunidad para Louise.

¿Y por qué no iba a serlo también para él?

Y si no le pillaban, podría ser la oportunidad de ambos, juntos.

EL NÚMERO TRES, como lo llamaba la enfermera jefe Graham, era el teniente David Horrocks, oficial de artillería condecorado. Apendicectomía de urgencia, trasferido desde el *HMS Dorsetshire*, anunció la enfermera jefe. Y llegó al hospital justo a tiempo.

Revisé el historial que había junto a la cama y miré al paciente.

Atractivo, treinta y un años, una cicatriz en la sien, ojos azules cautos, pelo claro salpicado de canas. En esa guerra no hacía falta ser mayor para tener canas. Preparé la bandeja con los vendajes: antiséptico, bolas de algodón, gasas, pinzas. Tenía que hacerlo rápido. Ya eran las once, todavía había que fregar el suelo de toda la sala y atender a los enfermos cotizaba a la baja en el Mercado de Valores Médicos de ese hospital. Tendría que ponerse con ello con la ayuda de la auxiliar, si conseguía arrancarla de la tarea de colocar la decoración navideña. La enfermera jefe no iba a escatimar críticas si no estaba todo limpio antes del mediodía.

—Buenos días, teniente. ¿Se encuentra mejor hoy?

—Sí. Ya no tengo náuseas, gracias a Dios.

Llevaba un anillo de oro tallado en la mano izquierda y hablaba en voz baja. Un oficial de artillería que hablaba bajito... Asentí y dejé la bandeja sobre la mesita. El pobre hombre se había estado encontrando mal intermitentemente durante los dos días que siguieron a su operación. La primera noche tras su operación, la última que me quedaba a mí de la rotación de turnos nocturnos, despertó a todo el mundo con sus gritos. Cogí la linterna y un cuenco y recorrí con prisa la hilera de camas.

—Ssshhh. —Lo sujeté con suavidad, le enjuagué la frente empapada de sudor y desenmarañé las sábanas en las que se había enroscado—. ¿Tiene ganas de vomitar?

—¿Qué? —murmuró haciendo una mueca por el dolor de la herida—. ¿Nott? ¿Tompkins?

—Le han operado, señor. Se va a poner bien.

Él se dejó caer sobre las almohadas. El rumor lejano de las olas traído por un viento que soplabá hacia la costa se colaba por la ventana abierta, añadiéndole un toque salobre al habitual olor a desinfectante. Le sostuve la mano y esperé a que su respiración recuperara la normalidad. Los otros pacientes se dieron la vuelta y se dispusieron a dormir.

—¿Vive usted aquí, en Simon's Town? —me preguntó dos días después, cuando le cogí la muñeca para comprobarle el pulso antes de cambiarle el vendaje. Me pareció que seguramente no sería capaz de reconocermé como la que estuvo con él por la noche.

—Sí. —Le dejé la mano sobre las mantas. Pulso normal. Piel fresca. Al menos a él no me costaba entenderlo; no hacía cosas raras con las vocales como otros marineros que venían de la parte norte de su isla—. Nací aquí cerca, un poco más arriba, en la ladera de la montaña.

Una ráfaga de viento golpeó las ventanas. Me agaché para mirarle la herida. Su torso se tensó.

—No se mueva, por favor, teniente.

Empecé a quitarle el vendaje sucio. Él dio un respingo cuando tuve que despegarlo de los puntos.

—¿Vive usted cerca del mar, señor? ¿Por eso decidió enrolarse en la Marina? —empecé a preguntarle por educación, además de para distraerlo de la tarea dolorosa que estaba realizando.

—No... —Se aferró con fuerza a las mantas.

Las esquinas del vendaje se despegaron y me concentré en retirar el resto sin abrirle la herida. Por fin se separó, dejando al aire una cicatriz amoratada y supurante. Cogí antiséptico y lo eché en un trozo de algodón. Debía de tener muchas cosas en las que pensar además de en recuperarse. Su siguiente barco, por ejemplo. El *Dorsetshire* ya se había hecho a la mar sin él. Ningún oficial está tranquilo hasta que no le asignan un barco. Pa me mantenía al día discretamente sobre lo que pasaba con los barcos de mis pacientes. Y también Vera, que siempre estaba buscando otro nuevo admirador aparte de Abie, que, según ella, olía demasiado a pescado.

—Me enrolé en la Marina para escapar.

Levanté la vista, perpleja. Los oficiales no tenían tendencia a hacer confesiones, ni siquiera estando enfermos, a diferencia de los marineros, que siempre querían cogerme la mano o contarme una historia en cuanto la enfermera jefe se daba la vuelta. «No debería hacerlo, enfermera. Pero solo por el placer de ver su preciosa cara...».

Miré alrededor. Se suponía que no debía entablar conversaciones personales con los pacientes. La enfermera jefe tenía oídos en todas partes.

—¿Y de qué necesitaba escapar?

Él me miró con expresión compungida, pero no respondió.

Yo me centré en la piel cosida y después le puse una venda limpia. La piel estaba sanando, pero muy despacio. Los vómitos no habían ayudado. Ni los sobresaltos mientras dormía.

Él apartó los ojos de lo que yo estaba haciendo y miró por la ventana, hacia donde ondeaba la bandera de la Marina por encima del Almirantazgo y a las olas que iban llegando a Long Beach formando una escalera deslumbrante. Cuando el viento soplabá del este, traía el sonido de la llamada del muecín hasta esa sala del hospital.

—Si yo viviera en un lugar como este, no querría irme nunca —murmuró.

Sentí una extraña chispa de indignación. Hacía falta un tiempo para enamorarse de un sitio. Él no había adorado ese mar desde niño como yo, ni tampoco las montañas cubiertas de *fynbos*, ni las gaviotas que planeaban en medio del sudeste, en busca de la corriente de aire perfecta.

—Pues se acabó —dije—. Está mejorando. La herida empieza a cerrarse.

—Gracias, enfermera. Ha sido muy amable.

HIZO FALTA UNA SEMANA para que me respondiera a la pregunta que le había hecho en un impulso. Para entonces yo ya había asumido que él había preferido ignorarla. Las enfermeras del turno de noche informaban de que seguía con las pesadillas, pero por el día era un paciente fácil. Callado, poco exigente y agradecido, incluso aunque el cambio diario de su vendaje seguía siendo doloroso porque la piel se tensaba, supuraba y después se tensaba otra vez.

Fue durante esa semana cuando me di cuenta de que había oído hablar de

él antes.

Algunos de mis pacientes anteriores, que habían llegado trasladados desde el Hospital Naval de las Malvinas, estaban en el *Achilles* cuando él se ganó su medalla. «Ni una pizca de pánico, señorita. Directo a por ello. Le salvó la pierna a Nott. Si no hubiera sido por el teniente, nos habrían frito».

Pa confirmó que fue en la batalla del Río de la Plata, cuando hundieron el *Graf Spee*. Habían recibido un impacto en la torre de dirección de tiro, pero él siguió disparando (*alle wereld*, decía Pa, todo valentía) a pesar de que ya había sido alcanzado por un proyectil y estaba herido.

—Buenos días, teniente. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Un poco menos dolorido, gracias, enfermera. Ya puedo sentarme con menos dificultad y mirar afuera.

Sonreí. Le gustaba nuestro mar. Unas crestas blancas intermitentes moteaban la bahía al otro lado de las ventanas del hospital. Abajo, en Long Beach, Piet y los otros pescadores estarían arrastrando las barcas por la arena, olfateando la brisa, mirando detenidamente el cielo y discutiendo sobre el lugar concreto del mar en el que sería más fácil que los *snoek* y los otros peces se metieran en sus redes. El contrato con la Marina había ido transformando poco a poco a Piet, cada vez más. El dinero parecía darle confianza e incluso se había relajado con sus exigencias. Pero eso no cambiaba la decisión que yo había tomado, aunque me estaba costando decírselo. La última vez que lo intenté, en la playa, con el agua fresca lamiéndonos los pies, él me interrumpió y dijo que no tenía que explicárselo de nuevo y que seguro que me sentiría preparada pronto. La guerra, comentó encogiéndose de hombros. Te hace rico, pero te estropea los planes.

—Me preguntó por qué me enrolé en la Marina.

Asentí y cogí las pinzas. Piet traía muchas veces pescado para Pa y Ma. Se estaba esforzando...

—Me encanta el mar y quería servir en la Armada. Pero también fue para escapar de mi futuro.

Me detuve y dejé la mano helada en el aire por el aparente desapego de la voz del teniente Horrocks y a la vez consciente de que estaba a punto de cruzar una línea. Una línea que ni siquiera los pacientes de rangos inferiores, con toda esa familiaridad que demostraban habitualmente, estaban dispuestos

a traspasar.

La advertencia que nos hizo la enfermera tutora durante mi formación resonó en mi cabeza.

«¡Nada de confraternización, enfermeras! Trabajo duro y compasión. Nada más».

En la cama de la derecha, el teniente Roche estaba dormido. Al otro lado del pasillo el sargento Talbott había ido al baño. Me miré fijamente los dedos, que seguían ocupados en la tarea de retirar el vendaje sucio, comprobar si había infección y limpiar la herida. Era mejor que no dijera nada, mejor que evitara esos ojos azules cautos y que no lo animara.

Pero mis manos se ralentizaron otra vez. ¿Y si yo cruzara la línea?

¿Si le contara el secreto que no le había dicho a nadie aún?

Siempre es más fácil confiarse con un extraño.

EMPEZÓ UNA SEMANA ANTES de que llegara el teniente, un día en que el aire era cálido y casi irrespirable en el astillero y la enfermera especialista en quirófano estaba enferma. Un día que inicialmente fue como cualquier otro: ingresos a las 8:30, rondas poco después, cambio de sábanas y limpieza y recogida de cacharros mientras el martilleo de metal sobre metal del astillero resonaba por toda la ladera... Pero todo eso lo interrumpió una petición, hecha con urgencia, después de que una ambulancia se detuviera con un frenazo en el exterior.

—¡Pero yo no tengo experiencia en quirófano, señor!

Y solo estoy asignada aquí para suplir la falta de enfermeras británicas, quise añadir. Cuando se dieron cuenta de que era útil y se abrió la nueva sala, decidieron mantenerme de tapadillo. Así que, aunque me valoren por mis habilidades como enfermera, *oficialmente* no estoy aquí, doctor.

—No importa. Nos las apañaremos —contestó el comandante médico por encima del hombro, mientras supervisaba cómo sacaban al paciente de la ambulancia—. El marinero Lincoln morirá si no le operamos ya. Vaya a lavarse. Cuidado con esa camilla...

Yo fui apresuradamente al quirófano, con la mente dándome vueltas sin parar pensando en si sabría identificar lancetas, pinzas y agujas de sutura.

—Buen trabajo, enfermera —me dijo el médico después, asintiendo con

aprobación mientras se quitaba los guantes ensangrentados y yo recogía el instrumental para esterilizarlo, rezando para que no me hubieran temblado las manos—. Lo ha hecho bien.

—Gracias, señor.

Era una señal, seguro. Como en el astillero.

O, al menos, una oportunidad.

Y si la directora lo aprobaba, eso podría servir para asegurar mi plaza en el Hospital Naval, alejarme de la mezquina tiranía de la enfermera jefe y ponerme al principio de un nuevo camino.

Esa noche escribí la segunda carta secreta de solicitud de mi vida.

«Estimada directora de enfermeras», comenzaba. Escribí cada línea con mucho cuidado antes de continuar.

Hoy el comandante médico me ha pedido que le ayudara en una operación, dado que la enfermera Hargreaves estaba enferma. Se trataba de una úlcera perforada y el paciente estaba en estado crítico en el momento de su ingreso.

No me mostré nerviosa y descubrí que era capaz de cumplir las órdenes del médico de forma correcta y rápida. Aunque no tengo ninguna experiencia en quirófano aparte de los conocimientos básicos aprendidos durante mi formación inicial, es un campo de especialización que siempre me ha interesado y para el que creo que puedo servir.

Desde mi traslado el año pasado, he tenido el honor de servir en este Hospital Naval. Aunque sigo disfrutando de mi trabajo con los pacientes, me encantaría aprender una nueva especialidad. Si fuera posible, me gustaría formarme para ser enfermera especialista en quirófano y después enfermera jefe especialista en quirófano. Estoy dispuesta a trabajar todas las horas extra que sea necesario para lograrlo y no tengo compromisos familiares en este momento de mi vida, ni preveo tenerlos en el futuro.

Atentamente,

Louise Ahrendts, enfermera

«NO TENGO COMPROMISOS FAMILIARES en este momento de mi vida, ni preveo tenerlos en el futuro».

Ahí estaba, escrito en negro sobre blanco, la decisión que había tomado en el fondo de mi corazón pero que todavía no había logrado decir en voz alta. Piet se iba a poner furioso. Lo vería como una traición mucho peor que su engaño anterior. Ma y Pa, por su parte, se mostrarían horrorizados porque rechazara la posibilidad de tener una familia. Solo Vera lo aprobaría. «¡Pobre Piet! ¡Pero ganarás más dinero si asciendes a enfermera jefe!»

ME ATREVÍ A LANZARLE una mirada curiosa al teniente, pero él estaba distraído con la vista que había al otro lado de las ventanas de guillotina, hipnotizado por el juego que hacían los rayos del sol sobre el agua revuelta. Siempre parecía cautivarle lo que había en el exterior, por ejemplo las nubes o el viento que agitaba las persianas y ponía en apuros los burletes decorativos que habían tejido nuestros pacientes de terapia ocupacional. Nunca hablaba de su hogar, a pesar del anillo de oro.

Si compartía mi secreto con él, sería culpable de esa confraternización que tanto insistía la enfermera tutora en prohibir.

Lo miré otra vez, más imparcialmente, fijándome en la cicatriz irregular cerca del nacimiento del pelo, recuerdo de la herida que le dio la medalla y seguramente también el origen de sus pesadillas.

—Les afecta de muy mala manera, Lou —decía Pa siempre de los artilleros en general—. No solo porque están sentados en una torre estrecha esperando a que les alcancen, sino porque tienen que disparar contra otros jóvenes como ellos. Y eso es lo que les persigue después —decía sacudiendo un dedo extendido—. Nunca desaparece.

Tal vez podría venir a verlo el capellán, sobre todo en esa época cercana a la Navidad.

En lo alto de la montaña las pintadas empezaron con su cacareo habitual.

—¿Le gustaría salir a dar un paseo algún día, cuando esté mejor? —Oh, Dios, ¿por qué había dicho eso? ¿Por qué correr ese riesgo en mi posición? Probablemente él pensaría que era una fresca, como Vera con sus labios rojos y su pie en esa pose sugerente—. Bueno, quiero decir, si no tiene nada más que hacer...

Me froté las manos en el delantal y miré alrededor, pero la enfermera jefe estaba ocupada en otro sitio.

El teniente me estaba sonriendo y en sus ojos ya no había cautela. Había recuperado un poco el color saludable durante la última semana, aunque tenía la cara demasiado delgada.

—Me gustaría mucho.

Yo cogí la bandeja de los vendajes y me alejé con prisa.

HABÍA UN PORCHE abierto delante del hospital y, cuando ya pudo salir de la cama, a David Horrocks le gustaba sentarse allí por las mañanas mientras limpiábamos. Un suimanga de vivos colores, un pájaro al que también llamaban a veces nectarina, enterraba el pico en las flores de un arbusto cercano, aunque «arbustos» era una palabra demasiado ramplona para describir las exuberantes plantas que cubrían los terrenos del hospital. Incluso la palabra local, *fynbos*, no acababa de servir del todo para describir una vegetación coronada por unas flores que más que pétalos tenían una especie de pelillos y a las que se acercaban escuadrones de pájaros de colas largas que se peleaban por alcanzar su néctar. Entre toda esa vorágine nutritiva se podía vigilar el movimiento de los barcos que entraban y salían del astillero, que estaba algo más abajo. No había podido recuperarse a tiempo para regresar al *Dorsetshire* antes de que se fuera y en ese momento miraba los buques de guerra desde el porche con algo que se parecía al deseo. No podía soportar estar al margen de todo eso.

En realidad, si era sincero, su preferencia por trasladarse al porche se debía a la rígida disciplina que imponía la enfermera jefe a las enfermeras y los camilleros: prefería no tener que ver a Louise Ahrendts de rodillas limpiando el suelo al lado de su cama...

—¡Atención!

David se giró. Un soldado uniformado estaba cruzando la sala de los enfermos. Un momento después aparecieron la directora de enfermeras y el oficial naval de mayor rango de Simon's Town, seguidos de cerca por la enfermera jefe y por un hombre con un traje oscuro que caminaba de forma lánguida. Todos salieron al porche. David intentó levantarse, pero el contraalmirante Budgen le hizo un gesto para que se sentara.

—¡Descanse, teniente! Gracias, directora y enfermera jefe. Bien, teniente, ¿en vías de recuperación?

—Sí, gracias, señor. —David estaba sentado muy erguido—. El comandante médico dice que me darán el alta dentro de pocos días.

—Excelente.

David esperó. Según los usos navales, normalmente los oficiales de alto rango no iban por ahí visitando en sus lechos de enfermo a tenientes desconocidos, ni siquiera a tenientes desconocidos condecorados.

—Bien —el contraalmirante vio dos sillas y las acercó—, me gustaría hablar con usted.

Esa frase pareció ser una especie de señal para el hombre del traje. Le estrechó la mano a David, pero no se presentó, y después se acercó y cerró la puerta del porche con una sonrisa de disculpa dirigida a la enfermera jefe, que estaba merodeando junto al umbral.

—En pocas palabras —comenzó el contraalmirante Budgen mirando al extraño, que asintió—, va a atracar aquí un barco para recoger una carga especial que hay que transportar a Estados Unidos. Usted se presentará para el servicio en dicho barco y actuará como oficial de enlace.

—¿No voy a servir como oficial de artillería?

—No —dijo el extraño, que al hablar por primera vez reveló que tenía un fuerte acento americano—. Ya tenemos uno, señor. En este caso usted va a ser un invitado especial de la Marina estadounidense.

—Va a representar al Gobierno de Su Majestad —continuó Budgen— y tiene que asegurarse de que ese cargamento llegue a su destino como está previsto.

—Verá... —El extraño se inclinó hacia delante y miró a David con una sonrisa amable—. Seguro que nos vendrá bien su experiencia en combate por el camino. Solo por si acaso. Este es un cargamento que no queremos perder.

—Lo entiendo, señor. ¿Estoy autorizado a conocer la naturaleza del cargamento?

—Solo cuando esté a bordo, señor —contestó el hombre, con aire de disculpa—, si no le importa.

Budgen carraspeó.

—El Almirantazgo también me ha encomendado informarle de que ha

recibido un ascenso a capitán de corbeta que entra en vigor con efecto inmediato. Felicidades.

David se esforzó por mantener su expresión neutral.

—Gracias, señor.

¿Un ascenso mientras estaba apartado del servicio activo? Seguro que a su amigo Bob se le ocurriría algún comentario verde sobre el tema.

Budgen y el americano se levantaron. David consiguió ponerse de pie al mismo tiempo que ellos.

—Se le informará de cuándo debe presentarse en el barco, capitán. Y reciba mi enhorabuena con retraso por su actuación en el Río de la Plata.

—Gracias, señor. Y a usted —dijo mirando al americano, que inclinó la cabeza, abrió la puerta que daba al interior del hospital y la cruzó.

—Buena suerte. —El contraalmirante Budgen se puso la gorra con galones dorados—. Envíele saludos de mi parte a su tío en el Almirantazgo cuando lo vea.

David los vio volver a cruzar la sala del hospital, acompañados por la enfermera jefe.

Se volvió para mirar la bahía. Una bandada de gaviotas estaba dando vueltas sobre una barca de pesca que había frente a Long Beach. Sus chillidos escandalosos resonaban contra la montaña.

La primera vez que llevó su medalla en el uniforme, Elizabeth la acarició con los dedos y después con esos mismos dedos le tocó la cicatriz que le cruzaba la sien.

—¿Todavía te duele?

—No, ya no.

El dolor entonces se agazapaba en un lugar más profundo y más complejo; mitigado en parte por la amabilidad que le mostraron los padres del alférez Owen cuando fue a visitarlos, pero revivido cada vez que aparecía en su mente el torso destrozado de Tompkins o cuando recordaba el coraje de Nott, que se quedó sordo tras la batalla (una detonación le destrozó los oídos), cuando tuvo que volver a aprender a caminar, esta vez con la ayuda de un bastón.

—Tengo que aprender a bailar —le susurró Nott cuando David fue a verlo al hospital—. Como ya no puedo afinar para cantar...

En los periódicos, la batalla se describió como un éxito rotundo y largamente esperado para los aliados. Las tragedias privadas que quedaban tras ella solo las conocían aquellos que estaban directamente implicados, y esos, como David, callaban.

—¿Teniente? —La enfermera Ahrendts estaba de pie junto a su silla—. Mañana acabo mi turno a las cuatro y media —dijo, y miró hacia el interior del hospital—. ¿Le gustaría ir a dar un paseo? Para que vaya recuperando poco a poco la forma —añadió, y un leve rubor apareció en sus mejillas.

—Claro, gracias —contestó David—. Es muy considerado por su parte.

Ella volvió a mirar a su alrededor. Claramente le preocupaba que alguien los oyera.

—Nos vemos en el camino que hay junto al viejo funicular —añadió, y volvió a cruzar la puerta.

CAPA TRAS CAPA se estaba formando una gran nube sobre la montaña mientras subía la cuesta hacia el funicular a la hora acordada. El teniente Horrocks ya me estaba esperando. El viento agitaba los pinos detrás de él. Miré alrededor un momento. No había nadie por allí. Ni tampoco se veían señales de babuinos merodeando; un paseo no suponía un problema, pero él no estaba en condiciones de salir corriendo si tenían que huir.

—Buenas tardes, teniente. —Levanté la voz para que me oyera por encima del viento.

—Hola —saludó él, y señaló las laderas cubiertas de *fynbos* y la bahía diáfana—. Supongo que estará usted acostumbrada a todo este esplendor.

—Oh, no, a mí siempre me parece especial. Y el mar nunca se ve igual.

Me detuve al llegar a su lado, pero un poco más alejada de él de lo que era de esperar en el caso de dos personas que salen a dar un paseo. Él llevaba unos pantalones finos y una camisa con el cuello desabrochado. No se me había ocurrido que vendría con ropa de paisano, alejado del anonimato que daba el pijama del hospital o su uniforme. Me miró a los ojos y en los suyos ya no se veía la cautela que transmitían cuando estaba en el hospital.

—¿Es difícil para usted estar aquí conmigo? ¿Preferiría que continuara mi paseo solo?

—No puede ir por ahí solo —dije observando su postura. Se protegía el lado derecho, donde tenía la herida.

—No se preocupe, estoy bien. Pero me gustaría que alguien me hiciera de guía —sonrió para intentar que me sintiera más cómoda.

Empecé a caminar despacio por la senda de gravilla que iba ascendiendo en una leve cuesta un poco por encima de donde estaba el hospital. A ambos lados se veían proteas de hojas dentadas que ocultaban la hilera de salas del

hospital que había más abajo y las alturas rocosas de Simonsberg. El penetrante olor de la resina de los pinos flotaba en el aire. Yo pisaba con cuidado entre las piedras del camino, esperando que él siguiera mis huellas. Como se cayera o se torciera un tobillo íbamos a tener un problema.

—He visto que trabaja más en el quirófano últimamente. ¿Le gusta?

—¡Oh, sí! Es estupendo. —Me detuve y me volví para mirarlo—. Estoy empezando mi formación ahí. El comandante médico dice que tengo instinto...—No terminé la frase—. Aunque también me gusta estar en la sala con los pacientes.

—Pero eso la mantiene alejada de la enfermera jefe Graham —comentó con una mirada divertida.

—La enfermera jefe es muy eficiente.

Él enarcó ambas cejas.

—Bueno, seguro que es eficiente, pero trata muy mal al personal. Yo no sé nada de hospitales, pero si se parecen a los barcos, las dictaduras no funcionan.

Me quedé mirándolo. Él arrancó la hoja de una protea que tenía al lado, la frotó con los dedos y se los acercó a la nariz para olerlos. Yo no estaba acostumbrada a que los pacientes expresaran opiniones sobre el hospital. O que me hablaran como si fuera una igual.

—Para mí es un honor estar en este hospital.

Él se me quedó mirando y fui consciente de repente de que la brisa me había sacado varios mechones de pelo de la cofia. Ese hombre no tenía secretos físicos para mí, pero allí estaba yo, avergonzada de que me viera el pelo suelto.

—Es usted muy leal, enfermera Ahrendts.

—Soy agradecida, en realidad. —Miré hacia otra parte para escapar de su escrutinio—. La guerra me ha dado una oportunidad que no tendría en tiempos de paz. Una leve... dificultad... no me va a hacer cejar en mi empeño.

El viento arreció. Yo eché las manos a la espalda para desabrocharme la capa. Él hizo ademán de ayudarme, pero inmediatamente apartó la mano. Me enrosqué la capa en el brazo. Un par de aves azucareras bajaron en picado para posarse encima de una protea cercana, con sus colas alargadas elevándose en el viento.

—Aves azucareras de El Cabo —expliqué viendo adónde miraba—. ¿Echa de menos su hogar? ¿O es de eso de lo que quería escapar?

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó mirándome divertido.

—Venga. —Le señalé una roca plana un poco más adelante junto al camino—. Podemos hacer un descanso ahí. No debe hacer demasiados esfuerzos en su primera salida.

Doblé la capa dejando la parte interior hacia afuera y me senté sobre ella. Él se sentó despacio a mi lado, pero no demasiado cerca. Los rayos del sol, que se estaba poniendo, empezaron a incidir en la bahía de forma horizontal, haciendo más profundas las depresiones entre las ondulaciones turquesas y volviéndolas de un profundo color índigo.

—Llevo escapando desde que tenía dieciocho años —confesó—. Supongo que su vida no estaba planificada desde que nació...

—¡Oh, claro que sí! —Reí—. Aquí se supone que tienes que saber cuál es tu lugar y no salirte de él. Las mujeres como yo siempre han tenido solo un destino: el servicio doméstico.

—¿Y usted ha roto los esquemas?

—¡Eso es! Yo tenía un sueño y he conseguido hacerlo realidad. Mi familia y mis amigos se mostraron preocupados, claro... No se puede romper con todo sin causar ciertos resquemores, pero ahora soy independiente. Bueno —ladeé la cabeza y lo miré—, casi.

David Horrocks sonrió. Así parecía más joven y la cicatriz no dominaba su cara.

—¿Y si se casa? ¿Qué pasará entonces?

Solté una exclamación ahogada.

—Disculpe —añadió rápidamente—, no quería ser maleducado. Pero he visto lo buena que es y creo que podría llegar a lo más alto de su profesión. Incluso ser directora de enfermeras algún día. —Me tapé la boca con una mano—. ¿Por qué no? —preguntó sonriendo—. Tiene todas las cualidades necesarias.

Pero, por muchas cualidades que tenga, no soy del color correcto, estuve a punto de gritar. Enfermera jefe, sí, pero ¿directora?

—Sin embargo yo —continuó cambiando el foco de la conversación, como si se hubiera dado cuenta de que había tocado un tema sensible—, yo

no tengo elección. Tengo que dejar el mar cuando acabe la guerra. —Se puso de pie con dificultad—. ¿Podemos caminar un poco más? Estar en el exterior me hace sentir maravillosamente.

—Claro. —Me puse en pie también y lo seguí. Caminaba erguido, pero con una leve cojera.

St George's Street se desplegaba como una cinta por debajo de nosotros, llena de trabajadores que iban del astillero a la estación. Un par de dragaminas salieron por la entrada del puerto. Y justo encima de St George's Street, nuestra hilera de casitas blanqueadas, encaramadas en la falda de la montaña. Reconocí nuestra ropa ondeando en la cuerda de tender.

El teniente Horrocks se sentó otra vez con cuidado en una piedra. El sol se reflejaba en una ventana.

Hizo una mueca de dolor y se tocó la cicatriz.

—¿Teniente?

Agachó la cabeza y apretó los puños contra sus ojos. El pelo, más largo de lo que lo llevaría en circunstancias normales tras su estancia en el hospital, le cayó hacia delante y le ocultó un lado de la cara.

—¿Teniente? —Le puse una mano en el hombro.

Él no reaccionó.

Le froté el hombro con cuidado.

—Aquí está a salvo.

—Perdón. —Se irguió y abrió las manos—. Durante un momento eso, el reflejo...

—Cuéntemelo. —Me agaché a su lado.

Sus ojos, tan pálidos que parecía que casi podías ver a través de ellos, miraron fijamente a los míos como si estuviera buscando algo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó firme.

—Estaba otra vez en el *Achilles*. Mi alférez estaba muerto, Nott estaba herido y Tompkins gritaba llamando a su madre. Y yo no veía porque tenía los ojos cubiertos de sangre. —Levantó una mano para tocarse la cicatriz—. Disculpe que sea tan gráfico.

—No se disculpe —contesté. Hubo un breve silencio y después confesé —: Sé lo que pasó en su batalla. Los marineros de su barco dicen que les salvó la vida.

—¿Qué?

—Los atendí en el hospital —conté—. Llegaron desde las Malvinas. Hablaban de su teniente, que se ganó una medalla porque no paró de disparar.

Él se quedó mirándome fijamente. El rayo de sol que le había perturbado se desplazó y dejó de reflejarse en la ventana; permaneció un momento sobre Red Hill, preparándose para su inmersión nocturna en el Atlántico.

—Usted es mi paciente —murmuré—. No se avergüence, por favor.

La respiración de David Horrocks recuperó la normalidad. Sus hombros se relajaron. Sabía que teníamos que volver, porque se estaba haciendo tarde y el viento arreciaba. Pronto sería peligroso caminar por la montaña si ibas un poco vacilante como él, pero en ese momento no podía dejarlo solo. Seguí en cuclillas a su lado, pero sin tocarle.

—Yo vivo allí —dije señalándole Ricketts Terrace—. Nací allí. Veo el mar todas las mañanas desde la puerta de casa.

Una espiral de humo salía de una chimenea ladeada. Los niños de los Gamiel estaban jugando al escondite entre las palmeras y sus gritos resonaban por la montaña. Me pregunté lo que vería él, lo que vería ahí cualquier extraño. ¿Solo pobreza? ¿O sentiría el calor (y las fricciones ocasionales) que había debajo de todo eso, entre los vecinos que se cuidaban los unos a los otros? Sentí una extraña oleada de emoción, una necesidad de algo que se me estaba escapando incluso entonces, allí sentada mirándolo. Estiré la mano para tocar la tierra arenosa y familiar y después la dejé caer entre mis dedos, pero supe que eso no me lo devolvería. Ricketts Terrace se me había quedado pequeño. Seguía amándolo porque era mi hogar, pero ya no podía contenerme ni dictar lo que tenía que hacer. Igual que Piet tampoco podía mantenerme atada. Era estimulante... y aterrador.

—¿Qué le parece si volvemos? —preguntó David poniéndose de pie y tendiéndome una mano para ayudarme a levantarme. Si había sentido la turbación que se ocultaba tras mi silencio, no lo demostró.

Volví a cubrirme con la capa y caminé delante. Desde otro lugar de la montaña llegó el cacareo constante de las pintadas que volvían a sus nidos. Cuando nos acercamos al lugar donde nos habíamos encontrado, le oí hablar detrás de mí.

—Gracias —dijo—. Gracias por traerme aquí.

Me volví para mirarlo. Estaba tranquilo, había recuperado el control.

—De nada. ¿Puede volver solo hasta el hospital?

—Sí. —Dudó un segundo mientras me examinaba la cara—. No debería renunciar a su sueño. Solo tenemos una oportunidad para ser alguien.

Mis ojos se posaron en el anillo que llevaba en el dedo.

—Lo mismo le digo. Buenas noches, teniente.

Cuando nos estrechamos las manos muy formalmente, noté su piel fresca contra mi palma.

NUNCA HABÍA INCUMPLIDO la estricta etiqueta de la enfermería intencionadamente. La invitación repentina que le hice a David Horrocks me sorprendió a mí tanto como a él. Me dije que había nacido de la compasión, del deseo de ser buena con él. Pero no como era buena con Piet (fingiendo que lo quería hasta que se recuperara un poco); esto era un gesto de genuina bondad. David Horrocks necesitaba olvidarse de sus tribulaciones. Eso había quedado demostrado. Recordar y hablar de la batalla le había resultado perturbador, pero tal vez había servido para que sacara lo que tenía dentro a la luz por el día y no en medio de la noche. Tal vez ese día logró dormir mejor.

No me arrepentía de haber hecho lo que hice.

—Gracias, enfermera. —El comandante médico dejó los guantes en el recipiente—. Una anticipación excelente. Quédese con el marinero Dawson hasta que recupere la consciencia y después llévelo de vuelta a su cama. Que no coma sólido.

—Sí, doctor.

El comandante médico se detuvo en el umbral.

—No quiero que la envíen de vuelta al hospital de False Bay. —Y cruzó la puerta y se enfrentó al fuerte viento.

—Gracias, señor.

Observé el pecho de Dawson, que subía y bajaba regularmente, y disfruté de la calma tras la urgencia de la cirugía. Incluso aunque no me lo ordenaran, yo siempre me quedaba con el paciente para que viera una cara familiar cuando despertara. Aunque no pude hacerlo en el caso de David Horrocks. La primera vez que lo vi, apenas consciente, lo traía un camillero a la sala de los pacientes tras una operación de emergencia. La enfermera especialista en

quirófano ya se estaba lavando para otra cirugía. Cuando me iba a acercarme a él, la enfermera jefe Graham me ordenó ir a ayudar a una de las más nuevas a atender a un escayolado, así que el teniente se despertó, desorientado, antes de que me diera tiempo a volver a su lado. Esa noche sus gritos llamando a su tripulación herida despertaron a todos. No digo que mi compañía hubiera servido para evitar sus pesadillas o revertir esos recuerdos dañinos, pero la curación a veces pende de un hilo muy sutil.

Los párpados del marinero se agitaron.

—¿Marinero Dawson? —le cogí la mano.

El joven abrió los ojos, miró a su alrededor sobresaltado y entonces me vio a su lado.

—Le han hecho una operación. Se va a poner usted bien. —Le apreté un poco la mano—. Le voy a llevar de vuelta a la sala.

Abrí la puerta y maniobré con la camilla para cruzarla. A los pacientes en posoperatorio normalmente los colocábamos cerca de la sala de enfermeras. Iba a dejar allí al marinero Dawson y volvería para esterilizar el instrumental y limpiar el quirófano. Al colocar la camilla, me fijé en la cama vacía que había en el extremo de la sala.

—Oiga —llamé la atención de la auxiliar que salía del cuarto de esterilización del material—, ¿dónde está el teniente Horrocks?

—Le han dado el alta —respondió la auxiliar Wilson por encima del hombro—. Esta mañana. Y le han ascendido. ¿No se ha enterado?

—¡Enfermera Ahrendts! —La enfermera jefe Graham apareció de repente—. Estará aquí para preparar la ronda de la tarde, ¿no es así?

—Tengo que esterilizar el instrumental y limpiar al quirófano primero, enfermera jefe...

—Bueno, pues hágalo rápido. No se puede retrasar la ronda.

—El marinero Dawson se acaba de despertar, enfermera jefe. Voy a ver cómo está y después terminaré en el quirófano.

—Lo más rápido que pueda. —Y se fue con un susurro de faldas almidonadas.

EN EL SILENCIO DEL quirófano herví todo el instrumental quirúrgico durante el tiempo establecido, lo saqué con unas pinzas y lo coloqué con mucho

cuidado y en el orden correcto en las bandejas de metal. No había ninguna razón para que el teniente Horrocks tuviera que esperar para hablar conmigo antes de irse cuando le dieron el alta. De hecho habría sido muy poco profesional por su parte hacerlo. Herví más agua, cogí un cepillo, me puse de rodillas y empecé a limpiar el suelo con amplios movimientos, avanzando hacia atrás desde el extremo del quirófano. Una fina capa de polvo se había colado por debajo de la puerta. Se me empapó el cuello de la blusa con el sudor.

Él era diferente. En nuestro paseo no se había comportado como un paciente; de hecho se comportó más bien como alguien que había salido a dar un paseo conmigo por placer. Sus ojos azules me miraban abiertamente, incluso se sintió lo bastante cómodo como para hacer críticas a la enfermera jefe (bueno, la verdad era que la había puesto verde). Sonreí mientras limpiaba. ¡La enfermera jefe una dictadora! ¡Muy acertado! Sumergí el cepillo en el agua jabonosa para dar una última pasada y después lavé el cubo y los trapos y los volví a guardar en el armario.

El viento arreció un poco más.

Me había parecido que le gustó hablar conmigo. Y a mí también me gustó...

Pero tal vez después había recapacitado y había decidido que lo mejor era guardar ciertas distancias. Él era un oficial, después de todo. Y yo solo era un respiro, un vendaje temporal que le separaba de la guerra y de ese futuro del que era cautivo. La ronda de la tarde se realizó como estaba previsto. Mientras estábamos reunidos alrededor de la cama del último paciente, el ojo implacable de la directora vio una pelusa en el suelo y, para vergüenza de la enfermera jefe, nos echó un sermón a todos sobre la importancia de barrer dos veces al día en épocas de viento. Pero lo peor estaba por llegar, porque el marinero Dawson, al que habían pasado de la camilla a una cama, sufrió un ataque de náuseas y vomitó antes de que me diera tiempo a acercarle un recipiente. Llevó casi una hora cambiarle las sábanas y el pijama, limpiar el soporte y la cama, echar a lavar la ropa sucia, fregar el suelo y volver a acomodar al pobre hombre. Y todo eso hubo que hacerlo bajo la airada mirada de la enfermera jefe, que seguía enfadada por el incidente con la pelusa.

UNA HORA DESPUÉS VI a Pa esperándome en la mitad de las escaleras de Rectory Steps. Se hacía visera con la mano sobre los ojos para protegerse de los rayos del sol de última hora de la tarde y del sudeste que arreciaba. Al verme, me saludó. Cuando nuestros turnos coincidían siempre subía a recogerme, aunque yo sabía que las rodillas le dolían, de agacharse sobre las máquinas calientes y que lo único que tenía ganas de hacer era descansar y dejar que Ma lo mimara.

—Hola, Pa —saludé, y lo abracé—. ¿Va a ser un viento de los malos?

—Probablemente. —Pa entornó los ojos para mirar Simonsberg cubierta de nubes—. Siéntate conmigo un momento. Aquí, encima de mi chaqueta, no te vayas a manchar el uniforme. ¿Has visto lo que ha llegado hoy?

Examiné el grupo de buques. Uno destacaba. Normal, sin camuflaje, y con una bandera con barras y estrellas en el mástil.

—¿Estadounidense? ¿Están descargando mercancía americana?

—Ojalá, eso sería estupendo —dijo Pa riendo entre dientes—. ¡Hacen el mejor helado del mundo! Pero no, no están descargando nada. Pero no voy a decir más. Vamos... —Se levantó y entrelazó el brazo con el mío mientras bajábamos las últimas escaleras—. Por cierto —continuó—, he conocido hoy a uno de tus pacientes. El tipo ese de la medalla, un hombre guapo con una cicatriz. Se acordaba de mí de antes de la guerra. Arreglé el soporte de una de las ametralladoras que había en su barco, el *HMS Durban*, cuando quedó dañada tras una tormenta. ¿Recuerdas la época del corrimiento detrás el barrio? Bueno, pues entonces él era el oficial al mando cuando hice las reparaciones.

—¿Y qué quería, Pa?

—Me dijo que no había podido darte las gracias después de que le dieran el alta. Qué educado, ¿eh? Me pidió que te diera esto. —Pa metió la mano en el bolsillo y me dio una carta en la que estaba escrito mi nombre y mi cargo—. Le deseé buen viaje y le dije que tuviera cuidado. Pero vamos a darnos prisa. Piet nos está esperando. —Pa me miró con una pregunta silenciosa en los ojos—. ¿Va a cenar con nosotros?

EN SU MOMENTO ME culpé por haber sido cobarde, por no ser lo bastante valiente para hablar cuando debía. Pero con el tiempo descubrí que la valentía

era algo que se tenía que aprender, no algo que se heredara de tus padres o que te concediera Dios cuando pasaba a tu lado. Hacía falta tiempo para ir contruyéndola, sobre todo cuando el problema era acabar haciéndole daño a alguien.

—Te quiero, Lou —dijo Piet con la voz desafiante y no tierna.

Después de cenar todos juntos, Ma y Pa se fueron a ensayar con el coro de la iglesia de St Francis. Piet fue al salón y se sentó en el borde del sillón de Pa, justo frente a mí. Se había preocupado por venir arreglado y llevaba unos pantalones bien planchados. Se había peinado el pelo negro muy pegado a la cabeza. Piet nunca había sido guapo, pero era alto y tenía una energía pura que llamaba la atención y hacía olvidar su apariencia desaliñada. En los últimos tiempos, gracias a la paga fija de la Marina, incluso se le veían menos aristas en la cara. Tal vez gracias a su nueva prosperidad había encontrado a otra persona (al pensarlo, sentí una punzada que no me esperaba). Tal vez estaba buscando la forma de decirme que, a pesar de su amor por mí, había encontrado una mujer que quería casarse con él ya y que estaba deseando ocuparse de la casa de los Philander. O tal vez estaba enfadado porque me había visto caminando por la montaña con un oficial de la Marina, un oficial cuya carta no había podido leer todavía por culpa de las exigencias urgentes de la cena familiar, después la salida de Ma y Pa y finalmente ese momento.

—¿Pero me quieres de verdad? —Sus ojos resplandecían a la luz de las velas—. Eso es lo que no sé. Dices que sí, pero...

El viento azotaba las palmeras, paraba un rato y volvía a zarandearlas de nuevo. La puerta principal golpeaba contra el marco. Piet no sabía lo de la carta que le había escrito a la directora de enfermeras: «no tengo compromisos familiares en este momento de mi vida, ni preveo tenerlos en el futuro»... Tenía que decírselo ya. Y esta vez no dejar que me interrumpiera, ni que hiciera algo que me llevara a guardar silencio otra vez. Necesitaba acabar con eso ya.

—Me importas. —Extendí la mano para tocarlo—. Pero la guerra ha cambiado las cosas...

—No ha cambiado las cosas que me importan a mí —interrumpió, atravesándome con sus ojos oscuros. Tenía la frente cubierta de una capa de sudor—. He esperado a que acabaras tu formación, pero Lou-tjie ... —Su voz

se quebró al utilizar esa forma cariñosa de llamarme—. No puedo esperar toda la vida.

Se arrodilló delante de mí y me cogió las manos. Después tiró de mí para que me pusiera de pie y me envolvió con sus brazos.

—Eres tan guapa... Veo cómo te miran todos.

Sus manos me recorrieron la espalda, las caderas. Sentí que su respiración se aceleraba junto a mi cara.

—Piet, no...

—Tus padres estarán fuera mucho rato —jadeó junto a mi oído—. Y hemos esperado mucho.

Me besó y sentí su mano fuerte sujetándome por la cintura. Me desabrochó el botón de arriba de la blusa, metió la mano por dentro y empezó a sobarme el pecho. Yo contuve un grito. Nunca había sido así de atrevido, nunca me había agarrado de esa forma tan exigente, nunca con esa sensación de propiedad.

Tal vez fue eso lo que lo decidió todo. Esa sensación de propiedad que había en sus manos, en su cuerpo, en sus labios.

—¡No! —exclamé, apartando la cabeza, pero no tuvo ningún efecto.

Siguió devorándome el cuello y la garganta con los labios. Me apartó el corpiño y sentí el contacto húmedo de su lengua en un pezón. Un calor tentador empezó a inundar mi cuerpo. Iba a ocurrir y yo iba a permitirlo si no lo detenía en ese mismo momento.

Coloqué las manos y los antebrazos contra su cuerpo y lo empujé.

—¡No! ¡Así no!

Él se apartó, tambaleándose. Las enfermeras tenemos bastante fuerza.

Me quedé mirándolo, sorprendida por mí, por él, porque nunca antes habíamos sido violentos el uno con el otro. Aunque no estaba segura de que él estuviera viendo nada, porque tenía los ojos desenfocados, empañados, como mis pacientes cuando salían de un coma. Nos quedamos los dos de pie, el uno frente al otro, jadeando.

—¿Por qué no? —gritó, y el trance se rompió—. ¡Ya he esperado bastante!

—No quiero quedarme embarazada, Piet. Y además, tenemos que hablar.

La llama parpadeante de la vela que había en la mesa de la cocina (o tal

vez fue lo que yo dije) proyectó unas sombras que hicieron que la expresión de Piet se volviera desagradable.

—Tendré cuidado. Y no te quedarás embarazada la primera vez — contestó, agitando el brazo igual que lo hizo Amos cuando me golpeó por accidente el día que arrestaron a Piet.

Volví a abrocharme la blusa con dedos temblorosos.

—¿Es que no me deseas?

La lluvia empezó a repiquetear contra las ventanas, como aquel día en el reformatorio.

Tragué saliva.

—No puedo casarme contigo, Piet.

Sus ojos enfocaron de nuevo y se fijaron en los míos con total incredulidad, como si le hubiera dado un puñetazo en vez de apartarlo de un empujón.

Se oyeron unos golpes fuertes en la puerta principal.

—¿Qué está ocurriendo ahí dentro, Solly Ahrendts?

Piet se dejó caer en el sofá.

Yo fui hasta la puerta y la abrí una rendija. Fuera estaba la señora Hewson con el pelo lleno de rulos bajo un pañuelo mojado por la lluvia y con un bastón en la mano derecha para utilizarlo como arma si era necesario.

—Pasaba por aquí y he oído gritos...

—No pasa nada. Es Piet. Está disgustado.

Miré por encima del hombro. Piet estaba encorvado en el sofá, dándole la espalda a la puerta. El viento entró silbando en el salón y agitó las cortinas, cerradas cuidadosamente por el oscurecimiento.

—¿Dónde está tu padre? —La señora Hewson metió la cabeza por la puerta abierta—. No debería dejaros aquí solos.

—Pa y Ma, están ensayando con el coro. No tardarán en volver. Váyase a casa, señora Hewson, por favor. Estamos bien.

Sacudió la cabeza, sorbió por la nariz y se perdió renqueando en la oscuridad.

Cerré la puerta y me giré para mirar a Piet. Tenía las manos convertidas en puños y los nudillos blancos. Crucé despacio la habitación diciéndome que no me iba a hacer daño, que no me pegaría como su padre le pegó a él una

vez. Pero estábamos solos. Acababa de echar a la señora Hewson y el viento aullaba tan fuerte que podía enmascarar cualquier alboroto. Me senté en el borde del sillón que él tenía enfrente. Normalmente podía identificar el humor de Piet igual que las mareas, solo con echarles un vistazo; a veces todo se veía agitado, pero siempre seguía un patrón. Pero este era un Piet diferente. Peligroso, impredecible como una ola loca, el Piet que Ma temía encontrarse cuando él salió del reformatorio, uno que nunca se iba a poder amansar.

—He cambiado, Piet. Y tú también. Somos diferentes de como éramos. Pero espero que sigamos siendo amigos siempre.

Sus ojos ardieron con furia.

—¿Amigos?

—Sí. Sigo preocupándome por ti.

¿Cómo iba a decirle que ya ni siquiera confiaba en él? No tenía sentido mostrar ese tipo de crueldad.

Me miró con una hostilidad que nunca le había visto antes y después se miró los puños cerrados.

Sentí que mis piernas se tensaban. Me aferré a los brazos del sillón.

—No quiero que seas mi amiga, Lou. Quiero que seas mi esposa.

Se levantó, pasó a mi lado como una tromba, abrió la puerta de un tirón y salió a la noche.

El viento sacudió la puerta y después la cerró de un portazo. La llama de la vela languideció y se apagó.

\* \* \*

Estimada señorita Ahrendts:

Discúlpeme por haber abandonado el hospital sin despedirme de usted. He tenido que presentarme para el servicio antes de lo esperado y dejaré Simon's Town dentro de muy poco. No sé cuándo volveré a pasar por aquí.

Espero que estas palabras escritas apresuradamente sirvan para expresarle mi más profundo agradecimiento por sus dedicados cuidados y su amable comprensión del *shock* que sufro tras lo que me ocurrió. Esperaba que los recuerdos de la batalla del año pasado se

estuvieran desvaneciendo, pero parece que mi enfermedad los revivió. Cuando vuelva al servicio activo, desaparecerán, estoy seguro, pero por el momento son muy reales, como pudo usted ver.

He tenido la gran suerte de que me trataran aquí, en la hermosa zona de El Cabo, y no olvidaré su gentileza al invitarme a salir del hospital para que tomara un poco de aire fresco. En el aspecto profesional, estoy totalmente seguro de que sus habilidades la llevarán lejos. Con el tiempo no hay duda de que irá ascendiendo hasta el nivel más alto de la enfermería. Y le deseo que alcance la realización también en otros ámbitos en el futuro.

Espero que no le parezca que estoy rompiendo las reglas del hospital si le digo que me gustaría que nos volviéramos a ver algún día. Me encantaría dar otro paseo por la montaña con usted.

Atentamente,  
David Horrocks

**E**STABA SALIENDO DE la tienda Sartorial House cuando lo vi. Yo había ido a charlar un rato con el señor Bennett, como hacía siempre que estaba libre, y allí estaba él, con los galones de su nuevo rango, caminando despacio por la acera en medio de la multitud que salía para comer. Una figura alta y formal con una leve cojera. Al principio no me vio y yo estuve a punto de girarme y volver adentro. Tal vez fue porque llevaba mi ropa, un vestido azul sin mangas con un ribete blanco en el cuello que me había hecho la señora Hewson; sin el uniforme era como si no tuviera derecho a hablar con él.

Pero entonces él me vio y me sonrió.

—Buenas tardes, enfermera Ahrendts.

—¿Capitán? ¿No se ha hecho a la mar todavía?

—No —dijo apartándose del ruidoso trasiego de gente para entrar en una callejuela que había junto a la tienda—. Todavía no.

Miré alrededor, a la gente, y después entré en la callejuela con él. Había unas cortinas ondeando en una ventana abierta arriba. Él se fijó en mi vestido y en los brazos al aire, porque normalmente los llevaba cubiertos por algodón almidonado.

—Felicidades por su ascenso —dije apresuradamente, intentando encontrar algo que decir que no fuera poco educado—. Y gracias por su carta. Ha sido usted muy amable...

—Lo decía en serio —interrumpió.

—Lo sé. Es agradable que te den las gracias. —Sonreí, sonrisa de enfermera a paciente, y le tendí la mano—. Buena suerte, señor.

—No. —Negó con la cabeza y después miró a lo lejos, distraído por el sonido de un convoy de camiones que se acercaba—. Lo que decía en serio era que quería verla de nuevo y dar otro paseo con usted.

Me aparté un poco de él, dispuesta a salir corriendo como lo hacía antes cuando iba hacia Piet y Seaforth o cuando necesitaba sentir la brisa en la cara y no el calor de aquellos que decían que era demasiado ambiciosa.

Una hilera de camiones cubiertos se detuvo con los motores en punto muerto ante la puerta de la reina Victoria. El viento arrancó una cuerda de tender que había entre dos edificios un poco más arriba.

—No tengo derecho a pedírselo —murmuró—, pero he visto bastante muerte hasta ahora como para valorar los momentos en que la vida merece la pena.

Me quedé mirándole la cara, la cicatriz.

Él miró el convoy de camiones de la puerta.

—Mi cargamento —dijo sardónico, señalando—. Mi guerra.

—Pero usted tiene esposa —dije señalando el anillo de su dedo—. No quiero engañar a nadie.

—Ni yo tampoco. Pero me gustaría volver a hablar con usted. ¿Podríamos ser amigos? ¿Eso estaría mal?

El viento hacía revolotear unas cuantas hojas alrededor de nuestros pies. Él no se arredraba, no apartaba sus ojos de los míos, ni mantenía las distancias a causa de mi color.

—Si pasa por Simon's Town, venga a verme. Tal vez podamos dar ese paseo entonces.

\* \* \*

—ESE BARCO ESTADOUNIDENSE... —LE solté a Pa a la mañana siguiente, mientras desayunábamos en la mesa de la cocina—. Lo he buscado, pero se ha ido.

Ma sonrió mientras servía los huevos revueltos. Sabía que me gustaba comprobar todas las mañanas cómo estaban los barcos, como si fueran mis pacientes.

—*Ja* —contestó Pa—. No nos han dejado acercarnos a él. Han debido estar cargando una mercancía secreta o una nueva arma. —Se puso la servilleta en el cuello y se lanzó a por los huevos.

—Yo no he visto a nadie de la tripulación por la ciudad.

—Salidas restringidas —explicó Pa masticando la tostada—. Todo supersecreto, eso dicen. ¿Vas a ir a casa de Vera esta noche a cenar?

—Ninguno de los otros barcos se ha movido —continuó—. El *HMS Dragon* sigue ahí...

Pa dejó el tenedor.

—¿Por qué tienes tanta curiosidad?

—Es normal que Lou tenga curiosidad —intervino Ma—. La señora Hewson me ha dicho que Milly, la hija del viejo Phillips, le ha contado que había soldados armados custodiando todos los camiones. Pensó que debían estar trasportando oro por lo menos para tomarse tantas molestias por esas cajas.

Pa se atragantó con la tostada.

Ma se encogió de hombros.

—Si quieres saber lo que pasa en el astillero, pregúntale a una mujer. Milly había ido a llevar huevos para el barco americano. —Me miró y me guiñó un ojo antes de ponerse a recoger platos sucios—. Les encantan sus huevos.

Una hora después, justo antes de entrar para empezar mi turno, me detuve un momento al lado del funicular. El viento sudeste había amainado, dejando un cielo limpio y una leve brisa. Un cambio en el viento...

La ruptura de una amistad de toda la vida.

La inesperada insinuación del nacimiento de otra.

Me encontraba debatiéndome entre una chispa nacida en la ladera de una montaña, la tensa ruptura con Piet, una arriesgada conversación en un callejón en medio de la multitud... Pero yo no era nada frívola, no era capaz de dejar a un hombre para fijarme en otro al minuto siguiente. Tal vez ambos incidentes no tenían ninguna relación. Tal vez me estaba equivocando al querer ver más allá solo porque se habían producido en la misma época. Pero aun así, las chicas locales de piel oscura no daban paseos con los oficiales británicos (ni siquiera aunque fueran inocentes, nada más que los paseos de dos amigos), al menos no si querían mantener sus trabajos y el respeto de sus familias.

Me estiré el uniforme y me di cuenta de que estaba muy cansada.

—No puedes estar despierta hasta tarde y después aguantar todo un día de

trabajo —me había regañado Ma mientras fregábamos los platos del desayuno, al verme las ojeras e imaginar que había estado leyendo hasta tarde.

—No te preocupes, Ma.

Lo de la ruptura se sabría muy pronto. Y ya tenía bastante cosas en que pensar como para tener que preocuparme por las advertencias de Ma.

Una ráfaga de viento me agitó la falda.

Abajo, en Long Beach, las lejanas figuras de Piet y sus compañeros pescadores estaban arrastrando las barcas por la arena. Piet estaría girando la cabeza para examinar Simonsberg e intentar adivinar cuál iba a ser el tiempo ese día y probablemente quejándose con sus compañeros de que las mujeres eran todas unas traidoras, por mucho tiempo que hiciera que las conocieras. O tal vez estaba demasiado dolido como para decir nada. Pero pensar en eso solo me iba a hacer sentir más culpa y yo había decidido que eso de la culpa se había acabado para mí.

**P**ASÓ UN TIEMPO hasta que la furia de Piet se calmó. Después intentó distraerse pensando en las otras chicas disponibles que conocía: esa fresca de Vera, por ejemplo, pero estaba liada con Abie. Ninguna de ellas podía compararse con Louise, pero ¿qué iba a hacer? Había esperado a Lou mientras las buenas se iban colocando y al final se había quedado ahí tirado, en dique seco, como una barca que no había llegado a aprovechar la marea. Y solo porque había querido su recompensa por haber esperado todos esos años. ¡Él se la merecía! Ella era suya, siempre lo había sido.

Pero lo único que había conseguido a cambio de toda su paciencia había sido rechazo.

Se obligó a dejar de apretar la mandíbula.

Bueno, si se veía muy desesperado, podía hacer una visita a las chicas de Paradise Road. Seguro que estaban encantadas de verlo por allí. Pero eso no era una solución a largo plazo. Necesitaba una esposa. Alguien que se ocupara de la casa de los Philander. Y que engendrara a la siguiente generación de su familia.

—Ida y vuelta a Ciudad del Cabo —pidió con aire taciturno, colocando el dinero sobre el mostrador de madera de la estación de Simon's Town—. Tercera clase.

Al menos le quedaba su negocio para mantenerlo ocupado. Se guardó el cambio y el billete y fue al andén. Todavía faltaban veinte minutos para que saliera el tren de la tarde, pero había seguido paso a paso la rutina que había puesto en práctica dos semanas antes (y dos semanas antes de eso también) y esta vez iba a actuar exactamente de la misma manera. Entonces se estaba ganando la vida decentemente y podía comprar las pastillas para el corazón de Den, ropa en condiciones para él y alguna cerveza que otra para Amos,

pero siempre había sitio para otro huevo en el *bobotie*, sobre todo teniendo en cuenta que tenía que ganar para mantener a una mujer en el futuro, fuera ella quien fuera.

Fue hasta el final del andén, donde estaban apiladas las mercancías para cargarlas en el vagón que vigilaban los guardias. La gente recordaba las sorpresas, los cambios en la rutina, pero no se fijaba cuando hacías, lo mismo siempre. Como los peces, se dijo riendo para sí, y se animó un poco: si estás cerca de ellos el tiempo suficiente, se acostumbran a ti; si buceas entre ellos inesperadamente, los peces *skrik*. No había diferencia entre los peces y la gente.

—Hola —saludó al guardia sudoroso que estaba subiendo las cajas. Lo reconoció. Piet ya los conocía a todos para entonces.

—No se puede subir aquí, este vagón es privado —respondió el guardia resoplando, pero entonces lo vio—. Oh, eres tú, Piet. ¿Has venido a ver tu pescado?

—*Ja* —contestó Piet—. Pero ya que estoy aquí, te puedo ayudar con estas cajas.

Cogió una caja con algo metálico en su interior, que tintineó al moverla, y la subió al vagón con facilidad. Después otra. Y otra. Y al final unas cuantas que tenían escrito que uno de los lados debía mantenerse hacia arriba.

El guardia se apoyó en la puerta y encendió un cigarrillo.

Piet miró alrededor.

—Mis cuatro cajas. Envío especial para la Marina de Ciudad de Cabo. ¿Y las cajas de Meintjies y Olifant?

—Allí. —El guardia señaló con el cigarro a la última pila, que estaba bajo una lona.

Piet se acercó y levantó la lona.

—Me gusta asegurarme de que no les falta hielo. Es mejor que los peces no se frían antes de llegar, ja, ja.

El guardia sonrió y tiró el cigarrillo.

—Pásamelas. Las pondré aquí donde no da el sol.

—Gracias, ya lo hago yo —contestó Piet.

Levantó las cajas una por una mientras el guardia lo observaba.

—Es bueno saber que os preocupáis de los alimentos frescos. Ya está,

todas en el vagón. —Piet estiró los brazos por encima de la cabeza e hizo crujir los nudillos—. Un buen día para pescar, se nos metían solos en las redes. ¿Puedo viajar aquí, como el otro día? Así podré ayudarte a descargar cuando lleguemos.

—¿Tienes billete?

Piet se lo enseñó.

El guardia se encogió de hombros y cogió un portapapeles donde tenía una lista. Le echó un vistazo por encima a la carga y después recuperó un lápiz que tenía en la oreja y fue marcando casillas en esa lista.

—A mí me da igual. Siempre me viene bien un poco de ayuda.

—Encantado de ayudar —dijo Piet, y sonrió—. Y no te preocupes. Si tienes otras cosas que hacer, ya cuido yo la carga. —Le dio una palmadita al guardia en la espalda y se sentó en el suelo al lado del pescado, como si ese lugar fuera tan cómodo como un asiento de primera clase.

El guardia asintió y saltó al andén.

Quince minutos después, el tren salió de la estación con una sacudida. Piet se asomó por la ventanilla para oler el aire salobre. Una hora más o menos de aburrimiento y después a encontrarse con los guardias de Ciudad del Cabo: el paripé con el pescado, el comentario de lo fríos que estaban los peces, la comprobación de que las cajas iban al lugar correcto y eso de: «¿por qué te molestas en contar las cajas? Si no están ahí, ¿dónde van a estar?». Y las bromas de que la próxima vez iba a «distraer» algún pescado para todos... Hombre, mira, la verdad es que tengo este de sobra...

Y por fin el viaje de vuelta.

Otra vez el vagón de los guardias, con un guardia diferente al que también ayudaría a cargar las cajas que iban a Simon's Town porque claro que iba a ayudar incluso aunque no tenía necesidad de comprobar las cajas vacías, ni de que se le durmiera la espalda por estar tanto rato sentado en el duro suelo. Porque eso era cosa de todos, ¿no?

COMO QUITARLE UN CARAMELO a un niño, le dijo el hombre ostentoso una vez a Piet.

Pero no fue así al final.

Esta vez estaba teniendo mucho más cuidado. Y no iba a cargar con la

culpa él solo. Se hundirían todos con él, incluido el almirante, que disfrutaba regularmente de esos regalos especiales de pescado que llevaba Piet a su casa, en persona, para que se lo preparara después con mucho mimo el chef de la Marina.

—¿DÓNDE ESTÁN LOS yanquis? —refunfuñaba Pa mientras escuchábamos a Churchill en la radio hablando de luchar en los campos y no rendirse—. ¿Es que no les importa? ¿O es que lo único que quieren de nosotros es nuestro oro?

Como la guerra iba tan mal, lo de cotillear era un entretenimiento refrescante. Por suerte, los rumores se centraban en eso tan misterioso que habían cargado en el barco americano y no en el curioso hecho de que hubieran embarcado en un buque estadounidense a un oficial británico que había sido lo bastante estúpido como para ponerse a hablar con una enfermera de la localidad en el centro de la ciudad. Oro, especulaban, o tal vez diamantes de las minas de Kimberley, aunque no hacían falta tantos camiones para traer una carga de piedras diminutas, ¿no?

Había tenido suerte.

Nadie me había visto en aquella callejuela del centro.

Tenía preparada una respuesta por si acaso. Él era mi paciente y había querido darme las gracias por mi labor en el hospital (aunque cualquiera que nos hubiera visto allí juntos albergaría sospechas). Yo ya había demostrado tener tendencia a ese tipo de rebeldía: había solicitado una plaza para hacerme enfermera sin decírselo a mis padres y todo el mundo sabía ya que había rechazado al hombre que se había redimido a pesar de haber pasado por un mal momento en su vida. La gente estaba orgullosa de mí en general, pero no haría falta gran cosa para que los cotilleos volvieran a cebarse conmigo.

Y además era demasiado *delgada* y demasiado lista...

Mientras, el enemigo se acercaba, luchaba contra nuestras tropas en los desiertos que rodeaban Tobruk y amenazaba Egipto. Hombres heridos provenientes de las batallas más cruentas empezaron a llenar el hospital.

—¿Enfermera? —El sargento Talbot, herido cerca del África Oriental, se quedó parado delante de la mesa con su uniforme naval y sin parar de darle vueltas a la gorra que tenía entre las manos.

—¿Sí, sargento Talbot? ¿Todo listo?

—Oh, sí, enfermera, estoy deseando irme ya... Disculpe, señora, pero quería darle las gracias antes de irme. —Enrojeció hasta las puntas de las orejas.

—Buena suerte, sargento. —Le tendí la mano—. Cuídese y venga a vernos cuando esté de paso por aquí.

—Lo haré, señora.

—¡Enfermera Ahrendts! —La voz de la enfermera jefe Graham llegó desde el pasillo que comunicaba con la sala—. El sargento Talbot va a llegar tarde si usted sigue retrasándolo.

Talbot, que le estaba dando la espalda a la enfermera jefe, me guiñó un ojo antes de darse la vuelta con un movimiento marcial.

—Enfermera —continuó la enfermera jefe cuando Talbot se hubo ido, mirándola de arriba abajo—, creía que ya tenía suficientes tareas para mantenerla ocupada y que por tanto no tendría tiempo para ponerse a cotorrear con los pacientes que han recibido el alta.

—Solo le estaba deseando suerte al sargento Talbot, enfermera jefe.

La enfermera jefe Graham me miró con gran frialdad.

—Empatizar demasiado con los pacientes es muy poco profesional, enfermera. —En su opinión, la belleza de Louise era una distracción que hacía que los pacientes tuvieran tendencia a permanecer allí más tiempo del necesario—. Las altas deben tratarse igual que los ingresos: de forma eficiente y, sobre todo, rápida.

—Sí, enfermera jefe.

—No convierta a los pacientes en sus mascotas, enfermera Ahrendts.

Apreté los dientes. La enfermera jefe Graham debería trabajar en el quirófano, porque allí los pacientes estaban siempre anestesiados.

—Por cierto, ha llegado esto para usted. —Estrelló violentamente encima de la mesa un sobre que iba dirigido a mí—. Haga el favor de no volver a utilizar el hospital como oficina de correos particular.

MÁS TARDE, A LA luz de la vela, leí:

Querida enfermera Ahrendts:

Discúlpeme por escribirle al hospital, pero es la única dirección suya que tengo.

Después de nuestro encuentro en St George's Street, me he dado cuenta de que quizás mi conducta le pareció a usted impropia. Pero esa no era mi intención. No quiero pagarle su amabilidad avergonzándola. Acepte mis disculpas, por favor.

No puedo decirle dónde nos encontramos en este momento, aparte de que nos estamos alejando de la costa de África. Hay una extraña neblina que parece adherida a las colinas de la costa. Me recuerda a la nube que solía dejar caer chaparrones sobre sus montañas cuando el viento soplabá de la dirección correcta y el aire frío del mar invadía la costa. Siempre me ha parecido que eso tenía poco que ver con la ciencia y más con una belleza extraordinaria y descontrolada.

Espero regresar a mi barco en algún momento. Gracias de nuevo por todo lo que ha hecho por mí. Le envió mis mejores deseos.

Atentamente,

David Horrocks

IBA PASEANDO POR LA montaña cuando lo vio.

Habían pasado seis meses desde que se fue y cuatro meses desde que me envió esa carta que parecía decir que no iba a venir a buscarme para dar otro paseo juntos. Pero ahí estaba, solo, sentado en un saliente rocoso junto al funicular, mirando los barcos que llenaban el astillero. Aunque estaba de espaldas, reconocí su forma de ladear la cabeza y el pelo claro. Yo me encontraba unos treinta metros por encima de donde estaba él, en un camino que iba por debajo de la cantera del abuelo Ahrendts. Si no se volvía, no me vería. Si yo me giraba y regresaba por donde había venido, él no se enteraría tampoco.

Me quedé quieta, un momento queriendo que se girara y al siguiente deseando ser capaz de comportarme de forma sensata e irme de allí...

—¿Capitán?

Él se volvió con una sonrisa y subió rápidamente hasta donde yo estaba. Ya no se le veía ni el más mínimo rastro de la cojera.

—¡Enfermera Ahrendts! ¡Me alegro de verla!

Nos estrechamos la mano. Iba de uniforme y su cara había perdido la palidez de la época del hospital. Fui consciente de que un faldón de mi blusa blanca se había salido de la cintura de los pantalones cortos y que parte del pelo se me había escapado de la coleta. La última vez fue su ropa de paisano lo que me puso nerviosa. Si se dio cuenta de mi desaliño y eso lo desconcertó de alguna manera, no se le notó.

—¿Cuándo ha llegado?

—Anoche. Nos topamos con una tormenta frente a Madagascar y hemos tenido que venir a hacer reparaciones.

Un babuino chilló algo más arriba.

—¿No le preocupa caminar por aquí sola? —me preguntó señalando hacia el lugar de donde había venido el sonido.

—No, los babuinos no te molestan si tú no los molestas a ellos. ¿Está usted bien? —Le miré la cintura.

—Sí, gracias, curado del todo. Y duermo mucho mejor. Al menos cuando la guerra lo permite —añadió con una sonrisita.

—¿Pudo entregar el oro sin contratiempos? —Vi una chispa en sus ojos, pero no respondió. Reí—. ¡Es difícil guardar un secreto cuando todos vemos lo que ocurre desde las mismísimas puertas de nuestras casas!

—Sí, la verdad es que desde ahí tienen una visión privilegiada —reconoció mirando las casitas de Ricketts Terrace.

Me senté en una piedra y elevé la cara buscando el sol. Él permaneció de pie, mirando hacia el mar. Guardó silencio y yo me pregunté si habría hecho algo para decepcionarlo; tal vez me estaba comparando con una compañía más sofisticada, una esposa que había visitado en los meses que habían pasado...

—Gracias por su carta —dije de repente—. No era necesaria, pero me alegré de saber que estaba sano y salvo.

—He tenido mucha suerte. Algunos de mis amigos no tuvieron tanta.

—¡Vamos a dejar de hablar de la guerra! —exclamé, porque no quería despertarle esos recuerdos—. Cuénteme cosas de su hogar, capitán.

Se volvió para mirarme con una sonrisa y se sentó a mi lado.

—Corbey ha sido propiedad de mi familia durante casi doscientos años — empezó a contar—. Es hermoso, pero se trata de algo más limitado y apacible que esto. —Hizo un gesto con el brazo que abarcaba toda la bahía y las montañas.

Lo miré de arriba abajo: el uniforme, la cinta de la que colgaba la medalla.

—¿Y algún día será suyo?

—Sí. Si sobrevivo a la guerra me convertiré en el conde. Ahora lo es mi padre.

Conde de Corbey. Un caballero con un título nobiliario. ¿Si sobrevivía a la guerra? Me estremecí, preguntándome si él estaba del todo curado en realidad. Las pérdidas del *Achilles*, las que estaban por venir... Si mis pacientes llegarían a curarse del todo alguna vez.

—Pero no es eso lo que usted quiere.

—Debe pensar que soy muy extraño —contestó en voz baja—. No quiero parecer desagradecido, pero me encanta la Marina. Y la vida en el mar me parece mucho más gratificante. Sospecho —dijo entornando los ojos— que a usted le pasa lo mismo con la enfermería.

Un ratonero africano pasó planeando a nuestro lado, con las alas ribeteadas de negro totalmente extendidas para aprovechar la corriente ascendente. Contemplé la ágil espiral que fue haciendo para subir hasta que desapareció por encima de la cumbre de la montaña.

—¿Y qué pasaría con Corbey si usted se quedara en el mar?

Se volvió hacia mí lleno de entusiasmo.

—Lo uniría con la granja colindante y traería un encargado con ideas modernas para gestionar la finca. Si la mansión resultara demasiado cara de restaurar, dejaría que se convirtiera en un monumento en ruinas. Conservaríamos los prados, los robles. Sería impresionante —hizo una pausa—, aunque diferente. Y construiría una granja más pequeña un poco más allá.

—¿Cómo es la tierra allí? —pregunté unos minutos después, mirando las coloridas proteas y las verdes laderas de Simonsberg que descendían hasta encontrarse con el mar.

—Ah —exclamó tocándome el brazo—, es espectacular. Colinas ondulantes, un arroyo en un bosquecillo donde iba a pescar cuando era

pequeño, robles de un verde vibrante en primavera... Mi madre me enseñaba las yemas en los extremos de las ramas desnudas; después observábamos cómo esperaban hasta que hacía más calor para abrirse y, cuando lo hacían, ya podíamos declarar que había llegado la primavera.

—¡Pero si yo creía que odiaba ese lugar! Cuando estaba en el hospital hablaba siempre de escapar. —Me tapé la boca—. Disculpe. No tengo derecho a...

—No se disculpe —me interrumpió y me miró a los ojos—. Me encanta la finca, es del compromiso de lo que intento escapar. —Apartó la vista y después añadió, como bromeando—: Seguro que le parezco un paciente algo confuso. No sé cómo me soporta.

Solté una risita. Él sonrió. Un lagarto rayado salió de debajo de una roca cerca de nuestros pies, se quedó un momento tomando el sol para calentarse y después se escabulló. Uno de los buques de guerra de la bahía levó anclas y empezó la maniobra para entrar en el astillero.

—Yo conocía algunos de los barcos que se han hundido —murmuré—. He visto sus escudos en la pared del dique seco. Es como perder a un amigo.

Él me cubrió la mano con la suya un momento y después la apartó.

El barco cruzó la entrada del astillero y se dirigió a su atracadero. El eco de los gritos de los marineros llegaba hasta la montaña.

—Siento cierta vergüenza —confesé— porque esta guerra ha destrozado muchas vidas, pero a mí me ha ayudado.

—Usted ya ha compensado su ascenso con creces —dijo él con cariño.

Sentí que me ruborizaba. Cuadré los hombros y me levanté.

—Tengo que despedirme, capitán. Que tenga buena suerte vaya adonde vaya.

—Gracias —respondió—. Y llámeme por mi nombre, por favor. David.

Dudé y le tendí la mano.

—David, entonces.

Me la estrechó y yo empecé a bajar por el camino desigual, consciente de que él se quedaba allí, mirándome. ¿Durante cuánto tiempo podría recordar su cara? ¿Y su voz tranquila y comedida? Esas imágenes ya las estaban sustituyendo las de otros pacientes, otros hombres jóvenes que había que curar. Pero David Horrocks era diferente. Había algo especial en su forma de

actuar y en lo tranquila que me sentía con él. Pero sin duda esto era el final. Habíamos dado nuestro segundo paseo por la montaña, como él quería. Llamarlo por su nombre por primera vez había sido una forma muy dolorosa de despedirse.

—¿Cuándo podremos volver a vernos?

Me giré. Su uniforme blanco destacaba delante de los *fynbos* y su mirada me lanzó un desafío desde el otro extremo de los pocos metros que nos separaban. ¿Es que no lo había entendido? ¡La amistad entre una chica de piel oscura y el hijo de un conde era una locura! Podría destruir nuestras carreras y poner en riesgo ese matrimonio que él todavía no había reconocido.

—Si hay algo que me ha enseñado esta guerra —continuó, acercándose unos pasos—, es que nuestras vidas son increíblemente breves. Lo que somos, lo que hemos construido, puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. —Miró las montañas lejanas y después me dedicó una sonrisa sorprendentemente tierna—. Solo sobrevivirán los elementos de la naturaleza: el mar, la tierra, el espíritu humano.

Y el amor, me dije. No hay que olvidar el amor.

Los pinos se agitaron con un susurro detrás de nosotros.

—Si sigue aquí entonces —dije volviéndome para seguir mi camino—, yo paseo por Seaforth los jueves por la mañana.

Sentí que su mirada no se apartaba de mí durante todo el descenso. Veía el suelo borroso delante de mis pies y me di cuenta de que estaba llorando. ¿Era por él o se trataba de una reacción atrasada por la ruptura con Piet? ¿O era por la alegría que hacía falta para animar a los pacientes, por la resistencia necesaria para soportar a la enfermera jefe Graham, por la larga lista de muertos en la guerra...?

Me contuve para no levantar la mano y enjugarme las lágrimas.

Tal vez no era más que por el sol que me estaba dando directo en los ojos.

**P**IET SE AGACHÓ entre la maleza junto a un eucalipto, con el corazón latándole con tanta fuerza que llegó a sentirse peor que la primera vez que entró a robar en una casa. Subió como pudo por la colina, entre las hojas, para ver mejor al hombre con el que ella había estado hablando. Un oficial, a juzgar por el uniforme. Se habían sentado juntos como si se conocieran, como si fueran amigos.

¿A qué demonios estaba jugando?

Piet acababa de pasar una larga y dura mañana pescando cuando la vio bajar por el camino que rodeaba la cantera. De repente se detuvo varios minutos. ¿Por qué estaba ahí parada? ¿Estaba admirando las vistas? A Lou siempre le habían gustado las vistas.

Estaba a punto de volver a lo suyo cuando se fijó en que ella le hablaba a alguien que él no había visto antes, un oficial que estaba sentado en una piedra junto al funicular. El hombre se levantó de un salto y le cogió la mano. Después se sentaron los dos juntos en una piedra y hablaron más tiempo de lo era razonable si ella solo pretendía ser educada con un antiguo paciente.

Él le tocó el brazo. Y ella no se lo impidió. Y los dos se rieron juntos.

El tren con el pescado de Piet salió de la estación con un chirrido de metal.

Siguió espiando entre las hojas y vio que Louise se levantaba, bajaba por el camino hasta la carretera y se dirigía a su barrio. El oficial se levantó también, la estuvo mirando mientras se alejaba y después recorrió el camino con paso rápido, dejó atrás el hospital, tomó la dirección contraria y se dirigió a St George's Street. Era alto y debía de tener más de treinta años, tenía el pelo claro y lucía las insignias y los galones de un capitán de corbeta. Le vio una cicatriz en un lado de la cara, pero a pesar de ello seguía irradiando la confianza que la gente rica parece haber mamado desde la cuna. Pasó cerca

de él. Piet apartó las ramas y lo miró alejarse.

Todo eso debía de estar planeado.

Tal vez lo había rechazado por eso. No por él, ¡sino por un cabrón blanco!

Que Dios la ayudara si le gustaba ese tipo. Y que Dios ayudara al oficial. A la Marina no le gustaría que sus héroes anduvieran por ahí con talentos locales. Se dio cuenta de que tenía los puños cerrados con fuerza. Últimamente apretaba los puños muy a menudo.

Amos le había golpeado en la cara una vez, con la palma abierta. Delante de Louise.

Pero Piet había aprendido en el reformatorio a usar los puños de una forma muy eficaz, aunque hasta el momento había podido contenerse; solo unas cuantas veces se había quedado cerca de utilizarlos cuando alguien había mirado demasiado a Lou o en algún caso en que había tenido que defender su pesca.

Salió de su escondite y se giró para mirar el astillero.

No sería difícil enterarse de en qué barco iba él.

EL BUEN TIEMPO se mantuvo durante el resto de la semana (nada de niebla y un agua como un zafiro fundido), lo que hizo que pudiera ver al *Dorsetshire* cada vez que iba o volvía del hospital y darme cuenta de que sus movimientos erráticos eran más que obvios.

—Están de pruebas —me explicó Pa—. Han tenido un problema en el motor. Lo arreglaron en el puerto y salen para probarlo. Después vuelven para hacerle algún otro ajuste. Es un tema difícil.

—¿Sabes cuál es ese? —preguntó Ma la mañana del miércoles, cuando apareció detrás de mí y me acarició el pelo.

Si había sentido algún alivio porque hubiera roto con Piet, quedó enterrado bajo la duda sobre qué iba a hacer con esa hija rebelde que acababa de recuperar la soltería. La había oído discutiendo con Pa.

—¡Tenemos que encontrarle a alguien pronto! —insistía—. Lou tiene casi veintitrés.

El pobre Pa estaba atrapado entre su insistencia y mi determinación de decidir por mí misma.

¿Por qué siempre eran todos tan implacables con las chicas acerca del matrimonio?

—Sí, es el *Dorsetshire*. Uno de mis antiguos pacientes está en la tripulación.

—Y hasta le escribió una carta —dijo Pa desde la mesa—. Para darle las gracias. Fue muy educado por su parte, ¿no crees?

Ma lo miró enarcando una ceja y me dio una palmadita en el hombro.

Yo me esforcé por mantener la expresión neutra y me limité a sentarme a la mesa.

—¿Ya está arreglado el *Dorsetshire*, Pa?

—Tal vez —dijo encogiéndose de hombros—. Tenían prisa por que lo arregláramos. El capitán no ha parado de ir detrás de nosotros por toda la sala de máquinas. Lo han asignado a un convoy, al parecer.

Una hora después me detuve de camino al hospital.

El crucero era una diminuta silueta en el horizonte.

Durante las últimas noches había estado en la cama, despierta, imaginando lo peor que podía pasar como consecuencia de la última invitación que le había hecho a David Horrocks. Él probablemente se libraría con una reprimenda y una discreta reasignación, pero mi castigo sería mucho peor. Había abusado de mi asignación extraoficial al hospital y cometido el pecado de hacerme amiga de una paciente que provenía de un nivel más alto de la pirámide. Me sacarían inmediatamente del Hospital Naval y me enviarían, sumida en la vergüenza, a algún lugar recóndito donde nunca pudiera volver a entrar en contacto con un oficial blanco y condecorado. Casi podía oír lo que diría la enfermera jefe Graham: «¡Totalmente inaceptable! Fue un error traerla aquí. Está mejor lejos, entre su gente».

En las calles de Simon's Town, donde el viento sacaba a la luz los secretos de todos, me atacarían una vez más por mi rebeldía. Eso ellos lo habían sabido siempre, dirían. Ya era hora de que tuviera mi merecido. Y Ma y Pa quedarían destrozados por la vergüenza.

Dejé de mirar al mar.

Lo mejor sería que el *Dorsetshire* se fuera y nunca volviera.

—Enfermera jefe Graham. —El comandante médico entró apresuradamente en la sala de los enfermos al final del día—. ¿Puedo llevarme a la enfermera Ahrendts para ayudarme en el quirófano?

La enfermera jefe miró el reloj de la pared.

—Puedo quedarme —dije, y el médico asintió— si la enfermera jefe me releva del resto de mis tareas.

—Está bien —accedió la enfermera jefe apretando los labios—. Vendrá a realizar su turno mañana por la tarde, como es habitual.

—Sí, enfermera jefe.

—Es una urgencia —murmuró el comandante médico mientras caminábamos juntos en dirección al quirófano—. No se lo pediría si no fuera así, enfermera. Y menos tras todo un día de trabajo. Vaya a lavarse.

La operación de urgencia se alargó hasta última hora de la tarde, y como después tuve que esperar a que el cabo Lane recuperara la consciencia para poder llevarlo a la sala, cuando terminé ya estaba anocheciendo. Caminé con cuidado por el trayecto, tropezando en la penumbra aunque mis pies conocían bien el camino. Ma y Pa se estarían preguntando dónde estaba. Me senté para descansar un poco las piernas y contemplé la bahía de color morado. Se veía un barco anclado, que por la silueta parecía una fragata. Su casco se veía más oscuro que el mar que lo rodeaba. Más cerca, los barcos del astillero se mezclaban ya en una maraña indistinguible de torres y mástiles.

Seguro que él se había ido.

AL DÍA SIGUIENTE, COMO era jueves, pude dormir pasada la llamada a la oración del amanecer y la hora en que Ma y Pa se iban a trabajar. Cuando me desperté, el sol ya inundaba el astillero y el *Dorsetshire* estaba en su atracadero habitual. Devoré una tostada, me puse una falda amplia y una blusa y salí corriendo (descalza, como en los viejos tiempos) para dejar atrás la mezquita, bajar por Alfred Lane y recorrer St George's Street. Las gaviotas volaban por encima de mi cabeza buscando impulso en el aire, pero sin encontrarlo, porque la brisa era demasiado leve para mantenerlas planeando. La sensación familiar del alquitrán me rozó los pies cuando tuve que bajarme de la acera para adelantar a un hombre que iba con la bici en la mano. La realidad fue ascendiendo desde las plantas de mis pies descalzos hasta mi cerebro. ¡Vuelve! ¡No lo arriesgues todo!

Me detuve y miré atrás.

El hospital resplandecía sobre la ladera. Simonsberg se cernía inalterable y gris.

Seguí corriendo.

Apareció ante mis ojos Seaforth, con su multitud de casitas. Evité pasar junto a la de los Philander y fui directa a la zona de hierba verde desde donde había unas vistas privilegiadas, el lugar donde descubrí a Piet y a su cómplice entre los arbustos. La playa abajo estaba desierta; la marea, en plena bajada, y la arena, prístina. El sol de la mañana teñía las rocas con rayas de color dorado y rosado. Siempre me sentía más cerca de Dios cuando estaba en Seaforth que cuando iba a la iglesia de St Francis o cuando estaba junto a la

mezquita. Si David Horrocks no había venido, no importaba, con ese lugar tendría bastante. Encontraría consuelo allí, como siempre.

Caminé hacia el agua y mis pies se hundieron en la arena cristalina; mis huellas eran las primeras en cruzar la arena desde la última marea alta. Me agaché para coger un poco de agua con la que salpicarme la cara y esta se estrelló contra mi piel con una impresión cáustica. Si hubiera llevado mi traje de baño, habría podido darme un chapuzón rápido y restaurador antes de ir al trabajo. Una concha sobresalía de la arena cerca de mis pies. Me agaché y la cogí. En esa época me ocupaba yo misma de recoger mis conchas. Era una caracola, con la concha alargada e irregular con forma de lágrima. La enjuagué y me la acerqué a la oreja. Una sombra apareció en la arena.

—Hola. —David Horrocks sonrió y se puso en cuclillas a mi lado.

Llevaba un atuendo tropical blanco y se había quitado los zapatos. Verle los pies me resultó un poco desconcertante, aunque ya lo había visto desnudo varias veces. Sentí que me ruborizaba.

—¿Qué tienes ahí?

—Es una caracola. Normalmente no se encuentran enteras. Se rompen antes de llegar a la costa.

Se la di y él recorrió con el dedo sus aristas afiladas.

—Es preciosa. Peligrosa, pero preciosa.

—Creía que no te iba a encontrar aquí. —Miré al suelo, invadida por una timidez repentina, y me puse a palpar la superficie de la arena en busca de más conchas escondidas—. Vi salir tu barco ayer...

—Sí. Estuvimos todo el día en el mar y volvimos bastante tarde.

Se levantó, se acercó a la orilla y dejó que las olas le mojaran los pies. Yo lo imité. Era un acto extrañamente íntimo estar allí, totalmente vestida pero descalza, junto a un hombre cuyo cuerpo conocía tan bien como el mío.

—¿Puedo preguntarte algo —hice una breve pausa—, David?

—Claro.

Cuando sonrió al oírme utilizar su nombre, su cara se transformó completamente. Vi cómo debió ser cuando era joven, cuando no tenía esa cicatriz.

—¿Cómo es hacer la guerra en el mar?

Me miró sorprendido y después echó a andar hacia la falda de las

montañas que había en el extremo de la bahía.

—No hay un campo de batalla establecido. Tienes que estar en alerta constante. Creo que es como una partida de ajedrez a ciegas, en la que no ves las piezas del oponente. Intentas permanecer fuera de su alcance, por *aquí* —dijo señalando a la izquierda—, pero dentro del tuyo para poder eliminarlo, por *allá*. —Y señaló a la derecha.

Una partida de ajedrez a ciegas... Me estremecí. Y el precio de calcular mal la jugada era la muerte.

—Y con los submarinos además el plano horizontal se convierte en vertical.

Capas de agua, como esas que solía cruzar Piet buceando en busca de conchas, pero con una profundidad multiplicada por cien y siempre potencialmente listas para una emboscada.

—No me gusta pensar que se usa el mar así. —Me agaché y metí la mano en las olas que lamían la arena y que yo conocía tan bien.

Unos trozos de kelp marrón y de lechuga de mar verde arrancados por las recientes mareas primaverales se quedaron depositados en la arena, a la altura de donde terminaban las olas, formando una frontera muerta.

—Entiendo a lo que te refieres. —Me miró—. Cuando las aguas se cierran sobre un barco que se hunde, siempre me da la sensación de que eso es una atrocidad. Y lo único que queda de él es un rastro de petróleo y unos trocitos de madera. Y los recuerdos.

Cerré los ojos un momento, recordando los escudos de los barcos en la pared del dique seco, el orgullo de los marineros porque se mantenían perfectos, el disgusto de Pa cuando la falta de pintura impidió que estuvieran en esas condiciones.

—Entonces es cuando se convierte en mi guerra —continué—. Porque tengo que cuidar a los supervivientes.

Él asintió, se agachó, cogió un puñado de arena mojada y dejó que se escurriera entre sus dedos.

Me pregunté cuánto le contaría a su mujer. Y si ella entendería la conexión visceral que él tenía con el agua, con los elementos, con sus hombres.

La marea, que estaba subiendo, empezó a lamer un nivel más alto de las

rocas lisas. Una nube casi traslúcida cubrió el sol. Ahí donde estábamos nos vería perfectamente cualquiera que mirara hacia la playa desde las casitas. Pero todavía podría decir que había sido un encuentro casual...

—Cuando acabe todo, ¿cómo vas a ver los océanos? ¿Su imagen no habrá quedado demasiado dañada para ti?

—Oh, no. —Sus ojos azules brillaron—. ¡Gracias a Dios yo no lo veo así! El mar se recupera siempre, independientemente de cómo lo usemos nosotros.

—Me gusta esa visión. —Sonreí—. Me encanta la idea de que el agua es indulgente.

Esos ojos me miraron con cariño. Me contuve para no entrelazar el brazo con el suyo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué estás pensando?

Inspiré el aire limpio y salado y sentí que su frescura me elevaba.

—Estoy empezando a sentirme como si te conociera. Pero tengo que estar equivocada. Solo nos hemos visto aquí. —Señalé las laderas verdes, el mar danzarín, el hospital.

—A mí también me resulta extraño, Louise.

—¿Extraño por qué?

Él suspiró, me dedicó una sonrisa irónica y me tocó la mano.

—Será mejor que me vaya —dije, y empecé a alejarme.

No debería haberme acercado. Y ya hacía tiempo que había pasado el momento de recuperar esa distancia que la enfermera tutora insistió tanto en que mantuviéramos y que la directora me aconsejó que no olvidara. Había sobrepasado todos los límites, Vera diría que había sido una tonta...

—No, no lo hagas. —Se pasó una mano por el pelo claro, dejando al aire el extremo pálido de su cicatriz—. Todavía no.

Me examinó la cara.

Yo flaqueé, a punto de echar a correr, con los dedos hundidos en la arena.

—No entraba en mis planes enamorarme de mi enfermera, a pesar de lo hermosa y eficiente que es.

La mañana teñida de rosa explotó, salpicándome con un breve brillo que me dejó sin aliento. Quería saltar y coger todos sus pedazos, como si contuvieran la magia que conjuraba cuando era niña. Llena de luz.

Prometedora. Temeraria...

—¡Pero no es posible! —Di un paso atrás. La arena se volvió pesada, pegajosa—. Estás casado, yo soy de color y no debemos volver a vernos así...

—Por favor. —Me cogió el brazo con urgencia—. No te vayas hasta que no te diga por qué.

Me zafé y sentí un peso que aumentaba en mi pecho por momentos. Pa se enteraría pronto, y también Ma, y la directora y la enfermera jefe Graham en el hospital, y Piet en Long Beach, y Vera, y el resto del barrio.

—Perdóname. —Bajó la voz—. ¿Podemos sentarnos un momento?

Lo seguí hasta el extremo de la playa y me puse en cuclillas a su lado pero un poco alejada de él, todavía en disposición de salir corriendo en cualquier momento. Pero tal vez ya era demasiado tarde para escapar.

Él miró el horizonte azul.

Cerré los ojos brevemente y escuché el curativo ir y venir de las olas.

—Mi esposa —dijo tocándose el anillo de oro de su dedo— es la hija de nuestro vecino. Mi padre propició la unión porque beneficiaba a las dos propiedades, pero Elizabeth siempre ha sido para mí más una hermana pequeña que otra cosa. Nos casamos en la época de Dunkerque. —Dudó—. Creo que los dos esperábamos que el cariño que sentía por ella acabara convirtiéndose en amor, pero eso nunca llegó a suceder.

Me senté. Él me observó mientras extendía la falda sobre las piernas y después cruzó la distancia que yo había impuesto y me rozó la mejilla con los dedos.

—Teniendo en cuenta que tengo más de treinta años, esto debe de sonar muy tonto... pero nunca antes me había enamorado.

Sentí que mi piel respondía a su contacto.

Y tal vez él lo sintió también, porque empezó a hablar con más intensidad.

—La guerra me ha hecho darme cuenta de lo precioso que es el amor cuando logras encontrarlo. Los hombres que murieron en el *Achilles* no volverán a sentirlo de nuevo.

Toqué la arena y la dejé resbalar entre mis dedos.

—Me dijiste allí, en la montaña —señalé—, que lo único que quedaría serían los elementos. La tierra, el mar... ¿Y también el amor?

—Sí. —Se frotó la cicatriz—. No podía decirlo en aquel momento, era

demasiado pronto. Te habría espantado.

—Pero yo lo pensé.

—¿Ah, sí? —preguntó con la voz un tono más aguda.

Las olas empezaron a avanzar por la playa. Un cormorán se posó en una de las rocas lisas y extendió las alas para que se las secase la brisa. Quería que continuara hablando, deseaba seguir oyendo esa voz tranquila e intensa.

—Pero dijiste que querías que fuéramos solo amigos.

—Sí —admitió—, seguramente eso es lo único a lo que puedo aspirar. Pero aun así tú mereces saber la verdad.

Me di cuenta de que todavía tenía la caracola en la mano izquierda. Abrí la palma. Las aristas de la concha me habían dejado marcas rojas en la carne. Él se acercó y las frotó con el pulgar.

—Louise —pareció deleitarse al pronunciar mi nombre—, sé que no puedes sentir lo mismo que yo. Te vi una vez con un joven. Él parecía tener mucho interés en ti.

Cuando lo dijo apartó la mirada, como hacía en el hospital, y se puso a examinar las montañas cuya cumbre ocultaban las nubes y los barcos que iban y venían. Sentí que me estaba liberando para que volviera con Piet, como un pájaro que se lanza al cielo para retornar con su compañera. Me estaba ofreciendo una oportunidad de irme sin vergüenza. Podía decirle que quería irme, que no debíamos vernos más...

—Piet y yo ya no estamos juntos.

Él se volvió para mirarme, sorprendido.

El peso que había sentido hasta entonces abandonó mi cuerpo y una nueva emoción se apoderó de él. Acaricié la caracola y se la di.

—Si te la acercas al oído, se oye el mar. Perfecto. Inmaculado. En cualquier parte del mundo en la que estés.

O el susurro de alguien que te ama.

Me miró a la cara mientras se guardaba la caracola en el bolsillo.

—La guardaré como algo precioso.

Levantó una mano para acariciarme el pelo.

Después se acercó y me besó en los labios. Su boca fue muy tierna.

Me aparté y me puse en pie.

—No podemos volver a vernos así, en un lugar tan abierto...

Lo dejé en la arena y me fui corriendo hacia la zona de hierba, subí por el camino, pasé junto a la casa de los Philander y recorrí St George's Street preguntándome quién me habría visto, quién sería el primero en contarlo.

Quién podría adivinarlo solo con verme...

De un árbol de caucho caían etéreas flores rojas sobre la acera, que la volvían resbaladiza. Me paré para limpiarme la planta del pie. Un coche negro con un banderín en el capó pasó a mi lado. Vislumbré unos galones dorados. Vera, que estaba junto a la tienda Sartorial House, lo miró pasar con las manos en las caderas y después me vio y me llamó. Yo la saludé con la mano pero seguí mi camino, ignorando sus gritos para que fuera a cotillear con ella. Subí por Alfred Lane, dejé atrás la mezquita y entré en Ricketts Terrace pasando bajo las grandes hojas de una palmera y seguro que también bajo la mirada escéptica de Jesús y Alá. Y durante todo ese tiempo lo que sentía era una euforia profunda, maravillosa y peligrosa.

QUERIDA LOUISE:

Aquí es de noche, y aunque la Cruz del Sur ya se ha escondido tras el horizonte, tú no has abandonado mis pensamientos ni un momento desde que nos separamos en la playa de Seaforth. Y no es solo la sensación de tu piel o el breve beso que nos dimos, es una corriente más profunda.

Soy consciente de que con esto estoy rompiendo los votos que le hice a mi esposa, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que cuando uno encuentra el amor (por muy inesperado que sea), hay que hacer lo que sea necesario para conservarlo. Pero no sé cómo llevar esto más allá sin haceros daño a Elizabeth o a ti. Sé que corremos el riesgo de recibir una severa reprimenda si nos descubren juntos y que el coste para ti será seguramente mayor que para mí. Puede que la guerra haya cambiado mucho el mundo y sus costumbres, pero yo no quiero poner en peligro tu carrera, sobre todo sabiendo que has tenido que romper tantas barreras para poder conseguir todo lo que tienes.

¿Qué podemos hacer?

Estuve a punto de morir en el *Achilles* . En aquel momento las únicas cosas a las que podía aferrarme eran el mar, mi barco y la atracción por ti. Así que, aunque no tenga una respuesta clara, debo volver a verte y a abrazarte.

¿Esperamos a ver en qué dirección sopla el viento?

Pueden surgir oportunidades para nosotros que todavía no podemos imaginar.

Gracias por el tiempo que hemos pasado juntos.

Pase lo que pase, seguirá siendo el máspreciado de mi vida.  
Con amor,  
David

ME QUEDÉ SENTADA EN la cama, con la carta en la mano.

¿Por qué? ¿Qué posibilidades podía haber? Estaba casado, su familia tenía un título nobiliario y muchos cientos de hectáreas de terreno que le esperaban tras la guerra.

En el salón, el ruido de la máquina de coser de Ma competía con las voces de Pa y el señor Phillips, que estaban hablando sobre cimientos, yeso y la forma de estabilizar el barrio en la ladera de la montaña. Había habido más corrimientos.

—¿Louise? —me llamó mi madre—. El viejo Phillips ya se ha ido. ¿Puedes ayudar a poner la mesa?

—¿Lo has oído? —me preguntó Pa en un susurro mientras colocábamos los cuchillos y los tenedores—. Hay un alboroto tremendo. El acorazado *Bismarck* ha escapado. Creen que huye hacia el Atlántico por el estrecho de Dinamarca.

—¿Y QUÉ VAS A hacer? —me preguntó Vera cuando estábamos las dos sentadas en el malecón que había bajo Jubilee Square una semana después.

Las gaviotas planeaban sobre las olas. Una grúa maniobró con un chirrido de metal para colocarse sobre un buque de guerra amarrado.

—¿Con qué?

—Bueno —contestó Vera pensativa, estirando los pies descalzos—, has rechazado a Piet, no quieres salir con nadie más y te ganas bien la vida. ¿Qué vas a hacer ahora?

Miré al otro lado de la bahía, hacia Muizenberg, con sus casitas apiñadas bajo la cordillera de montañas, y reí.

—¡Me voy a comprar una casita para mí y después me casaré con alguien que aún no he conocido!

—¿Alguien del trabajo?

La miré del reojo.

—¡Lo sabía! —Vera se revolvió para poder girarse y mirarme—. ¡Te estás

ruborizando!

—¡No! —Pero Vera me conocía de toda la vida.

—¿Por qué todo tiene que ser siempre un secreto contigo, Lou? ¿Es un celador? ¿Uno de los chicos del almacén?

—No puede salir nada de eso —dije subiendo los pies y cogiendo el bolso. Vera se puso de pie también y me cogió la mano.

—¿Está casado?

—No quiero hablar de ello, Vera.

—¿Por qué no? ¿Por qué tiene que ser un secreto?

—Te veo mañana. —Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

Pero Vera corrió y se plantó delante de mí.

—Ya sé por qué —dijo jadeando triunfante—. ¡Es porque es blanco!

Bitácora de guerra

Atlántico norte, 48 grados norte, 16 grados oeste.

Niebla. Viento frío del norte.

El *Bismarck* ha hundido el *HMS Hood* y ha provocado la pérdida de 1.400 hombres. Rezo para que Bob, mi viejo amigo de Dartmouth, se haya salvado. Vamos a toda máquina para unirnos al ataque. Los proyectiles del *Bismarck* tienen un alcance de treinta millas. Nosotros tenemos que acercarnos más para dispararle. Va a haber más bajas.

¿Para ser infiel a mi mujer hace falta realizar un acto de traición o basta solo con que lo piense?

Elizabeth me persigue con la fría luz del día.

Louise habita mis sueños.

LO PEOR ERA NO saber.

—¿Lou?

Pa vino a oscuras y tropezando hasta donde yo estaba sentada en una piedra, un poco por encima del barrio. Había cogido la costumbre de envolverme en una vieja manta para protegerme del frío del invierno e ir allí después de cenar. El oscurecimiento hacía que las estrellas brillaran con una luz fuerte que nunca se veía en tiempos de paz.

—Mi Lou, esto no está bien. Sales todas las noches aquí fuera a

deprimirte. —Se sentó a mi lado—. Tu madre y yo estamos preocupados. ¿Es por Piet? ¿Te arrepientes de haberlo dejado?

—No, Pa. Es por la guerra. Parece que no va a acabar nunca.

—Lo sé. —Pa me rodeó con un brazo—. Y el *HMS Hood*. No me puedo creer que ya no esté.

—Fue mi regalo de cumpleaños cuando hice siete años y un día.

—*Ja*, lo fue. —Se quedó pensativo—. Pero tengo noticias interesantes sobre eso. Cuando hundieron por fin el *Bismarck*, ¿te acuerdas de ese capitán de corbeta que cuidaste en el hospital, el de la medalla? Su crucero fue el que disparó los torpedos finales. ¡A que no te lo podías imaginar! —Me dejé caer sobre el cuerpo de Pa y recosté la cabeza sobre su hombro—. ¿Lou? —Pa me mecía un poco—. ¿Qué ocurre? Algún día se terminará. Y conocerás a otro hombre, uno mejor que Piet. Estoy seguro de ello.

**N**O RESPONDÍ A la carta de David inmediatamente. La escondí dentro de un libro, bajo mi colección de conchas, y la dejé reposar ahí. Necesitaba que pasara un poco de tiempo. Quería estar segura de que no estaba sucumbiendo a esa sensación de euforia que tenía sin considerar el peligro que entrañaba. Eso sin mencionar las barreras prácticas... Busqué distracciones. Empecé a salir más. Iba todos los días a nadar a Seaforth, incluso aunque me resultaba raro estar sola en el agua. Por las noches iba con Vera al bioscopio del Criterion y veía a Judy Garland enamorarse y a Hedy Lamarr consumirse de pasión, pero sabía que no había conexión entre la pantalla y la vida real.

—¡Estás loca! —declaró Vera en el intermedio—. Lo vas a perder todo si alguien se entera.

Yo no dije nada.

Ella le quitó el papel a un tofe, se lo metió en la boca, se puso a chuparlo ruidosamente y se acercó un poco más.

—Mira, Lou, todas pensamos que eras muy engréida cuando dijiste que querías prosperar, pero ha resultado que tú tenías razón. Tú eres enfermera y nosotras limpiadoras o nada de nada. Pero esto es diferente. —Miró alrededor, a la parte alta donde estaba el público de un solo color—. Es peligroso.

—Lo sé —susurré—. Pero ahora cállate.

—No me voy a callar —Vera levantó la voz y algunas personas se giraron para mirarla— porque en este caso no se trata solo de ti. ¿No lo ves?

—¿Qué quieres decir?

Vera puso los ojos en blanco.

—La gente quiere imitarte. Las niñas quieren ser como tú, con tu carrera y todo eso. Si haces algo que te hunda en la vergüenza, les vas a poner la

zancadilla. Nos la vas a poner a todos, porque los blancos van a pensar: «mira esa chica a la que le dimos la oportunidad... Fíjate cómo nos lo paga». — Vera agitó los pies—. «Metiéndose donde no debería».

—¡Ssshhh! —exclamé, y miré alrededor.

—¡No lo hagas, Lou! No lo toques —me dio un pellizco en el brazo—, y sobre todo no le dejes que te toque.

—¿Aunque lo quiera? —Las palabras se me escaparon sin pensar.

—Oh, Dios mío. Sobre todo si lo quieres —dijo Vera entre dientes cuando las luces volvieron a apagarse—. Con todo lo lista que eres, no estás demostrando tener ni una pizca de inteligencia con esto.

ESA SEMANA SOLICITÉ UNA reunión con la directora de enfermeras del Hospital Naval. Ella me recibió en su despacho, que tenía vistas a una zona tranquila de la bahía.

—Estoy muy agradecida por la formación que estoy recibiendo en el quirófano, directora.

Ella inclinó la cabeza. Era más joven que la directora del hospital Victoria y hablaba con un fuerte acento escocés, como algunos de los pacientes. Mi archivo estaba abierto en la mesa delante de ella.

—Recibirá su cualificación a final de año, enfermera Ahrendts. Estamos muy satisfechos con sus progresos. ¿Hay algo que quiera decirme?

Miré por encima de su hombro y por la ventana. Empezó a caer una leve lluvia que emborronó el horizonte.

—Con su permiso, directora, ¿puedo hablarle con franqueza?

—Claro.

—¿Podría decirme cuáles cree que serán mis posibilidades después de la guerra? Teniendo en cuenta que soy de la zona, ¿podré quedarme en el Hospital Naval o tendré que irme?

Ella sonrió, revelando unos dientes bonitos. Las directoras no sonreían mucho, así que no se les veían los dientes a menudo.

—Creo que tiene muchas posibilidades de quedarse. El lugar de donde provenga no va a influir en esa decisión. Teniendo en cuenta que la mayoría de nuestro personal volverá a casa, necesitaremos gente con experiencia para hacer la transición y usted ha demostrado ser excepcional. Y para entonces,

enfermera, ya estará muy cerca de obtener su cualificación como enfermera jefe. Cualquier hospital querría tenerla como empleada.

—Gracias, directora.

Se puso las gafas y miró mi archivo.

—Veo que el comandante médico la ha recomendado para que haga dos jornadas de formación de quirófano avanzada en el hospital Victoria. Intentaremos organizarlo para las próximas semanas.

—Gracias, directora. —Me puse de pie, intentando contener la sonrisa.

—Solo una cosa más, enfermera Ahrendts —me miró con precaución—. La enfermera jefe Graham cree que le permite demasiadas familiaridades a sus pacientes. La he observado y yo no estoy del todo de acuerdo. Pero estaría bien que tuviera cuidado con esos detalles.

—Sí, directora. Lo comprendo.

¿Y fuera del hospital?, era lo que quería preguntar.

¿Había conseguido acumular suficientes méritos para que me mantuvieran allí incluso si descubrían que había cruzado precisamente esa línea?

\* \* \*

ESA NOCHE, DESPUÉS DE que Pa y Ma se hubieran ido a dormir, saqué la carta de su escondite y la volví a leer, siguiendo los trazos angulosos con el dedo e imaginándomelo sentado en su camarote, decidiendo qué palabras utilizar o incluso si debía escribir o no.

«Cuando uno encuentra el amor (por muy inesperado que sea), hay que hacer lo que sea necesario para conservarlo.

¿Qué podemos hacer?».

Cogí un espejito de mano y me miré la cara.

Había corrido el riesgo de liberarme de las limitaciones, de ascender por la pirámide aferrándome con todas mis fuerzas a sus paredes.

Pero todavía me faltaba algo.

E iba a exigir correr el mayor riesgo de todos los que había corrido hasta entonces.

Dejé el espejito y cogí papel y pluma. Escribí:

«Cuando vuelvas estaremos juntos.

Pero no en Simon's Town».

**I**NCLUSO EN TIEMPOS de guerra, había días de principios de primavera en los que El Cabo se quitaba de encima el fuerte viento del norte, sobre las cabezas de todos lucía un sol tranquilo y brillante y parecía que se podía rozar con los dedos la paz. Las montañas se libraban de sus nubes y sus siluetas se destacaban contra el cielo mientras las pintadas cacareaban sin parar con la esperanza de encontrar pareja. En la primavera de 1941, en la iglesia de St Francis los bancos estaban iluminados con un tono amarillo bajo las vidrieras. Miré alrededor mientras el ministro nos animaba a rezar por el triunfo de los aliados sobre el eje fascista y yo me pregunté cómo Dios podía apoyar a los devotos de ambos bandos de la guerra. Ese día había poca gente en la iglesia. Tal vez era el cansancio de la guerra o que cuando hacía buen tiempo la gente prefería hacerle peticiones a su Dios en el exterior. De hecho, yo lo prefería así todo el año, hiciera el tiempo que hiciera.

—¿Louise? —Ma entrelazó su brazo con el mío cuando salimos de la iglesia. Pa había tenido que ir a atender una urgencia—. Vamos a dar un paseo. Hace una mañana muy bonita.

Se acercó a la señora Hewson, que estaba hablando a gritos con una de las hijas de los Phillips, señaló a la montaña, se colocó las manos junto a la boca y dijo bien alto junto a la oreja de la vecina:

—¡Vamos a coger el camino largo!

Subimos por Victoria Lane y llegamos a uno de los caminos que desembocaban en el barrio por arriba.

—No puedes seguir así, Louise. —Ma empezó a andar entre las rocas, intentando no arañarse los zapatos—. Estás trabajando demasiado. Tienes que salir más por ahí.

Sonreí; parecía que el sermón tampoco había logrado captar su atención.

No había duda de adónde llevaba esa conversación. En los meses que habían pasado desde el hundimiento del *Bismarck*, David me había escrito varias cartas dirigidas a mi casa de Ricketts Terrace. Ma vio una y cuando me la dio tenía una pregunta en la mirada; las demás conseguí interceptarlas antes de que ella llegara a casa del trabajo.

DAVID ME ESCRIBIÓ ESTO:

«No habrá memoriales por el *Bismarck* o el *HMS Hood*.

Solo la longitud y la latitud del punto en el que se hundieron. Recogimos a todos los supervivientes alemanes que pudimos, pero había alerta de presencia de submarinos y tuvimos que dejar a unos cuantos. No es una imagen que vaya a poder olvidar: todos esos hombres cayendo de las escalas, abandonados allí a su suerte, para morir. ¿Podremos volver a recuperar nuestra humanidad cuando todo esto termine?

Pero vamos a hablar de cosas más alegres. Tengo que hacerte una confesión. Te vi una vez hace tiempo, en una visita anterior que hizo el *Dorsetshire*, justo después de Dunkerque. Llevabas el uniforme y estabas en la ciudad con ese novio tuyo. Tú no me viste, pero yo no pude evitar fijarme en ti. Esos ojos extraordinarios. Esa belleza grácil. Y pasó algo extraño después. Cuando estuve enfermo con apendicitis, antes de que atracáramos en Simon's Town, soñé contigo en mis momentos de delirio febril. Y cuando me desperté en el hospital después de mi operación, allí estabas tú.

¿Recibiste la carta que te escribí después de nuestro encuentro en Seaforth? Ya sé que el correo tarda meses en llegar, así que tal vez me he adelantado con esto que te he contado. Discúlpame si es así.

ME DIJE QUE NO le debía a Ma ninguna explicación.

No estaba haciendo nada malo: mantener correspondencia no era un pecado. Pero a mí lo de fingir no me salía de forma natural como a Piet. O a Vera, que podía mentir sin reparos si le convenía o te soltaba la verdad sin ningún adorno en el momento más inesperado. Pero Vera estaba siendo buena y discreta y me invitaba a ir al cine o a tomar el té en la cafetería que

había junto a la tienda Sartorial House, como si mantenerme cerca de ella redujera las oportunidades que yo tenía de descarriarme con mi admirador blanco. Ella odiaba la barrera del color tanto como yo, pero aunque yo había descubierto que no era tan férrea como parecía, que había cierto margen de flexibilidad, ella seguía viéndola implacable en el mejor de los casos y destructiva en el peor. Y le preocupaba que yo la hubiera traspasado y que ya nunca pudiera recuperarme de lo que había hecho.

—¿Puedes ir más despacio, Louise?

—¡Perdona, Ma! —Me detuve a esperar a que llegara a mi altura—. Los únicos hombres nuevos que he conocido son mis pacientes.

—¡Exacto! Y esos no te sirven para nada útil —dijo Ma con una risita—, excepto para escribirte amables notas de agradecimiento. Es una pena que no tengas a ninguno de los soldados de color del Cape Corps en el Hospital Naval.

Un par de aves azucareras surgieron de una protea. Se los señalé a David la primera vez que paseamos por allí.

—No va a pasar nada hasta después de la guerra, Ma.

—Eso dice todo el mundo, sobre todo tu padre. —Ella imitó su voz grave—: Espera a que termine la guerra, Sheila, entonces ocurrirá esto o puede que suceda lo otro. —Un mechón de pelo hirsuto escapó de debajo de su gastado sombrero de paja.

—Tiene razón —dije rodeando los hombros de Ma con el brazo e intentando quitarle hierro al momento—. Y además estoy muy cansada para romances ahora mismo.

—Qué tontería —contestó Ma dándome un codazo—. El matrimonio es lo único que necesita de una buena dosis de resistencia.

Reí y busqué una roca plana y la distracción de las vistas.

—Vamos a sentarnos aquí un rato.

Ma se recogió las faldas y se sentó con cuidado. Yo me coloqué a su lado.

—Lo digo en serio, Louise. Tienes que salir más. No vas a conocer a nadie nuevo hasta que no salgas y lo intentes. —Un remolcador hizo una curva de camino a la salida del puerto y redujo la velocidad cuando ya estuvo cerca, formando una estela cremosa—. ¿Hay algo que te preocupe, hija? ¿Algo de lo que quieras hablar?

Yo no sabía mentir, estaba claro. Igual que Vera, Ma me conocía demasiado bien para no sospechar que algo estaba ocurriendo. Pero las preguntas que yo quería hacer eran demasiado reveladoras.

¿Había hecho Ma alguna vez algo que sabía que estaba mal?

¿Y Dios reservaba un castigo especial para aquellos que contemplaban su pecado con esa especie de necesidad urgente que se apoderaba de mí cada vez que releía las cartas de David?

—Ma, cuando te enamoraste, ¿lo supiste enseguida?

—¡Claro! —Rio—. Solo tuve que echarle un vistazo a tu padre para saber que era él. Y tú también lo sabrás, cuando llegue el momento. —Hizo una pausa y me miró un momento—. Aunque tal vez ya ha llegado, pero no me lo quieres contar.

El corazón me dio un vuelco. Me quedé mirando el mar.

—Pero todavía me duele lo de Piet —continuó Ma, señalando vagamente hacia la casa de los Philander—. Con todas las veces que le di de comer y con todo lo que confiaba en él y resulta que al final no era más que un vulgar ladrón.

A Ma le horrorizaría saber que Piet y yo en el fondo no somos muy diferentes, pensé.

Robar es robar, tanto si es una propiedad como un marido.

—No te preocupes por mí —dije con toda la firmeza que fui capaz de transmitir—. Me va bien.

Al este, donde el Cabo Hangklip marcaba la entrada más alejada de la bahía, un barco asomó por el horizonte. El remolcador se puso en marcha de nuevo expulsando volutas de humo. Lo vimos pasar por delante del faro y seguir más allá, hacia el barco lejano.

—Tienes veintitrés años —me regañó Ma mientras espantaba a una abeja persistente—. ¡Esfuézate! La guerra no puede evitar que vayas a Ciudad del Cabo. O que visites a Lola y a su marido en Mitchell's Plain. La señora Phillips dice que hay montones de hombres decentes en Mitchell's Plain. Tendremos que averiguar cosas sobre sus familias, claro...

—Tal vez lo haga. ¿Seguimos, Ma? Pa llegará a casa pronto.

La ayudé a levantarse.

Me detuvo un momento y me agarró la mano.

—No podría estar más orgullosa de ti, Lou. Te lo he dicho antes, pero te lo voy a decir otra vez: si crees que te las puedes arreglar sola toda la vida, estás cometiendo un error. —Me apretó la mano—. Este es un lugar difícil para una mujer sola y de piel oscura, incluso si eres la más guapa y la más lista del lugar.

\* \* \*

4 de diciembre de 1941

Querida Louise:

Te escribo esto apresuradamente para que me dé tiempo a llegar a la última recogida del correo.

Hemos atracado en Ciudad del Cabo esta mañana y nos han dado una semana de permiso a todos, excepto a unos cuantos que se quedan de retén de emergencia. Gracias a la maravillosa hospitalidad sudafricana, algunos de mis compañeros van a viajar al interior para alojarse en granjas con familias y a mí me han ofrecido una casita con jardín en Oranjezicht, justo bajo Table Mountain. Está totalmente equipada y los propietarios van a estar fuera.

Sé que esto es muy repentino, pero ¿podrías pasar unas horas o un día (o más) conmigo? Estoy deseando verte.

A partir de mañana te esperaré todos los días al mediodía en los Jardines de la Compañía de las Indias Orientales, junto a la catedral. Ven, por favor.

Con mucha prisa pero con amor,  
David

HABÍA MENTIDO ANTES PARA mejorar la autoestima de Piet y para convencer a Ma de que mis compañeras blancas me aceptaban. Y había ocultado sueños, cartas de solicitud, a David...

Pero nunca había mentido abiertamente para conseguir algo para mí, para mi propio placer.

—Esto resulta muy inconveniente, enfermera Ahrendts —dijo la enfermera jefe Graham con el ceño fruncido. Se oía de fondo el ruido que

hacía la auxiliar de enfermería con las bandejas en el cuarto de esterilización del material—. ¿No podría haber avisado con más antelación?

—Lo siento, enfermera jefe. Es que una amiga se ha puesto enferma.

—¿Le quedan días de permiso?

—Sí, enfermera jefe —respondí mirándola a los ojos con respeto—. No he cogido ningún permiso desde que me asignaron al Hospital Naval.

Me miró fijamente. Ella sí que se había cogido algún día libre.

—¿Y no podría compaginar esa tarea de enfermería extracurricular con los turnos que ya tiene asignados?

—Mi amiga está en Ciudad del Cabo, enfermera jefe. Tendría que ir y venir en el tren.

Mi doble función como enfermera del hospital y del quirófano obligaba a la enfermera jefe a tener cierta consideración conmigo. Ya había conseguido que el comandante médico me diera permiso para ausentarme y lo utilizaría si ella decidía negármelo.

La enfermera jefe apretó los labios.

—Está bien. Dos días a partir de mañana. Y en el futuro, haga el favor de evitar adquirir compromisos que puedan interferir con el buen funcionamiento de este hospital.

—Sí, enfermera jefe.

Me volví y regresé a mi puesto, asombrada de lo fácil que había sido. Tal vez por eso mentir era adictivo: si la primera vez te resultaba fácil, no te supondría un problema poner a prueba tu capacidad de nuevo, e incluso subir la apuesta la vez siguiente.

Así que lo hice.

—Me voy de viaje un par de días —comenté más tarde en casa, y hasta me atreví a mirar a Ma, que me sonrió—. Voy a ver a Lola y después pasaré la noche en la residencia de enfermeras del hospital Victoria. Tengo formación en quirófano al día siguiente. Igual que la última vez.

—Vaya, es muy amable por tu parte, Lou —contestó Pa con sinceridad—. Lola debe de sentirse muy triste estando tan lejos de sus amigas.

—Debería haber pensado bien con quién andaba —dijo Ma con aspereza—, pero a Lou le vendrá bien un descanso. Va a ser estupendo si el tiempo aguanta.

Y eso fue todo. Después Ma asomó la cabeza por la puerta de mi dormitorio mientras me estaba preparando, me dijo que estaba muy contenta de que hubiera hecho caso de su consejo y me recomendó que metiera un jersey de manga larga por si el calor de diciembre decidía cambiar radicalmente de repente.

¿QUÉ PODÍA METER EN la maleta para ir a ver a un hombre que tal vez (o que era seguro) se iba a convertir en mi amante? No tenía ropa elegante; de hecho, mi uniforme de enfermera era probablemente el traje más elegante que poseía. Y no tenía tiempo para comprarme algo nuevo. Pero tenía el vestido azul sin mangas que me había hecho la señora Hewson, el que llevaba cuando me lo encontré en la calle. Vi que se fijaba en él, que sus ojos lo aprobaban. Ese podía ser mi vestido para el día. Como había que mantener el engaño, metí un uniforme para el supuesto día de trabajo que me esperaba en el Victoria y recé para que ningún imprevisto del destino revelara mi mentira.

También un camisón, un cepillo para el pelo, la mejor ropa interior sencilla...

De hecho, los preparativos evitaron que le diera demasiadas vueltas a lo que podría pasar: el contacto de piel contra piel, la emoción que apenas podía imaginar.

Nunca había mentido así antes. Ni había hecho nada tan desvergonzado.

Pero si miraba el fondo de mi corazón, sentía que yo estaba comprometida totalmente con él desde el momento en que le di la caracola.

«Es preciosa» —dijo mientras acariciaba con el dedo sus aristas afiladas—. «Peligrosa, pero preciosa».

**E**XAMINÉ A TODOS los pasajeros que iban conmigo en el tren a Ciudad del Cabo. Una pareja mayor, un obrero, una madre con un niño con uniforme de colegio y un par de chicas adolescentes que se bajaron en Fish Hoek. Nadie me reconoció. De hecho no me reconocía ni yo, viéndome llevar a cabo ese engaño tan deliberado. Pero, según íbamos pasando estaciones, se me fue acelerando el corazón al pensar en la posibilidad de que la escapada saliera bien y también por la simple emoción de alejarme de Simon's Town. La cumbre del Devil's Peak asomaba sobre una nube tenue solo para mí y el enorme terraplén de Table Mountain se cernía protectoramente sobre el tren cuando entramos en la ciudad.

¿Cuándo se convierte una mentira en algo que está bien?

El calor de diciembre hacía reverberar la tierra. Caminé rápido por Adderley Street, por la que transitaba una multitud tan animada que me daban ganas de ir mirando a todas partes, pero no levanté la cabeza. Llevaba un pañuelo a juego con el vestido azul y me había cubierto la cabeza con él. Con suerte parecería solo una mujer de color anónima de camino al trabajo.

Él me estaba esperando sentado en un banco bajo la hilera de árboles que flanqueaba el paseo principal que recorría los jardines. Miré alrededor. Era mediodía, pero la gente de las oficinas no había llegado todavía. No había nadie por allí. Yo caminaba cerca de la vegetación, así que al principio no me vio. Estaba mirando la catedral.

Entonces se volvió.

—¡Louise! —se levantó de un salto y se acercó en dos zancadas. Me puso las manos en los hombros, pero no nos abrazamos. No podíamos abrazarnos en público.

Miró la maleta que llevaba en la mano. Yo sentí que me ruborizaba.

—Gracias —dijo—. Gracias. —Y me cogió la maleta—. Vámonos.

LA CASITA QUE LE habían prestado a David estaba junto a una carretera secundaria, en medio de un jardín lleno de proteas y a la sombra de la montaña. Nos llevó veinte minutos llegar allí, pero no teníamos prisa. Él me contó con su voz tranquila la historia de cuando regresó a su barco en Escocia, de cuando le presentaron al rey mientras Su Majestad estaba inspeccionando la flota, me explicó cómo el brezo morado cambiaba el color de las montañas, igual que ocurría en Sudáfrica con la floración de las ericas... Una conversación pausada, pensada para tranquilizarme y que no requería de mí ninguna respuesta. Iba de uniforme (más elegante y guapo de lo que lo recordaba, si eso era posible) y estaba atento para no caminar demasiado cerca de mí. Si alguien nos veía podía pensar que éramos solo amigos, o tal vez, si yo fuera blanca y no me ocultara tanto con el pañuelo, se podría decir que éramos unos hermanos que se habían encontrado tras mucho tiempo sin verse.

Él dejó mi maleta en un dormitorio pequeño que había junto al salón. No sabía si era donde dormía él y no pregunté, solo asentí cuando se ofreció a preparar té y salí al jardín vallado.

Él sacó una bandeja con té y pan con mantequilla y la puso en una mesita.

—Ha pasado un año desde que nos conocimos —dijo levantando la taza en un brindis—. Fue ese día que viniste a ver si estaba bien cuando tuve una pesadilla después de la operación.

—¡Creía que no te acordarías de eso!

Sonrió.

—Ah, sí, aunque tenía alucinaciones. Y al día siguiente, cuando me cambiaste el vendaje, al cerrar los ojos reconocí tu voz.

Miré el jardín exuberante y la bonita casita con las ventanas con contraventanas. Una petroica cejuda iba dando saltitos entre la vegetación, gorjeando una llamada mucho más delicada que las de los pájaros que estaba acostumbrada a oír en Simon's Town.

—No esperaba que acabáramos así.

—Yo tampoco. —Se inclinó y me tocó el brazo. No me había tocado en todo el camino hasta allí. Solo se habían rozado brevemente nuestros dedos

cuando me pasó el té—. Así que vivamos plenamente este momento, el tiempo que tenemos, el tiempo que quieras quedarte.

Sus ojos no se apartaron de los míos y vi en ellos su necesidad y también que estaba dispuesto a que yo estableciera los límites de nuestra relación. Como había hecho en la playa, me estaba dando la oportunidad de irme cuando quisiera.

—¡Tengo dos días! —Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas inesperadamente—. ¡Tenemos dos días!

Él extendió las manos y me cogió una de las mías entre ellas.

No me besó al principio. Me desató el pañuelo en la nuca y lo dejó caer en la silla. Mi pelo se soltó y él metió los dedos entre los mechones, me lo apartó y me lo sujetó detrás de las orejas. Después me cogió la cara entre las manos.

—Tenemos este momento, ahora —murmuró.

Hasta que llegó él, solo me había besado Piet. Y sus besos eran rápidos, ávidos, cargados de presión.

David me besó despacio; nuestros labios se encontraron y se abrieron, nuestras respiraciones se mezclaron y noté su piel fresca y tersa contra mi mejilla. Las lágrimas volvieron y las dejé rodar por mis mejillas. Entonces reí, él también rio y nos besamos con el sabor salado de esas lágrimas entre los dos.

NO HICIMOS EL AMOR inmediatamente. El sol se fue hundiendo tras la montaña y unas sombras violetas invadieron el jardín. La petroica se quedó en silencio. Debajo de nosotros la ciudad se quedó en esa oscuridad total impuesta por el oscurecimiento. En el aire flotaba la fragancia de los lirios de un jardín cercano.

Él me dejó allí sentada mientras entraba un momento para traer una manta con la que me envolvió.

—Voy a hacer la cena. Quédate aquí viendo cómo salen las estrellas.

Cenamos huevos revueltos (dijo que su madre le había enseñado a hacerlos cuando era pequeño) y bebimos un vino blanco bastante ácido. Nos terminamos el pan con mantequilla que trajo con el té y después sacó unas uvas y unos melocotones que había comprado en Parade, en el centro.

Y hablamos.

Con la decisión ya tomada y sabiendo que pronto nos convertiríamos en amantes, fue como si ya fuéramos libres para volvernos a descubrir el uno al otro a través de palabras, gestos y risas.

El cielo se convirtió en una capa de terciopelo bordado con lentejuelas. Table Mountain se cernía sobre el paisaje, iluminada por una pálida media luna. David trajo otra manta y nos sentamos juntos y envueltos en ellas. Me sacó la mano de debajo un momento y me la besó.

—Voy a recoger. ¿Quieres darte un baño?

Asentí. Recogimos las mantas y entramos. Él me enseñó dónde estaba el baño, me dio una vela y desapareció en la cocina para fregar los platos.

Después del baño, salí al porche con mi bata blanca. Las piedras del suelo todavía conservaban el calor del día y las noté calientes bajo los pies descalzos. La Cruz del Sur ya se había escondido tras la montaña, pero se veía Sirio justo encima de mi cabeza. En la zona este del horizonte brillaba un disco duro y fijo que era un planeta, probablemente Marte. Pronto, antes de que las estrellas cambiaran de posición...

Sentí los brazos de David rodearme desde detrás. Yo me apoyé contra él.

—¿Te preocupa la posibilidad de un bebé? —preguntó en voz baja.

—No, no es el momento para que pueda pasar eso.

Me giró y me mantuvo un poco separada de él. Me tocó el pelo, cuyas puntas estaban húmedas por el agua del baño.

—¿Y si fuera el momento?

—No me quedaría —respondí, pragmática—. Tendríamos que esperar.

Él me acercó y me abrazó.

—Entra. Voy a cerrarlo todo y a darme una ducha rápida.

Estaba esperando junto a la ventana abierta cuando entró en el dormitorio vestido solo con los pantalones del pijama. La llama de la vela, que estaba en la mesilla, parpadeó. Él me apartó la cortina de pelo y me besó en el cuello. Yo le toqué la cicatriz pálida de la cadera. Me separé un poco, me quité la bata y la dejé a un lado. Él me apoyó las manos en los hombros, sin apresurarse. Un momento después me levanté el camisón sin mangas, me lo quité por la cabeza y me giré para mirarlo. El pelo me cayó sobre un pecho.

David me envolvió con cuidado entre sus brazos. Estaba temblando y él

me susurró al oído hasta que me relajé contra su pecho desnudo. Entonces me aparté un poco de él y dije, con una chispa en los ojos:

—Te sobra un poco de ropa.

Él sonrió, me llevó hasta la cama y se quitó los pantalones del pijama. Yo me estiré sobre la cama y él me recorrió con un dedo la garganta, me rodeó los pechos y luego continuó por los costados y la cintura. Y después hizo justo el mismo camino pero con los labios.

Empecé a temblar otra vez.

—¿Quieres que pare?

—No —jadeé—, no, por favor, no pares...

No se aceleró. Me besó en los labios, después en la curva de los pechos y en el estómago tenso.

Sentí que una urgencia empezaba a crecer entre los dos.

—No dejes que te haga daño.

—No me vas a hacer daño.

Una leve brisa agitaba la vegetación del jardín al otro lado de la ventana. La luz de la vela bailaba sobre nuestros cuerpos amoldados el uno al otro, jugueteaba en mis piernas, resaltaba el contraste entre mi piel y la suya cuando nos movíamos, envolviéndonos efímeramente en luces y sombras, calor y frío, avance y retirada.

Él se detuvo un momento y me miró a los ojos, queriendo ver más profundo de lo que había visto antes, pero yo no quería que parara, así que le agarré los hombros y nos movimos juntos de nuevo.

Cuando todo acabó, no solo lloré yo; David también.

Lo envolví en un abrazo. La vela, consumida, parpadeó una última vez y se apagó. La noche reinó sobre nosotros. Un perro ladró a lo lejos.

El corazón que le martilleaba en el pecho a David un momento antes empezó a calmarse.

Poco después se movió, se tumbó de costado y me acercó a él.

—No sabía que iba a llorar —susurré. Ni que las lágrimas serían así. Cálidas. Inesperadas.

Él me dio un beso en la frente.

—Las mejores lágrimas de todas, cariño.

Cerré los ojos. Él me acarició el pelo y me apoyó la mano en la cintura.

—Te quiero, Louise.  
Y nos quedamos dormidos.

LAS PRIMERAS LUCES DEL amanecer estaban colándose en medio de la oscuridad cuando me desperté.

Durante un momento me sentí desorientada. Una cama grande y blanda. No se oía el ruido que hacían Ma y Pa. A mí lado y a mi alrededor notaba calor. Me giré con cuidado. David estaba de costado, la parte inferior de su cuerpo tapada con la sábana, la parte superior al aire y apretada contra mí. Había dejado un brazo sobre mi cintura. Respiraba profunda y regularmente. Me quedé tumbada y contemplando cómo subía y bajaba su pecho. Tras un rato su respiración cambió y yo acerqué la sábana para taparlo y que no lo despertara el frío de la mañana. Desde el jardín llegaban las primeras notas de un coro matutino diferente al que se oía en Simon's Town.

Él se revolvió, abrió los ojos y su mirada me transmitió una intimidad que no había visto nunca antes.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días. —Me acerqué, seguí con el dedo la cicatriz de su sien y después la recorrí con los labios—. Has dormido bien.

—Sí, creo que ya se han cerrado esas heridas. —Se tocó la cicatriz—. Y estaba cansado, además. —Sonrió.

Volví a recostarme a su lado.

—¿Puedo cerrar los ojos un ratito más?

—Claro. —Levantó un brazo y me acercó a su cuerpo.

Yo le apoyé la mano en el pecho.

—Cuéntame cosas sobre mares diferentes al mío.

Y él me describió los tranquilos bajíos del Adriático, las olas traicioneras del mar del sur de China, las aguas crecidas por el hielo del Ártico...

Y de repente mi cuerpo empezó a encenderse contra el suyo y él dejó de hablar y volvimos a hacer el amor en ese sutil inicio de un nuevo día.

ME PUSE UNA DE sus camisas, metí los faldones por dentro de los pantalones cortos que había llevado, me calcé los zapatos de caminar y los dos nos pusimos a subir por un camino desierto de la montaña. Él caminaba delante,

con grandes zancadas, girándose de vez en cuando para abrazarme o besarme. Sobre nosotros el sol caía a plomo sobre Table Mountain, destacando los salientes rocosos y los pináculos que sobresalían en su ladera. A la tierra se aferraban unas proteas diferentes a las amarillas que teníamos nosotros. Casi habían acabado su floración, pero aquí y allá se veían flores cónicas que abrían sus pétalos tiesos hacia la luz.

Era una mañana espectacular.

Llegamos a la carretera de gravilla que atravesaba la montaña y nos sentamos a la sombra de un pino. La ciudad resplandecía ahí abajo y nos llegaba el difuso y amortiguado clamor de cláxones, el repiqueteo de maquinaria y el aullido de las sirenas. Pero estábamos muy arriba, a la deriva en nuestro espacio único que no estaba ni en la ciudad ni en la montaña.

—No sé cuándo voy a volver —dijo David cogiéndome la mano.

Al otro lado de Table Bay, Robben Island flotaba como una piedra preciosa sin tallar.

—Lo sé —respondí—. Tendremos que esperar a que sople un viento favorable.

Él sonrió y yo me apoyé contra él.

—¿Bajamos?

Volvimos sobre nuestros pasos, pero nos detuvimos para que él me señalara la familiar silueta del *Dorsetshire* amarrado entre un grupo de buques de guerra.

—Te quiero, David.

Y cuando volvimos a la casita, me desvistió y volvió a llevarme a la cama mientras las mariposas aleteaban al otro lado de la ventana bajo un sol rojizo.

PASEAMOS DESPACIO POR LOS jardines. David llevaba mi maleta. Yo me había puesto el mismo vestido azul que llevaba cuando llegué y me había cubierto el pelo con el pañuelo.

Sentí que le costaba no tocarme la mano, abrazarme, besarme.

—La primera vez que te vi —dijo mientras paseábamos por una sombra moteada de luz—, creí que era un hechizo de esos que solo pasan una vez en la vida. Una imagen fugaz de las que nunca se repiten. —Lo miré y sonreí—. Estás deslumbrante. Tus padres van a adivinar que ha pasado algo.

La soledad de los jardines dio paso al bullicio de Adderley Street y después al ajetreo de la estación; las multitudes empujando, los trenes cambiando de vía bajo volutas de vapor y los chicos que vendían periódicos gritando: «¡Entérense de todo! ¡Han bombardeado Pearl Harbor! ¡Estados Unidos ha entrado en la guerra!».

Él dejó caer la maleta, abandonó toda precaución y me cogió entre sus brazos.

—¡Esto es lo que necesitábamos, cariño! ¡No podemos perder! ¡Ahora no!

Buscó unas monedas en el bolsillo y compró dos periódicos. Mi tren ya estaba expulsando vapor mientras tomaba posición en el andén. Subimos y él colocó mi maleta en el portamaletas a pesar de que los otros pasajeros se quedaron mirándolo fijamente.

—Puedo ir contigo hasta Fish Hoek —se había ofrecido antes, pero los dos sabíamos que eso era una locura. No podía durar nuestra suerte. Alguien nos vería, me reconocería.

Volví con él hasta la puerta del vagón.

Sonó el silbato.

—Te quiero —me susurró contra la mejilla—. Encontraré la manera. Espérame, por favor.

Saltó al andén y cerró la puerta. El tren empezó a moverse.

Yo levanté la mano, le di un beso a las yemas de mis dedos y me despedí.

CARIÑO:

¡Cuesta saber por dónde empezar a la hora de escribirte!

Primero gracias por venir a estar conmigo, por entregarte de la forma en que lo hiciste. Sé que el hecho de que esté casado significa que tenemos que mantener nuestro amor entre las sombras, pero la guerra terminará y con el tiempo encontraré una forma de recuperar mi libertad y proteger al mismo tiempo los intereses de Elizabeth. Sé que este período en esta especie de limbo es difícil para ti, pero créeme cuando te digo que voy a volver. El milagro de la guerra y la enfermedad que nos ha unido todavía no ha acabado de producirse.

No puedo decirte dónde estamos, aparte de que hace calor y hay mucha humedad.

Te quiero,

David

SU CONTACTO Y SU voz se quedaron conmigo.

Nadie descubrió mi mentira (o más bien nadie me manifestó ninguna sospecha). Ante Ma y Pa fingí que mi visita a Lola había sido breve pero feliz y que mi formación en el hospital Victoria había ido bien. A la enfermera jefe Graham le dije que mi amiga había mejorado a raíz de mi visita. Y evité a Vera, que lo habría adivinado inmediatamente. Pero Ma sospechaba algo, como dijo David que pasaría. Y cuando me miré en el espejo mientras me cepillaba el pelo, entendí por qué. Intentaba controlarlo, pero era obvio que los ojos me brillaban con una felicidad traviesa.

Lo menos obvio era la culpa.

Si amas a un hombre que está casado, ¿es pecado?

Y si David no hubiera sido sincero conmigo desde el principio en cuanto a lo de estar casado, ¿eso me haría menos pecadora?

En las semanas que siguieron fui mucho a nadar a Seaforth para dejar que la arena se colara entre mis dedos y recibir su veredicto (condenación o perdón), pero solo me llegó el rumor de la marea.

«Encontraré la manera. Espérame, por favor», me dijo.

Así que lo esperé.

Piet me pidió una vez que lo esperara... Pero decidí apartar ese recuerdo.

El año 1941 se convirtió en 1942.

Me volqué en el trabajo y terminé mi formación como enfermera especialista en quirófano.

—Muy bien —me felicitó la directora con un breve apretón de manos y una sonrisa formal—. Pero tendrá que seguir dividiendo su tiempo entre la sala y el quirófano, enfermera Ahrendts.

La enfermera jefe Graham me miró con una irritación que apenas podía ocultar.

En el astillero fue creciendo el inquietante rumor de que, aunque los estadounidenses estaban construyendo barcos en menos tiempo de lo que necesitaban para preparar a sus marineros, tal vez sus esfuerzos no llegaran a tiempo.

—Es algo malo —decía Pa sombrío—. Esos japoneses aguantarán tantos golpes como Hitler. ¿Te acuerdas de cómo hundieron solo con sus aviones el *Prince of Wales* y el *Repulse*, dos barcos bien grandes?

DAVID ME ESCRIBIÓ:

Están en camino.

Ya habrás leído lo de nuestras pérdidas. Estoy desolado por la caída de Singapur; estuve allí antes de la guerra. Nadie esperaba que los japoneses atacaran por la jungla. Fue una táctica brillante y no podemos negar que nos pillaron totalmente desprevenidos.

Hace mucho calor donde estoy. El mar se ve plano, grasiento y poco apetecible. Hay tiburones.

Echo de menos las olas frescas de El Cabo.

Y te echo de menos a ti, cariño.

—HOLA, LOU —PA ME saludó desde el camino cuando salí al acabar mi turno.

A Pa todavía le gustaba venir a buscarme al camino de la montaña cuando nuestros turnos coincidían, sobre todo si hacía buen tiempo y podía señalarme los barcos que había amarrados y contarme qué heridas tenían. Ese era uno de esos días. Las gaviotas graznaban enfadadas por la falta de brisa.

—Vamos a sentarnos un rato.

—Deberías ir a que te miraran la rodilla, Pa.

Él sacudió una mano con impaciencia.

—Mi rodilla no es el problema. El problema es esta guerra.

—¿Qué ha pasado ahora?

Pa no debería contarme nada de eso, pero sabía que le ayudaba hablar, así que yo le escuchaba y nunca le repetía nada de lo que me decía a nadie, especialmente a Ma.

—Ha habido otro desastre. Los japoneses se encontraron a unos cuantos de nuestros barcos justo frente a Ceilán. Han bombardeado dos, al menos.

—¿Qué barcos? —pregunté agarrándole el brazo.

Suspiró.

—No debería decírtelo. No es oficial.

—¿Qué barcos, Pa?

Él me miró y me dio una palmadita en la pierna.

—Uno de los nuestros. Ese oficial de artillería que cuidaste en el hospital iba en él. El *Dorsetshire* .

Me dejé caer sobre él.

—¿Lou? —preguntó haciendo todo lo que podía por sostenerme—. ¿Pero qué te pasa?

Fue como si la montaña cayera sobre mí y el mar que tanto amaba se alzara para engullirme.

—Es triste, hija, pero les ha pasado a muchos de tus pacientes. Vamos, vamos...

Las gaviotas chillaban. Me tapé los oídos para bloquear esos graznidos fuertes y agudos.

Pa me abrazó.

—Vamos a casa, ha sido un día largo.

Miré su cara amable y preocupada y después me fijé en unas diminutas hormigas que se escabullían cruzando el camino de tierra. Un saltamontes pasó a nuestro lado dando un salto.

Él tiró de mí para que me levantara.

—Vamos. No es mucho camino.

Los dos bajamos la montaña trastabillando.

Yo veía bien el camino e identificaba las rocas que debía evitar, pero mis pies no querían obedecer a mi cerebro. Pa empezó a respirar con dificultad por el esfuerzo de sostenerme. Estaba mal lo que le estaba haciendo a Pa, hacerle soportar ese esfuerzo extra a él y a su rodilla. Los nietos de los Phillips estaban jugando detrás del barrio cuando pasamos. El mayor nos saludó y se ofreció a ayudarnos, pero Pa lo rechazó con un gesto.

La señora Hewson nos vio desde el escalón de su casa.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Te has torcido el tobillo?

—*Ja* —contestó Pa sin aliento—. Sheila la puede atender.

—Trabaja demasiado —refunfuñó la señora Hewson—. No va a salir nada bueno de esta guerra.

—¿Pero qué ha pasado, por todos los santos? —Ma vino corriendo para ayudarme a entrar.

Pa se enjugó la frente y se dejó caer en una silla. Ma me llevó a mi dormitorio, me sentó en la cama, me quitó los zapatos, me soltó la cofia y me tumbó. Me tocó el tobillo y me apartó el pelo de la cara.

—Voy a preparar té. Después me dices qué es lo que te pasa.

MA LLAMÓ SUAVEMENTE A la puerta un poco después y entró con una taza para cada una. Yo me había quitado el uniforme, lo había colgado y me había cambiado para ponerme una falda y una blusa. Estaba sentada en la cama. Ma me dio una de las tazas y se sentó a mi lado.

—No le pasa nada a tu tobillo, Louise. ¿Me vas a decir qué está pasando de verdad?

No tenía sentido mentir. Unos sollozos secos pero violentos se desataron desde mi interior aunque sin lágrimas, solo unos estremecimientos recurrentes que salían del fondo de los pulmones. Ma me acarició el brazo, le fue dando sorbos al té y esperó.

—Me he enamorado de un oficial británico de la Marina. Y su barco se ha hundido.

Vi aparecer el *shock* en sus ojos y lo siguió un inicio de comprensión. Me acercó a ella y me meció, pero yo sabía que esta vez había ido demasiado lejos. Lo de tener una carrera había sido posible por poco, pero enamorarme de un extranjero, de un estatus mucho más alto que el mío y blanco cuando yo era de piel oscura era algo que quedaba fuera de toda cuestión. Y se trataba de algo inexcusable. «Ya deberías saberlo a estas alturas».

—Supongo que es el hombre que te escribió.

Me esforcé por alejar de mi mente la imagen de David herido, sus ojos azules desenfocados, el mar cerrándose sobre él hasta que lo único que quedara fuera el recuerdo.

—No fue algo planificado, Ma. Y no me avergüenzo. Él también me quiere.

—Ay, hija, eso les pasa a todos. —Esbozó una sonrisa cansada—. Eres hermosa. ¡Claro que te quieren! Pero solo mientras están enfermos.

Me miré las manos. David y yo estábamos ya mucho más allá de la gratitud paciente-enfermera. Y si Ma estaba buscando razones por las que no habría funcionado, las diferencias de color y sociales eran las menos importantes. Su matrimonio era lo único que nos mantenía separados.

Ma esperó a que respondiera.

Suspiró.

—Lo siento, Lou. —Me dio un beso en la coronilla—. Seguro que es un buen hombre. Pero eso no podía ir a ninguna parte de todas formas. Con un oficial blanco no. Ahora descansa. Te traeré la cena luego.

Recogió las tazas y se detuvo en el umbral.

—Cuando termine la guerra, seguro que encontrarás a alguien que será un buen marido para ti.

Me quedé sentada en la oscuridad creciente.

La última vez que estuve en Seaforth encontré otra caracola, una igual que la que le había dado a él. Me acerqué a mi colección y la cogí, acaricié su abertura y me la acerqué al oído.

Tenía que hacer todo lo posible porque no se me notara el dolor. Pa me había dicho que las noticias no eran todavía oficiales.

Debía aguantar hasta el anuncio formal.

Y incluso entonces no podría derrumbarme. Todavía había demasiado que perder.

DURANTE TRES DÍAS NO hubo noticias. Y entonces llegaron... El Almirantazgo anunció con pesar que el *HMS Dorsetshire* y el *HMS Cornwall* habían resultado hundidos durante un acción enemiga en el océano Índico. Hasta el momento no habían llegado informaciones de que hubiera supervivientes.

Ma entró en mi dormitorio y sin decir nada se puso a cepillarme el pelo.

No le dije que David y yo éramos amantes. No tenía sentido. Si ya no estaba, no había necesidad de que lo supiera nadie aparte de mí. El dormitorio iluminado por las velas de la casita bajo Table Mountain sería solo mío, algo que guardar para siempre.

Pa no hizo preguntas, pero me acompañaba al hospital todas las mañanas y después venía a recogerme al final de mi turno para ir conmigo a casa. No sé cómo colocó sus turnos de trabajo para poder hacerlo, pero cuando salía lo encontraba siempre allí, sentado en una piedra junto a la entrada.

—Gracias, Pa.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro.

Él me dio una palmadita y se levantó.

—Vamos a casa. Ma está haciendo tarta de manzana.

UNOS DÍAS DESPUÉS PA se enteró de que sí había supervivientes, pero que la Marina no había revelado sus nombres.

—El *HMS Enterprise* y sus destructores los recogieron.

—¿Y dónde están, Pa?

Arrugó la frente.

—En Addu Atoll, en las Maldivas, probablemente. Los heridos irán a Ceilán o a India. Es todo lo que he podido averiguar. Lo siento, Lou.

Miré al otro lado de la puerta principal. La estación estaba cambiando. Pronto llegarían las nieblas desde el mar para cubrir el puerto y la sirena antiniebla sonaría por el día.

—¿Cuándo lo sabremos?

Me rodeó los hombros con el brazo y negó con la cabeza.

—Estaban reparando el *Dorsetshire* en Colombo —murmuró—. Un radar mejor, artillería antiaérea. Pero entonces la flota japonesa cruzó el estrecho de Malaca de camino a Ceilán y el barco tuvo que salir a su encuentro antes de que hubieran terminado. Lo siento, Louise. Era un buen hombre.

**A**L PRINCIPIO, CUANDO no llegaron noticias de David, me dije que podría estar herido y tal vez no podía escribir. Quizás no había suficientes enfermeras donde él estaba para que una escribiera una carta por él. O tal vez sus cartas se perdieron por el camino, hundidas por algún barco enemigo.

Pero según fueron pasando las semanas, cada vez me costaba más convencerme de que estaba vivo.

Fui a Seaforth. Me quedé mirando el mar que tanto amaba e intenté no hacerlo responsable.

En contra de lo que le decía su instinto, Ma no habló de mi relación secreta nada más que con Pa. A ninguno nos vendría bien un escándalo. Y si ella y Pa se preguntaban hasta dónde había llegado mi amistad con David, nunca quisieron saberlo.

Vera vino a visitarme. Ella fue la única persona ajena a la familia a la que se lo dije. Pero, igual que con Ma, solo le conté parte de la verdad.

—Está muerto, Vera. —Cogí la caracola y la acaricié—. Su barco se hundió frente a Ceilán.

Ella se sentó a mi lado en la cama y apoyó su hombro contra el mío.

—Lo siento, Lou. —Esperó un poco y después me dio un pequeño empujón—. Pero tal vez es lo mejor que podía pasar. No podrías haberte casado con él en la vida.

—No, no habría podido casarme con él.

Pasaron dos meses de silencio. Cumplía con mis tareas en el quirófano, atendía a los pacientes y me reía con sus bromas. Fregaba suelos, daba medicinas, ayudaba a las auxiliares a cambiar vendajes, incluso espantaba a los babuinos de detrás de la sala de los pacientes.

—¡Bestias horribles! —exclamaba la enfermera jefe con un

estremecimiento.

Me convertí en una buena actriz; nadie notó que había perdido mi capacidad de disfrutar del trabajo.

Supuse que eso era también una forma de mentir. Pero de mentirme a mí misma.

El invierno llegó y nuestros pacientes convalecientes tuvieron que dejar de salir al porche. Las banderas de los barcos estaban permanentemente ondeando por el efecto del viento del norte. Me di cuenta de que ya pensaba en David en pasado.

En el astillero Pa escuchaba las conversaciones de todos los oficiales que pasaban por allí. Al parecer habían dividido a los tripulantes supervivientes del *Dorsetshire* y del *Cornwall* entre las Maldivas e India y algunos incluso ya iban camino de vuelta al Reino Unido. Pero a menos que conocieras a alguien que conociera a alguien, no había forma de saber si David estaba vivo o no.

—Cuesta mucho conseguir un nombre, Lou —explicó Pa en voz baja—. Solo se los dan a los parientes.

—No hagas nada que te pueda causar problemas, Pa.

Ma, por su parte, creía que, incluso aunque David hubiera sobrevivido contra toda probabilidad, el romance estaba condenado de todas formas. No podía haber futuro para una chica de piel oscura y un oficial blanco. Solo era un asunto de distracción y diversión. Me llevó a catequesis para reavivar mi sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Me hizo muchas sopas para consolarme. Invitó a amigas a que vinieran a tomar el té a casa. Me trataba como si fuera una niña que se hubiera perdido y al volver a casa necesitara recuperar el peso perdido.

—Tu madre tiene razón —decía Vera masticando uno de los pastelitos de Ma—. Tienes que engordar un poco.

EN MI VIDA SOLO me había permitido llorar de alegría (o de anticipación por ella). Excepto el día del corrimiento de la montaña, cuando creí que Ma estaba muerta; entonces no pude parar de llorar mientras caía la lluvia y el arroyo junto a la casa de los Hewson intentaba arrastrarme.

Pero ahora lloraba todas las noches por la pérdida anticipada.

Ma me veía la cara por la mañana y se preguntaba por qué me estaba costando tanto superar lo de un hombre que conocía solo superficialmente y que de todas formas nunca estuvo destinado a acabar casándose conmigo.

**M**I QUERIDA LOUISE:

Espero que esta carta te llegue pronto. Sé que el correo que sale de la India es muy inestable, así que te escribo todas las semanas. No quiero ni imaginar lo que estarás pasando al saber que mi barco se ha hundido. Espero que de alguna manera te haya llegado a través de tu padre la información de que tuve la suerte de sobrevivir. Le he escrito a Elizabeth, claro, aunque estoy seguro de que mi tío del Almirantazgo se lo habrá dicho.

Doscientos hombres de nuestra tripulación murieron en el ataque y muchos están heridos. A mí me desgarran la tristeza por ellos y sus familias. No sé por qué me he salvado yo y ellos no. Nuestro rescate, tras un día y medio a la deriva, llegó justo a tiempo. Casi se nos había acabado el agua potable y ya hacíamos turnos para pasar ratos sumergidos en el agua del mar porque solo se salvaron dos lanchas.

Una de las consecuencias de todo esto es que nuestra tripulación, que estaba tan unida, ha tenido que separarse porque nos han ido enviando a otros barcos. Los voy a echar de menos a todos. Parece que a mí también me van a reasignar pronto. La guerra no da tregua.

Pero, mi querida L, durante todas esas horas que pasé en el agua estuviste conmigo. Te vi caminando hacia mí con tu vestido azul y con la maleta en la mano. Sentí tu contacto y reviví los momentos que pasamos juntos, cómo hablamos, cómo nos amamos.

Lo que te dije en la estación de Ciudad del Cabo es ahora más cierto que nunca.

Espérame, por favor. Volveré.

Con todo mi amor,

David

**P**IET SE APOYÓ en las cajas vacías y se echó a reír.

El revisor estaba en la otra punta del tren, probablemente fumándose un cigarro con el conductor o riéndose con los pasajeros a cuenta de un gran danés, que viajaba con salvoconducto de la Marina y se llamaba *Molestia*, y el grupo de cabos que siempre lo acompañaban y que consentían todo lo que podían al animal.

Una vez más había ido todo perfecto.

El guardia de Simon's Town, que estaba engordando gracias al pescado que le regalaba Piet semanalmente, ni se molestó en comprobar el número de cajas. En Ciudad del Cabo un segundo guardia, que también se beneficiaba con regularidad de la generosidad de Piet, firmó el papeleo sin prestarle atención.

Piet vio a su contacto en la estación. En medio de la confusión de carritos y pasajeros que iban de acá para allá, y yendo con un carrito también en dirección a un camión de la Marina, era un juego de niños levantar la lona, darle una caja a alguien y guardarse el pago.

Se tocó el bolsillo para notar el crujido tranquilizador de un billete.

El sueldo de una semana por un día de trabajo. Y después, el viernes, su paga regular de la Marina.

Si la guerra continuaba el tiempo suficiente, llegaría a ser un hombre rico.

¿Y si Louise volvía corriendo con él entonces? Podía ser, ¿no?

No pretendía quedarse esperando hasta que llegara ese momento (había varias chicas que ya se ocupaban de complacerle mientras albergaban en sus cabezas la idea de convertirse en la señora Philander), pero estaba bien tenerlo presente.

EL TREN CAMBIÓ DE vía y empezó a adquirir velocidad para enfilarse el tramo final entre Fish Hoek y Simon's Town.

No quería pensar en Lou, pero no podía evitar que su mente siempre volviera a ella.

Los había visto por casualidad. Y durante meses Piet no dijo nada, aunque se le pasó por la cabeza seguir al hombre la siguiente vez que su barco atracara en Simon's Town e ingeniárselas para provocar una pelea en un callejón oscuro junto al Club de Oficiales.

Sucedió porque el *Dorsetshire* esa vez había atracado en Ciudad del Cabo.

Piet iba cruzando los Jardines de la Compañía de las Indias Orientales para atajar después de ir a un restaurante donde les gustaba su pescado.

Ellos caminaban el uno al lado del otro. El hombre era el mismo con el que ella se vio una vez en la montaña de Simon's Town. El mismo con el que se había reído. Y él llevaba una maleta.

Piet se escondió tras un arbusto cuando pasaron a su lado y después los siguió hasta una casita bajo la montaña. Los vio cruzar la puerta. No era una visita casual, estaba claro. La maleta que llevaba el hombre era de Louise. Ella se iba a quedar allí con él.

Piet se dio la vuelta y se fue a pasar la noche con una chica del Distrito Seis que conocía.

Pero, si eran ciertos los rumores sobre la pérdida del *Dorsetshire*, ese hombre seguramente ya estaba muerto. Así que ya no había nada que hacer, no podría llevar a cabo su anónima venganza. Sintió pena por Lou, pero había ido demasiado lejos. Tenía lo que se merecía.

Aun así, por el momento no dijo nada.

El conocimiento es diferente al pescado, no es perecedero.

Cuando más tiempo lo tienes, más valioso se vuelve.

—¿ENFERMERA AHRENDTS? —LA enfermera jefe me llamó desde su mesa un mediodía—. Tenemos un ingreso urgente que viene del *Duchess of York*, que acaba de atracar. Un capitán con sepsis en una pierna y daños en los pulmones. Un héroe: ganó una Cruz Victoria en la Gran Guerra. Lo vamos a poner en la número ocho.

—Sí, enfermera jefe. Voy a asegurarme de que todo esté preparado.

La enfermera jefe asintió y volvió a sus papeles.

Cuando el hombre llegó, la enfermera jefe, impresionada por lo de la Cruz Victoria, fue a recibirlo personalmente cuando llegó la ambulancia. Cuando entró la camilla, los otros pacientes estiraron el cuello para intentar ver algo. El capitán tosía con fuerza. Yo esperé junto a la cama vacía con una bandeja con vendajes cerca. Detrás de la camilla entró un hombre alto, de pelo claro, con galones de capitán de corbeta en el uniforme.

Me agarré a la barra de la cama.

La enfermera jefe hizo todo el recorrido al lado de la camilla. Los camilleros levantaron al hombre herido y lo pasaron de la camilla a la cama.

—¡Enfermera! ¿A qué está esperando? ¡Cierre las cortinas!

Él se había quedado plantado en medio de la sala. Y al parecer (el aire se me quedó atravesado en la garganta) no tenía ninguna herida.

Cuando sus ojos se posaron en mí, sentí su mirada como una caricia.

—¡Enfermera!

Corrí las cortinas.

La enfermera jefe me atravesó con la mirada y después se dirigió al hombre enfermo.

—El comandante médico vendrá ahora mismo, capitán. Mientras, la enfermera Ahrendts se ocupará de su herida.

Pasó al otro lado de la cortina y se alejó. Oí que sus pasos se detenían.

—Vaya, capitán de corbeta Horrocks... Espero que esta vez no necesite atención médica.

—No gracias, enfermera jefe. Solo he venido a acompañar al capitán Agar.

—El capitán está en buenas manos. Y seguro que usted tiene otras obligaciones que atender. Buenas tardes.

Yo dejé la bandeja con los vendajes en la mesita auxiliar; como me temblaba la mano, la bandeja metálica tintineó.

El capitán Agar carraspeó.

—Enfermera, ¿sabía que mi capitán de corbeta, que está ahí fuera, también fue paciente en este hospital?

Me atreví a mirarlo un segundo.

—Sí, lo sabía. ¿Cómo se hizo esta herida, señor?

—Recibí el impacto de un fragmento de bomba. —Hizo una mueca—. Después se me infectó la pierna en India. No me sorprende, con el calor que hace allí...

—Lo siento, señor. No se mueva.

No sé cómo fui capaz de hacer el resto de mi trabajo.

Era como si el aire de la sala vibrara con una radiación que solo he sentido unas pocas veces en mi vida. Por suerte la enfermera jefe no pareció notarlo y no hizo ninguna referencia a mi demora a la hora de cerrar las cortinas, aparte de mirarme con suspicacia cuando acabé con el capitán.

Una llovizna empezó a caer como un velo sobre la bahía, ocultando el camino de la montaña por el que David y yo paseamos. ¿Dónde podríamos vernos en esa pecera que era Simon's Town? ¿Y por qué estaba siquiera contemplando una posibilidad tan peligrosa?

Al final de mi turno me puse la capa y salí por la entrada de abajo. Tenía intención de bajar hasta St George's Street y después volver a casa por la parte asfaltada, en vez de arriesgarme a ir por el resbaladizo camino de montaña. Recé para que él fuera lo bastante discreto como para no intentar verme en la ciudad, porque, si lo veía, no podría evitar ir corriendo a su encuentro.

—¿Lou? —Pa salió de la caseta del guarda, donde se había estado

refugiando.

—¡Pa! —exclamé—. ¡Está vivo, Pa! —Y me lancé a sus brazos.

—Vamos, hija —murmuró apartándome y mirando con una sonrisa avergonzada al guarda, que nos estaba observando—. Vayamos a casa. Solo Dios sabe lo que vamos a hacer, pero quedarnos aquí, bajo la lluvia, no nos va a servir de nada.

HASTA QUE LLEGUÉ A casa, no entendí a qué se refería Pa.

Sentado en un sillón del salón de mi casa estaba David, vestido con su uniforme reluciente y lleno de galones que contrastaba con la tapicería gastada. Ma estaba sentada cerca, nerviosa. Me quedé parada en el umbral, con la capa empapada y los zapatos blancos sucios de barro después de tener que saltar por encima del arroyo que había junto a la casa de los Hewson.

Ma apretó los labios y me miró con una tensión que reconocí de la época de mi adolescencia: orgullo, en este caso porque había podido atraer a un hombre como ese, pero también miedo, como siempre, al pensar adónde iba a acabar llevándome mi ambición.

Nadie habló. Pa se quitó la gabardina.

David se levantó de un salto y me abrazó con delicadeza, con la capa mojada y todo.

No me dio tiempo a protestar ni a asombrarme por su temeridad, porque antes de que me diera cuenta oí cerrarse la puerta principal y girar la llave en la cerradura. Un momento después estábamos solos y él me estaba besando con pasión.

—¡Espera! —dije apartándome—. ¿No estás herido? He estado tan desesperada... —Le recorrí con las manos los brazos y el pecho y después bajé por la espalda.

Estaba delgado, pero tranquilizadamente entero. Solo se le veían las marcas de una grave quemadura solar en la cara. Los ojos estaban intactos, gracias a Dios, sin daños de astillas o fuego. No sabía cuál era el castigo que tendría que asumir, pero al menos no se había cebado con David.

—¡Estoy bien! —Rio mientras yo le hacía ese chequeo improvisado—. ¡Te he escrito todas las semanas mientras estaba en India!

—¡No he recibido ni una palabra!

Tiró de mí para que me sentara con él en el sofá.

—Escucha, cariño. No tenemos mucho tiempo. Me ha costado un poco —sonrió—, pero he convencido a tu madre para que nos deje pasar dos horas juntos.

No era suficiente.

Me llevó hasta mi dormitorio e hicimos el amor en la estrecha cama, junto a la estantería con las conchas donde tenía escondidas sus cartas. Y después me contó lo del *Dorsetshire*, sus duras palabras fundiéndose con el estruendo de la sirena antiniebla, el repiqueteo de la lluvia y el tierno momento que sigue al amor.

La sed, las muertes, el silencio brutal del agua y el cielo.

—Pero el mar no se te llevó. —Le toqué la cicatriz—. Te mantuvo con vida.

—Y tú también —aseguró él—. Sin ti, habría muerto.

Después nos vestimos y volví a hacer la cama.

No nos quedaba mucho tiempo.

Él se quedó de pie detrás de mí mientras me cepillaba el pelo. Miré su reflejo en el espejo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo te vamos a sacar de aquí?

Me puso una mano tranquilizadora en la cabeza.

—Nadie me ha visto llegar, cariño. Están todos metidos en sus casas por la lluvia. Y me iré cuando ya sea hora de oscurecimiento.

Pero él no sabía lo cerca que estaban las casas en el barrio, ni cómo se agitaban las cortinas de todas las ventanas fuera cual fuera el tiempo y a pesar del oscurecimiento. Sobre todo cuando se trataba de algo que tenía que ver conmigo. Necesitaría inventar una historia, contar una mentira...

Volvimos al salón. Encendí velas, preparé el té y me pregunté por qué estar con él así, en mi casa, en mi cama, me parecía justo lo adecuado en vez de algo prohibido, algo que tenía que ser así y no un acto completamente escandaloso.

La lluvia paró, pero empezó a levantarse viento. Él giró la cabeza y escuchó el rumor de las palmeras que se agitaban.

—Alrededor de Corbey hay robles —dijo en voz baja—. El viento es diferente, tiene menos fuerza. Quiero llevarte allí.

Le serví más té. Había tantas cosas (y a la vez tan pocas) que necesitábamos decir...

—¿Cuándo te tienes que ir?

Me puso un dedo sobre los labios.

—Pronto, me temo.

La taza se estremeció en mis manos. Él me la cogió y la volvió a poner en la bandeja.

—Hay que luchar por un amor como el nuestro, cariño. —Sus manos, ásperas por su trabajo con las armas y su esfuerzo por sobrevivir, acariciaron con suavidad las mías—. Cuando acabe la guerra, le pediré el divorcio a Elizabeth.

Lo miré fijamente. En el pelo se le veían más canas que la última vez que estuvimos juntos.

—¿Te arriesgarás? —Sus ojos examinaron los míos—. ¿Te casarás conmigo cuando sea libre?

—Pero soy mestiza y vengo de una familia pobre. Allí nadie me querrá...

Y su familia iba a pensar que la gente como yo no tenía vergüenza por haber seducido a un hombre casado y haberlo apartado de su esposa. Me tratarían como la pecadora que era.

—Te quiero por todo lo que eres —afirmó con seguridad—. Y decidiremos juntos qué hacemos con Corbey y con la Marina. Y dónde trabajarás. Seremos un equipo, cariño.

«No quiero casarme con nadie a menos que los dos podamos ser verdaderos compañeros y amarnos como iguales», le había dicho a Pa.

Sentí que el corazón se me aceleraba con esa euforia que ya me resultaba conocida.

Nos enfrentaríamos al mundo juntos. Compartiríamos cualquier alegría o castigo.

—Sí —contesté con un hilo de voz.

Y si nuestro secreto salía a la luz antes del final de la guerra, yo lo defendería con todas las verdades o mentiras que se me ocurrieran. No había vuelta atrás.

—Va a ser nuestro viaje. —Me cogió la cara entre las manos—. Los dos juntos, uno al lado del otro.

Oí pasos afuera y después la llave de Pa en la cerradura.

—Sí —repetí, cubriéndole las manos con las mías—, me casaré contigo, David.

En ese momento los dos creímos verdaderamente que todo era posible.

**P**ERO LAS POSIBILIDADES tuvieron que esperar.

La guerra continuó. Pasaron dos años. Dos años desde la noche de lluvia en Simon's Town en que nos vimos por última vez, que estuvimos juntos por última vez y que hicimos el amor por última vez. Había esperado para muchas cosas en mi vida: para ser enfermera, para encontrar el amor verdadero. Y muchas veces, cuando estaba a punto de conseguir lo que quería, había un paréntesis, un aplazamiento. O surgía una barrera. A veces era porque había ido demasiado lejos, otras porque el mundo tenía asuntos que resolver antes de que volviera a tocarme el turno a mí.

Fue duro.

Nunca creí que el amor pudiera doler tanto, que el dolor de la separación fuera capaz de convertirse en un compañero permanente. David escribía a menudo y sus cartas eran un bálsamo parcial, un trozo de Londres y de una guerra que parecía muy lejana. Me preocupé por si cambiaba de idea, sobre todo desde que volvió a Inglaterra y empezó a tener la oportunidad de pasar más tiempo en casa. Conocía la culpa que sentía por lo de Elizabeth. Y yo siempre iba a tener la piel oscura e iba a ser una extraña en su mundo.

Mi querida Louise:

¿Qué tal estás, mi amor? Pienso en ti constantemente. Te imagino en Seaforth buscando conchas, mirando las olas y preguntándote, como lo hago yo, cuándo volveremos a vernos.

Estoy deseando poder ir a Sudáfrica, pero por ahora, por lo menos en un futuro cercano, me veo encadenado aquí a un trabajo de oficina. Habrás oído lo de nuestros éxitos en Francia. Es un comienzo, pero todavía queda mucho camino. Espero poder volver al mar si el foco

vuelve a centrarse en el Lejano Oriente. Ya te enterarás de lo que quiero decir. Mientras, nuestras vidas se desarrollan por separado y hay muy poco que podamos hacer, aparte de mantener la fe.

Mi padre ha fallecido. Llevaba un tiempo mal de salud, como sabes, y murió la semana pasada, mientras dormía. Acabo de volver de su funeral. Mi padre y yo teníamos una relación con sus altos y sus bajos (nunca compartimos ese cariño que hay entre tus padres y tú), pero últimamente habíamos logrado una comprensión temporal. Sospecho que sabía que tenía ideas para Corbey que él no aprobaría, pero los dos decidimos tácitamente evitar el tema. No quise iniciar nada mientras él estaba vivo, pero ha llegado la hora de planear la puesta en funcionamiento de mis ideas para cuando la guerra termine. Me gustaría que Corbey fuera todo lo autogestionable posible, para que yo quedara libre para volver a la Marina o para aceptar un puesto que nos permita estar juntos. También voy a ver a mi abogado dentro de poco para hablar del divorcio y de cómo proteger a Elizabeth y su futuro financiero. Cuando tenga todo esto claro en mi mente, se lo diré. Va a ser un golpe muy duro para ella.

Pero ya no puedo imaginarme la vida después de la guerra con ella, como tampoco puedo imaginarme renunciar a ti. Ni puedo olvidar las almas de Tompkins, Owen, los hombres del *Hood*, del *Dorsetshire* ...

Cuando uno encuentra el amor, por muy inesperado que sea, hay que hacer lo que sea necesario para conservarlo.

Sigue escribiéndome, por favor, cariño, es una época difícil. Tengo que continuar engañando a Elizabeth, pero parece que no hay alternativa. Ella está llevando Corbey en mi nombre y no puedo quitárselo todo mientras la guerra continúe y yo esté destinado en Londres o en cualquier otra parte.

Gracias por tu paciencia y tu coraje.

Con todo mi amor,

David

DOBLÉ LA CARTA Y me la metí en el bolsillo. Era peligroso llevármela al

trabajo, pero me sentía más fuerte cuando tenía sus palabras conmigo, muy cerca de la piel. Había acertado con lo de Seaforth. Iba allí a menudo. Pero no para nadar ni para buscar orientación divina (me temía que Dios y Alá ya me habían dado por perdida), sino para sentir la presencia de David. El mar era el elemento que nos conectaba. Incluso aunque él en ese momento tuviera un trabajo en tierra, le gustaba ir hasta el Támesis para observar la marea que desembocaba en el mar, un mar que yo imaginaba dando toda la vuelta al mundo hasta encontrar por fin el camino hasta False Bay.

—¡Enfermera jefe! ¡Enfermera jefe Ahrendts!

Había aprovechado los dos años de forzosa separación de David para finalizar mi formación. Miré alrededor. Todavía no estaba acostumbrada al nuevo cargo.

La directora se acercó.

—Enfermera jefe, ¿le importaría ocuparse de la ronda de esta mañana? No hay operaciones previstas y la enfermera jefe Graham no se encuentra bien.

La directora me mantenía trabajando en la sala cuando me lo permitían mis obligaciones en el quirófano. Creo que ella sabía que disfrutaba estando los pacientes también cuando estaban despiertos.

—Claro, directora.

AUNQUE DURANTE ESOS DOS años de guerra mi horizonte profesional en el Hospital Naval mejoró, la situación de Simon's Town empeoró. Pa y sus trabajadores tenían ojeras permanentes por los largos turnos de trabajo y sus barcos sufrían los rigores de un conflicto que no daba ni un respiro. El óxido se extendía y las reparaciones de urgencia eran inevitables. Los que estábamos en tierra lo notábamos también. Nuestras carreteras de asfalto, antes muy lisas, empezaron a mostrar grietas «por el desgaste». Las banderas del Almirantazgo, que en otro tiempo se sustituían regularmente, aguantaban ondeando hasta que el sudeste las desintegraba. Y a pesar de los ruegos de mi padre, no había planes ni recursos para estabilizar la montaña que había detrás del barrio. Cada invierno que pasaba se acumulaba más tierra detrás de la hilera de casas.

—No nos podemos quejar, estamos ganando la guerra —decía Pa sentado a la mesa de la cocina, con una satisfacción comedida—. Hitler se está

retirando, solo quedan los japoneses.

—Los estadounidenses están ganando, ¿verdad? —preguntó Ma.

Pa sorbió por la nariz.

—Pero no lo bastante rápido.

Nunca hablábamos de David Horrocks. Pero estaba siempre allí, una presencia silenciosa en nuestra mesa.

—Espero que sepas lo que haces, Lou. —Eso fue lo único que me dijo Ma cuando la puerta se cerró detrás de David esa noche—. Esto no va a acabar bien.

Mi querida madre nunca entendió por qué yo hacía lo que hacía. Había que reconocerle que, aunque siempre me avisó de los peligros (muchas veces con acierto), nunca me prohibió seguir mi propio camino. Ni me amenazó con echarme si no seguía alguno de sus consejos. Ni siquiera con lo de David.

—Tenemos que esperar hasta que termine la guerra —respondí.

Eso era lo que le decía a Vera también cuando me preguntaba qué iba a hacer con el hombre casado que seguía escribiéndome.

Toqué la carta que tenía en el bolsillo.

EL SILENCIO QUE GUARDÁBAMOS Ma, Pa y yo tenía otro propósito.

Seguía habiendo un secreto que guardar.

Yo había estado con un hombre blanco en nuestra casa y, aunque en esa época la ley no prohibía expresamente el sexo entre blancos y gente de color, el precio a pagar por algo así era alto. El color era lo que definía la moral. Si el secreto llegara a saberse, la directora no tendría más remedio que despedirme por conducta impropia. Y la vergüenza todavía iría más lejos. Igual que yo tuve que sufrir por mi relación con Piet, por esa culpa que era mía quedarían también condenados Ma y Pa. A Pa podrían obligarlo a jubilarse y a Ma la echarían sin montar alboroto. Podríamos perder la casita. También perderíamos nuestra posición en la comunidad y Pa se marchitaría si le quitaban ese estatus que tanto había trabajado para conseguir. Si yo tenía que sobrellevar eso, los tres estábamos obligados por necesidad a mantener un silencio inquieto.

**L** LEVARON A PIET ante el teniente que estaba por encima del intendente, un joven mequetrefe sin un mísero pelo en la barbilla pero con la pechera llena de condecoraciones, que miró a Piet desde el otro lado de la mesa con desagrado.

—Sabemos lo que ha estado haciendo, señor Philander.

—No sé de qué está hablando, señor —contestó Piet con firmeza, cruzó los brazos y estiró las piernas por debajo de la mesa del oficial—. Sigo pescando para ustedes como siempre y llevo las cajas a Ciudad del Cabo como ustedes quieren.

—Ha estado vendiendo pescado al margen del acuerdo que tiene con nosotros.

Piet sonrió.

—He regalado algún pescado que otro. Eso es diferente.

El oficial apretó los labios.

—Regalar de vez en cuando algún pescado y vender cajas enteras en el mercado negro son cosas muy diferentes, así es.

—¿Cajas? —Piet frunció el ceño—. ¿Cómo podría vender cajas? Sus guardias cuentan las cajas cuando salen y cuando llegan, señor. Tal vez es que ha habido algún error. Yo soy honrado, señor. Pesco para ayudar a la guerra.

—En ocasiones ha vendido una caja.

—Ah —exclamó Piet—, ¿ahora es solo una caja, señor?

El teniente lo atravesó con la mirada y miró los papeles que tenía en la mesa. Piet intentó leerlos del revés desde su asiento, pero estaba bastante seguro de que los manifiestos del tren hacía mucho se habrían archivado en algún lugar oscuro o que los habrían tirado una vez que se completó la

transacción.

Piet adoptó un tono meloso. Sabía con qué tipo de tío se estaba enfrentando.

—Señor, una vez a la semana le doy el mejor pescado al almirante. Sin cobrarle nada. Voy al Almirantazgo —Piet agitó una mano en dirección a la ventana—, entro en la cocina, hablo con el cocinero y él se lo cocina al almirante. El almirante —Piet se inclinó hacia delante— me conoce. A él le gusta mi pescado. Nadie se molesta en llevarle el pescado bueno de verdad. Y gratis.

El teniente se revolvió en su asiento.

—Le vamos a estar observando, Philander. Si vuelve a haber problemas, romperemos el contrato que tenemos con usted. —Se levantó para indicar que la reunión había terminado.

Piet se puso de pie despacio.

—Tendré mucho cuidado, señor. Me aseguraré de que los guardias apunten bien el número de cajas. Puede confiar en mí, señor.

El teniente volvió a sentarse y retomó sus papeles.

Piet salió y cerró la puerta con cuidado, aunque de lo que tenía ganas era de dar un buen portazo.

Pero debía tener mucho cuidado. Su defensa había funcionado... esta vez.

Tendría que decirle al restaurante que iba a hacer un parón en las entregas. Solo hasta que se calmaran las cosas.

Cruzó el almacén, hasta arriba de unas mercancías que mucha gente hacía años que no veía. Pintura, caucho, alambre...

—¿Philander? —lo llamó el intendente.

Piet se acercó corriendo. El hombre se lo llevó aparte, fuera de la vista, tras una pila de cajas.

—Sé lo que has estado haciendo —dijo con los dientes apretados, acercando mucho su cara a la de Piet—. No le he dado al teniente todos los papeles, los tengo guardados en un lugar seguro. Pero quiero una parte. O si no se los doy y tú vas fuera.

Piet miró la cara avariciosa del hombre y sintió que algo estallaba en su interior.

—Claro —dijo en voz alta—. Y cuando vaya a ver al almirante para darle

su pescado, me aseguraré de explicarle que a él solo le ha llegado el segundo mejor porque el intendente se ha quedado con el mejor. ¡Y también le diré que uno de sus oficiales se ha estado acostando con una enfermera de color del hospital naval!

Al intendente estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas.

Piet se alejó de él como una tromba y al pasar le dio un empujón a un grupo de marineros que dejaron de guardar tubos de metal en cajas y se lo quedaron mirando.

El cielo que se extendía sobre Simonsberg era gris y caía una fina llovizna.

No debería haberlo hecho, se dijo cuando el viento le refrescó la cara. No debería, no.

Bitácora de guerra  
Fecha indeterminada  
Hostilidades privadas

**E**N MI ÚLTIMO permiso, le pedí a Elizabeth que me devolviera la libertad. Insistí en que no era culpa suya, que había hecho mal casándome con ella sin quererla como debía quererla un marido, y le prometí un acuerdo generoso. Ella se puso furiosa y me acusó de utilizarla mientras tenía una aventura en el Almirantazgo. Lo comprendo. Solo hay dos cosas que ha querido ella en su vida: Corbey y ser mi esposa.

Pero mi corazón lo ocupa otra persona. ¿Debo renunciar a Louise por las convenciones? ¿Por el deber? ¿Debo pagar por mi error el resto de mi vida?

Me han reasignado, gracias a Dios. Vuelvo al mar.

ESTABA SENTADA JUNTO A un paciente, esperando a que recuperara la consciencia, cuando vi que la enfermera jefe Graham venía hacia mí desde el otro lado de la sala.

—Enfermera jefe Ahrendts —me llamó, poniendo un cierto énfasis sarcástico cuando dijo mi cargo—, la directora quiere verla. Estoy segura de que el cabo despertará bien sin su ayuda.

—Claro, enfermera jefe.

Todavía me esforzaba por mostrarle respeto, aunque a esas alturas no tenía más razón para hacerlo que la pura cortesía. Salí de la sala, consciente todo el tiempo de que tenía sus ojos clavados en mi espalda.

Cualquier reunión con la autoridad implicaba el riesgo de que me

desenmascararan. Incluso cuando la directora me felicitó por el ascenso de categoría, yo examiné su cara buscando alguna pista de que lo sabía, indicios del castigo que estaba por venir. En nuestras cartas ni David ni yo hablábamos de nuestra cita secreta. El riesgo de que algún censor la leyera e informara de ello era demasiado grande.

Me coloqué la cofia y llamé a la puerta de la directora.

—Adelante. Siéntese, enfermera jefe.

La directora se colocó las manos bajo la barbilla y me miró por encima de ellas durante un momento. Tenía mi archivo abierto delante de ella.

—Ya le he advertido antes, enfermera jefe, que su relación con los pacientes debía ser intachable en todos los sentidos, ¿no es así?

Ahí estaba...

—Sí, directora.

Miró por la ventana. Una nube gorda flotaba sobre la bahía, coloreando el agua que tenía debajo con sus mismos tonos de azul acero y gris.

—Ha llegado a mis oídos la información de que es posible que haya iniciado una relación sentimental con un paciente.

Inspiré hondo. ¿Mentir o decir la verdad? Tal vez podía optar por una vía intermedia...

—¿Qué contesta a eso, enfermera jefe?

Había descubierto, gracias al consejo de mi profesor del colegio y tras toda una vida de no tener la piel lo bastante clara, que el contacto visual ininterrumpido era la mejor arma cuando te atacaban.

—En mi trabajo siempre he sido profesional, directora. No he animado a ningún paciente a tener una conducta inapropiadamente familiar hacia mí mientras estaba ejerciendo mi labor.

—¿Y cuando no estaba ejerciendo su labor? —preguntó, y me miró atentamente.

Levanté la barbilla.

—Yo no mantengo ninguna relación sentimental, ni con un paciente, directora, ni con ningún hombre de la zona. Estoy soltera y vivo con mis padres.

Se puso las gafas, cogió el bolígrafo y escribió unas frases en mi archivo.

Después se quitó las gafas, se levantó, fue hasta la ventana y miró hacia la

bahía. Me habló dándome la espalda.

—Ya sabe, por supuesto, que si se demuestra que es culpable de ese tipo de conducta, será despedida.

—Sí, directora.

Siguió hablando sin mirarme.

—Sentiríamos mucho perderla, porque es usted una enfermera excepcional.

No dije nada.

Siguió dándome la espalda, con los ojos fijos y la voz baja.

—También debe saber, enfermera, que cualquier relación entre usted y un hombre blanco, aunque no va estrictamente contra la ley, será sin duda considerada... —buscó la palabra— reprochable.

Esa vez tampoco dije nada.

Se sentó. Seguí mirándola a los ojos, sin apartar la mirada.

—Usted conoce mejor que yo cómo son las cosas en este país. —Sacudió la cabeza—. No tengo problema en reconocer que excluir a la gente por su color o por cualquier otro rasgo a mí me parece abominable. Ofende mi naturaleza escocesa. —Dio unos golpecitos con los dedos en la mesa—. Pero si lo que dice este informe es cierto, usted está jugando con fuego en varios aspectos.

Se quedó mirando la mesa un momento más y de repente pareció que tomaba una decisión.

—Yo no hago caso a los cotilleos sobre mi personal. —Cerró el archivo con un ruido seco—. A menos que me presenten pruebas, no los considero otra cosa que rumores. Pero —me miró con expresión muy seria— le advierto de que esto queda anotado en su archivo. Si más adelante alguien me proporcionara evidencias, no me quedará más remedio que despedirla. Por eso a partir de ahora debe tener en cuenta que está a prueba.

Hice todo lo que pude por mantener la expresión neutra.

—Lo comprendo, directora.

—Eso es todo.

—Gracias, directora.

Me levanté. El mar se iba desplegando con unas olas lánguidas al otro lado de la ventana.

—Sería un desperdicio inmenso tirar por la borda todo lo que ha logrado, enfermera jefe —añadió.

Me giré, salí del despacho y cerré la puerta con cuidado.

DESPUÉS ESCRIBÍ:

Han descubierto nuestro secreto.

No sé cómo, David, ni mis padres ni yo lo hemos revelado, por descontado.

La directora me ha advertido de que si alguien llega a demostrarle algo con evidencias, me despedirá. Por eso estoy a prueba hasta el final de la guerra. Aunque sé que mi formación me permitiría encontrar otro trabajo, que me despidieran del Hospital Naval sería un estigma. Seguramente tendría que dejar la península y trabajar por un salario menor en una zona más remota.

Pero, mi amor, el principal problema somos tú y yo.

No podremos estar juntos si pasas por Simon's Town.

Y tal vez, dada la situación con tu esposa, eso sea lo más sensato de todas maneras.

¿Pero cómo voy a estar separada de ti?

FUI HASTA EL umbral de nuestra casa, miré hacia el puerto y sentí ese vuelco que me daba el corazón siempre que llegaba un barco nuevo. Podía ser él, o no. Esta vez, enfilando el atracadero, había un crucero pesado con tres chimeneas. Pa vino a mi lado masticando una tostada. Levantó la mano libre para hacer visera sobre los ojos y los entornó.

—El *Cumberland* —anunció—. Flota oriental.

—Es David —dije con un respingo, y lo agarré del brazo.

Pa se puso tenso.

Me quedé mirándolo.

—Han pasado dos años, Lou. Creía que habías renunciado ya.

Negué con la cabeza. Pa suspiró muy profundamente.

—Al final alguien se va a enterar. —Hizo una mueca—. La última vez tuviste suerte.

—Ya se ha enterado alguien —contesté—. A la directora le ha llegado un rumor. Me ha dado un aviso.

Pa miró sombrío su tostada, que se le estaba enfriando en la mano.

—Es culpa mía. Te dije que si trabajabas duro, llegarías lejos. Te metí ideas en la cabeza cuando eras pequeña... y mira adónde te han llevado.

La pasarela del *Cumberland* bajó hasta el embarcadero.

—No digas tonterías, Pa. —Le di una palmadita que transmitía más tranquilidad de la que yo sentía en realidad—. No tiene nada que ver contigo. Ni con lo que dijiste. Y sé que no puedo verlo aquí. De hecho es posible que no pueda verlo en ninguna parte.

—Agh, mi Lou...

PERO SÍ QUE NOS vimos. Ese mismo día, más tarde.

Había surgido una brisa fresca que agitaba el mar y provocaba pequeñas olas. Yo terminé mi turno y después recorrí St George's Street en dirección a Alfred Lane. Unas nubes que tenían forma de banderines salían de la cumbre de Simonsberg y parecían los gallardetes que anunciaban el retorno de los barcos. Un grupo de marineros estaba reunido delante del Club de Oficiales. Reconocí su pelo salpicado de gris antes de ver su cara, la cicatriz, los ojos azules. Me detuve.

Él me vio.

El grupo estaba arremolinado a su alrededor. Se pasaban pintas de cerveza de mano en mano.

Crucé la calle y me quedé junto al muro del puerto, como si estuviera esperando a alguien.

Nos separaban unos quince metros.

Por mi lado no dejaban de pasar marineros. Alguien me llamó por mi nombre desde Runciman's General Dealers, pero yo fingí no haberlo oído. De vez en cuando David quedaba oculto por sus animados compañeros, pero en cuanto podía se movía un poco para que pudiéramos vernos otra vez.

Sus ojos tenían la increíble capacidad de acariciarme desde lejos.

Los míos empezaron a llenarse de lágrimas. Alguien lo iba a notar. Empecé a alejarme.

Él levantó una mano y se tocó los labios.

Me tuve que ir.

Al día siguiente recibí una nota que decía que si podía ir a Ciudad del Cabo el fin de semana, me esperaba en los Jardines, como la vez anterior. «Podemos hablar –decía–, y podré decirte que te quiero, cariño, aunque no podamos tocarnos».

—Voy a ir a Ciudad del Cabo a pasar el día —le anuncié a mi familia en la cena la noche siguiente.

—¿Vas a verlo? —Ma frunció el ceño y miró a Pa—. ¿Es sensato?

—Déjala, Sheila —dijo Pa—. Es la vida de Lou. Debe decidir por sí misma.

LOS JARDINES ESTABAN DIFERENTES de como los encontré la última vez que nos vimos. En diciembre de 1941 estaban exuberantes por la

prodigalidad del verano. Pero ese día parecían agotados, igual que las laderas de Table Mountain: marrones y quemados por el calor y los vientos implacables. Yo también estaba cansada. Cansada de esperar, de no poder cruzar la calle corriendo hasta sus brazos. Incluso lo de vernos allí (manteniendo un metro de separación entre ambos, si lo lográbamos) era un esfuerzo terrible, aparte de muy arriesgado. Pero no había alternativa. El *Cumberland* tendría que hacerse a la mar en los próximos días. La guerra estaba punto de llegar a su truculento final. Si David sobrevivía, volvería a Corbey a enfrentarse a su propio conflicto que acabaría con su divorcio. Entonces, y solo entonces, podría volver a Simon's Town como un hombre libre y hacerme suya.

Pero mientras me apresuraba a ir a su encuentro, me pregunté dónde viviríamos, dónde trabajaríamos, cómo me las arreglaría yo en el papel de la esposa de color de un hombre blanco en un lugar extraño, rodeada de privilegios...

—¡Louise! —me llamó.

Me acerqué desde el extremo superior de los Jardines, como aquella vez que lo sorprendí apareciendo por el camino más alto de Simonsberg, pero ese día me estaba esperando. Se levantó de un salto. Yo llevaba otra vez el vestido azul, pero esta vez con un pañuelo diferente.

—¡Capitán!

—¡Mi amor! —susurró con los ojos brillantes.

Le tendí la mano formalmente y él me la estrechó. Me senté en el otro extremo del banco.

—¡Estás impresionante!

Yo lo miré a él de arriba abajo.

—A ti se te ve un poco mayor que antes.

—¿Te ves casándote con un hombre con el pelo gris?

—Creo que sí.

Él sonrió con timidez y se pasó una mano por el pelo. Teníamos dos años que recuperar, pero los recuerdos tendrían que esperar a que estuviéramos juntos en un lugar íntimo. En ese momento era suficiente con estar a su lado. Y en cuanto al futuro...

—No puedo darte un plazo —dijo apesadumbrado—. Aunque acabaremos

de liberar Europa pronto, la guerra en el Lejano Oriente todavía continúa y llevará su tiempo. Solo después de que acabe todo podré conseguir un permiso largo para arreglar los asuntos de Corbey y las cosas con Elizabeth.

—No hace falta que me des explicaciones —repuse acercando la mano por el banco hacia él—. Me quedaré en el Hospital Naval mientras me quieran en él.

—¿No te han dado más avisos?

—No. No va a pasar nada. No te preocupes por mí.

Él estiró la mano y cerró los dedos sobre los míos.

—Pero me preocupo —reconoció en voz baja, acercándose a mí—. Ya te he hecho esperar demasiado. —Una ardilla cruzó el césped delante de nosotros. Él sonrió y después miró a la montaña gris azulado, con sus capas de nubes espesas, y a la impresionante profusión de madreSelva de El Cabo que rodeaba nuestro banco—. ¿Puedes soportar vivir así, cariño?

Me miré el regazo.

—Mi amor —murmuró—, voy a hacer todo lo que pueda. Cuando estemos casados, te traeré aquí a menudo. Pero no intentes ocultarme lo que sientes. Prefiero saber que echas de menos tu hogar a que sufras por no poder decírmelo. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Me volví hacia él, con los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

Él se acercó, cruzó el espacio que había entre los dos y me tocó la mejilla.

EL *C UMBERLAND* TUVO QUE quedarse en Simon's Town un poco más de lo previsto. Pa me dijo que tenía un problema con el eje del propulsor. Yo miraba al puerto y me preguntaba si podría verlo otra vez.

Al día siguiente me llegó una nota de David:

¿Estás libre este fin de semana para reunirte conmigo en Ciudad del Cabo? Aquella casita va a estar libre de nuevo. Cariño, sé que es un riesgo, pero va a ser el último que vamos a correr. Pero debemos ir desde Simon's Town por separado. Te estaré esperando.

HICE EL VIAJE HASTA la casita por mi cuenta, cubierta esta vez también con un pañuelo que me tapaba hasta la frente para evitar que alguien me reconociera y caminando con la cabeza gacha. Algún día podría ir al lado de

David con la cabeza bien alta y pasear con él por donde quisiéramos. Ma y Pa no dijeron nada cuando me fui, pero vi miedo en los ojos de Ma y confusión en los de Pa.

Me encontré con Vera en la estación.

—¡Lou!

Nos saludamos con un beso. Vera examinó mi vestido elegante y mi pañuelo recatado.

—¿Adónde vas vestida así?

—A Ciudad del Cabo para pasar el fin de semana.

—¿Con Lola?

—No —mentí—. Con una amiga enfermera. Alguien del hospital.

—¡Ah! —rio—. Bueno, ya es hora de que te diviertas un poco.

Él me estaba esperando en el umbral. Se había quitado el uniforme y llevaba el tipo de ropa que yo me imaginaba que se ponía en Inglaterra en verano. Una camisa con las mangas remangadas. Pantalones finos. La cicatriz se veía pálida sobre su piel bronceada. Abrió los brazos.

Yo solté la maleta y fui corriendo hacia él.

Como la vez anterior, nos sentamos afuera, en el jardín fragante, esperando a que salieran las estrellas.

Y nos amamos y después dormimos abrazados.

Tras ese día y esa noche sentí vértigo ante la posibilidad de que casarme con él significara ver todos los días como se iban cumpliendo las promesas que encerraban esos encuentros robados.

Después nos fuimos por separado.

En ese momento era cuando más en guardia teníamos que estar. Cometer un error a esas alturas, estando tan cerca...

David no fue a la estación conmigo, ni salió a la puerta de la casita a despedirme. Planeamos que esperaría una hora antes de irse, para que no hubiera posibilidad de que fuéramos ambos en el mismo tren. Yo cerré la portezuela de la valla del jardín sin mirar atrás, recogí la maleta y me alejé.

A lo largo del camino a casa, las llamativas flores de las azucenas rosas cabeceaban desde los bordes resecaos de la vía del ferrocarril. Habría azucenas fuera adonde fuera. Tal vez no serían tan bonitas como esas, pero podría aprender a apreciar a las sustitutas como había llegado a adorar todo lo que

había donde crecí: las majestuosas calas blancas de El Cabo en invierno y las clivias naranjas como el fuego en primavera.

DAVID SE QUEDÓ CON la carta en la mano. El calor de Sumatra, tan desagradable en comparación con el frescor de El Cabo, caía sobre él como una manta.

Querido David:

Nos separamos en muy malos términos cuando te fuiste en enero, pero espero que entiendas que todo fue por culpa del *shock* que me causó lo que me dijiste.

No te he escrito desde entonces debido a que he estado muy dolida y enfadada porque no quisieras seguir casado conmigo, a pesar de que parece que sigo importándote. Pero ahora me gustaría pedirte que lo reconsideraras todo. Las circunstancias han cambiado. Estoy esperando un bebé, que llegará antes de final de año. Será el heredero de Corbey y podrá continuar con las tradiciones que tu familia ha establecido a lo largo de generaciones. Estoy encantada y me siento honrada por poder tener este hijo. Quiero que nosotros lo criemos sano y lo preparemos para el papel de conde que heredará algún día.

Y cuando digo nosotros, quiero decir los dos juntos. Es tu hijo, David. Este niño pertenece aquí, a Corbey, con sus padres, que somos tú y yo. Creo que todavía podemos tener una buena vida juntos, como una familia. Prometo que no volveré a mencionar lo de tu aventura, ni tampoco te lo echaré en cara. Por favor, no desperdicies la oportunidad de continuar construyendo lo que tu padre se esforzó tanto por conservar.

Siempre tuya,  
Elizabeth

**M**E QUEDÉ DE pie delante del barrio mirando cómo la victoria en Europa iba despertando Simon's Town. Todas las farolas, que llevaban apagadas más de cinco años, de repente parpadearon y volvieron a la vida, una por una. El aire se llenó del estruendo de petardos. Como si fuera una señal, todos los barcos del puerto empezaron a hacer sonar sus sirenas al unísono y lanzaron bengalas que se quedaron flotando en el aire como estrellas que giraban despacio. Arriba, en la montaña, las salas del hospital se veían deslumbrantes tras volver a iluminarlas con luz eléctrica.

—¡Vaya espectáculo! —gritó Pa exultante—. ¿Lo ves, Sheila? ¡Señora Hewson, venga a brindar! —Agitó la botella de jerez en dirección a la señora Hewson, que lo miraba todo desde el escalón de su casa.

Para no quedarse fuera de la celebración, nuestros remolcadores abrieron las mangueras y dejaron salir el agua formando grandes arcos en la ensenada del puerto iluminada. Ma se limpió una lágrima y me cogió del brazo. Los perros no paraban de ladrar como locos.

—¡Feliz paz, señor Ahrendts! ¡Feliz paz, señora Ahrendts! —Los nietos de los Phillips entrelazaron los brazos y salieron corriendo por el camino.

—¡Lou! —llamó Vera, que estaba con un grupo de gente cerca de la mezquita.

Le di un beso en la mejilla a Ma y fui corriendo con ella. Vera me cogió de la mano y las dos recorrimos Alfred Lane hasta llegar a St George's Street. Había gente de celebración llenando la calle, fusionándose en ciertos tramos con una lenta procesión de coches que no dejaban de tocar el claxon. Un coro de marineros empezó a cantar *Rule Britannia* a voz en grito entre sorbos frecuentes de cerveza.

—¡Escucha, Vera!

La banda de un barco salió marchando por la puerta de la reina Victoria tocando la canción más famosa con el nombre de Vera. Después llegaron *The White Cliffs of Dover*, *A Nightingale Sang in Berkeley Square*, *Lili Marlene* ...

—¡Vamos a bailar! —gritó Vera girando al ritmo de la música—. ¡Ahí está Abie! ¡Voy a casarme con él antes de que se gaste todo el dinero que ha ganado con la pesca!

El señor Bennett de la tienda Sartorial House estaba subiendo por una escalera destartada para colocar una enorme bandera del Reino Unido en la fachada de la tienda. A lo lejos vi a Piet con una chica que me sonó de la lavandería. Él me saludó con la mano, pero a mí me arrastró la multitud antes de que pudiera responderle. Vera seguía bailando al ritmo de la música y frotaba su cuerpo contra el de un Abie bastante ansioso.

—¡Hola, enfermera jefe! —Un grupo de auxiliares del hospital pasaron a mi lado agitando banderas.

La banda acabó con su repertorio de canciones clásicas y pasó a interpretar las favoritas de la Gran Guerra.

Levanté la vista para mirar al cielo.

Sirio brillaba en medio de una Vía Láctea parpadeante. Aunque la guerra en Japón continuaba, ¿estarían David y su tripulación haciendo un descanso para celebrarlo? Seguro que él también sentía que se acercaba la victoria, la estimulante sensación de un nuevo comienzo.

Era una señal. Estaba segura.

Igual que las señales que habían iluminado mi camino desde la infancia.

Bailamos y cantamos en las calles atestadas durante horas. Resonaron los petardos, aullaron las sirenas, el olor a pólvora llenó el aire y las estrellas siguieron brillando en un cielo infinito. Nadie se preocupó de sus parejas. Nadie se preocupó por el trabajo del día siguiente. Los hombres, las mujeres, los niños, los marineros y los oficiales, gente de todos los niveles sociales... todos abandonaron sus reservas y se unieron en una celebración pura y eufórica.

Bitácora de guerra  
Julio de 1945  
Frente a Birmania

Somos la escolta de los portaaviones que están atacando a los barcos enemigos cerca de Diamond Point.

A Europa ha llegado la victoria, pero aquí no. La gente de aquí va a luchar hasta el último hombre, hasta el último cuenco de arroz.

Le he respondido a Elizabeth y le he confirmado que sigo teniendo un gran cariño por ella y por nuestro hijo y que me preocupa por ellos ahora y lo seguiré haciendo en el futuro. Pero también le he confesado que no puedo renunciar al amor que he encontrado y que sigo queriendo recuperar mi libertad. Seguro que, si reflexiona, Elizabeth verá que nosotros y nuestro hijo seremos más felices si estamos separados y bien que si seguimos juntos pero enfrentados para siempre.

¿CUÁNDO UNA SEÑAL no es una señal sino un punto de inflexión?

La victoria marcó el comienzo de la primera primavera de la paz, llena de chaparrones y que vino acompañada de un grupo de delfines que se desplazaban por la bahía saltando y formando en el aire unos gráciles arcos. Las gaviotas descendían en picado, alertas ante cualquier movimiento en su estela. Me senté en el camino de la montaña, por encima del funicular, y contemplé todo aquello con la carta de David en la mano. Estaba llena de cariño y devoción, pero me heló el corazón.

Mi querida Louise:

Se ha terminado por fin, seguro que lo has leído en las noticias. Dos nuevas bombas estadounidenses lo han logrado. La destrucción ha sido impresionante. Le pido a Dios que la humanidad rechace la guerra para siempre. Ya no hay necesidad de mantener el secretismo, así que puedo decirte que estamos en Singapur, gestionando la rendición de los japoneses y la entrega de Java. Después volvemos a Inglaterra.

Tengo más noticias, una en especial que me ha impresionado profundamente. He recibido una carta de Elizabeth en la que me dice que está esperando un hijo para final de año. Solo puedo acoger la llegada de una nueva vida con felicidad, sobre todo en este momento, pero me siento desgarrado por el arrepentimiento.

Cariño, por favor, no dudes de mi amor por ti. Eres lo mejor de mi vida y mi determinación de que nos casemos en cuanto recupere mi libertad no se ha visto alterada. Pero no puedo fingir que el embarazo de Elizabeth no ha cambiado la situación. Tendrás que tener un poco

más de paciencia, me temo. Necesito volver a Corbey, darle la bienvenida a mi hijo y después llegar a una conclusión con Elizabeth.

Espérame, por favor. Volveré.

Con amor,

David

DOBLÉ LAS HOJAS DE papel y me las metí en el bolsillo, intentando que mis manos se mantuvieran tan quietas como habían estado en el quirófano un rato antes. No había necesidad de dejarse llevar por el pánico. David haría lo que fuera necesario y nuestro futuro seguía siendo deslumbrante, tanto como la promesa de esa primavera: las proteas en flor, los sudestes preparándose tras la montaña. Pero en las calles de Simon's Town la promesa pronto se disolvió y se convirtió en malestar tras el fin de la guerra. Igual de rápido que se había llenado en 1939, el astillero se vació. Llegaban barcos a veces, pero se iban rápido de vuelta a sus puertos de origen. Las alegres legiones de marineros de permiso desaparecieron de St George's Street y empezó la repatriación del personal británico del hospital. La enfermera jefe Graham se fue en el primer grupo.

Le tendí la mano para despedirme y dije:

—Adiós, enfermera jefe. Espero que encuentre a su familia y su hogar en perfectas condiciones.

Ella me miró suspicaz y me dedicó una sonrisa heladora.

—Gracias, enfermera jefe.

A mí me invadió mi propia forma de malestar.

El embarazo de Elizabeth Horrocks lo había cambiado todo.

Yo ya le había rezado a cualquier Dios que quisiera oírme pidiendo que me perdonara por el papel que había desempeñado en la ruptura del matrimonio de David, pero de repente había que tener en cuenta también a un bebé. Aunque estaba preparada para ser madrastra, todos los niños necesitan a su madre, no a una sustituta. El hijo de David se merecía tener a sus padres juntos y cerca para criarlo. Como mis padres habían hecho conmigo y los de David con él.

No podía compartir esos pensamientos con nadie. Cuando rechazas tu sitio natural deliberadamente, no hay amigos ni familia que hagan el viaje contigo,

ni que entiendan ese nuevo destino que has elegido. Ma se disgustaría por la confusión de lealtades y Vera levantaría las manos y diría que si seguía empeñada en continuar con ese hombre tendría que decirle adiós a mi antigua vida, salir del país y presentarme en su puerta antes de que cambiara de opinión.

Cuando más lo pensaba, descalza y de pie en los bajíos de Seaforth, mirando a las golondrinas de mar hacer círculos y después posarse en las rocas lisas, más consciente era de que yo no tenía por qué limitarme a esperar, como me había pedido David. No tenía por qué ser alguien que lo contemplaba todo desde la barrera. Yo también tenía elección. Sobre todo en ese momento en que yo también tenía mi propio secreto.

La opción más fácil (la que más deseaba mi corazón) era hacer lo que él sugería y aguantar, con la esperanza de que consiguiera negociar su libertad, para después casarme con él en cuanto surgiera la primera oportunidad.

Lo difícil era hacer lo que sabía que era lo más noble: liberar a David de su compromiso conmigo. Darle mi bendición para que permaneciera junto a su esposa por el bien de su hijo nonato.

Pero no lo hice. No elegí la vía noble. Le dejé la decisión a él.

Y, a diferencia de mí, él no podía optar por esperar.

Él estaba obligado a elegir.

**E**SPERÉ Y ALIMENTÉ mis deseos durante septiembre y hasta bien entrado octubre. El sol brillaba en un cielo sin nubes muy poco propio de la estación y el mar estaba tan tranquilo que parecía de cristal. Los pocos chaparrones primaverales se secaron y el verano reventó sobre nosotros como si ya no pudiera esperar más. Dejamos las puertas de la sala de los pacientes abiertas para que entrara la brisa fresca del mar, por mínima que fuera. La temperatura subió por encima de los treinta grados y se negó a bajar de ahí.

—Jarras de agua para todos los pacientes —ordenó la directora—. Y que saquen al porche a los casos cuya situación lo permita.

Yo iba a nadar a Seaforth todas las noches, después de trabajar. Me tumbaba boca arriba y dejaba que el agua me refrescara la piel y me redujera la ansiedad. Unas suaves olas que rompían me arrastraban en una vorágine de burbujas hasta la orilla, donde me esperaba Pa en la arena.

—Pa, ¿sabes si el *Cumberland* ha vuelto a casa? —pregunté un día, mientras me secaba el pelo con la toalla.

—Sí, eso dicen. Pero tienes que dejar atrás todo eso, Lou. —Me cogió del brazo con una mueca en la cara—. No es sensato estar siempre esperando a alguien que no puedes tener. ¿Qué bien te puede hacer eso? Tu madre y yo estamos preocupados. ¿Por qué no empiezas de cero en otra parte? En Ciudad del Cabo, por ejemplo.

Miré la bahía. No se veía acercarse ningún barco; solo la infinita extensión de agua resplandeciente y vacía.

—Tal vez —contesté, y le di un apretón en la mano.

Quizá lo que causó la chispa fue el sol al reflejarse en un trozo de cristal que había en la montaña.

Si no hubiera habido viento, se habría apagado tan rápido como se

encendió. Pero si a una chispa se le sumaba un sudeste furioso, pasaba a convertirse en un infierno en cuestión de minutos. Ese octubre creíamos que estábamos a salvo, porque había muy poca brisa y la tierra debía seguir todavía mojada tras el invierno.

—¡Fuego! —gritó el marinero que estaba en la caseta del guarda, justo debajo del hospital.

Corrí hacia la puerta de atrás de la sala. Por encima del funicular, más allá del camino por el que David y yo paseamos, una voluta de humo se elevaba formando espirales por encima de un grupo de árboles. Todavía no había llamas, solo una franja que se movía y que no auguraba nada bueno. Entonces, mientras yo miraba, hubo una explosión. Las llamas cubrieron el dosel de hojas, como si se abrieran a la vez una miríada de paraguas naranjas sobre el fondo blanco y caliente del cielo.

—¡Llamad a los bomberos! —gritó un celador, abandonó el carro que estaba desplazando, y salió corriendo para alertar a la oficina—. ¡Fuego!

Había cubos con arena junto a la pared de atrás, pero estaban pensados para accidentes a pequeña escala. Me chupé el dedo y lo levanté. No había mucho aire, pero sin duda soplaba ladera abajo. Olvidando eso que me dijeron tantas veces durante mi formación de que las enfermeras no deben correr nunca, volví a entrar en la sala a toda velocidad y estuve a punto de chocar con la directora.

—Viene hacia aquí, directora —expliqué con urgencia—. El viento sopla en esta dirección.

Me miró y me di cuenta de que probablemente no sabía nada sobre los fuegos africanos. Su velocidad. Su voracidad. La forma que tenían que correr delante del viento.

—¿Los pacientes que puedan caminar, directora?

—Bien pensado, enfermera jefe Ahrendts. Los bomberos están de camino, pero no hace falta que los esperemos de brazos cruzados. Reúna a todo el mundo en la parte de delante. Como precaución.

Fui de cama en cama. Gracias a Dios que ya había llegado la paz. Si eso hubiera ocurrido durante la guerra, habríamos tenido la sala llena y la mayoría de los pacientes no estarían en condiciones de caminar.

—Cabo, ¿puede levantarse e ir al porche? Sargento, deje que lo ayude.

Tenemos que sacar a todo el mundo afuera.

El ruido de la sirena de un camión de bomberos que se acercaba atravesó el aire cálido. Pero también había otro sonido: no era el zumbido de los escarabajos de Navidad, ni tampoco el gemido del sudeste, sino un crujido lento del edificio. Empecé a oler a humo.

—¿Enfermera? —Intercepté a una de las enfermeras que estaban empezando—. Coja el carro de los medicamentos y sáquelo afuera. Después vaya a las otras salas y saque los de allí también. Rápido, pero sin correr.

—Sí, enfermera jefe. —La chica tenía los ojos un poco desorbitados por el miedo.

Se oyó el estruendo de más camiones de bomberos. Desde fuera llegaron gritos. Mientras ayudaba a salir a los pacientes al porche, vi bomberos subir corriendo por el camino con mangueras enrolladas para meterlas en el embalse en el que les gustaba refrescarse a los babuinos. En el astillero resonaron las sirenas. La Marina se estaba movilizándose.

—¿Enfermera jefe? —me llamó el marinero Irvin con la voz quebrada. Estaba inmovilizado porque había tenido que someterse a una operación el día anterior—. No me deje.

—¡Claro que no! —aseguré riendo—. Le voy a llevar afuera también. —Empujé su cama con ruedas con cuidado hacia la puerta. Gotas de sudor empezaron a resbalarme por el cuello. El humo estaba haciendo que empezara a sentirme mal—. Va a sufrir una pequeña sacudida cuando pasemos por el escalón.

Los camilleros ya estaban llevándose a los pacientes hacia Cornwall Road. Uno de ellos se ocupó del marinero Irvin.

—Encuéntrenle un lugar a la sombra —advertí en voz baja—. Y que alguien se quede con él.

El cielo adquirió un tono marrón fangoso. Nuestros aromáticos *fynbos* chisporrotearon y estallaron como los petardos que se tiraron para celebrar el fin de la guerra. El uniforme se me pegaba a la espalda.

El quirófano...

Entré corriendo. El humo ya se estaba colando bajo la puerta que daba a la montaña. El comandante médico ya estaba allí, metiendo instrumental en cajas.

—Coja vendas, hisopos —Me lanzó una bolsa de lona—. Y después salga, enfermera jefe.

—¡No permanezca aquí mucho tiempo, señor! —grité, y me colgué la bolsa del hombro.

—¡Enfermera jefe! —llamó la directora. Se le habían escapado varios mechones de pelo de la cofia almidonada—. Cuando acabe, inspeccione las salas de arriba y asegúrese de que todo el mundo ha salido. Mire en los almacenes de la ropa, en los cuartos de esterilización del material. La enfermera jefe Chisholm revisará las de abajo.

—Sí, directora.

Por encima de los *fynbos*, un grupito de pinos sucumbió rápidamente y sus ramas cayeron sobre la maleza. Algunos árboles de caucho que estaban aislados intentaron resistir, altivos y orgullosos, pero su sabia acabó prendiendo y las llamas ascendieron a toda velocidad por sus troncos, haciendo que cayeran sobre los arbustos cenizas ardientes que extendieron aún más el fuego.

Le di la bolsa con los materiales quirúrgicos a un camillero y volví a entrar corriendo. Había camas torcidas estorbando en los pasillos con la ropa de cama tirada por el suelo, consecuencia de la premura de la evacuación. Solo hacía falta una pequeña chispa para que esas telas inflamables hicieran arder el lugar. El humo, que se estaba volviendo más denso, se me pegó a la garganta y empecé a toser. Recorrí corriendo la primera sala (vacía) y después la siguiente y la siguiente, parándome por pura costumbre para cerrar algún grifo que se había quedado goteando. Todo vacío. El siseo de los *fynbos* que ardían ya se oía muy cerca. ¡El último almacén de ropa, gracias a Dios! Los ojos me lloraban sin parar y me costaba respirar. Las toallas blancas estaban en sus estantes designados en pilas perfectas. Cogí unas cuantas, varios rollos de vendas y corrí afuera.

—¡Todo vacío, directora! —dije con voz ahogada cuando me la encontré supervisando la salida de los últimos pacientes que podían andar.

—Buen trabajo, enfermera jefe. Ahora salga a tomar aire fresco —aconsejó mirándome preocupada.

Yo me agaché e intenté calmar mi respiración. Más sirenas. Gritos frenéticos de los bomberos.

Las vendas.

Abrí un paquete, corté tiras y empecé a distribuir las.

—¡Aténselas sobre la nariz y la boca y respiren con normalidad!

Una explosión destrozó un árbol que estaba en las proximidades de las salas superiores que yo acababa de recorrer. Una enfermera soltó un chillido.

—Tranquilos —dijo la directora mientras guiaba a los pacientes colina abajo—. No hace falta correr.

—Dios Todopoderoso —murmuró el comandante médico cuando me encontré en medio de la multitud que pasaba ante la caseta del guarda—. Nos hemos librado por poco.

P IET ESTABA EN la barca con Abie. El contrato con la Marina seguía en vigor (todas esas tropas que volvían del Lejano Oriente querían comer pescado en su camino de vuelta a casa), pero había rumores de que los que iban a ocupar los puestos de mando después iban a cancelarlos todos a final de año. No era extraño. El número de barcos de guerra que llegaban se reducía cada mes. Piet y Abie ya habían reducido deliberadamente sus capturas para dar la impresión de que había escasez. Después de todo, les pagaban lo mismo tanto si pescaban mucho como si llevaban poco pescado, así que no tenía sentido llenar a reventar un mercado en horas bajas y que les despidieran antes porque la Marina tenía demasiado pescado y pocos soldados y marineros para comérselo.

Siempre quedaba la posibilidad de llevarle el excedente a sus clientes privados, pero Piet tenía la sensación de que debía tener mucho cuidado. Con la guerra languideciendo, la gente tenía mucho tiempo libre. El nuevo intendente, que había llegado hacía poco, podía aburrirse y empezar a examinar el papeleo con más atención. O tal vez incluso ir a la estación para comprobar las mercancías que se subían al tren.

Una pena, pensó Piet. Se había ido embolsando una buena cantidad mientras fue un paso por delante del estirado teniente que lo acusó de robar. A Piet no le importaba que se estableciera una persecución, siempre y cuando él acabara saliendo victorioso.

Abie y él estaban a punto de echar las redes cuando la primera llama naranja apareció en Simonsberg, un poco por encima del hospital de Louise. Él todavía se sentía mal, pero al menos ella no había perdido su trabajo, así que el único daño que salió de todo eso lo sufrió el corazón de Lou. Había oído que el oficial del *Dorsetshire* había sobrevivido, pero no había ni rastro

de él por Simon's Town, así que seguramente habría vuelto a casa. Ya no importaba. Y Lou tendría que apechugar con lo que se había buscado. Había apartado a Piet y luego la habían dejado plantada cuando Piet ya había encontrado otras opciones. Le iba bien con la lavandera del hospital; no era Louise, pero no estaba mal. A esas alturas Piet ya no tenía ganas de ponerse exigente.

El resplandor creció y cobró vida.

—¡Vámonos! —gritó Piet—. Al cuerno el pescado. ¡Rema, Abie, rema!

Cogieron los remos. Si una parte de la montaña estaba amenazada, la montaña completa estaba en peligro, sobre todo las casas que estaban muy juntas, como las de Seaforth. O las de Ricketts Terrace. Rezó para que alguien en su casa, su padre o Den, hubiera visto el humo y estuviera llenando cubos de agua para echárselos al tejado. Si no lo mojaban, el lugar ardería hasta los cimientos antes de que les diera tiempo a levantarse de la silla.

Para cuando llegaron a la playa, guardaron las redes y echaron a correr hacia Cable Hill, ya habían llegado tres camiones y sus correspondientes dotaciones de bomberos y voluntarios y estaban luchando contra las llamas. Un capitán de fragata estaba al cargo de todo: dirigía la operación, supervisaba a los voluntarios que acababan de llegar y mantenía lejos a la gente que solo miraba.

—¡Cúbranse la nariz y la boca! ¡No rompan la línea! ¡Y no pierdan de vista a la persona que tienen al lado!

Piet se unió a la última partida de voluntarios y miró la cumbre.

Abie le dio una rama llena de hojas verdes cortada de cualquier manera.

No se veían nubes alargadas que señalaran que se estaba levantando más viento, por suerte.

**N**O TUVIMOS TIEMPO para ver qué pasaba con el fuego, porque estuvimos muy ocupados convirtiendo la residencia de enfermeras de Cornwall Road en un hospital improvisado. Pusimos a los casos graves en la sala común, mientras que el jardín en sombra se convirtió en el refugio para aquellos que tenían heridas menores, pero que tosían a pesar de sus mascarillas hechas de vendas y pedían agua sin apartar los ojos de las llamas.

—No hay necesidad de alarmarse, marinero Irvin. Los bomberos lo van a controlar.

—Pero, ¿y los edificios, señora? ¿Y si se queman? ¿Adónde iremos?

—Ya nos preocuparemos por eso luego —contesté pragmática—. Ahora voy a echarle un vistazo a ese vendaje.

Impusimos una rutina. Tras una ronda que se hizo como se pudo, se administraron las medicinas. El comandante médico revisó a los pacientes más afectados por el humo y se los llevó a las dependencias de la Marina, que estaban algo más abajo de la montaña, para tenerlos vigilados. La directora lo organizó todo para que del comedor del astillero trajeran sopa para los que tenían que tomar dieta líquida y en el Club de Oficiales prepararan sándwiches para los demás.

Pero nuestros pacientes no eran los únicos que necesitaban ayuda.

Los bomberos empezaron a bajar de la montaña tambaleándose, mareados por la inhalación de humo o afectados por cortes y quemaduras provocadas por los *fynbos* en llamas. No había tiempo para la conmiseración. Los curamos y los volvimos a enviar allí arriba.

Las enfermeras del turno de noche llegaron pronto y las pusimos a trabajar.

Había ceniza flotando en el aire y se me pegó al pelo y al uniforme.

El atardecer le añadió al cielo una fea pátina de color ocre.

—¡Enfermera jefe Ahrendts! —La directora me llamó con un gesto. Tenía los ojos inyectados en sangre. Supuse que los míos estarían igual. Me cogió del brazo, algo raro en ella—. Enfermera jefe, vaya a ver a su familia. Sé que vive en la montaña. Vaya —insistió asintiendo, y me dio un empujoncito—, es una orden. Ya ha estado aquí mucho rato.

Asentí, crucé el jardín con prisa y me pregunté si debía correr el riesgo de coger el camino de la montaña para bajar. Al final decidí que llegaría más rápido que si iba hasta St George's Street y después subía por Alfred Lane. Según me iba alejando, el calor y el chisporroteo del fuego fueron quedando atrás. El camino estaba vacío: solo se veían algunos conejos y familias enteras de ratones de campo que lo estaban utilizando, como yo, para huir de las llamas. Los animales pasaron a mi lado sin demostrar ni el más mínimo miedo. Seguramente los babuinos habían salido huyendo hacia la cima. Aparte del fuego lejano, no se oía nada. Ni aves azucareras en las proteas, ni gaviotas que surcaran el viento.

Miré atrás. El humo marrón se había extendido hasta formar un manto sobre las montañas circundantes. Una vacilante línea de llamas se estaba acercando cada vez más a las salas superiores. Un gajo de luna despedía un brillo opaco.

—¡MA! ¡PA! —GRITÉ CUANDO giré la esquina del barrio.

El señor Phillips, el señor Gamiel y los niños mayores estaban llenando cubos de agua y echándolos sobre los tejados.

—¡Tu madre y tu padre han ido a la iglesia, a ayudar a hacer sándwiches para los bomberos! —gritó la señora Hewson desde el escalón de su casa—. Estás muy sucia, hija, ¿qué has estado haciendo?

Sorprendida, me miré el uniforme. Tenía la falda manchada y los zapatos llenos de tierra. Me pasé las manos por la cara y me las miré: estaban negras por la suciedad y el sudor. Entraría en casa para lavarme un poco y cambiarme el uniforme, luego iría a ver a Ma y a Pa y volvería al hospital.

Tenía una carta esperándome sobre la almohada.

Solo me llevaría unos minutos leerla, pero me obligué a lavarme la cara y cambiarme de ropa primero. Ya casi podía oír su voz hablándome al oído y

pronto podría tocar las palabras que me había escrito e imaginarme, durante un breve momento, sus labios sobre los míos. Después podría volver con mis pacientes.

Me senté en la cama y estiré la mano para tocar las curvas en espiral de la caracola. Pronto...

Abrí la carta.

Amada Louise:

Esta es la carta que nunca quise escribir y que nunca quise que tuvieras que leer.

Pero la he escrito, y tú, mi amor, tienes que leerla.

Ya llevo tres semanas en casa. Mi hija, Ella, es un bebé precioso y sano. Elizabeth y yo hemos hablado largo y tendido sobre qué hacer de ahora en adelante. Ella me ha puesto una condición para el divorcio: solo accederá si renuncio al derecho a ver a Ella y a desempeñar cualquier papel en su crianza. Insiste en que renuncie a Ella completamente en su favor. Eso significa, cariño, que tengo que elegir entre mi hija y tú.

Al principio creí que podría acceder a lo que me pedía, porque casarme contigo es el deseo más profundo que albergo en mi corazón. Además, me han dado la oportunidad de ocupar un puesto en el Almirantazgo, lo que nos permitiría estar juntos y construirnos una vida en Londres. Mi hija Ella podría ir a vernos allí de vez en cuando.

Le he pedido a Elizabeth que lo reconsidere, pero ha sido categórica. Le he ofrecido un acuerdo generoso y el derecho a permanecer en Corbey con Ella todo el tiempo que quiera y sin tener que hacerse responsable de la finca si no quiere. Pero se ha negado. Mi abogado dice que no tengo ningún recurso legal para oponerme, dadas las circunstancias.

Elizabeth está ejecutando una cruel venganza.

Amo a Ella, que solo es una víctima inocente de esta terrible negociación. Cuando la cojo en brazos, ella ya sabe quién soy y se queda dormida apoyada en mi hombro. Soy consciente de que tengo la responsabilidad con ella de ser un padre activo, no un fantasma. Y

también me doy cuenta de que ningún niño debería quedarse en manos de alguien que es capaz de imponer un ultimátum tan brutal.

Eso significa que nunca podremos casarnos... Estoy llorando mientras escribo estas palabras, como seguramente podrás ver.

No me esperes más, mi preciosa y querida Louise. No puedo volver a por ti. Perdóname por hacernos creer que podría y que estaríamos juntos. Perdóname por traicionar nuestro amor.

Voy a dejar la Marina y volver a Corbey para siempre. Elizabeth y yo viviremos bajo el mismo techo, pero separados. No habrá más hijos.

Perdóname, cariño. Te voy a querer siempre.

David

HICE UNA BOLA CON la hoja de papel con sus palabras emborronadas y me la metí en el bolsillo.

No me acuerdo de cómo salí de la casa.

Solo recuerdo la pendiente de la ladera detrás del barrio, mis pies resbalando en la tierra seca, el humo que me irritaba la nariz y la necesidad de seguir subiendo, arriba, cada vez más arriba. Tras un rato, llegué a una planicie de hierba, me tumbé boca arriba, aunque llevaba el uniforme de enfermera, y miré al cielo. A mi izquierda, por donde estaba el hospital, las estrellas quedaban ocultas. Pero justo encima de mí brillaban con tal intensidad que pensé que podría estirar la mano y rozarlas por un lado y después por el otro. Como si fueran las piedras preciosas que adornaban una cortina.

O las lágrimas que David y yo íbamos a derramar el uno por el otro.

Tal vez, por fin, había llegado el castigo divino. Tal vez mi error de dejar libre a David para que fuera con su hija había sido la última gota, la punta del iceberg de las mentiras, los secretos y el amor ilícito. Pero ¿por qué había esperado Dios para arrebatármelo hasta que ya tenía tan cerca mi futuro que casi podía oler la hierba extranjera, ver las olas del Támesis y sentir el pelo de David bajo mis dedos? El castigo debería ser inmediato, no sufrirse aplazado.

Si quería, podía imponerme yo misma el castigo. Podía seguir subiendo hasta que no hubiera más montaña por encima de mí y después saltar desde

arriba al mar, hundirme hasta que llegara a tocar el fondo marino con las manos y finalmente dejarme llevar por la marea hasta que me quedara dormida.

Hubo un estremecimiento.

La tierra se movió debajo de mí. Unas piedras pasaron a mi lado dando tumbos.

Pero arriba la Cruz del Sur seguía ahí, como un ancla. El cinturón de Orión se curvaba en medio del mar de estrellas y una ola diminuta rompía en la playa de Seaforth. David estaría viendo las mismas estrellas, pero cabeza abajo. Tal vez se las enseñara a su hija...

Volví a mirar la tierra que me rodeaba y vi lenguas naranjas parpadeantes y oí gritos lejanos. Tal vez no iba a tener que subir más por la montaña, ni ir a buscar un acantilado que tuviera a sus pies un mar con rocas lisas como huevos sobresaliendo de sus aguas. Tal vez si me quedaba allí y me aferraba a las estrellas hasta que desaparecieran...

—¡Louise!

Mi mente me estaba jugando malas pasadas. Nadie sabía que estaba ahí. Ma y Pa pensaban que estaba trabajando. La señora Hewson creía que había ido en busca de Pa y Ma. Era la tierra que se estaba deslizando, que quería engañarme.

—¡Lou!

Una voz familiar resonó a mi alrededor.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba?

Lo miré fijamente: el pelo alborotado, los ojos negros conocidos.

—Estoy esperando a la muerte —le dije a Piet.

—¿Por qué? —quiso saber cogiéndome en brazos—. ¿Por qué quieres morir?

—Él se ha ido. Lo he perdido.

Piet no dijo nada. Pero sus brazos me servían de consuelo. Antes me encantaba que David me envolviera entre sus brazos y la forma en que era tierno pero también fuerte, la forma en que sus dedos podían transmitirme tantas cosas solo con el contacto de su piel con la mía. La forma en que se curvaban sus labios, incluso el recorrido de su cicatriz.

—El fuego está controlado —dijo señalando adonde estaban sofocando las

llamas naranjas—. Pero ha habido un corrimiento. Vamos, Lou, tenemos que volver. A ver si todo el mundo está bien.

—No quiero volver.

Él se me quedó mirando, recorriéndome la cara y el cuerpo con los ojos. Estaba diferente. Más mayor. Se oyó un rugido que venía de la parte alta de la montaña. Piet se puso en pie y me arrastró con él.

—¡Agárrate a mí!

Fue más difícil bajar, porque la tierra suelta me hacía resbalar. Piet me agarró pegada a su costado y fuimos bajando. Oía gritos a la izquierda, pero tenía los ojos llenos de lágrimas y afectados por el humo, así que no veía cuál era la causa.

—Cuando los árboles se queman, el suelo se queda suelto —murmuró Piet—. No es posible retenerlo.

Empezó a disiparse el humo que ocultaba el brillo de la luna.

—¡Espera! —Miré hacia el astillero, intentando distinguir los barcos. *Durban, Achilles, Dorsetshire, Cumberland.*

—No podemos parar —afirmó Piet con urgencia y tiró de mí.

Había una multitud reunida alrededor de la casa de los Gamiel, en el extremo del barrio.

—¡Tengo que ayudar! —grité, soltándome de Piet.

—¡No, Lou! Entra. Confía en mí.

¿Que confiara en Piet?

Lo dejé que me llevara adentro. Me acercó al fregadero, donde mojó un trapo y empezó a limpiarme con él la cara, las manos, los brazos. Después me acompañó a mi dormitorio y me sentó en la cama.

—Tienes que quitarte esa ropa sucia —dijo poniéndose en cuclillas delante de mí—. La gente hará preguntas. Y después descansa un poco.

—No quiero estar sola —le dije.

David tampoco quería que su hija estuviera sola. Era ella o yo.

—Yo me quedaré contigo. —Piet me dio la bata que tenía colgada detrás de la puerta.

Me quité el uniforme delante de él, me envolví en la bata y me tumbé en la cama. Él se agachó y me acarició el pelo, como hacía Ma. Después se tumbó a mi lado. Yo agradecí su amabilidad, su calor.

Cerré los ojos y pensé en David con su hija. Podría describirle Simon's Town, contarle cómo eran las proteas amarillas, el agua turquesa, los pájaros ostreros de pico rojo que iban dando saltitos por la arena.

—No llores por un extranjero —suplicó Piet, enterrando la cara en mi pelo.

¿Le hablaría David algún día de mí?

Giré la cabeza y dejé que Piet me besara en los labios. Ya no importaba quién me besara.

Noté que su respiración se aceleraba.

—¿Lou? —dijo con la voz pastosa—. ¿Quieres esto?

Yo no abrí los ojos. Podría imaginar que era David, con toda su ternura, que había vuelto a por mí a pesar de todo.

Sentí que la mano de Piet me subía por el muslo.

Lo dejé besarme más apasionadamente.

Tal vez ese era mi castigo.

Se levantó y cerró la puerta de mi dormitorio. Se quitó la ropa con torpeza.

No lo detuve.

Lo dejé tenerme.

Era la única opción que me quedaba ya.

\* \* \*

SIEMPRE HABÍA GUARDADO EN secreto lo que más quería hasta que ya casi podía notar su llegada. Pero a partir de entonces tendría que ocultar lo cerca que había estado, cuánto había perdido.

Ma nunca me preguntó por el contenido de la carta de David. Pero cuando Piet describió cómo me había encontrado, desencajada e incoherente, cerca del fuego, estoy segura de que lo supo. Quizás Ma lo supo todo... incluso lo que pasó después.

Ni Piet ni yo hablamos de ello.

Como después hubo que enfrentarse a las exigencias de limpiar el hospital, que había escapado por poco a la destrucción, y de ponerse a cavar para sacar de debajo de la tierra al señor Gamiel y su casa, que habían quedado enterrados por el corrimiento, mi excursión por la montaña se volvió

insignificante. El humo debió de afectarme y me confundí de camino. Piet me vio y me trajo a casa.

Y hubo un final feliz después de todo (a pesar del triste desenlace de uno de nuestros vecinos).

Piet y yo nos terminamos casando sin mucho alboroto en la iglesia de St Francis.

Asistieron mis padres, Amos y Den Philander y los amigos íntimos. Pa me entregó en el altar con su traje de antes de la guerra. Ma no dejó de llorar durante toda la ceremonia. De alegría, le dijo a todo el mundo que intentaba consolarla.

—¡Dios, Lou! —exclamó con una risita Vera, que estaba prometida con Abie—. ¡Eres una caja de sorpresas!

La señora Hewson me hizo un vestido de novia de algodón blanco y de corte imperio, que ocultaba mi embarazo de cuatro meses. Iba a amar a ese bebé; era todo lo que me quedaba.

MANTUVE MIS VISTAS AL mar, porque conseguí que Piet accediera a que viviéramos con mis padres en Ricketts Terrace. Era algo que tenía sentido, porque Ma iba a ocuparse de cuidar al bebé cuando yo volviera a trabajar.

—Normalmente no dejamos los puestos sin cubrir —me dijo la directora con el ceño fruncido—, pero tal vez en este caso podamos hacer una excepción.

—Se lo agradezco, directora. Yo tengo que ser el sustento de mi familia.

Porque Piet en esos días tenía más ganas de beber con sus amigos que de pescar.

No esperaba más cartas de David y no llegó ninguna.

República de Sudáfrica, 1967

—¡SAM! ¡SAM!

Sam Philander sacó la cabeza por la puerta principal. Solly, su abuelo, saltó el arroyo que había entre su casa y la de al lado.

—¡Tengo noticias de la iglesia! ¡Quieren que talles el nuevo atril!

Sam sonrió y le dio una palmada en el hombro a su abuelo. No demasiado fuerte, porque el abuelo no estaba muy bien, aunque tenía tanto entusiasmo por la vida como siempre y ocupaba la mayor parte de su tiempo en promocionar el trabajo de Sam.

—Gracias, abuelo. ¿Cómo has convencido al ministro?

—Le he dicho que era su responsabilidad. —Solly se irguió—. Tu abuela y yo nos casamos en su iglesia y hemos cantado en su coro durante más de cuarenta años, así que lo menos que puedes hacer es darle trabajo a mi nieto.

—Y Ma y Pa también se casaron allí —recordó Sam.

El abuelo levantó las manos y miró a Sam con cara de disculpa por haberse olvidado. Ese matrimonio nunca fue motivo de celebración, se dijo Sam.

—¿De qué trabajo habláis? —La madre de Sam cruzó la puerta vestida con su uniforme.

Aunque ya tenía casi cincuenta años, Ma conservaba una belleza que seguía causando que los grupos de gente que estaban charlando en St George's Street se pararan en seco y se quedaran mirando. Su Pa era un idiota. Y el gobierno era todavía más idiota por no concederle el ascenso a directora de enfermeras del hospital de False Bay. Sam sonrió al verla, pero detrás de esa sonrisa tenía los dientes apretados; por muy inteligente que fueras, te hacían sudar la gota gorda y no te dejaban salir de entre las sombras aunque te merecieras la oportunidad de que te reconocieran por lo que hacías

y te pagaran de acuerdo con ello. Al abuelo sí le dieron el reconocimiento que merecía cuando la Marina británica estaba a cargo del astillero, antes de que se lo traspasaran a las autoridades sudafricanas en los años cincuenta.

La única respuesta era trabajar para ti.

Sam sabía, y no era por presumir, que podía restaurar un armario antiguo mejor que nadie o trabajar con un bloque nuevo de madera hasta arrancarle curvas y aristas que otros trabajadores más ordinarios jamás se atreverían siquiera a intentar. Y eso que era autodidacta; lo había aprendido todo de los libros que sacaba de la biblioteca, con sus fotos de los relieves de las iglesias británicas y de las canoas polinesias. Si eras lo bastante bueno, los clientes hacían cola por ti y el gobierno te dejaba en paz, sobre todo si vivías en un lugar pequeño como Simon's Town.

Su amigo, Benji Olifant, hijo del pescador amigo de Pa en los tiempos de la guerra, decía que el comunismo era la única solución y arrastraba a Sam a reuniones secretas muy bien financiadas en las que la gente agitaba los puños pidiendo igualdad y cantaba *La Internacional*.

Sam no quería la igualdad, él no quería ser como todos los demás.

Quería una oportunidad para destacar.

—Sam va a tallar el nuevo atril de la iglesia. ¿A que es una maravilla?

Los ojos cansados de Ma brillaron y se acercó para abrazar a Sam.

—Bueno, ya me voy —dijo Solly—. Os veremos después, para cenar.

—Gracias, abuelo. Eres el mejor.

El anciano le guiñó un ojo y se alejó.

Sam se volvió hacia su madre.

—¿Ma? ¿Va todo bien?

Ella dejó la bolsa de verduras que había comprado en Runciman's de camino a casa. Tenía el pelo peinado hacia atrás bajo la cofia. Se le veían mechones grises sobre las orejas. Se sentó a la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—¿Ma? —Sam le rodeó los hombros con un brazo.

Ella levantó la vista para mirarlo. Sus ojos eran del color de las almendras, un tono de marrón increíble que a él le fascinaba cuando lo encontraba en la madera. No tan claro como el del *podocarpus* (mañío), pero tampoco tan oscuro como el de la caoba. Y tenía motitas, como el granulado que se veía

en el roble.

—He recibido una carta —dijo Ma.

Ella apartó la mirada y la dirigió hacia el mar, que se veía al otro lado de la puerta, con sus olas coronadas de una espuma blanca provocada por el viento del norte. Sam sabía que eso significaba que al día siguiente llegaría una lluvia que vendría desde Muizenberg Mountain. Allí arriba, en los terraplenes, había zonas extraordinarias de bosque llenas de bellezas indígenas cuyos troncos le encantaba acariciar mientras se imaginaba el brillo de la madera que tenían dentro...

—Nos van a desalojar.

—¿Qué?

—Van a declarar Simon's Town zona solo para blancos.

**Y** O NUNCA TUVE miedo de ir a contracorriente. Después de todo, puse en jaque (y logré alterar) varias leyes no escritas sobre el sexo, el color y la pirámide social.

Y esas batallas las gané, ¿cierto?

Claro que era más joven entonces y en ese caso era diferente, pero esto era algo con lo que no podía luchar ni moldear a mi antojo. Era un ataque contra el color utilizando la geografía como arma.

La carta lo decía perfectamente claro.

Y su poder residía en que también era perfecta y descaradamente legal.

Según los términos de la Ley de Agrupación por Áreas, aprobada por el Parlamento de Sudáfrica en 1950 y reivindicada en ese momento, quince años después, todas las personas de color que vivieran al sur de la línea entre Chapman's Peak y Kalk Bay debían ser desalojadas y trasladarse a un lugar llamado Ocean View. Si no querían ir a Ocean View, debían abandonar la zona y buscarse la vida por su cuenta lejos de allí, en alguna ciudad destinada a la gente de color. Incluso especificaban la línea que marcaba la zona de la que te podían echar a la fuerza. En teoría, si eras lo bastante valiente como para vivir en las cumbres de las montañas, entre babuinos y algún que otro esquivo leopardo, podrías quedarte hasta que acabara contigo la selección natural.

Al proceso le habían dado un nombre nuevo. Ya no lo llamaban «desalojo» sino «reubicación» (una forma más amable de expulsión, supuestamente).

Y era la ley.

Me toqué la piel oscura, después saqué la carta y la ley de nuevo, esta vez entre líneas.

Simon's Town, una ciudad que bautizaron los holandeses, que construyeron los británicos y que defendieron un amplio abanico de negros, blancos, hotentotes, malayos, indios y gente de todos los tonos, ya no se iba a compartir. Iba a ser un dominio exclusivo de los blancos.

Los negros debían dejar sus barracones de la montaña e irse a Nyanga, a muchos kilómetros de allí, en la región de Cape Flats; los de color debían ir a Ocean View, y los indios, a un suburbio que todavía no se había especificado. Sam y yo, que vivíamos en la casita de la difunta señora Hewson, Ma y Pa, que seguían en nuestra casa de toda la vida, los Phillips, en su casa al final de la calle, los nietos del viejo Gamiel, en una casa reconstruida... Todos teníamos que irnos. Incluso Piet, que vivía consumido en la casa de los Philander, también sería arrancado de allí y depositado muy lejos del mar que amaba y que yo seguía esperando que pudiera salvarlo.

Piet...

Quizás podría haberlo intentando con más ahínco y durante más tiempo, pero al final tuve que pensar en Sam. Si eras susceptible de que unas leyes injustas te atraparan en su red, hacía falta una familia estable para enseñar a un niño la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal.

Me toqué el anillo que todavía llevaba en el dedo.

Vera decía que me había vuelto más impaciente con la edad. Y era cierto: ya no tenía tiempo para reglas absurdas ni causas perdidas. Para mí esas cosas eran como algas varadas en la playa; solo los restos flotantes de los demás intentando decidir lo que yo debía hacer o no y a quién debería salvar. Había aprendido a pasar por encima de esos restos o a apartarlos de mi camino sin miramientos, mucho más rápido de lo que lo hacía cuando era más joven. No estaba orgullosa de lo que había pasado con Piet y yo asumía la mayor parte de la culpa, pero no tenía sentido perpetuar un error después de haberlo cometido.

—¡Pero yo te rescaté! —me gritaba Piet más de una vez, acercándose peligrosamente, derramando el brandy del vaso—. ¡Si no fuera por mí todavía estarías sufriendo por la vergüenza y llorando por ese inglés!

Piet se enteró de mi secreto, por razones obvias, poco después de que nos casáramos, cuando mi embarazo empezó a notarse demasiado pronto para que él pudiera ser el padre.

—Ese oficial británico tan elegante... —escupió con amargura cuando fue consciente—. Te acostabas con él en secreto. Te vi, una vez. —Se levantó bruscamente y empezó a pasear por la cocina, arriba y abajo—. En la montaña. ¿Y dónde está él ahora que lo necesitas? ¿Por qué te dejó tirada?

—Te estoy agradecida, Piet —contesté mirándolo a los ojos—. Seré una buena esposa si aceptas a este niño como si fuera tuyo. Diremos que simplemente nos anticipamos unos meses a la boda.

Me miró, flexionando las manos. Recordé a Amos cuando le dio a Piet una bofetada en la cara y cómo apretó los puños Piet cuando no quise casarme con él en un principio. Esperé. Esta vez mi embarazo estaba demasiado avanzado para que pudiera salir corriendo. Pero no me pegó. Y después de un mes más o menos, cuando se me empezó a notar la tripa, él disfrutó de las palmaditas en la espalda y los guiños que le hacían sus amigos. Ma, Pa y Vera aceptaron la mentira de que, en un momento de debilidad, dejé a Piet tomarse demasiadas libertades conmigo.

—Te lo advertí —me dijo Ma, refugiándose en la supuesta transgresión de las normas morales y evitando la difícil pregunta de quién era el padre—. Debiste ser más cuidadosa teniendo en cuenta que eres enfermera.

—¿Por qué no me dijiste que Piet y tú habíais vuelto juntos? —preguntó Vera con una risita—. ¡Y además estabais haciendo cosas a escondidas!

Para mis colegas del trabajo y para los vecinos del barrio mi indiscreción supuso, brevemente, un escándalo. La directora de enfermeras frunció el ceño cuando le informé de cuándo salía de cuentas y algunas personas se lo tomaron como otro ejemplo de ese talento que yo tenía para pasarme de la raya. Pero pareció haber un consenso generalizado en cuanto a que el matrimonio y la familia eran el resultado más sensato para dos personas que se conocían de toda la vida y que habían vuelto el uno a los brazos del otro tras el final de la guerra. Lo único que había sucedido era que el orden de los acontecimientos se había invertido un poco, nada más.

—¡Ese Piet es un *skelm* con mucha suerte! —exclamó la señora Hewson sacudiendo la cabeza—. Y un hijo es una bendición, incluso si no tuvieras un anillo.

Pero yo sabía que era más complicado que eso. Tenía el corazón roto y me habían quedado heridas como recuerdo. David no debería haberse casado con

Elizabeth sin amarla y yo no debería haberme casado con Piet cuando llevaba en mi vientre el hijo de David. Y los dos tuvimos que tomar decisiones duras como resultado de esos errores.

David se quedó con Elizabeth para criar a Ella.

Y yo tuve que echar a Piet de casa para que Sam se convirtiera en un hombre mejor que su padrastro.

Y DE REPENTE LA vida que había logrado reconstruir estaba a punto de estallar en pedazos por algo que ninguno de nosotros había imaginado nunca. Con la llegada de los avisos de desalojo, nuestro barrio unido, cuidado de forma tan democrática por Jesús y Alá, se iba a romper, y sus pedazos, a diseminarse como las piedras que rodaron por Simonsberg la noche que Piet me encontró. Cuando nos fuéramos (expulsados de allí), demolerían las casitas que habían resistido tanto tiempo en esa ladera con tendencia a los deslizamientos.

Sentí un escalofrío en la nuca que no se debía al viento.

Pero en esos tiempos intentaba no hacer caso ya a las señales, ni tampoco a los potenciales puntos de inflexión. Eran demasiado inciertos para que pudiera confiar en ellos. Como el peor (y el mejor) de los amantes. Agradecía todo lo que tenía, había conseguido mantener a Ma, Pa y a Sam cerca y solo permitía que mi mente vagara cuando miraba el mar y la marea en la playa de Seaforth.

Pero esta expulsión...

Estiré la mano hacia la estantería y acaricié las conchas. Los erizos de color verde manzana. Los cauríes con sus dientecitos. La caracola. En el futuro, ¿dónde iríamos a nadar si prohibían el acceso a la playa a la gente de color?

Las aristas de la caracola se me clavaron en la mano.

A veces algo de David se colaba en mi mundo y me sorprendía: el fugaz azul de unos ojos, el timbre de la voz de un hombre, la silueta de un buque de guerra que cruzaba la bahía.

O alguna expresión de la cara de su hijo.

A veces casi podía creer que realmente estaba allí.

¿Debería ponerme en contacto con él? ¿Una carta secreta, a través del

Almirantazgo, para que no hubiera posibilidad de que cayera en las manos equivocadas?

No por mí (eso ya no tenía sentido), sino por Sam.

Treinta años atrás, la directora de enfermeras del hospital Victoria corrió un riesgo para darme una oportunidad. Tuve suerte. En esta época hacían todo lo posible por bloquearles a los jóvenes como Sam cualquier oportunidad de tener un trabajo decente, ya no se les animaba a brillar ni lo más mínimo. Y pronto nos iban a llevar a un lugar donde habría todavía menos posibilidades de empleo. No había futuro allí para un joven con talento.

¿Pero qué podía decir en esa carta?

Querido David:

No puedes tenerme a mí, pero aquí está nuestro hijo...

MI AMOR:

Te he escrito tantas cartas...

Están guardadas bajo llave en mi escritorio y son un diario de cómo ha sido mi vida desde el final de la guerra y un reflejo de la pérdida que hemos compartido durante más de veinte años. Me doy cuenta de que es egoísta por mi parte utilizarte como la receptora soñada de mis cartas sin que tú lo sepas, pero es la única forma que tengo de mantenerte viva. No espero que me hayas perdonado; yo no me he perdonado a mí mismo. Y por eso nunca he enviado las cartas.

Pero sí voy a enviar esta.

No puedo quedarme aquí más tiempo preocupado, viendo en la televisión imágenes de la brutalidad del *apartheid*, y no hacer nada por ti. Los periódicos están llenos de maltratos deliberados contra personas que no son blancas. Los principales lugares de El Cabo, e incluso las playas (hasta Seaforth con esas olas llenas de vida que recuerdo tan bien), ahora van a quedar fuera de tu alcance. ¿Cómo es posible que el país que yo llegué a amar pueda haberse hundido en una locura así?

Mi amada L., déjame ayudarte.

Si quieres salir de Sudáfrica y empezar una nueva vida, te daré el dinero que necesites para que lo hagas. Si tienes hijos, les ayudaré a establecerse en otro lugar.

Se trata de algo más que de ti y de mí. Se trata de la decencia humana y de la irrelevancia del color de la piel.

Espero no llegar demasiado tarde y que sigas aún en Ricketts Terrace.

Escríbeme. Por favor.  
Con todo mi amor,  
David

**E**L AVISO DE desalojo llegó también a Seaforth. Piet no recibía mucho correo, así que le sorprendió ver una carta bajo su puerta.

Se le ocurrió que podría concentrarse mejor en esa hoja de papel oficial si tuviera el estómago lleno. Pero llevaba unos días sin salir con la barca, así que no había pescado fresco ni dinero para comprar algo que lo sustituyera.

Podía ir a casa de Lou, pedirle algo de comer y ver al chico (un niño guapo, con un pelo negro que hacía que se pareciera más a Piet que al extranjero), pero entonces tendría que asearse. Lou no le dejaría entrar si no se había bañado recientemente, y Piet ni se acordaba de la última vez que se bañó. Ni de la última vez que se afeitó.

Era culpa de ella.

Ella lo había empujado a eso. De hecho, había calculado todos y cada uno de sus pasos.

Dejar que él se aprovechara, pedirle que se casara con ella y que reconociera a su hijo y, unos años después, echarlo de casa cuando él tuvo una mala racha. Dijo que era un mal ejemplo para el niño. Que si se lavaba y trabajaba una jornada normal y contribuía en la casa en vez de dejárselo todo a ella, podría volver y entonces serían una verdadera familia.

Piet se rascó y bostezó. No quería molestarse.

Era demasiado esfuerzo, sobre todo por un hijo que no era suyo y una mujer que ya no lo quería. No había habido más hijos. No había un Philander que pudiera reivindicar como suyo. Y no había sido por falta de intentos; al menos en eso Lou había cumplido su parte del trato, dándole acceso a su cuerpo siempre que él quería. Pero no ponía en ello su corazón y tal vez la carne lo supo y no cooperó.

Una vez dijo que no la dejaría ir sin luchar, que era suya, pero después de

tenerla de segunda mano se dio cuenta de que no merecía la pena luchar por ella. Lou todavía tenía sentimientos por el oficial británico. Y de qué le había servido eso a ella... O a él, la verdad. Si ella se hubiera conformado con los suyos y no hubiera tenido tantas ideas estafalarias, a los dos les habría ido mejor. Bueno, solo había que mirar a Abie y a Vera. Ella había abierto un salón de belleza y se dedicaba a poner crema en las caras de las mujeres que buscaban la eterna juventud, mientras Abie se quedaba repantingado, contando las ganancias.

Un tiempo atrás, Lou y él eran la pareja que todos envidiaban.

Él se levantó como pudo y fue a la cocina.

Iba a hacer té. Solo, porque no había leche. Pero en algún sitio (rebuscó en un armario lleno de botellas de brandy vacías y paquetes marrones de Dios sabía qué) tenía que haber azúcar. Encendió una cerilla. En esa época le temblaban mucho las manos. O tal vez el problema eran sus ojos, no sus manos.

El maldito fogón no se quería encender.

Encendió otra cerilla.

No estaba bien lo del trabajo de esa mujer. Él no debería estar preparándose el té, ni haciéndose la comida. Si la Marina siguiera comprándole el pescado, sería rico y otros le prepararían el té.

Encendió otra cerilla y después otra.

Y las tiró; unas cuantas se apagaron al caer al suelo, pero otras parpadearon encendidas.

Entonces se cayó redondo. Como cuando Amos le pegó el día que lo arrestaron.

Pero por lo menos había conseguido encender la cocina. ¿O no? Si encontraba el hervidor, lo llenaría de agua, prepararía té y usaría el agua caliente que sobrara para afeitarse. Pero de repente le entró mucho sueño y simplemente se hizo un ovillo allí mismo, en el suelo.

El hervidor silbaría cuando el agua empezara a hervir.

**D**ESPUÉS DE LA llegada de los avisos de desalojo, Simon's Town siguió con su vida como el mar tras una tormenta: la superficie estaba en calma, pero el agua que había debajo estaba revuelta a consecuencia de la agitación reciente. Seguro que al final resultará que todo esto ha sido un error, nos decíamos mientras intentábamos contener el pánico, seguros de que la vida volvería a la normalidad.

Había días en que incluso tenía cierta esperanza.

Pero según fue pasando el tiempo y la revocación que esperábamos no llegaba, pronto fueron más los días en que me sentía desesperada. Las calles que había recorrido durante toda mi vida empezaron a parecerme extrañas bajo los pies. Nuestras palmeras debieron de notar el humor general y se las veía tristes y mustias al lado de la casita. Los blancos que antes me saludaban con la cabeza en reconocimiento a mi uniforme y mis años de servicio se ruborizaban y apartaban la vista.

La oficina de correos dejó de repartir por allí, como si ya nos hubiéramos ido.

Todavía seguíamos siendo parte de Simon's Town, pero ya nos habían disgregado totalmente.

Pa dijo que corría el rumor de que querían desalojar el barrio porque desde las casas teníamos unas vistas privilegiadas del astillero y eso nos daba acceso a secretos de la Marina que podíamos contarles a los comunistas.

—¡Qué locura! —exclamó—. Nos van a desalojar para proteger el astillero que construyó mi padre, ¡el astillero en el que todos nuestros padres colaboraron! —añadió señalando con la mano al cielo.

El miedo que al gobierno le provocaban los comunistas no tenía límites. Rusia y sus amigos estaban decididos a invadir Sudáfrica, decían. Iban a

atacar Simon's Town y el resto del mundo lo vería y no haría nada. Pero si tenían razón, tendrían que convocarnos a todos para luchar (incluidos los negros y los de color), no tenía ningún sentido desalojarnos del campo de batalla, ¿no?

—No lo harán —decía Vera, intentando convencerse—. Algunos de los blancos han hecho peticiones formales. Dicen que no se pueden permitir perdernos. ¡Se irían a la bancarrota!

Pero aunque recibieran esas peticiones, ninguna de ellas haría cambiar de opinión a unos líderes que estaban seguros de tener razón. Y los de color ni siquiera podíamos levantar la voz por los de nuestra raza. Ya nos habían borrado de las listas electorales unos años antes, así que no teníamos a nadie para representarnos a nivel oficial ni para ejercer presión. En el momento en que se produjo ese cambio, un ministro del gobierno dijo que era para evitar el hundimiento de la civilización blanca en África.

—Esto es peor de lo que pensamos —dijo Ma llorando mientras recogía toda una vida de cosas del interior de la casita.

—Tenemos que ser valientes —animó Pa en voz baja, y le dio uno de sus mejores besos—. Valientes por Lou y por Sam.

Los golpes siguieron llegando.

Tal vez esa era la intención: golpearnos sin tregua mientras estuviéramos caídos.

—¿Qué es esto? —Vera cogió el periódico de la mesa de nuestra cocina sujetándolo solo con la punta de los dedos, como si oliera mal.

—Es una clasificación racial —respondí cuando llevé el té—. Tenemos que declarar a qué grupo pertenecemos. Hay siete.

—¡No lo dirás en serio! —chilló Vera—. ¿Cuáles?

—De color de El Cabo, malayos, gricuas, indios, chinos, otros asiáticos y otros de color —enumeré.

—¿Y si no encajas en ninguno de esos? —Sam levantó ambas manos—. ¿Qué hacemos entonces?

—Tendrás que elegir «Otros de color» —respondió la hija de Vera, Sandra, que había heredado el pelo ensortijado de su madre y sus poses provocativas—. Cualquiera que no sepa de dónde viene tiene que meterse en «Otros de color».

—No hables así, Sandra —regañó su madre—. Yo sé exactamente de dónde has venido tú.

—Incluso los blancos podrían encajar en la categoría de «Otros de color» —continuó Sandra con un mohín, ignorando la interrupción— si la policía decide que tienen la piel demasiado oscura. Les está bien empleado por intentar salirse con la suya.

LA DIRECTORA DE ENFERMERAS del hospital de False Bay también tuvo en cuenta lo de mi desalojo.

—Louise —empezó a decir en una de nuestras reuniones semanales, eligiendo con mucho cuidado las palabras—, te he recomendado para el ascenso muchas veces. Por ejemplo —cogió una carta de una pila que tenía a un lado de su mesa— para ser parte del equipo de trasplantes cardíacos del profesor Barnard en Groote Schuur. He pensado que, si te van a obligar a alejarte de aquí de todas maneras, ¿por qué no? Pero me temo que eligen a otras, en su mayoría mucho menos excepcionales que tú, antes que a ti.

Yo uní las manos en mi regazo.

—Estoy acostumbrada, Sylvia. Pero gracias por intentarlo.

Recordé las palabras de Ma: «Ya deberías saberlo a estas alturas».

La directora era oficialmente de mayor categoría que yo, obviamente, pero nosotras nos dividíamos las tareas por igual. Yo dirigía el quirófano del hospital y a las enfermeras de cuidados intensivos y ella llevaba las salas y los pacientes externos. Era una fórmula que funcionaba, pero no era algo que anduviéramos diciendo por ahí.

—Pero he conseguido algo. —La directora se inclinó hacia delante y su voz adquirió un tono conspirador—. Por fin he logrado que reevalúen tu situación laboral. Tu rango no va a cambiar —elevó ambas cejas con una exasperación compungida—, pero de ahora en adelante vas a cobrar más.

—Gracias, directora. Estoy muy agradecida.

—No —se levantó y me tendió la mano—, soy yo la que está agradecida. Has sido leal, aunque los políticos te han relegado. Estoy avergonzada de todo lo que está pasando.

Salí del despacho y me quedé un momento parada en el pasillo. El pico del Cabo Hangklip parecía perforar el cielo del extremo más alejado de la

bahía. El blanco del faro de Roman Rock destacaba sobre un agua azul acero. Yo también estaba avergonzada de mi país.

VERA ENCONTRÓ UNA SOLUCIÓN radical.

—¡Incluirse en otra categoría! ¡Intentar pasar por blancos! Sobre todo Sam y tú. —Sacudió la cabeza con su pelo peinado en un moño de colmena—. Tenéis la piel dorada, no marrón. Es por toda esa sangre malaya de tu madre.

Estábamos sentadas en Jubilee Square. Por entonces los bancos todavía no estaban segregados.

—Tendríais que iros a otro sitio, claro, a otra parte de la costa.

—¡No! —grité cogiendo a Vera del brazo. La gente que pasaba por allí se quedó mirándome, así que bajé la voz—. No voy a hacer eso nunca —continué—. No traicionaré a los míos.

Dejar la península significaba que nadie podría encontrarme.

—¡No seas tonta, Lou! De todos nosotros —extendió un brazo y con un gesto enfadado abarcó a toda la gente diversa que había en la plaza—, tú eres la que mejores oportunidades tienes. Eres enfermera, te harán menos preguntas. ¡Serás libre! Y con un salario de blanca. Tus padres lo entenderán.

La miré un momento y después dirigí la mirada al otro lado de la bahía. Un remolcador iba hacia un buque de guerra gris. La ola que provocaba su proa atravesaba un mar en calma. Increíblemente, nadie había adivinado lo del padre de Sam. Tal vez era porque parecía haber heredado el pelo oscuro de Piet, aunque yo sabía que su pelo era más bien como el mío, más marrón que negro. Y sus ojos azules al principio eran mucho más claros que los de Piet, pero por suerte se habían oscurecido cuando creció. Para mí el parecido estaba tan claro como los recuerdos que aún tenía de Oranjezicht. Veía a David en la línea de la nariz de Sam, en esa manera que tenía de ladear la cabeza, en ese fervor tranquilo que se notaba a veces en su voz. Tal vez Ma lo adivinó, pero nunca dijo nada. El secreto seguía guardado. Pero yo lo tenía atravesado en el corazón como un cuchillo.

—La hija de Milly Phillips lo va a hacer.

—Pero...

La familia Phillips tenía la piel más oscura que Vera y que yo. Aunque lo

consiguiera, el precio iba a ser devastador. Tendría que evitar a todos sus amigos e ignorar a sus padres, hermanos y hermanas si se los encontraba en la calle. Ni siquiera podría establecer contacto visual. Como si no los conociera. Para ella estarían muertos y ella para ellos también.

—Piénsalo —repitió Vera con intensidad—. Si yo fuera como tú, lo haría. Tan seguro como que Dios es de todos los colores. Me olvidaría de Abie, me establecería en otra parte y me buscaría un blanco rico. Todavía tengo unas piernas que merecen la pena... —Enseñó un tobillo para demostrarlo—. ¡Piénsalo, Lou! No queda mucho tiempo.

¿Crear una nueva identidad y vivir como una persona blanca en lo más alto de la pirámide, ignorando a los negros y los de color que trabajaban duro entre las sombras?

—No puedo. —Me levanté—. No dejaré a Ma y a Pa.

Vera se encogió de hombros y entrelazó su brazo con el mío.

PERO LO QUE SÍ hice fue empezar a planear en secreto otro tipo de cambio. Sam estaba perdiendo los ánimos, lo veía. Ya estaban ahí las primeras señales. El atril, aunque era un trabajo que le venía muy bien, le estaba afectando de una forma que con otros encargos no sucedía. Estaba preocupado por lo que haría cuando terminara el proyecto y nos viéramos atrapados en Ocean View. ¿Quién le iba a dar trabajo allí? Y yo temía que una parte de Piet hubiera conseguido colarse en su interior y que acabara saliendo a la luz cualquier día. Tenía que hacer algo antes de que eso ocurriera.

Una vez lo dejé todo en manos de David y le obligué a tomar una decisión terrible. No podía hacer eso con Sam.

Por mucho que lo quisiera, por mucho que me recordara a David, tenía que dejarlo ir.

CARIÑO, —EMPEZÓ. LE temblaba tanto la mano que tuvo que coger una hoja nueva y empezar otra vez—. Te he escrito mucho, cientos de cartas, pero no he enviado más que una, meses atrás, cuando ya no pude soportar más la preocupación por tu posible situación. Te ofrecía ayuda económica y sacar a tu familia del país. Esa oferta sigue en pie. Me devolvieron la carta diciendo que no existía esa dirección. Espero, de verdad que lo espero, que estés a salvo.

Muchos años atrás mi abogado me preguntó si tenía dudas sobre la capacidad de mi mujer para criar sola a nuestra hija. Le dije que no, pero en el fondo sí que las tenía. Volví a Corbey, desesperado por ti, pero al mirar a Ella dormida en su cuna me di cuenta de que no podría dejarla bajo la influencia exclusiva de Elizabeth. Ahora mi hija ha crecido y se ha convertido en una jovencita estupenda...

LEVANTÓ LA VISTA . LOS campos ondulantes de Corbey se extendían ante la ventana de su estudio, ordenados, immaculados. ¿Cuánto debería contar? ¿Debería describirle a Ella, el mayor placer de su vida, pero también la razón por la que dejó a Louise?

Me voy a divorciar pronto. Elizabeth ha accedido porque, curiosamente, tiene un nuevo acompañante. Volverá a casarse cuando el divorcio sea definitivo. Ya es demasiado tarde para sentir amargura por ello, solo me queda un arrepentimiento permanente por los años desperdiciados.

Si eres libre y todavía me amas como yo te amo, iré a Simon's Town.

Pero si estás casada, te dejaré tranquila y solo te enviaré mi cariño,

mis mejores deseos... y mi agradecimiento, de nuevo, por haberme dado los momentos más preciados de mi vida.

Espero que recibas esta carta. Entiendo que tal vez te hayas mudado, pero quizás te la puedan reenviar adonde estés, porque sé que tu familia es muy conocida.

Respóndeme, por favor, aunque sea para decir que no.

NO ESTABA BIEN . DEMASIADO forzada. Iba a tener que empezar la carta de nuevo.

SAM SE APARTÓ un poco del nuevo atril. Había optado por líneas limpias, las mejores para que destacara por sí solo el seductor brillo del maño. Una moldura un poco barroca en la base, después el fuste en forma de pilar sencillo, discretamente biselado para reflejar la luz, y para terminar el atril de lectura inclinado, en el que se podía colocar un paño de terciopelo (aunque, en opinión de Sam, la pieza no necesitaba más adornos, el brillo de la madera ya era suficiente, pero eso no se lo iba a decir a nadie).

—Es precioso, Sam. Un trabajo magnífico. —El ministro lo rodeó, mirándolo desde todos los ángulos, y acarició con la mano delgada el atril—. Eres un artista, muchacho.

—Gracias, señor.

—Quiero consagrarlo el primer domingo del mes que viene.

Sam asintió.

—Lo anunciaremos en el boletín de la iglesia. —El ministro se irguió en toda su delgada y adusta estatura—. Tengo intención de dedicárselo a la comunidad de color que engloba a tantos miembros incondicionales de esta congregación. Si no te importa...

—Me encantaría, señor.

El ministro suspiró y le puso una mano en el hombro a Sam para acompañarlo por el pasillo.

—Siento mucho que vayan a arrancar a la gente de sus casas —dijo con aire consolador—. Es atroz. Hemos presentado el tema al más alto nivel, pero no hay forma de convencer a las autoridades. —Levantó una mano, desesperado.

Sam sintió rabia. La compasión y la gente que se retorció las manos con tribulación no iban a parar los buldóceres. Ni tampoco las peticiones

presentadas por los blancos de Simon's Town en las que se lamentaban porque pretendían arrancar el corazón de su ciudad. Hacía falta una acción más contundente. ¿Por qué el arzobispo no había liderado una marcha frente al Parlamento? ¿Por qué las congregaciones blancas no se habían levantado para decir que no iban a parar hasta que hubiera justicia para todos?

Solo quedaban unas pocas semanas.

—Los nacionalistas dicen que están haciendo la obra de Dios —le contestó al ministro, intentando mantener un tono respetuoso—. Citan el Génesis. Dicen que Dios les dirige para gobernar sobre los pájaros, los animales... y la gente inferior como nosotros.

—¡No! Eso es tergiversar las Escrituras —intervino el ministro, negando con la cabeza—. Están pervirtiendo la Palabra de Dios.

Sam se detuvo y miró la iglesia. Había ido a catequesis allí. Sus padres y abuelos se habían casado allí. Era su iglesia. Pero estaba demasiado lejos de Ocean View para venir todas las semanas. Y, por lo que él sabía, no había iglesia en el lugar adonde iban.

—¿Y quién tiene razón entonces? —preguntó con voz grave sin darse cuenta—. ¿La iglesia o el gobierno?

Hubo un minuto de silencio. Llegaron al vestíbulo. La mano del ministro temblaba cuando se la pasó por el pelo, que le escaseaba. Sam se sintió avergonzado inmediatamente. El ministro era un buen hombre. Realmente sufría por el dolor de los demás. No era culpa suya no poder aliviarlo. Por la puerta abierta entraba el rugido atronador de las olas de Long Beach que llegaba desde debajo de la estación. Después de todo el atril no era más que otro encargo. Le habían pagado y tendría que irse, no enfadarse con su cliente por lo que no había hecho para detener el desalojo de la mitad de su congregación.

—Lo siento, reverendo.

—Es la iglesia quien tiene razón, Sam —aseguró el ministro—. El gobierno tendrá que responder por sus pecados el Día del Juicio.

Sam miró al otro lado de la puerta, al mar agitado.

—Pero eso llegará demasiado tarde para nosotros, señor.

Salió y echó a correr.

Pasó corriendo por delante de la entrada lateral del Almirantazgo. A su

padre le gustaba fanfarronear diciendo que tenía acceso privilegiado para entrar allí. Después desembocó en la carretera principal. Subió la cuesta y, no lejos de la Cascada del Almirante, en la que el agua caía a borbotones en invierno, vio la baja silueta del hospital de False Bay, donde trabajaba Ma. Más allá del Club de Oficiales, los gruesos pilares del funicular iban ascendiendo por la montaña y dejando atrás las antiguas salas del Hospital Naval, donde su madre había trabajado durante la guerra. Su antigua escuela se cernía sobre la carretera. Siguió corriendo, notó el sudor en su frente y la acera dura bajo sus zapatos.

Esa carretera, ese asfalto, eran reales. No podían arrebatárselos.

Ese era su lugar.

El bisabuelo Ahrendts construyó el muro que había alrededor del astillero, el abuelo arreglaba los barcos allí dentro, la abuela fregaba, cocinaba y limpiaba para la gente que trabajaba en él y Ma curaba a todos los que estaban enfermos.

Su lugar.

Su montaña.

Su mundo.

¿Cómo se atrevía alguien a decir que ya no era bienvenido allí?

Tal vez los comunistas de Benji no estaban tan locos. Tal vez su camino era el correcto.

Y A CASI HABÍA llegado el momento.

Entonces la gente blanca no solo se ruborizaba y apartaba los ojos; se me acercaban en St George's Street y me decían que les parecía increíble que obligaran a la gente de color a mudarse, que era un escándalo, una crueldad ciega impuesta por un gobierno que no entendía la relación que habíamos establecido allí entre el mar, los barcos y los que los servían. La gente decía constantemente que la ciudad iba a morir sin nosotros. Y tal vez tuviera razón.

No teníamos mucho dinero, pero éramos tantos que llenábamos la caja de la tienda Sartorial House, de Runciman's y de la oficina de correos, atestábamos St George's Street durante las celebraciones de la victoria, cantábamos en el coro de la iglesia y apuntalábamos la montaña que teníamos detrás.

—¡La ciudad se va a vaciar, señor! —aseguró Ma, arrinconando al almirante en el té anual para los pensionistas.

—Espero que no, señora. Tenemos que intentar ser positivos.

—Después de todo lo que hemos pasado —insistió Ma, agarrándose el viejo sombrero de paja para que no volara—, tendrían que mostrar algo más de respeto.

—Lo siento mucho, señora Ahrendts. Me temo que no está en mis manos. Políticas del gobierno.

—Vamos, Sheila. —Pa le rodeó la amplia cintura con el brazo a Ma y la alejó de allí. Señaló al norte con su mano libre—. A ellos no les importa.

Para Pa el desalojo significaba algo más que dejar Ricketts Terrace. Era algo personal.

Un rechazo a sus años de servicio. A su orgullo.

EL DÍA AMANECIÓ LUMINOSO y sin una nube. Yo no pude dormir mucho, así que me desperté pronto, me puse unos pantalones viejos y un jersey de punto encima del traje de baño, cogí una toalla, salí de puntillas para no despertar a Sam y me dirigí a Seaforth.

Ya no iba corriendo a todas partes como antes, pero me seguía encantando correr de vez en cuando.

Pasaba algún coche y también alguna persona que paseaba el perro, que me saludó con la cabeza. La marea estaba baja, las olas lamían la base de las rocas lisas y el agua estaba teñida del rosa del amanecer. Cada vez estaban cerrando más playas para los que no eran blancos, pero era demasiado pronto para que estuvieran por allí los vigilantes. Estaría a salvo. Me quité la ropa sudada, como si fuera una niña otra vez, me zambullí y nadé más allá del bosque de kelp. Unos cormoranes que volaban en formación en uve aterrizaron sobre las olas que rompían bajo el faro. Había un grupito de casas sobre la playa donde se veían espirales de humo y se oían los gritos de padres metiéndoles prisa a sus hijos. Me tumbé boca arriba y miré a Simonsberg, que destacaba con su cumbre puntiaguda contra el cielo pálido, y me quedé flotando y dejando que el pelo se dispersara alrededor de mi cabeza, disfrutando de la corriente y del frío del agua que el sol todavía no había calentado. El Piet joven volvió a salir de la casa de los Philander y a bucear en busca de conchas entre las anémonas que se agitaban. Volvió David a tocarme la mejilla y decirme que me quería mientras los dos estábamos sentados en la arena brillante.

Nadé hasta la costa y me sequé. Después le eché un último vistazo a la superficie que se curvaba...

Y volví corriendo a ese barrio que, cuando llegara el atardecer, ya no sería nuestra casa.

UN DESALOJO ERA UN asunto humillante.

Te daban una fecha.

Venían camiones.

Solo se podía llevar un camión por casa.

Tal vez habría parecido más adecuado si hubiera habido mal tiempo y todo el proceso hubiera quedado envuelto por una niebla o un diluvio, pero

Jesús o Alá decidieron bendecirnos manteniendo a raya el sudeste y no levantando el polvo del suelo, así que tuvimos un día perfecto. El mar resplandecía, los barcos del astillero brillaban y los pájaros carniceros volaban y se posaban entre las hojas de las palmeras buscando la presa más gorda y sabrosa.

OTRO PROBLEMA DEL BUEN tiempo fue que permitió que todo el mundo viera (y examinara) lo que conformaba nuestras vidas: los muebles, las posesiones privadas y esas cositas que no tenían ningún valor pero que eran esenciales en todas las casas. La silla con una pata coja de la que no te podías desprender, una alfombra con una mancha que normalmente quedaba tapada por un sillón colocado convenientemente, los vasos ya opacos que no sacabas cuando venían las visitas.

—Ten cuidado —le dijo Pa a Sam, aunque Sam ya era mucho más fuerte que él, cuando levantaron nuestro sofá descolorido para sacarlo por la puerta y después lo bajaron al suelo. David se sentó una vez en él con su uniforme, que se veía espléndido en comparación.

Yo los seguí con los cojines, envueltos en papel de periódico para intentar que no se ensuciaran.

Y la ropa de cama de las dos casas, embutida como pudimos en bolsas de tela.

—Toma. —Ma me dio una caja de platos, que tintinearón dentro—. Manténla con ese lado hacia arriba. —Estaba a punto de llorar.

—Ya la cojo yo. —Sam me la cogió de los brazos y la puso junto a una caja de cubertería.

—*Hou die blink kant bo ...* ¡No dejéis de sonreír! —nos gritó con voz ronca Pa a nosotros y a nuestros vecinos, que también estaban sacando sus posesiones.

—Voy a echar de menos el mar —rezongó el viejo Phillips, guardando su colección de pipas—. Y a todos vosotros.

Su familia se iba a Grassy Park, un barrio para gente de color en la zona de Cape Flats, al otro lado de Muizenberg. Estaba más cerca del trabajo de uno de sus hijos más jóvenes, pero su esposa y él no tenían amigos allí.

—¡*Blerrie* idiotas! —se gritaron los Gamiel entre sí cuando una caja se

abrió y su contenido acabó esparcido por el suelo: un paquete de pañales de tela deshilachados, un sombrero morado, un azucarero sin lustre envuelto en una toalla—. ¡Recogedlo todo antes de que se manche! ¿Por qué la has llenado tanto?

Pa sacudió la cabeza y volvió adentro para envolver el diminuto espejo del baño.

La hija de Milly Phillips (la que Vera dijo que iba a intentar pasar por blanca), que llevaba un vestido rosa pálido, estaba un poco apartada, no participaba en todo aquello.

Sus hermanos y hermanas la ignoraban.

Tal vez había escogido ese día para dar el paso.

Me limpié la frente y nuestras miradas se cruzaron, pero ella apartó la vista. Era un buen momento. Podía salir del barrio, pero no llegar nunca a Grassy Park...

—¿Seguro que puedes, Ma? —Sam estaba en un extremo de la mesa que me hizo cuando todavía estaba en el colegio—. Cuando la levantes, no bajas la vista.

Estaba preocupado por si pesaba demasiado para mí. Piet debería estar allí, ayudando. Pero él venía muy poco a vernos; vivía como un ermitaño en la vieja casa de los Philander (que también había que desalojar).

Cuando nuestra casa estuvo vacía, me apoyé en la pared para descansar al sol.

El mar lanzaba unos guiños brillantes que quería intentar recordar. Ma vino a sentarse a mi lado. Nos cogimos las manos. Desde el astillero llegaba el ruido de martillos.

Sam estaba ayudando en cualquier parte que lo necesitaran. Le oí animando a la señora Gamiel.

—Va a ser un nuevo comienzo, señora Gamiel. Le pondré los armarios de la cocina como a usted le gusta.

Pero la gente mayor no quería un nuevo comienzo. El barrio, las casitas azotadas por el viento, sus vistas sublimes de False Bay eran todo lo que habían querido en su vida.

Para las once ya estaban allí tiradas todas nuestras vidas, maltrechas, tostándose al sol.

Pasó una hora.

Esperamos.

Me masajeeé las manos doloridas. Pa encontró una tirita para un corte en la pierna del joven Phillips. Ma compartió los sándwiches que había hecho antes de que sacaran las cosas de la última cocina.

—¿Y si no vienen? —gritó alguien—. ¿Y si han cambiado de idea?

Ma miró a Pa llena de esperanza. Él negó con la cabeza.

El sol pasó su cenit.

La hija de Milly se fue, dejó atrás la mezquita y bajó por Alfred Lane.

AL FIN LOS CAMIONES empezaron a subir con dificultad por la colina, acompañados de una furgoneta de la policía, que venía a asegurarse de que no creábamos problemas.

—*Maak gou!* No tenemos todo el día —gritó un sargento enorme mientras sus hombres montaban guardia.

Pero nadie tenía ni decisión suficiente ni energía para la violencia. Estábamos abrumados por el peso de tener que irnos.

—¡Las cosas pesadas en la parte de abajo! —gritó el capataz que organizaba a los que cargaban los camiones, pero nadie hizo caso de su advertencia. Metieron todas nuestras pertenencias en los vehículos en una terrible confusión; con las prisas, algunas cosas se cayeron, o no llegaron a cargarse, y desaparecieron para siempre.

Parecía que la prisa era esencial para los que venían a desalojarnos. Nos querían fuera de allí cuanto antes.

—¡Las fotografías, Lou! —gritó Ma, otra vez alterada.

—En mi bolso. —Lo abracé contra mi cuerpo. Las fotos sepia del día de la boda de Ma y Pa, Sam con unos pocos dientes cuando era un bebé, las cartas de David, mis conchas más preciadas...

—No es justo —dijo sollozando, al ver que ya no había vuelta atrás. Me quedé cerca para evitar que la apartaran de mala manera o le gritaran los de los camiones—. ¡La señora Hewson se habría plantado! ¡Se la habrían tenido que llevar a rastras!

—Todo acabará pronto —murmuré viendo cómo metían nuestras maletas resquebrajadas con el resto de los muebles. Después entró el fardo de monos

de Pa atados con una cuerda y la caja de herramientas para trabajar la madera de Sam, tallada de una manera preciosa. Así debió de ser para los judíos en Alemania. «Dios, que esto sea lo último, que hasta aquí llegue todo —me encontré rezándole al guardián del barrio—. Solo una expulsión...»

Pa le echó un último vistazo al interior de la casa.

Salió y se quedó en el umbral, con las manos ásperas temblándole.

Yo apreté los dientes. No iba a llorar.

Q UERIDA:

Te he escrito dos veces pero, tristemente, me han devuelto ambas cartas con la indicación de que se trataba de una dirección desconocida. Envié un telegrama también cuando leí lo de los desalojos, pero me temo que llegué demasiado tarde. Aparentemente ya llevaban un tiempo desalojando Simon's Town cuando yo escribí.

Te escribo de nuevo con la esperanza de que esta carta te llegue.

Mi hija, Ella, y yo vamos a ir a Sudáfrica para buscarte. Tal vez sea una locura, porque quizás el éxito que te predije se ha materializado y no necesitas mi ayuda. ¡E incluso es posible que no te guste que aparezca allí inesperadamente! Perdóname si ese es el caso, me alegraré muchísimo por ti si así es. Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que tu familia y tú estáis en peligro. Aquí lo único que nos llega son informaciones con titulares terribles. Miro las fotos y rezo para no encontrarte en las imágenes entre la gente que sacan a rastras de sus casas.

Ella sabe lo de mi amor por ti, pero no sabe lo de los crueles términos que me impuso Elizabeth. No quiero que cargue con algo así sobre sus hombros. Le he hecho creer que renuncié a ti de forma totalmente voluntaria.

Me ofreciste tantas cosas que no he podido pagarte ni devolverte... No podría perdonarme si tú estás pasando por dificultades y no voy en tu ayuda. No puedo dormir por las noches pensando en ti. Siento una presión en mi corazón desde que me devolvieron la última carta, como si mi cuerpo se estuviera preparando para una pérdida irrevocable. Le rezo a Dios para que no sea así.

Con todo mi amor,  
David

**H**ICIMOS EL VIAJE en la parte de atrás del camión, encajados entre nuestros muebles y maletas, y agarrando los bultos que no estaban bien asegurados para evitar que resbalaran y cayeran.

El vehículo bajó la cuesta desde Ricketts Terrace.

Estiré el cuello para mirar por encima del hombro. Palmeras. Pájaros carniceros de mirada penetrante. Simon's Bay.

Nuestra casita, con la puerta abierta.

Al principio fuimos dando muchos botes, que se redujeron cuando llegamos al asfalto, pero seguimos avanzando despacio porque los camiones iban muy cargados. La gente blanca que recorría St George's Street se paró a mirar. Algunas personas se cubrieron la boca con la mano, otras se despidieron agitándolas con poca energía. No se oía ningún ruido aparte del zumbido de los motores. El hijo del señor Bennett estaba en el umbral de la tienda Sartorial House cuando pasamos por delante. Como los demás propietarios de tiendas, podía quedarse gracias a una exención especial, pero solo por un tiempo limitado. En el exterior de la estación había una multitud de trabajadores negros y de color que se quedó mirando en silencio cuando pasamos a su lado. Ya habían expulsado a los negros de sus barracones al otro lado de la montaña para llevárselos a Nyanga Township, a más de una hora en tren de allí. Los indios iban a Wynberg. El fuerte tejido que era Simon's Town se estaba desgarrando ante mis ojos.

En cuanto abandonamos los alrededores de la bahía, el sol se encontró con un grupo de nubes.

Y empezó a llover.

Una señal...

Sé que Ma pensó lo mismo que yo allí, acurrucada debajo de una toalla

que había sacado como pudo de uno de los fardos y llorando contra el hombro de Pa mientras el aguacero empeoraba. Sam me protegió con su chaqueta. Intenté no preocuparme por el estado de mis uniformes, que había guardado con tanto cuidado. ¿Cómo iba a conseguir secar y planchar uno para poder ponérmelo para trabajar el día siguiente? Estábamos faltos de personal en el quirófano y no había podido pedir más días libres. Pasamos Glencairn, Sunny Cove, y después giramos hacia Fish Hoek. Ahí también los blancos se quedaron parados, miraron la fila de camiones y se pusieron a cuchichear, especulando sobre cuál sería la naturaleza de ese improvisado convoy. Tras un rato de viaje pasando junto a bonitas casas, la playa con forma de media luna y el brillo de False Bay quedaron atrás. A nuestra izquierda unas colinas cubiertas de maleza sobresalían en la oscuridad. A la derecha, la silueta de Chapman's Peak aparecía y desaparecía tras una nube que pasaba. El Atlántico era una línea lejana en el horizonte. Bordeamos Noordhoek y después seguimos por una carretera de tierra flanqueada de árboles de caucho, como los que había en el camino al reformatorio de Piet, y nos sumergimos en la vegetación. Un poco más allá, todos los camiones se detuvieron en un claro.

Al fondo, al final del camino, había dos bloques de apartamentos bajos rodeados de un terreno desolado.

Ocean View.

—¡Todos fuera! —gritó el conductor—. ¡Fin del trayecto, hasta aquí llegamos!

Vinieron los hombres que habían cargado los camiones y a la hora de descargarlos demostraron tener aún más prisa que cuando los cargaron, si es que eso era posible. La policía había abandonado nuestra triste procesión a las afueras de Simon's Town, así que no había nadie para vigilar ese proceso ni para intentar mejorar la actitud de los que descargaban, en el caso de que realmente se les pudiera persuadir de algo. Ya era última hora de la tarde y ellos solo querían acabar con todo eso. Bajaron nuestras posesiones de los vehículos sin el más mínimo cuidado. Los muebles se astillaron, las bolsas se rompieron, las maletas se abrieron. Los Gamiel, que iban en el camión de al lado, habían agotado toda su capacidad de enfado al principio del día y en ese momento estaban en silencio, recogiendo sus posesiones desperdigadas lo

mejor que podían.

—Ven, Sheila —Pa alejó a Ma del caos y colocó un trapo en el suelo para que pudiera sentarse debajo de uno de los descuidados árboles de caucho.

—¡Que tengan cuidado con mis platos, Solly! —pidió ella lloriqueando—. ¡Diles que tengan cuidado con mis platos!

Sam sacó un chubasquero de su maleta y me envolvió en él. Seguía lloviendo con fuerza. Miré alrededor en busca de los Phillips, pero ya no estaban allí. Ellos se iban a Grassy Park, como Vera, Abie y sus hijos. Iba a haber mucha menos vida por allí sin Vera cerca.

—¡Cogedlo todo y protegedlo de la lluvia en el bloque más cercano! —le grité a los vecinos que se estaban arremolinando—. Ya miraremos después de quién es cada cosa.

Yo cogí dos maletas y corrí hacia el edificio más cercano.

Los camiones se fueron, acelerando, con las ruedas derrapando. Ya habían acabado lo que habían ido a hacer allí.

El desalojo se había producido sin contratiempos.

OCEAN VIEW ERA UN grupo de bloques de apartamentos feos, construidos en un valle yermo prácticamente sin ningún servicio, solo una parada de autobús. Los pisos estaban sin terminar, con las paredes a medio pintar, y había cables desnudos colgando del techo.

—¡Pero qué vergüenza! —gruñó Pa cuando encontramos los pisos que nos habían asignado en el edificio. Pasó una mano por las superficies llenas de desconchones con expresión de disgusto—. Yo no tendría ni el escudo de un barco en este estado.

—Entonces ponte manos a la obra, Solly —ordenó Ma, que revivió cuando vio que al menos teníamos un techo sobre nuestras cabezas.

Había rumores en el barrio de que nos iban a dejar con todas nuestras cajas en cualquier descampado, sin agua y solo con una letrina comunitaria. Se decía que el lugar y los servicios eran lo mínimo imprescindible. Eso era lo que se habían encontrado la mayoría de los negros, que tuvieron que construirse sus propias casas con los materiales que pudieron encontrar. En comparación, nosotros habíamos tenido suerte.

—Será mejor que tú y Sam os pongáis manos a la obra cuanto antes —

añadió Ma.

—Claro que sí —dijo Pa agachándose con dificultad para darle un beso—. Va a quedar como nueva. Mejor que la que teníamos antes.

Pero yo sabía que no sería así. Esa casa nunca podría ni acercarse a ofrecernos lo que habíamos dejado, aunque nuestra casita se inclinara cada vez que soplaban el sudeste o se tambaleaba cuando la ladera se deslizaba. Ocean View podía estar muy firmemente asentada sobre la tierra, pero no tenía vistas. No se veía el mar ni desde las ventanas de los pisos más altos. Para poder ver algo de agua había que caminar más de media hora y después cruzar una zona de dunas, vegetación costera y alfombras de plantas de uñas de gato enmarañadas que se enredaban en los pies. Y no estaba allí Simonsberg para animarte durante la ascensión, para proyectar una sombra morada sobre tu cabeza, ni para canalizar el viento refrescante por sus laterales. Nos habían llevado a un páramo.

¿Se molestarían Jesús o Alá en cuidar de nosotros en un sitio como ese?

—Nos las arreglaremos, abuela —dijo Sam tras subir los bultos de la ropa de cama por las escaleras—. ¡No te preocupes!

Gracias a Dios teníamos a Sam. Gracias a Dios estaban sus músculos fuertes y el optimismo de su juventud.

—Vamos a hacer las camas, Ma, y así te puedes tumbar a descansar un rato —sugerí—. Mira, he guardado unos cuantos sándwiches para cenar. ¡Y tengo las fotos!

Lo puse todo en el suelo, al lado de donde ella estaba sentada con la espalda apoyada en una de las paredes mal pintadas.

Su foto de boda. Una de Sam y mía.

Ma las cogió y las abrazó contra su pecho.

AUNQUE PA TODAVÍA TENÍA su pensión, hasta el momento pagada por la Marina Sudafricana gracias al Acuerdo de Simon's Town, en ese tiempo el sustento financiero de toda la familia recaía pesadamente sobre mis hombros, sobre todo desde que Sam perdió a todos sus clientes. Después del desalojo estábamos demasiado lejos para que la gente fuera hasta allí a ofrecerle encargos. Y si cogía el autobús hasta Simon's Town e iba a llamar a la puerta de sus antiguos clientes, a muchos les preocupaba emplear a un chico de

color, porque nunca se sabía qué nueva ley restrictiva iban a aprobar de repente y sin previo aviso. Y además, aunque existiera la remota posibilidad de encontrar algún trabajo, sus herramientas pesaban demasiado para llevarlas en el autobús.

«Si trabajas mucho, puedes llegar lejos...»

Las palabras de Pa que resonaban en mi cabeza perdieron todo el significado cuando tuve que ver a mi voluntarioso hijo volver arrastrando los pies un día infructuoso tras otro.

La ruta que yo tenía que hacer para ir al trabajo empezaba con una caminata de diez minutos por la carretera polvorienta hasta la parada del autobús y después me esperaba un viaje lleno de baches hasta Simon's Town en medio de una marea de coches que no paraban de tocar el claxon. Y ese autobús muchas veces llegaba tarde.

—Lo siento, doctor —decía sin aliento cuando entraba corriendo en el quirófano donde esperaba el equipo—. El tráfico...

Había días en que el autobús de última hora de la tarde ni siquiera pasaba y me veía obligada a caminar hasta Glencairn Valley entre las bajas acacias de hojas azules, después bajar a Noordhoek y finalmente recorrer un duro kilómetro y medio más por la carretera hasta Ocean View, con las piernas doloridas tras un largo día de trabajo y los zapatos de enfermera, que blanqueaba todos los días con sumo cuidado, cubiertos nuevamente del polvo marrón del camino.

Algunas mañanas Pa hacía el viaje conmigo para darme apoyo moral.

Tras despedirse de mí en la puerta del hospital, recorría St George's Street, pasaba junto al muro del abuelo Ahrendts y se iba a mirar el mar. No era lo mismo que sentarse delante de nuestra casa y ver el ir y venir en el astillero, pero era lo mejor que había. Tras su paseo no podía ni irse a tomar una taza de té, porque todas las cafeterías eran solo para blancos, así que Pa se quedaba en Jubilee Square un rato y después cogía el autobús para volver a Ocean View.

EL PADRE DE Sam murió en un incendio en su casa de Seaforth antes de que les diera tiempo a desalojarlo, y así no tuvo que unirse al éxodo forzoso de Simon's Town. Los policías dijeron que no estaban seguros de cuál había sido la causa del fuego, pero que no se podía descartar que tuviera que ver con algún asunto turbio dados los antecedentes del señor Philander.

Una disputa por la pesca, especulaban.

Un ajuste de cuentas.

Sam clavó un poste para la cuerda de tender. Autosuficiencia, lo llamaba Ma. Nadie iba a venir a arreglar Ocean View y a convertirlo en un sitio donde se pudiera vivir. Eso era solo cosa de ellos.

Miró al cielo cuando una gota de lluvia le cayó en la mano. La única cosa que admiraba de su padre era su infalible capacidad para predecir el tiempo. Pero Ocean View era diferente. El conocimiento de Pa estaba vinculado a Simonsberg, a False Bay y a los cambios que resultaban de su particular interacción. Allí, por ejemplo, el sudeste no obedecía las reglas que Pa conocía. Empezaba a soplar más tarde de lo que lo hacía en Simon's Town y además con toda su fuerza, allí no había rachas de advertencia. Las nieblas marinas llegaban desde el noroeste cuando menos se esperaban. Y de repente se ponía a llover cuando el cielo no estaba cubierto.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Pa habría aprobado el tiempo que hizo en su funeral.

—Menudo día, Sam —dijo Ma mientras un calor poco propio de la estación caía a plomo desde un cielo de otoño.

Él entrelazó su brazo con el de ella y los dos volvieron paseando desde el cementerio donde habían dejado a Pa en su último lugar de descanso.

—Siempre le gustó mi comida —le recordó la abuela al abuelo—. Fue un

buen chico en el pasado.

Abie Meintjies, que parecía muy próspero con un traje reluciente, se acercó para decirles que Vera no había podido ir porque estaba muy ocupada, pero que les enviaba su cariño y le había mandado decirle a Louise que ella todavía era lo bastante joven para encontrar otra persona.

Sam apartó a su madre del resto de asistentes y los dos se pararon a mirar el mar.

Una nube rosa envolvía los picos de la Hottentots Holland Mountains.

—Te quiero, Ma —dijo—. Ya no tenemos que preocuparnos más porque Pa venga a pedir dinero o porque quiera quedarse con nosotros. —Inspiró hondo—. Estaremos mejor a partir de ahora.

Ma se tensó.

—No hables mal de los muertos, Samie —murmuró mirándose el anillo del dedo—. Se preocupaba por ti, a su manera. Y yo debería haber hecho más por él cuando era joven. El reformatorio lo destrozó —le tembló la voz—, ya nunca fue el mismo después de eso.

—No fue culpa tuya.

—No. —Se irguió y le sonrió vacilante a Sam y después a los asistentes que ya se dispersaban—. Pero no lo salvé, ni siquiera cuando ya éramos una familia.

—Y ya no tendrás que hacer tantas horas extra —añadió Sam.

Ella abrió la boca para protestar, pero lo que hizo al final fue sonreír y señalar al otro lado de la bahía en penumbra, hacia el norte, como si allí, más allá de las montañas, hubiera un mundo que ella conocía pero él no.

—Todavía hay un futuro para el que hay que ahorrar, Sam.

Entonces el abuelo y la abuela se les unieron y dijeron que había jerez y *koeksusters* para los asistentes y que se iba a hacer de noche pronto, así que todos debían volver a casa.

SAM SE ALEJÓ UN poco para comprobar que el poste estaba recto y se puso a reflexionar sobre que tal vez, cuando estabas casado con alguien que era más listo y que tenía más éxito que tú, era imposible aceptar un consejo suyo (y sobre todo una crítica por su parte) sin enfadarte. Al principio Ma intentaba ayudar a Pa. Lo animaba. Le compró redes nuevas para la barca. Le sugirió

alternativas de empleo.

—¡Ayúdame, Piet! Sé un ejemplo para Sam. ¡Si no quieres pescar, planta verduras! ¡O arregla el tejado!

Pero al final no sirvió para cambiar nada.

En los días escandalosos anteriores a que Pa abandonara la casa de Ricketts Terrace, muchas veces él le gritaba a Ma que estaba siendo injusta porque esperaba siempre más de él y que debería estar agradecida de que la hubiera rescatado. Y eso sí que era injusto, teniendo en cuenta que Ma había permanecido fiel y a su lado durante todo el tiempo que él pasó en el reformatorio y después toda la guerra hasta que pudieron casarse. Pero a veces él gritaba otras cosas que no tenían sentido sobre que Ma lo había engañado, que lo había traicionado y que se había aprovechado de él. Una vez estaba tan furioso que Sam tuvo que enfrentarse a su padre y él, extrañamente, solo se dejó caer en el sofá muerto de risa. Siempre que Piet empezaba a gritar, Ma enviaba a Sam a casa de la abuela y el abuelo, pero él muchas veces se quedaba al otro lado de la puerta, escuchando, por si Pa la tomaba con Ma. Si Ma no hubiera echado a Piet, algún día habría habido problemas entre su padre y él. Pero ya no había posibilidad de que ocurriera nada de eso, para su gran alivio y pena solo relativa. Ya no podría darse el caso de que Pa pegara a Ma y que después Sam se lanzara a por él con su martillo y lo matara antes de que pudiera frenarse...

La lluvia estaba empezando a caer con fuerza y ocultaba el lejano Chapman's Peak, lo más parecido a Simonsberg que tenían por allí.

Sam recogió rápidamente sus herramientas. ¿Adónde les iba a llevar todo ese esfuerzo de autosuficiencia? Instalar cuerdas de tender quedaba muy lejos de trabajar con madera para revelar sus cicatrices y estrías o lijarla y pulirla hasta que el elemento terminado brillara por su belleza y su utilidad. Le ayudaría a tener dinero para comer, pero no iba a llenar su vida.

Miró los feos edificios y la tierra yerma.

La única forma de dejar su marca en esta vida era irse de allí. Abandonar Ocean View y a su familia. Reunir algo de dinero e irse a Ciudad del Cabo. O más lejos, como parecía sugerir Ma cuando señalaba hacia el norte. Allí encontraría clientes ricos que podrían encargarle atriles más grandes, tallas más elaboradas...

Ma le animaría a irse.

Pero entonces se quedaría sola con los abuelos. No habría nadie para protegerla.

\* \* \*

LA CAMPAÑA QUE HICE entre los residentes de Ocean View, aunque elevó los ánimos generales y mejoró algo aquel sitio tan espartano, no consiguió animar a Ma.

Ya no veía el mar, ni podía meter los pies en el agua salada.

Intentó que le gustara el sitio nuevo y agradeció los arreglos que hicieron Pa y Sam, pero un día llegué a casa y la encontré en la cama. A pesar de los tiernos cuidados de Pa y de mi convicción de que su salud estaba bien, Ma no volvió a levantarse.

—No es lo que conozco, hija —decía cuando le cepillaba el pelo, le llevaba té o le pelaba una manzana—. He perdido mi lugar en el mundo. — Señaló a la ventana sin vistas—. La palmera delante de la puerta de la casa. El mar por la mañana.

Enterramos a Ma una fría mañana de invierno, con nieve cubriendo las lejanas Hottentots Holland Mountains y un cielo que lloraba sobre Simon's Town.

No se merecía ese final.

Se merecía que le hubiera llegado su hora estando sentada a la sombra de las palmeras, gritándole a la señora Hewson y mirando el sol ponerse sobre las olas curvas mientras el succulento *bobotie* que había hecho se calentaba en el horno.

ELLA HORROCKS ESTABA junto a la barandilla del transatlántico de la Union-Castle una hora antes del amanecer, contemplando la proa cortar el agua y provocar una pequeña ola delante del barco. Nunca antes había estado en mar abierto. Y era raro. Su padre estuvo en la Marina durante casi veinte años, pero ella no había tenido mucho que ver con el mar, aparte de alguna visita ocasional a Dartmouth o alguna excursión en el barco de su tío abuelo. Eso se debía parcialmente a que a su madre nunca le gustó el mar y prefería estar en Corbey. Déjale eso a tu padre, le decía a Ella. Necesita su ración anual de agua salada.

¡Pero esto...!

Ella echó atrás la cabeza y miró las chimeneas, de un rojo llamativo en contraste con un cielo que se iba llenando lentamente de luz. Una brisa fuerte le agitaba el pelo. ¡No le extrañaba que papá nunca se cansara de eso!

Si él pudiera estar allí...

Pero Ella estaba decidida a que ese viaje no fuera un velatorio.

Su propio padre se lo había dicho.

—Tienes que hacer algo por mí —le susurró, abrumado por el dolor—. Algo que tiene el potencial de traer felicidad y de cambiar vidas.

Se incorporó un poco, apoyado en las almohadas. La enfermedad lo había golpeado tan de repente que ella muchas veces se encontraba sin palabras, incapaz de comprender cómo su padre, tan alto y siempre saludable, se había visto mermado tan rápido. Primero fue el cansancio, después la palidez de su piel, aunque él decía que estaba bien, que no había nada por lo que preocuparse, que se encontraría mejor cuando ya estuvieran a bordo del barco.

—Podemos esperar hasta que mejores, papá —sugirió ella un día que los

dos estaban sentados en la biblioteca.

Sus manos, que antes eran tan fuertes, de repente se veían esqueléticas, llenas de venas.

—No, debemos ir este año. Debería haber ido antes...

Pero pronto quedó claro que él no podría hacer el viaje. Los dos lo sabían, incluso mientras hablaban, hacían planes para cuando estuvieran allí y leían sus bitácoras de guerra cada tarde bajo la letárgica luz otoñal. El médico dijo que a veces la enfermedad se presentaba así. Hombres en toda su gloria que se veían reducidos a la mínima expresión en muy poco tiempo. También estaba la guerra, claro. La herida de la cabeza. El trauma de ver morir a sus compañeros. A veces las cicatrices mentales se cobraban un precio físico muchos años después. Mamá, que llamó desde Escocia, dijo que sentía mucho oír que estaba enfermo y que seguramente era una cuestión de mala suerte más que algo que tenía que ver con la guerra, porque David había dejado todo eso atrás muchos años antes. Y prometió que iría a visitarlo la próxima vez que viajara al sur.

—¿Qué haga algo por ti? ¿A qué te refieres, papá? ¿Qué quieres que haga?

Él hizo una mueca e inspiró profundamente.

—Ve a Simon's Town y encuentra a Louise Ahrendts. Dale esta carta —la segunda que le devolvieron— y esa que acabo de escribir también —señaló a la mesita, donde había otro sobre.

Ella le cogió la mano y se la acarició.

—¿Y cómo voy a saber quién es ella?

Él sonrió. Sus ojos conservaban todavía su azul brillante de siempre.

—Será la mujer más guapa que te encuentres.

Ella le alzó la mano y se la acercó a la mejilla.

—¿Puedes contarme algo más? ¿Cómo era? Me encantaría saberlo, si no te causa demasiado dolor...

David se quedó mirando a Ella. Había llegado la hora.

—Era una chica de allí, de una familia malaya. Lo que los sudafricanos llaman una chica de color.

Ella se sorprendió.

—¿Y mamá lo sabía?

—No —afirmó categóricamente—, nunca le hablé a ella de la raza de Louise.

Ella le examinó la cara. ¡Qué intenso debió de ser su amor para que llegara a hacerle ignorar las convenciones! Él estaba casado, ella tenía la piel oscura. En esa época las parejas de dos razas diferentes ya casi estaban aceptadas, al menos en Inglaterra, pero entonces...

—¿Y su color iba a suponer un problema? ¿Es una de las razones por las que renunciaste a ella?

—¡No! —Un destello de enfado cruzó los ojos de David. Tosió, acercándose un pañuelo a la boca—. Quería casarme con Louise, traerla a Inglaterra. Su color no tenía importancia. Le pedí que me esperara.

«Oh, Dios, y yo nací en medio de todo eso», pensó Ella. Se levantó y se acercó a la ventana.

Se puso a mirar las estrellas que se veían entre las ramas desnudas de los robles. La luz de la luna se reflejaba, juguetona, en la gravilla del camino de entrada. Mucho tiempo atrás, hubo una pareja atrapada en un amor ilícito.

—Pero —se volvió y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja— al final renunciaste a ella.

—Sí. —David se hundió en las almohadas—. Decidí que un divorcio sería perjudicial. Os amaba mucho a ti y Corbey. No podía ponerlos en peligro. Así que le pedí a Louise que me perdonara y que hiciera su vida sin mí.

Ella volvió a sentarse junto a la cama.

No fue así.

Papá estaba maquillando la verdad para evitar que ella supiera que había renunciado a la mujer que amaba porque su esposa se negó a liberarlo. O tal vez (Ella reprimió una exclamación) porque ella lo amenazó con llevarse lejos a su hija recién nacida... Pero seguro que mamá no pudo ser tan dura.

—¿Y renunciaste a la Marina también?

—Sí —reconoció con voz ahogada.

Ella cogió un vaso de agua y se lo acercó a los labios. Él tragó con dificultad. Papá era un oficial admirado y condecorado. Había oído contar a su tío abuelo Martin que después de la guerra estuvo a punto de conseguir un puesto de alto nivel en el Almirantazgo. Seguramente todavía guardaba en secreto lo de su aventura en ese momento. Mamá probablemente utilizó el

potencial escándalo para obligarlo a que dejara la Marina también.

—¿Sabes si Louise te perdonó, papá?

David esbozó una sonrisa irónica y levantó una mano para tocarle la mejilla a su hija.

—Espero que tú puedas descubrirlo.

Ella asintió. Él cerró los ojos. Una pequeña vena azul le latía en la sien. Ni una sola vez le había oído decirle una palabra desagradable a su madre, a pesar de la frialdad que le demostraba ella. Ni una sola vez lo había visto con una mujer a la que amara de verdad.

—Ella —murmuró él, abriendo los ojos—, por favor, créeme cuando te digo que no tenía intención de traicionar a tu madre. Louise sabía que yo estaba casado. Lo de enamorarnos no entraba en los planes de ninguno de los dos. ¿Pero qué haces cuando encuentras a tu verdadera compañera, tu alma gemela?

Dormitorios separados, pensó Ella con tristeza. Los dos cumplían con todas las formalidades. Una vida gobernada por la cortesía en vez de llena de amor. Una caracola en la biblioteca.

—Iré a Sudáfrica, papá. Y la encontraré.

Los ojos de David le examinaron la cara.

—Dile que las cartas son mi último regalo. Que no debe llorar por mí. Y tú —buscó a tientas su mano— tampoco.

EL FINAL LLEGÓ RÁPIDO, mucho más rápido de lo que Ella esperaba. No estaba preparada para que fuera así.

En los días que siguieron a la muerte de su padre, Ella paseó mucho. Iba hasta el bosque de Corbey para sentarse junto al arroyo; subía por la ladera, entre los árboles cuyas hojas se estaban volviendo amarillas; recorría el camino de entrada para apreciar todo el esplendor de Corbey según se iba acercando. El vacío que siguió a la marcha de su madre le pareció un pozo muy poco profundo en comparación con el abismo que se abrió ante ella por la ausencia de su padre. La llamaron amigos de la universidad, algunos vinieron a visitarla incluso, pero todos estaban ocupados con sus carreras florecientes y deslumbrados por las brillantes luces de Londres. Al menos la responsabilidad de ser la dueña de Corbey la ayudó. Había decisiones que

tomar junto con el capataz de la granja sobre los ciclos de plantación y necesitó tranquilizar a los granjeros en alquiler asegurándoles que nada iba a cambiar con ella como dueña. Y también tuvo que ocuparse del funeral.

El vicario y ella eligieron unos himnos animosos y muy marineros para despedir a su padre. El vicario sugirió que utilizaran la iglesia del pueblo para que cupiera toda la gente que esperaban que asistiera, pero Ella insistió en que fuera en la capilla, así que pusieron sillas tras los bancos y algunas personas se quedaron de pie. La pálida luz del sol se filtraba por las vidrieras e iluminaba los jarrones de cristal que ella había llenado con perifollo verde silvestre, las flores favoritas de papá. El vicario, que era nuevo, recitó todo el historial de guerra de papá con orgullo y calificó su vida posterior en Corbey como un ansiado retorno a sus raíces. «Una vida libre de la controversia que la habría infectado si ella no hubiera nacido y David se hubiera vuelto a casar», pensó con un toque de irreverencia mientras estaba sentada en la primera fila. Si todos los que asistieron en el funeral supieran...

Elizabeth Horrocks Parker fue con su marido, le dio un beso a Ella en la mejilla, felicitó al vicario por su meticuloso panegírico y se fue justo después de la misa. Entre los que se quedaron hubo un gran contingente de antiguos oficiales de la Marina, a los que Ella no había visto nunca. Entre ellos había uno con un bastón, que le dio un abrazo a Ella y le dijo que su padre le había salvado la vida.

No llores, se dijo con todas sus fuerzas cuando despidió al último de ellos.

Honra su memoria.

Encuentra a Louise Ahrendts.

Después vuelve a casa y convierte a Corbey en el proyecto de tu vida.

Y, TRES MESES DESPUÉS, ahí estaba, con las bitácoras de guerra en la maleta para que le hicieran compañía, recorriendo la Costa de los Esqueletos en lo que papá había calificado de una búsqueda que tenía el potencial de traer felicidad y de cambiar vidas.

¿Cambiar las vidas de quién?

Contempló las vastas dunas del desierto del Namib y sus ondulaciones ocre que se extendían hacia el interior.

Él describió una vez ese mismo choque entre la arena y el mar como «el

azul y el marrón que se deshacen hasta diluirse en colores pastel y después, según se va a apagando el día, desaparecen en un blanco y negro neblinoso». Él había recorrido esa costa en un convoy, acompañando un cargamento de oro que iba en la dirección opuesta, por el Atlántico hasta Nueva York, y que estuvo a punto de conseguir arrastrar a los neutrales Estados Unidos a involucrarse en la guerra mucho antes, según dijo él, cuando en su travesía se encontraron con un buque de aprovisionamiento de combate alemán y el capitán le ordenó que preparara las armas. Los tenía a tiro, Ella...

Había una extraña intimidad en eso de seguir el mismo camino que él por el océano.

Y entonces se dio cuenta, con un entusiasmo repentino, de que ese viaje iba más allá de lo que era su deber como hija. Algo de lo que estaba pasando era más que una misión que tenía que cumplir en nombre de su padre. Lo sentía en el rumor de los motores que la llevaban al sur y en los lastimeros gritos de las gaviotas que anunciaban que estaban cerca de El Cabo. Tenía la extraña sensación de que no solo estaba buscando a Louise Ahrendts, sino también una parte esencial de sí misma.

El Namib fue desapareciendo poco a poco.

En un día más o menos quedó atrás la costa anodina y apareció Table Mountain en el horizonte, en medio de un amanecer con franjas de azul empolvado y albaricoque. Al este el sol, un semicírculo ardiente, asomó tras las colinas marrones.

Sudáfrica.

Se aferró a la barandilla. Los pasajeros se congregaron en la cubierta para ver la irregular península apareciendo ante sus ojos.

—¿Por qué viene a Ciudad del Cabo? —le preguntó uno de los jóvenes que quiso probar suerte con ella al principio del viaje.

Era bastante agradable, pero la conversación que había tenido con papá sobre almas gemelas se había quedado grabada en la mente de Ella. Era mejor esperar al indicado que perder el tiempo con talentos pasajeros.

—A hacer un proyecto de investigación —respondió Ella en un impulso. ¿Por qué no?

—¿Es escritora?

—No —rio, y ladeó la cabeza.

El joven señaló las montañas moradas que brillaban de puro esplendor mientras el barco se acercaba a Table Bay.

—Bueno, aquí hay de todo. Belleza. Crueldad. Humanidad. No le va a faltar material.

SAM ERA TODO lo que yo podía desear en un hijo. Listo. Leal. Comprometido. Y todo eso solo servía para darme más razones para no querer que siguiera allí, encadenado a mí o a ese lugar. Pero no le iba a contar lo de su padre, todavía no.

¿Tal vez antes de que se fuera? Pero entonces él lo sabría y David no y seguramente esa información supondría una carga demasiado grande para que la llevara sobre sus hombros él solo.

Muchas veces miraba a mi hijo y me preguntaba si había alguna parte de él que no fuera capaz de identificar, alguna inclinación o cualidad sutil que no pudiera atribuirnos ni a Piet, ni a mí, ni a sus abuelos, ni a El Cabo, que él creía que era su único lugar de origen. Sin que yo lo guiara hacia ello, a él siempre le había encantado la arquitectura inglesa y tallar madera. Muchas veces quise decirle que esa atracción no me resultaba del todo inesperada.

—Sam —dije una noche en que el calor envolvía Ocean View como un edredón pegajoso y los escarabajos emitían su ruido seco—, quiero contarte algo.

Él se acercó y se sentó frente a mí a la mesa de la cocina. El pelo oscuro (la única similitud evidente con Piet) le caía sobre la frente. Acababa de cumplir veintitrés años. Yo a esa edad ya me había enamorado, pero Sam era un solitario. Había habido un par de chicas, pero nunca le duraban. Tal vez eso era lo mejor, dadas las esperanzas que tenía yo para él. Podría empezar verdaderamente de cero si no tenía que dejar nada atrás.

—Ya casi he ahorrado bastante para comprarte un billete para que te vayas de África. Un billete solo de ida.

Dio un respingo, pero durante un momento no dijo nada. Aunque vi una chispa en sus ojos. Cuando era pequeño traía a casa de la biblioteca libros con

fotos de canoas talladas a partir de un solo tronco de árbol o de paneles con intrincadas decoraciones de algún salón de Londres. Y en sus ojos se veía entonces la misma chispa.

—Ma... —empezó a protestar.

—¡No! Escúchame. —Me incliné hacia delante y le envolví las manos con las mías—. Tienes que salir de aquí. No quiero verte hundido o arrestado por alguna cosa sin importancia. Los hijos de Vera están teniendo muchos problemas en Grassy Park. Te podría pasar a ti también.

—Pero ¿y tú?

—Yo tengo un trabajo. Me las arreglaré. Tú eres el futuro, Sam, y el futuro no está aquí —aseguré señalando con la mano el oscuro piso.

Él se levantó y fue hasta la ventana, buscando unas vistas que no teníamos.

—No puedo dejarte. —Se giró para mirarme fijamente. En sus ojos oscuros se veía una expresión sombría—. Tú mereces salir de aquí también. Piénsalo, Ma. —Regresó a la mesa—. Tienes la experiencia suficiente para encontrar un buen trabajo en otro país, podrías venir conmigo. Ahorraremos un poco más hasta que tengamos para dos billetes.

—Yo no me puedo ir —reconocí en voz baja—. Es por tu abuelo.

Y por el mar, quise añadir. Y las montañas. Y los ecos de David. Incluso después del desalojo, ¿cómo podía abandonar el mundo que me había convertido en quien era?

Él se inclinó y me abrazó. Sentí que su pecho se estremecía y noté su mejilla húmeda contra la mía.

—Mi vida está aquí, Sam. —Me separé de él y le sonreí, aunque yo también estaba llorando.

Se sentó en otra silla a mi lado y se limpió los ojos.

Apoyé la mano en su brazo y me esforcé por recuperar el control. No debía verme llorando otra vez.

—Pero tienes que tener cuidado —advertí—. No les digas nada a tus amigos, sobre todo a Benji y a los Phillips. Pide un pasaporte sin que nadie se entere. Diles a las autoridades que has ahorrado para irte de vacaciones al extranjero. Después piensa adónde quieres ir, Sam. Encuentra un país en el que puedas trabajar.

Él asintió. Sentí que su entusiasmo crecía.

—Prepara un currículum. Hazles fotos a tus tallas, escribe cartas. Solo tienes una oportunidad.

Habría suficiente dinero para unas dos semanas de alojamiento modesto y comida.

Después tendría que arreglárselas solo.

NO LE DIJE A Sam que si elegía Inglaterra le daría la dirección de David, pero solo para utilizarla como último recurso. Le diría que David era un contacto lejano de los tiempos de la guerra. No quería que Sam fuera una carga, ni una fuente de tensión renovada entre David y Elizabeth Horrocks. No podía permitir eso, ni siquiera después tanto tiempo.

David no sabía que tenía un hijo.

**E**LLA SE PASÓ la mayor parte del viaje en el tren desde Ciudad del Cabo pasando de un lado al otro en el vagón vacío. A la derecha había una cordillera de montañas cubierta de bosques verdes; a la izquierda, una sucesión de bonitos barrios residenciales; a la derecha, más allá, un valle repleto de viñas; a la izquierda, las orillas arenosas de un pequeño arroyo...

—Disculpe, señorita, ¿su billete?

—Oh, perdón. —Ella buscó en su bolso y se lo dio.

—¿Es la primera vez que nos visita, señorita? —preguntó el revisor.

—Sí. ¡Y es todo tan bonito!

—Esto no es nada —dijo el hombre sonriendo mientras seguía su camino—. Más al sur es mejor.

El tren giró un recodo y ahí estaba, esa enorme herradura azul que era False Bay, bordeada de montañas grises y verdes. A partir de ahí se quedó pegada al lado del mar mientras el tren seguía avanzando, dejando atrás pequeñas medialunas de arena en las que había casetas de playa pintadas de colores llamativos y cruzando puentes bajos que estaban solo unos centímetros por encima del agua. Unos pueblos muy bonitos salpicaban la costa por encima de la vía del tren.

St James, Kalk Bay, Fish Hoek, Glencairn.

Sacó la cabeza por la ventanilla, cerró los ojos y dejó que la humedad le salpicara la cara. Se imaginó el buque de guerra de David navegando por esas mismas aguas, con sus heridas de batalla, desesperado por llegar a un puerto seguro.

EN 1941 DAVID ESCRIBIÓ:

Gracias a Dios por Simon's Town.

Vientos huracanados. Olas enormes. Alertas constantes. Un petrolero torpedeado cuyos supervivientes hemos recogido. Necesitamos tierra firme. Y dormir una noche entera.

EL PUERTO APARECIÓ AL otro lado de un cabo, rodeado por una protectora envoltura de montañas que tenía Simon's Bay a sus pies, tranquila, salpicada solo por unos cuantos barcos. Un grupo de los mástiles más altos se elevaba por encima del muro del puerto. Había banderas ondeando sobre el embarcadero.

—¡Fin de la línea! ¡Bajen todos!

Ella bajó del tren con una extraña sensación de familiaridad.

«Mira arriba, ¡siempre arriba», le había dicho su padre.

«El pico más alto es Simonsberg, y si el viento viene del sudeste, es posible que haya alguna nube enroscada alrededor de su cumbre».

Sonrió. Un viento bastante fuerte estaba envolviendo el pico con una tira algodonosa de nubes.

Cogió su maleta y se dirigió a St George's Street. La calle estaba flanqueada de edificios immaculados de la era victoriana. Había casas encaladas encaramadas en las verdes laderas de la montaña. Se veía una enorme bandera en el jardín del Almirantazgo, que tenía una placa de bronce en la puerta. En la calle, una marea de obreros negros y de color la esquivaban hábilmente en su camino hacia la estación donde, seguramente, pronto el tren giraría y enfilaría el viaje de vuelta.

—Ah, señorita Horrocks —la saludó el recepcionista del hotel Lord Nelson—. Bienvenida a Simon's Town. ¿Ha tenido un viaje agradable?

—Sí, ha sido maravilloso.

—Espero que disfrute de su estancia. —El recepcionista examinó el pasaporte de Ella y se lo devolvió—. Y no dude en pedirnos cualquier cosa que necesite. Si quiere ver la ciudad, le recomiendo que la recorra a pie. Es la mejor forma.

—Gracias.

—Y no corre ningún peligro por ir caminando sola. Ya no hay maleantes por esta zona.

Y, POR LO QUE vio Ella después, mientras observaba el continuo éxodo que iba desde unas puertas de hierro decoradas hasta la estación de tren, quedaban muy pocos residentes permanentes entre el personal que trabajaba allí. Todos hacían el pesado viaje diario de una comunidad expulsada.

Caminó por una plaza bien proporcionada y vacía, rodeada de palmeras. Un muro bajo desembocaba en los bajíos de la bahía. Había unos cuantos barcos y lanchas atracados a sotavento de la montaña. Más allá, las superestructuras de los barcos de la Marina asomaban entre los edificios de piedra del astillero. Se sentó en el muro con los pies colgando. El sol de la tarde le arrancaba destellos al agua. El viento agitaba las palmeras y notó que traía un olor refrescante.

Era exquisito... y a la vez perturbador.

Mientras volvía con prisa al hotel por una calle en silencio, pensó que tal vez todo aquello era demasiado para digerir en un solo día: el dramatismo de Table Mountain y la delicada pero reducida ciudad que había al final de la península, donde todos los salones de té que vio eran inequívocamente solo para blancos.

«¿Que cómo es Sudáfrica?—. Papá repitió su pregunta e intentó resumírselo—: Hermosa. Acogedora. —Dudó y después sonrió—. Desafiante».

**A**NTE LA PERSPECTIVA de marcharse de allí, Sam recuperó la energía. Sus pasos adquirieron un nuevo brío. Pudo solicitar el pasaporte sin levantar sospechas. Aparentemente las autoridades no tenían ningún problema en que los jóvenes viajaran al extranjero, siempre y cuando no causaran problemas cuando volvieran a casa. No se podía importar la libertad junto con los souvenirs.

Otros jóvenes ya se habían ido también.

La hija de Vera, Sandra, se fue a Johannesburgo, donde esperaba hacer carrera como actriz y que después alguien se la llevara a Hollywood, donde sin duda le esperaba la fama y la fortuna. Merecía la pena intentar seguir cualquier camino que desembocara en el mundo exterior, incluso el que había elegido la hija de los Phillips, de la que no habíamos vuelto a saber. Nadie hablaba de ella.

—No quiero dejarte aquí, Ma —me decía Sam a menudo, en voz baja, mientras recorríamos un camino polvoriento que llevaba a un lugar por encima de los apartamentos desde donde se podía vislumbrar el mar.

—No seas tonto. Cuando encuentras algo que amas, hay que hacer lo que sea necesario para conservarlo. Y perseguirlo, incluso aunque signifique dejar lo que conoces.

Yo me imaginé una vez yéndome, dejándolo todo.

El hogar. La familia. El país.

Las calas que florecían en invierno y las clivias naranjas que coloreaban la primavera.

¿Debería decírselo a Sam?

¿Tenía derecho a dejarlo sin saber quién era su padre el resto de su vida? Eso significaría negar para siempre al hombre que le dio la vida, un hombre

mucho mejor que el pobre y desgraciado de Piet. No podía ni pensarlo. Mi pérdida (aunque me atravesara cada vez que cambiaba el viento o cuando veía algo de David en los ojos de mi hijo) no debía interferir en ese asunto.

Sam debía conocer la verdadera identidad de su padre.

Debería decirle a David que tenía un hijo.

—Ofrecen formación como aprendiz en Inglaterra, Ma —dijo Sam, más alegre, mientras bajábamos de vuelta a Ocean View—. ¿Crees que aceptarán extranjeros?

Cualquier contacto en el extranjero, por lejano que fuera, sería vital para Sam. Cómo desarrollaban su vínculo padre-hijo ya era cosa suya. Y de Elizabeth Horrocks. Vi que Sam sacudía los brazos; estaba entusiasmado, pero no quería demostrarlo. Sería un *shock* cuando se lo dijera. Pero tal vez le serviría para confirmar una sospecha insistente que era posible que tuviera desde hacía años. Cuando Piet empezaba con sus acusaciones, yo intentaba que Sam no se enterara, pero seguro que se había preguntado alguna vez por qué su padre me decía constantemente que lo había engañado.

Me detuve y le eché un último vistazo a la línea plateada del Atlántico, que iba a romper en la playa de Noordhoek. Desde allí no oíamos nunca el ruido de las olas, ni aunque el viento soplara en nuestra dirección.

Me sentía fuera de lugar en Ocean View.

¿Se había sentido Sam así toda su vida?

L A BRISA SE calmó al día siguiente, permitiendo que el calor cubriera, inmóvil, la ciudad. Lo que quedaba de las nubes que había junto a la cumbre de Simonsberg se disolvió. Ella cogió el sombrero, uno de los diarios con las bitácoras y salió.

«Camina por St George's Street, junto al alto muro de piedra, y párate bajo uno de los pilares del viejo funicular. Levanta la vista y sigue la ruta que traza por la montaña».

Ella se detuvo y miró hacia arriba.

«A la izquierda, por encima de la casa más alta, verás las salas rectangulares del Hospital Naval (si es que todavía no se las han tragado los *fynbos*)».

Ella sonrió. Ahí estaban. Todavía visibles, a pesar de la exuberante vegetación.

Cruzó la carretera, subió un tramo de escalones, llegó a Cornwall Road y después ascendió por un empinado sendero y dejó atrás una caseta de guarda, anexa al edificio y cerrada con tablas. Unos arbustos que tenían unas flores tiesas y cónicas crecían sin control entre los edificios. Salían hierbas de las grietas del asfalto.

—Lleva más de diez años cerrado —le dijo el recepcionista con una mirada curiosa cuando Ella preguntó antes de salir—. Allí no hay nada que merezca la pena. Sería mejor que fuera a visitar el museo.

Varias de las salas se habían convertido en casas y en sus porches cercados había tumbonas ladeadas para disfrutar de la vista. Pero había otros edificios allí que no estaban ocupados, aunque sí muy bien cerrados. Mirando por una ventana llena de polvo, Ella vio una polea fijada al techo. La lavandería. Y sobresaliendo entre la maleza encontró los restos de un sistema

de carritos que conectaría las salas de abajo con las de arriba, seguramente para transportar comida o suministros. Se agachó cuando un par de pájaros escandalosos pasaron como centellas sobre su cabeza.

«¡No te podrías creer la variedad que hay, Ella!

Aves azucareras con colas como banderines. Diminutos suimangas de unos colores que parecen piedras preciosas».

—¿Puedo ayudarla en algo? —Un anciano negro apareció por una esquina del edificio—. Está usted en terreno de la Marina.

—Disculpe, ¿estoy allanando el lugar?

El hombre sonrió.

—Un poco. ¿Busca algo, señora?

Ella lo miró de arriba abajo. Anciano, pero limpio, con ropa de color caqui. Tal vez era la persona que cuidaba la propiedad.

—Estoy buscando a alguien. Una enfermera que trabajó aquí durante la guerra.

El hombre negó con la cabeza.

—Cerraron este sitio hace mucho. Todas volvieron a Inglaterra.

—Era una enfermera de Simon's Town.

—Aquí solo había enfermeras inglesas, señora.

—¿Ninguna persona... de la zona trabajó aquí entonces?

—Había limpiadoras —dijo el hombre encogiéndose de hombros—. Y gente en la cocina.

—Ah, ya veo.

—Tiene que irse, señora —pidió el hombre con un gesto de la cabeza—. A veces los babuinos vienen por aquí y molestan a la gente.

—Gracias —contestó Ella con una sonrisa—. Adiós.

Empezó a surgir un patrón ante sus ojos.

Al día siguiente, en la oficina de correos de St George's Street le dijeron que no tenían una dirección de reenvío para el correo de los residentes que habían sido desalojados de Simon's Town. El hombre aburrido que había tras el mostrador le dijo que no había registros oficiales, que podían haberse ido a varias zonas: Ocean View, Grassy Park o alguna de las ciudades de la zona de Cape Flats. Y que la señorita debería preguntar allí. O llamar a los cientos de Ahrendts que había en la guía telefónica, teniendo en cuenta que la

mayoría de las familias más pobres no se podían permitir un teléfono. Además estaba el obstáculo de que la persona que ella buscaba se podía haber casado y por lo tanto tener otro apellido.

Un patrón de interés educado y posterior rechazo, emitido con la misma educación.

El grupo de historiadores locales, aunque encantadores y deseosos de ayudar, no tenía listas del personal del Hospital Naval. Eso se guardaba en Gran Bretaña, dijeron. Pero en cualquier caso, ninguna enfermera mestiza podría haber trabajado en el hospital. El padre de Ella debía de haberse confundido. Tal vez era limpiadora, sugirieron casi disculpándose. O trabajadora de la lavandería.

Ella cambió de táctica: ¿y adónde iría una enfermera que no era británica cuando cerró el hospital?

Había varios hospitales en la zona de Ciudad del Cabo. Si era de color, probablemente habría ido a Cape Flats, la amplia planicie que alojaba a la población no blanca. Pero algunas zonas estaban restringidas. Y la señorita Horrocks tendría problemas para que le permitieran el acceso a los registros de empleados del gobierno para una consulta privada.

Pero ¿no le apetecía a la señorita Horrocks unirse al comité para tomar el té? Estaban deseando oír hablar del historial naval de su padre. El astillero de Simon's Town reparó más de 170 barcos durante la guerra. Sus escudos estaban pintados en la pared del dique seco, un lugar cerrado al público, por supuesto. Pero buscarían el barco o barcos de su padre en sus listas.

*Durban*

*Achilles*

*Dorsetshire*

*Cumberland*

ELLA RECORRIÓ ST GEORGE'S Street de nuevo, dejó atrás el extremo donde estaban las tiendas, y subió una leve pendiente. De vez en cuando pasaba algún coche. Casas bonitas, jardines bien atendidos con vistas a la bahía.

«Sigue caminando hasta más allá de donde acaba el muro del astillero. Busca ese pilar blanco que es el faro. Llegarás a un reducido grupito de casas

de pescadores que está justo encima de una playa que tiene unas rocas lisas que sobresalen de la arena.

Ve temprano, cuando el sol no luzca con demasiada fuerza y los cormoranes todavía planeen sobre las olas.

Ahí fue donde le dije a Louise que la quería...».

Ella giró y bajó por una carretera que tenía un cartel que ponía: «Seaforth».

Seguramente alguna vez hubo pescadores viviendo allí, pero ya no. La vegetación indomable invadía las ruinas abandonadas, aunque en algunos lugares habían limpiado la zona para hacer sitio a nuevas casas elegantes. Cruzó una zona de hierba y bajó a una playa desierta. La marea estaba baja. Se quitó los zapatos y fue hasta el agua. Conchas, rotas por la marea, formaban un collar que marcaba la línea de la marea. El agua estaba fresca y asombrosamente clara. Unos peces diminutos nadaron junto a sus pies. La próxima vez se traería el traje de baño. Se podía cambiar en uno de esos tupidos bosquecillos.

«Te quiero, cariño.

¿Qué podemos hacer...?»

—¿SEÑORITA HORROCKS? —EL DIRECTOR del grupo de historiadores la llamó por teléfono para decirle que en el hospital de False Bay, que estaba en la ladera que había por encima del Almirantazgo, tal vez podrían decirle dónde estaba empleada en ese momento Louise Ahrendts. Sería el destino lógico para una enfermera que buscara trabajo en la localidad diez años atrás, explicaron. Sobre todo si, como decía la señorita Horrocks, había trabajado antes en el prestigioso Hospital Naval.

PERO ANTES DE ESO llegó la Marina Sudafricana, encarnada en la persona de un sospechoso oficial de relaciones públicas que apareció después de que ella se pusiera a hacer preguntas en la puerta de la reina Victoria.

—¿Por qué quiere usted saber cosas sobre el Hospital Naval y su personal? —exigió saber. Hablaba con un fuerte acento afrikáans—. El lugar se cerró hace mucho tiempo, después de la devolución de Simon's Town a Sudáfrica.

—Siento molestarle —dijo Ella sonriendo de forma encantadora—, pero intento encontrar a una enfermera que trabajó ahí antes de que cerrara.

—Bueno... —El hombre se rascó la cabeza—. No tenemos registros del personal de la Marina británica. Debería haberlos comprobado en su país antes de viajar, señora.

—Pero cuando cerró el hospital, seguramente al personal local le dieron algún tipo de compensación, ¿no? —Dudó—. Como parte del Acuerdo de Devolución.

—¿Cómo sabe eso?

—Mi padre estaba en la Marina británica. —Ella se quedó pensando un momento para elegir bien sus palabras—. Él conocía los términos del Acuerdo.

—¿Lo que busca es hacer algún tipo de reclamación, señorita?

—No —rio Ella con todo el humor que pudo reunir—, solo esperaba que aquí tuvieran los datos de contacto de las personas que despidieron. Esos datos podrían servirme para encontrar a esa enfermera que busco.

Él se levantó, rodeó su mesa y abrió la puerta.

—Lo siento, señora. No puedo proporcionarle esa clase de información.

—Ya veo. Gracias por su tiempo.

Su mirada se posó en la cámara que llevaba ella y negó con la cabeza.

—No puede hacer fotografías de ninguna de las instalaciones de la Marina, señora, ni siquiera las que se ven en la costa. —Después de la advertencia le explicó que tales fotografías supondrían una infracción de seguridad y que podrían provocar que la detuvieran por violar varias leyes dictadas para luchar contra el comunismo—. Que tenga unas vacaciones agradables, señorita Horrocks. Vaya a Cape Point para ver el lugar donde se encuentran los océanos Atlántico e Índico. Intente ver delfines en la bahía. Es la mejor época para esas cosas.

ELLA SE DIJO QUE eran solo los primeros días. Que no debía reaccionar exageradamente ante esos rechazos educados en cuanto mencionaba que buscaba a alguien que no era blanco, ni ante la sensación de que estaba interfiriendo en asuntos que no podía entender y que no deberían preocuparle que todos estaban intentando transmitirle. Pero lo peor era darse cuenta de

que la historia (la de verdad, la historia viva, no esa asignatura que odiaba en la universidad porque hablaba de cosas que quedaban demasiado lejos y que eran muy aburridas) allí se estaba borrando a la vista de todos y, lo que era peor, cuando todavía quedaba gente viva que guardaba recuerdos de ella. Cualquier cosa anterior al *apartheid* o que chocara con su principal objetivo, que era la segregación, se rechazaba. Tanto si de lo que se trataba era de una sola mujer desalojada como de una comunidad entera, lo que estaban haciendo era purgar todo lo que les convenía de los registros públicos, como si cualquier contribución de esa gente fuera tan insustancial como la de la niebla que aparecía sobre el mar cada mañana y después se disolvía.

—Que tenga unas vacaciones agradables... —gruñó entre dientes mientras volvía a la puerta de la reina Victoria. Pero deje usted de hacer preguntas, estaba implícito.

Al menos ellos no podían decidir lo que Ella leía.

Bitácora de guerra

48 grados 10 minutos norte, 16 grados 12 minutos oeste

No odio al *Bismarck*, pero no puedo negar que esto es venganza.  
Una venganza amarga y sangrienta.

Por el *HMS Hood* y el *HMS Royal Oak* . Por Tompkins, Owen y Nott del *Achilles* . Y por muchos otros.

Si esto es lo que hace falta, nosotros acabaremos el trabajo.

—SU TÉ, SEÑORITA HORROCKS.

Estaba sentada en el porche del hotel, leyendo. El camarero de color del hotel le trajo una bandeja. Acompañaban al té unos pastelitos recién horneados en una cestita de mimbre. A diferencia del oficioso oficial de la Marina o el aburrido hombre del mostrador de correos, ese camarero de color se había mostrado indefectiblemente preocupado por ella y le advertía de que no pasara mucho tiempo al sol a mediodía o que no fuera por ahí sola por la noche. *Skollies*, —decía, mirando hacia lo alto de la montaña—. No tienen respeto, señora».

—Gracias. Qué buena pinta tienen.

Lo miró mientras el hombre volvía adentro.

¿Cómo se las puede arreglar alguien en un lugar en el que los prejuicios y la generosidad están todo el tiempo rozándose?

«Tienes que hacer algo por mí».

Las cartas estaban en su bolso. Papá contaba con ella. Si el hospital de False Bay resultaba ser un callejón sin salida, seguiría buscando. Lo siguiente serían los hospitales y las clínicas de las zonas para la gente de color.

Pero primero iba a ir a Ricketts Terrace.

SAM IBA ANDANDO por la carretera hacia la ciudad. Acababa de terminar un trabajo en Murdoch Valley, por encima de la ruta serpenteante que llevaba a Smitswinkel Bay y Cape Point. A Sam le encantaba esa parte de la costa. Estaba más virgen que el lado de la ciudad y tenía unos enormes acantilados de arena que a veces perdían grandes trozos de alguna de sus caras que caían al mar. Le gustaba también mirar a los pingüinos, que vivían entre los arbustos por encima de Boulders Beach y se zambullían en el mar todas las mañanas para nadar algo más adentro y buscar pescado en la bahía. Unas focas gordas, que tomaban el sol en las rocas que había en tierra, a veces se arrastraban al agua para perseguirlos cuando pasaban.

Era posible que hubiera más trabajo en la misma casa, un armario que necesitaba una reparación, así que Sam había prometido volver al día siguiente. No era gran cosa, ni tampoco algo que le supusiera un desafío, pero cualquier trabajo era mejor que nada en ese punto. Necesitaba ahorrar todo lo posible para tener dinero que llevarse a Inglaterra, que se había convertido en su destino predilecto. Había escrito cartas solicitando plazas de aprendiz y llegó una respuesta diciéndole que podía presentarse y que tal vez le dieran una oportunidad si tenía buenas capacidades. Se había asegurado de especificar en las cartas cuál era el color de su piel, porque un sudafricano blanco que solicitara un puesto así no tendría ninguna oportunidad.

¡La discriminación contraria!, pensó Sam divertido. Lo juzgarían por la habilidad de sus manos, ¡aunque su color en este caso tal vez resultaría ser una ventaja!

Pero su verdadero miedo residía en la perspectiva de tener que dejar atrás a Ma. Dios sabía qué otras restricciones tenía reservadas el gobierno para los que no eran blancos. Pero Sam sabía que ella hacía bien en empujarlo: tal vez

esa era su única oportunidad de convertirse en alguien. Si él fuera el padre y Ma su hija, habría hecho lo mismo.

Entornó los ojos para mirar Simonsberg. Un cielo claro. Y sin viento, ni gota. Si siguieran en Ricketts Terrace, habría ido a convencer a Ma para que fuera con él a Seaforth a darse un baño antes de que anocheciera. Ma adoraba el mar y nadaba atravesando las olas como una adolescente.

Recorrió St George's Street a buen paso.

La policía no tardaba en sospechar que eras un vagabundo si parecía que ibas por ahí sin rumbo.

Llegó a Alfred Lane y miró la mezquita.

¿Por qué no?

Ma y su abuelo no habían vuelto nunca, pero a él le gustaba ver de vez en cuando su antigua casa, incluso aunque estuviera en ruinas. Le recordaba los tiempos felices en los que Pa estaba sobrio, Ma se reía más y el abuelo Solly le dijo por primera vez que tenía talento para trabajar con la madera.

Las palmeras seguían allí, pero los troncos ya no estaban arreglados y las hojas viejas arrastraban por el suelo como huesos rotos. Un par de estorninos salieron de una maraña de vegetación y pasaron junto a su cabeza. Algunas casitas estaban en mejores condiciones, pero la de los Phillips estaba en ruina total. Un grupo de chumberas estaba arraigando en el lugar donde antes estaba la cuerda de tender de Ma. Pero las vistas...

Sam se detuvo.

Había una chica sentada en el muro.

ELLA NO HABÍA IDO inmediatamente a Ricketts Terrace (o lo que quedaba del barrio). Antes de enfrentarse a acontecimientos más recientes, quería empaparse del ambiente de la ciudad e intentar recrear en su mente la base naval británica a partir de las palabras de su padre. El barrio abandonado sería una visión deprimente y algo que habría preferido ver solo después de encontrar a Louise viva y bien.

Pero ya llevaba allí casi una semana y seguía sin encontrar ni rastro de Louise.

No podía posponerlo más.

Tenía que enfrentarse al barrio.

«Escucha la llamada del muecín cuando el viento sople en tu dirección.  
La mezquita seguirá allí, Ella.

Los lugares de culto son las únicas estructuras que se han librado de la demolición».

Al final, una tarde gloriosa (¿había todavía en esa parte del mundo tardes que no lo fueran?), recorrió St George's Street y pasó la hilera de negocios familiares (Runciman's, Sartorial House) hasta que encontró Alfred Lane. Al final de esa calle había una mezquita pequeña y elegante. Subió por la carretera y giró a la derecha. Unas palmeras descuidadas se inclinaban sobre una hilera de casas derruidas que una vez estuvieron pintadas de blanco. Pasó por encima de un pequeño arroyo y siguió por un camino de tierra. Aunque solo estaba unos cien metros por encima del centro de la ciudad, en ese lugar reinaba un silencio absoluto. Un silencio extraño. Las malas hierbas campaban por la base de los muros en ruinas. Varios tejados se habían hundido y se veían sobresaliendo en ángulos extraños por encima de lo quedaba de la casa. Una cuerda de tender caída asomaba entre la agreste vegetación. Desde un umbral graznaron un par de pájaros tan negros que parecían cubiertos de grasa. La ladera de la montaña ascendía, empinada, detrás.

Ricketts Terrace.

Las palabras del sobre de la carta que le habían devuelto a su padre resonaron en la cabeza de Ella.

«Ya no vive ahí». «Dirección desconocida».

—¿A quién conoces en Sudáfrica, papá? —recordó haberle preguntado sin prestar mucha atención, mirando por encima del hombro.

Había un palo clavado en el suelo, pero el cartel con el nombre de la calle ya no estaba.

Un dolor, profundo y agudo, le atenazó la garganta a Ella.

¿Lo sabría él si ella no conseguía cumplir su misión?

Se sentó en el muro derruido de la casa del extremo de la hilera y contempló las estupendas vistas. Se veía el patrón ordenado de los edificios de piedra del astillero. Más allá del muro del puerto, el mar era un cobertor de satén que llegaba hasta las lejanas montañas. Mientras ella miraba, un remolino de aire pasó sobre la superficie como la caricia casual de una mano.

¿Cómo podía sobrevivir alguien a la pérdida de algo como eso?

DEBERÍA IRSE.

Era blanca.

Lo último que necesitaba en ese momento, cuando le quedaba tan poco para escapar, era que encontraran alguna razón para acusarlo de algo.

—¡Espera! —lo llamó la chica cuando estaba a punto de irse—. ¡Espera, por favor!

Él se giró. No era sudafricana, su acento era británico. Era rubia y muy guapa y llevaba un sombrero flexible para protegerse del sol. Se acercó a él. Su vestido blanco revelaba una constitución delgada.

—Perdone, ¿conoce este lugar? ¿Conoce a la gente que vivía aquí?

Dudó. ¿Sería algún tipo de activista? Eso tampoco le venía bien. Cualquier contacto cuestionable y le negarían el pasaporte. O le enviarían una orden de detención, como le había ocurrido hacía poco a Benji y a varios de los comunistas. Arresto domiciliario. Sin mantener contacto con nadie, mucho menos ver a amigos en el exterior. Según la ley, eso se consideraba «una reunión ilícita».

—Por favor. —La chica se estaba retorciendo las manos—. Estoy intentando encontrar a una familia que vivía aquí. Mi padre los conoció en la época de la guerra. No sé adónde han ido.

—¿Y por qué quiere saberlo?

Ella suspiró y miró a la bahía.

—Mi padre estuvo enamorado de una mujer de aquí. Quería volver para encontrarla, pero murió antes de que le fuera posible. —Miró a Sam. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Él se la quedó mirando.

—¿Cómo se llamaba?

—Ahrendts. Louise Ahrendts.

Sam se sentó en el muro, se pasó las manos por el pelo e intentó ordenar sus pensamientos, que iban a mil por hora. Su padre, en un momento de autoconmiseración, gritó una vez que Louise nunca había dejado de amar a un oficial y que cómo podía competir él con eso. La abuela, al oír la conmoción, sacó rápidamente a Sam de la habitación. Cuando le preguntó a

Ma, ella solo le dijo que estuvo conociendo a alguien un breve tiempo durante la guerra, pero que era algo que no podía ser y que después volvió con Piet. Nunca se le ocurrió a Sam que el oficial pudiera ser blanco y británico...

—¿Se encuentra bien? —Ella se agachó para examinarlo—. Hace mucho calor...

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien.

La chica se sentó a su lado. Un remolcador expulsó una voluta de humo y se dirigió a su atracadero, con una estela en forma de uve formando pequeñas olas tras él.

—Es más bonito de lo que imaginaba —dijo entre dientes.

Él la miró. No estaba sentado a menudo al lado de chicas blancas guapas. Aunque más bien era que las chicas blancas guapas no querían estar sentadas a su lado.

—Debería verlo por la noche —contestó—. La montaña y el mar adquieren diferentes tonos de gris. A veces se ven delfines saltando para seguir la luz de la luna por el agua.

Lo miró encantada y sonrió. Ella era diferente. Más natural que las chicas que conocía, por ejemplo Sandra Meintjies y sus poses. Una pequeña barca de pesca salía desde Long Beach. La miró mientras cruzaba las rompientes, esperando una señal para saber si debía ser sincero con esa chica o no. Pa solía salir remando siempre desde ese mismo lugar, tirar la red y después arrastrar la captura hasta la costa. Pa, que sabía lo del padre de esta chica.

—¿Puede ayudarme a encontrar a Louise Ahrendts? Mi padre le escribió, pero le devolvieron las cartas. —Hizo un gesto para señalar las casas en ruinas.

—¿Por qué quiere encontrarla?

—Quiero honrar la memoria de mi padre. —Tragó saliva y después levantó la barbilla—. Y darle sus cartas. Pero nadie sabe darme ninguna pista. Y no hay dirección de reenvío para la correspondencia.

La barca se detuvo. Sam distinguió en la superficie del agua, durante un segundo, la cuadrícula que dejaba la red al empezar a hundirse en el mar.

—Querían que desapareciéramos. Querían borrar toda señal de nosotros.

—¿Nosotros? ¿Vivía aquí? —Lo miró fijamente.

La barca empezó a dirigirse a la playa. Recordó el roce de los remos contra las palmas de cuando era pequeño y su padre lo llevaba en la barca.

—Sí. Y Louise Ahrendts es mi madre.

La chica se tapó la boca con la mano y se giró para mirar a la bahía. No dijo nada. Él la miró de reojo: estaba llorando en silencio y las lágrimas le rodaban por las mejillas pálidas.

—No llore, por favor —dijo tocándole el brazo con cuidado.

Ella se limpió la cara y esbozó una sonrisa.

—Lo siento. —Buscó en un bolso de tela y sacó un pañuelo de papel con el que se sonó la nariz.

—¿Cómo se llama?

—Ella. Ella Horrocks.

—Yo soy Sam Philander.

Ella lo miró, le examinó la cara y volvió a meter la mano en el bolso.

—También tengo esto. Estaba en la mesa de mi padre.

Le enseñó una bonita concha con aristas. Una caracola.

Era igual que la que tenía Ma en su mesita de noche.

ELLA CENÓ SOLA en una mesa de un rincón. Invitó a Sam Philander a cenar con ella, pero él la miró con expresión rara y le dijo que no podía comer con ella en el hotel porque iba contra la ley. Que ese lugar solo servía a blancos. Entonces ella se dio cuenta de que había sido una suerte que se hubieran encontrado en su antiguo barrio y hubieran podido hablar. Allí nadie los había visto infringiendo la ley que se aplicaba a las interacciones entre los blancos y los de color en lugares al aire libre, con comida o sin ella.

Mientras el sol se iba hundiendo por el oeste, Sam le contó que su padre había muerto y que su madre, su abuelo y él vivían en pisos contiguos en Ocean View, a unos kilómetros de Simon's Town. Aunque era obvio que no había nadie más por allí cerca, Sam parecía nervioso todo el tiempo y no quería mirarla directamente, prefería dirigir la mirada hacia el mar o la montaña.

—Yo soy carpintero —le contó—. Restauro muebles y hago tallas.

Ella miró sus manos: grandes, de dedos fuertes, con la piel dorada.

—Siento lo de tu padre, Sam. Y lo del desalojo.

Cuando se atrevió a mirarla, a ella le sorprendieron sus ojos. Papá había dicho que Louise tenía los ojos de color marrón, almendrados. Sam Philander los tenía de un profundo azul acero. No eran hostiles, pero sí cautos. Con el pelo oscuro, esos ojos le daban una apariencia un poco intimidante. Era el tipo de hombre que querías tener de tu lado.

—Mi padre murió hace dos meses, de cáncer. Y, no sé por qué, pero en sus últimas semanas fue como si la enfermedad lo liberara. Antes nunca había hablado, pero entonces empezó a contarme cosas de la guerra, del papel que desempeñó en la operación contra el *Bismarck*, del hundimiento de su barco frente a Ceilán.

«Un sorbo de agua y una galleta por persona.

El rescate llegó el segundo día, tarde, justo cuando la esperanza (y el agua) casi se habían agotado».

—Me enteré de cosas de su vida anterior también. Cómo tuvo que pelear con mi abuelo para poder hacerse a la mar. Cómo, curiosamente —rio, vacilante, y señaló al astillero—, una foto del *HMS Hood* en Simon's Town fue lo que le metió en la cabeza esa idea.

—¿Una foto?

—Sí. Estaba en el *Illustrated London News*. Papá tenía quince años en esa época. «Buque insignia luciendo su pabellón en una gira por el mundo», decía el pie de foto. Había banderas, banderines y multitudes vitoreando. Y esas montañas —señaló con la mano—. Se quedó tan cautivado que se dio cuenta de que estaba estrujando la revista en sus manos. Y cuando me enseñó las fotos, yo me quedé igual. Quería venir aquí y verlo con mis propios ojos.

Una leve brisa agitó las palmeras descuidadas.

Sam parecía distraído y miraba el tren que salía lentamente de la estación.

Tal vez le había dicho demasiado y demasiado pronto.

Pero aun así tal vez lo entendiera.

—Sam —se arriesgó a tocarle el brazo un momento—, sé que parece una locura, pero creo que su romance estaba predestinado de alguna forma.

—¿Qué quieres decir? —Se giró para mirarla.

—Él sabía de la existencia de Simon's Town, por esa foto, mucho antes de venir. Y se fijó en tu madre en un viaje anterior, antes de conocerla.

«Delgada, con ese toque de exotismo tan inconfundible que tienen las chicas de allí».

—Y cuando tuvo apendicitis —continuó atropelladamente—, lo trajeron aquí. Ella fue su enfermera. Después de que el *Dorsetshire* se hundiera, volvió aquí con su capitán y se encontraron de nuevo.

—Pero ¿y lo de la raza de ella?

—Le daba igual. Él dijo... —Se detuvo para recordar las palabras exactas de su padre—. «Su color no tenía ninguna importancia». Los dos fueron el amor de la vida del otro. La raza, el contexto, el estado civil... todo eso no tenía ni la más mínima trascendencia.

—Pero no llegaron a casarse nunca —dijo él un momento después.

—No —murmuró Ella.

Estaba oscureciendo. Un numeroso grupo de pájaros ruidosos que parecían urogallos volvió aleteando a su nido. Las farolas empezaron a parpadear en el margen de la bahía, iluminando las ciudades y dejando que las montañas se escondieran en la noche. Sam se levantó. Era difícil leer su expresión en esa luz menguante, pero a Ella le pareció que en ella había ira.

—¡No es lo que piensas! —Se levantó de un salto y se llevó una mano a los ojos, donde esas molestas lágrimas empezaban a asomar de nuevo—. Yo tengo la culpa, Sam. Fue culpa mía.

—¿Y cómo puede ser eso? —Sus ojos la miraron llenos de frialdad.

—No pudieron casarse por mí.

**A** VECES LOS MOMENTOS importantes se anuncian con una fanfarria. Y otras veces no se anuncian ni lo más mínimo, solo se dan. Después de la cena, por ejemplo, cuando ya estaban fregados los platos.

—Buenas noches a todos. —Pa me abrazó y le dio una palmadita a Sam —. El *bobotie* estaba justo como el de tu madre, Louise —aseguró, y se levantó para irse a su piso de una sola habitación en la puerta de al lado.

—Buenas noches, Pa. Que descanses.

—He ido al antiguo barrio hoy —dijo Sam.

Me solté el pelo. Tras todo el día recogido bajo la cofia, me dolía el cuero cabelludo.

—Cuéntame.

—Sigue igual. En ruinas, pero no lo han demolido todavía.

Suspiré.

—Las autoridades no saben qué hacer, es algo controvertido. Los blancos no quieren construir ahí.

—Hay unos estorninos haciendo un nido en el salón.

—No vuelvas allí, Sam. Es demasiado triste.

Estorninos oportunistas, pájaros carniceros negros y blancos, las vistas desde la puerta...

—Me encontré a alguien allí.

—¿Un indigente? Sabía que habría problemas si dejaban las casitas vacías.

—No, era una chica joven. Es inglesa.

Me puse tensa, acerqué una mano a la taza de té y después la aparté.

—Tienes que ser valiente, Ma —me animó Sam con cariño y acercó su silla—. Me dio esto.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una concha y la puso en la mesa entre los dos.

Una caracola.

Todavía brillante, todavía peligrosa, pero más lisa que cuando la encontré.

Durante unos minutos me quedé allí sentada, mirándola. Después estiré la mano para tocarla, pero me temblaba tanto que fue Sam quien cogió la caracola, me la puso en la palma y me cerró los dedos a su alrededor. ¿Ella Horrocks, allí, en Simon's Town? ¡La hermana de Sam! ¿Y David? Abrí la boca para hacerle la confesión a Sam, pedirle perdón y sobre todo para preguntarle dónde estaba él, pero mi hijo habló antes de que me diera tiempo a decir nada.

—Me ha dicho que su padre se enamoró de Louise Ahrendts durante la guerra y que quería volver y encontrarla.

—¿Está aquí? —Sentí que el corazón me daba un vuelco que ya conocía.

Sam se arrodilló delante de mi silla y se acercó para abrazarme mientras guiaba despacio mi cabeza contra su hombro.

—No. Solo su hija. Él murió hace tres meses.

Las esquirlas de la magia que una vez explotó a mi alrededor en Seaforth y que habían permanecido en mi estela durante tantos años replegaron las alas para siempre y desaparecieron. Fui dolorosamente consciente de todo lo que había a mi alrededor: el agua que caía del grifo que goteaba, el crujido de las escaleras, el peso opresivo del silencio roto solo por mi respiración errática.

«No sé cuándo voy a volver», me dijo, cogiéndome la mano mientras paseábamos por Table Mountain, con la ciudad bullendo de actividad a nuestros pies.

«Lo sé. Tendremos que esperar a que sople un viento favorable», le respondí.

ELLA HORROCKS LE HABÍA dicho a Sam que sus padres se habían divorciado a principios de año. David quería venir a Simon's Town a buscarme cuando se puso enfermo. Entonces le contó a Ella lo de nuestra historia de amor y le pidió que viniera en su nombre.

—Te ha estado buscando, Ma. Desde que llegó. En el Hospital Naval, en

las oficinas de la Marina, en la oficina de correos. Estaba a punto de ir a preguntar al hospital de False Bay cuando me la encontré.

Sam se la había encontrado por casualidad en Ricketts Terrace, sentada en un muro delante de nuestra casa derruida. Sam contó que Ella lloró cuando se enteró de que Sam era el hijo de Louise y le dio la caracola que había estado en la mesa de su padre desde la guerra.

—Quiere conocerte, Ma.

Sí, pensé, tengo que verla, pero todavía no. Primero debo llorar por lo que he perdido. La hermana de Sam tendrá que esperar hasta que haya estado a solas con David.

Sam se quedó sentado un rato conmigo, acariciándome la mano en la que tenía la caracola. No lloré, en ese momento no.

—Hablabamos más de todo esto mañana, Samie. Vete a la cama.

—¿Pero vas a estar bien, Ma? ¿Vas a pensar en lo de ver a Ella?

—Claro —le sonreí y le toqué la mejilla—. No se lo cuentes al abuelo todavía.

¿Qué tendría ella de David? ¿El pelo rubio? ¿La calidez bajo su reserva inicial? Examiné la cara preocupada de Sam cuando se levantó. ¿Habría visto algo de él en ella?

Tenía que decírselo, pero solo después de conocer a Ella y ver cómo era. Debía estar segura de que tenía espacio en su vida y en su corazón para un hermano.

El secreto iba a permanecer conmigo un poco más.

SEGUÍA SIENDO UNA BUENA actriz y me preparé para mentir, si era necesario, así que el lunes siguiente nadie notó ninguna diferencia, ni en el trabajo, ni en mi estado de ánimo.

—Muy bien, gracias, directora. ¿Y usted? ¿Y su familia?

Asistí en dos operaciones, vi a los pacientes de cuidados intensivos y después me fui a casa en autobús y le preparé a Pa una comida tardía.

—Voy a salir un rato, Pa. Necesito ir a dar un paseo para ordenarme la cabeza. Ha sido un día muy largo.

—Trabajas demasiado, Lou —rezongó Pa mientras recogía los platos—. Se aprovechan. Vete ya, ya friego yo los platos.

Sabía que tenía que ir cerca del mar, a un lugar en que los gritos de las gaviotas resonaran en mis oídos, para pensar en David.

Seaforth habría sido lo más adecuado, pero era demasiado íntima y, en aquella época, quedaba fuera de mi alcance como mujer de color que era. Una playa impersonal sería mejor. Y Noordhoek era enorme; kilómetros de arena dura bordeando un océano fiero, demasiado peligroso para nadar en él. Nadie me vería en medio de esa gran extensión, ni podría decirme tampoco que estaba allanando el lugar. Me llevó tres cuartos de hora llegar hasta la playa por aquel terreno escarpado, pero al final del camino encontré el mar. Había corrientes contrarias y resaca en el agua, así que la superficie estaba cubierta de rompientes a medio formar y espuma agitada. Me senté junto a la marca de la marea alta. Había un rastro del paso de aves marinas por la arena que parecía una delicada vía férrea. A ese lado de la península el sol se ponía directamente sobre el Atlántico en vez de colarse detrás de Red Hill, que era lo que se veía desde el lugar donde lo mirábamos cuando estábamos en Simon's Town. Contemplé su descenso ardiente, la forma en que el cielo se veía como en llamas, y cómo después parecía apagarse tras la estela del astro rey. Lentamente pero poco a poco cada vez más rápido, el disco resplandeciente se escondió tras el horizonte. Sentí a David acercándose a mí, sus manos fuertes en mi piel, los ojos posándose en mí llenos de cariño, las palabras que los dos creímos llenándose el corazón.

«Espérame. Volveré».

Había enviado a su hija en su lugar. Sam me había dicho que estaba muy sola y que tenía unas cartas de David para mí. Ella estaba cumpliendo los deseos de su padre.

¿Pero cómo iba a poder enfrentarme a ella sin desmoronarme?

¿Y cómo se tomaría ella la revelación de que su padre traicionó a su madre conmigo y que tenía un hermano?

Mi pecado venía a por mí una vez más.

«Volveré».

El aire se me quedó atravesado en la garganta y el ritmo normal, involuntario de mi respiración se vio interrumpido.

Cerré los ojos para bloquear la playa en penumbra y me tumbé en la arena blanca y fresca.

SAM PROMETIÓ VOLVER a ver a Ella Horrocks al día siguiente en Ricketts Terrace. Era el lugar más seguro. Nadie iba por allí, ni siquiera los vagabundos, así que no los verían.

Ma ya se había ido a trabajar cuando él se despertó.

—¿Está bien? —le preguntó Sam a su abuelo, que siempre se levantaba temprano para poder despedirla por la mañana.

—Sí, cansada, creo. —El abuelo frunció el ceño—. El turno de la mañana siempre es difícil, tu madre se preocupa por si el autobús llega tarde. He preparado tostadas, Sam. Ven a sentarte.

—Gracias, abuelo. Me las llevo para comérmelas por el camino.

—Espera —Solly se inclinó y le agarró el brazo—, ¿te has enterado de lo de Benji?

—¿Benji?

—Ha huido. Ha incumplido el arresto domiciliario y ha desaparecido. No se lo he dicho todavía a tu madre.

SAM COGIÓ EL CAMINO que iba a Glencairn y a Simon's Town. A veces, cuando necesitaba pensar, evitaba el autobús lleno de gente y optaba por recorrer a pie el camino cuajado de arbustos. No era tan bonito como pasear por encima de Simon's Bay, pero el camino rocoso muchas veces iba en consonancia con su humor. Y además el ejercicio le ayudaba a calmar la mente y cuando llegaba a Simon's Town ya la notaba mucho más clara. Debería estar pensando en Benji y en si su desaparición podría tener implicaciones para él. La policía interrogaría a los amigos de Benji, haría preguntas sobre los planes de Sam, su solicitud de pasaporte. Necesitaba pensar en respuestas, prepararse para negar que era comunista.

Pero solo podía pensar en Ella Horrocks. ¿Estaba predestinado (como había dicho ella) que él pasara por Alfred Lane justo esa tarde y decidiera ir a visitar las ruinas del Ricketts Terrace? ¿Y que ella eligiera justo esa misma tarde para ir allí también?

Ella.

La sorprendente y cautivadora Ella.

Cuando llegó, se la encontró esperándolo sentada en el mismo muro. Un viento que arreciaba adornaba las olas del mar con una espuma blanca. Sam tomó la precaución adicional de acercarse desde el otro lado de la montaña, por si alguien la había visto subir por Alfred Lane y se fijaba en que él había cogido el mismo camino. Eso también le permitió mirarla sin que ella lo viera. Llevaba unos vaqueros azules, una blusa suelta blanca y el mismo sombrero flexible de alas caídas que el día anterior. Había algo fascinante en ella. No quería dejar de mirarla. Tal vez su padre tenía eso también. Esos ojos azules con un destello gris o verde tal vez.

Quizás Ma tampoco podía dejar de mirarlo a él.

La observó mientras se giraba para seguir con los ojos el vuelo de una gaviota. Entonces Ella lo vio y lo saludó con la mano. Después se levantó y subió hasta donde estaba él. Sus ojos estaban llenos de ansiedad.

—No sabía si vendrías.

—¿Por qué?

—Bueno —bajó la mirada incómoda—, pensé que tal vez te había disgustado. Hablé tanto ayer que probablemente acabaste pensando que este viaje tenía más que ver conmigo que con nadie, pero no es así.

Se sentó en un muro. Sam también.

—Le he dicho a Ma que te había encontrado. Y que tu padre había muerto. Ella se llevó una mano a la frente.

Sam se sintió avergonzado. Ella todavía estaba sufriendo por esa muerte, debería haber sido más delicado.

—Lo siento mucho, Ella. Creo que no te lo he dicho todavía.

Ella asintió.

—¿Y cómo está? ¿Accederá a verme?

Sam miró la hilera de casitas abandonadas. Tejados hundidos. Agujeros de ventanas sin cristales. Escombros y hojas muertas de palmeras bloqueando lo

que antes eran caminos abiertos y bien cuidados.

—No sé. Ma es fuerte. Luchó mucho por nosotros. Nunca me habló de tu padre.

Ella sonrió y le tocó el brazo, igual que el día anterior. Parecía no tener miedo, no comprender que ese gesto más simple y amable se podría interpretar mal y provocar que él acabara en la cárcel.

—Papá me dijo que era valiente y ambiciosa. Que sabía guardar secretos. —Ella se quedó en silencio un momento, distraída por una capa de niebla que empezaba a formarse sobre la cumbre de Red Hill—. Le pidió que lo esperara. Después le solicitó el divorcio a mi madre para poder casarse con Louise y llevarla con él a Inglaterra.

—¿Qué? —preguntó Sam—. No sé nada de eso, Ella. Pero mi padre a veces le gritaba, hablaba de haberla rescatado... —Se detuvo para no decir lo que estaba a punto de decir: que decía que Ma lo había engañado.

Desde el astillero llegó el aullido de una sirena cuando dos remolcadores se pusieron a sacar a un buque de guerra de su atracadero. En la cubierta pululaban unas diminutas figuras. Una banda tocaba a lo lejos.

—Pero entonces —Ella cuadró los hombros y habló mirando a la bahía— mi madre se quedó embarazada de mí. Papá no quiso admitir que ese fue el punto de inflexión, pero yo sé que así fue. Es la única explicación.

—¿Qué quieres decir?

Ella se miró las manos, que tenía en el regazo y después lo miró a él.

—Mamá le hizo escoger entre tu madre y yo.

Sam sintió cada una de esas palabras como golpes de su cincel en la madera.

—Así que yo soy la razón de que no pudieran llegar a estar juntos. —Le sonrió a Sam mientras le caían las lágrimas—. Tengo que darle las gracias por permitirme tener a mi padre. Y quiero disculparme por interponerme entre ellos.

Sam se levantó y le tendió la mano.

—No tendrás que hacer eso. Ma nunca te pedirá algo así.

Ella dejó que la guiara por el camino de la montaña hasta una roca plana desde donde tenían unas vistas aún mejores de la deslumbrante bahía. Él esperó mientras ella recuperaba el aliento y se limpiaba los ojos. Más allá del

muro del puerto, el buque de guerra ya se estaba separando de sus dos remolcadores y enfilando hacia la estrecha boca entre de Hangklip y Cape Point. Un par de suimangas enterraron el pico en las flores naranjas tubulares de una madreSelva de El Cabo. Ahí, por encima de la ciudad, solo gobernaban las leyes de la naturaleza. Podía ser sincero. Podía ser él.

—Por lo que cuentas, tu padre parece un hombre especial. Tan especial como mi madre.

Ella sonrió.

—Lo era. Lo es.

—Imagínate que se hubieran casado —aventuró—. ¿Dónde estaríamos tú y yo hoy?

CUANDO DEJÉ LA PLAYA, ya había oscurecido. La pálida cara de Venus asomaba en el horizonte por el oeste. Volví andando a casa y le dije a Sam que podía organizar las cosas para que Ella Horrocks viniera a visitarnos.

Eso era lo fácil.

Pero la logística de la reunión no era nada fácil.

En Ricketts Terrace que fuera de visita una blanca habría sido inusual, pero nada del otro mundo. Venían los clientes de Sam, por ejemplo, también algún colega del astillero de Pa o un paciente agradecido con algún regalo. Pero Ocean View era solo para gente de color. Me pregunté si estaría prohibido que la gente blanca viniera de visita y si debería preguntarlo. Pero una pregunta podría provocar una oleada de restricciones. Había descubierto que muchas veces era mejor no saber; si no conocías la norma, no te podían acusar de infringirla.

Pero el principal problema práctico era el del transporte: cómo podía llegar Ella a Ocean View y volver sana y salva a Simon's Town. El tren paraba en Fish Hoek, pero la estación estaba a varios kilómetros de nuestra casa, así que hacía falta otra conexión. Un autobús era una posibilidad, pero Sam debía ir a recoger a Ella y acompañarla, porque no era seguro que una mujer blanca viajara sola a una zona de gente de color. O también podía coger un taxi, pero el coche la dejaría en la entrada de Ocean View y ella tendría que buscar el bloque, y si iba por allí sola corría el riesgo de que alguien la atracara.

Me desconcertó la logística de la organización de un viaje basándose en el color de la piel.

Tal vez deberíamos encontrar algún lugar en Simon's Town. ¿Pero dónde?  
—Vendremos en autobús, Ma —dijo Sam decidido—. Iré a buscar a Ella

y la acompañaré.

—Pero tal vez se ponga nerviosa...

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? No podemos ir a una cafetería, ni a un lugar público. Son solo para blancos. Tiene que ser aquí.

Sí, tenía que ser allí, pensé. Porque además necesitábamos intimidad para cuando se lo dijera, si es que se lo decía...

—¿Entonces venimos en el autobús, Ma? ¿Después del trabajo?

—Sí. Intentaré salir pronto —dudé—. Debes advertirla, Sam. No puede ser demasiado efusiva. Nunca se sabe quién puede estar observando. Sobre todo después de lo de Benji.

—Lo sé. —Hizo una mueca y me dio una palmadita en el hombro—. No puede dar la sensación de que nos conocemos bien. La pondré delante, cerca del conductor, y yo me sentaré detrás de ella. Y mantendré la distancia cuando caminemos. No te preocupes, Ma, no pasará nada.

Esa noche, más tarde, me senté en la cama, con la caracola en la mano.

Había ahorrado suficiente para que Sam se fuera. El dinero estaba en mi cuenta del banco. En cuanto tuviera su pasaporte (le habían prometido que estaría listo pronto), podría comprar el billete e irse. Nada debía poner en peligro su partida.

Un justo equilibrio.

La llegada de Ella Horrocks podría ser lo mejor que le podía pasar a Sam.

O podría estropear todas sus posibilidades.

En cuanto a mí, tenía que encontrar las fuerzas para aguantarlo todo.

Bitácora de guerra  
Agosto de 1945

**C**REÍAMOS QUE LOS japoneses no se rendirían nunca, que iba a ser una lucha isla por isla, casa por casa. Pero la bomba ha acabado con todo. Paz, por fin. Y Elizabeth está embarazada. No tengo palabras para expresar cómo me siento. Con todo lo que conlleva la rendición formal, además tengo que escribir dos cartas. Necesito encontrar una solución. Pero, como con la guerra, me temo que al final no gane nadie. Solo los elementos (el mar, la tierra) sobrevivirán. Y, si tenemos suerte, quizá también un poco de amor.

—¿QUÉ VAS A HACER cuando vuelvas a Inglaterra? —le preguntó Sam a Ella en su tercer encuentro en Ricketts Terrace.

Ella sonrió pensativa y se apoyó en su hombro un momento. Todas las veces que se veían se sentía muy aliviada. Todavía estaba preocupada por si él desaparecía, por si Sam y su madre, a la que iba a conocer dentro de poco, se volvían a perder entre la gran población de color y quedaban definitivamente fuera de su alcance.

—Iba a seguir dando clases. Cerca de casa. Pero ahora mi padre ha muerto.

Estaban otra vez sentados en el muro desigual, delante de las casitas en ruinas. Ágiles golondrinas volaban en espiral por el cielo claro. Es uno de esos días que me gustaría encerrar en una botella, pensó Ella. Pero el tiempo africano era tan veleidoso que podía cambiar sin previo aviso. No había nada gradual, como en casa. No daba tiempo a acostumbrarse a un espectáculo cuando ya estaba asomando uno diferente.

—Todavía puedes hacerlo. Forjarte una carrera, algo tuyo, aparte de Corbey.

—Eso era lo que siempre decía papá, que la finca no tenía que ocupar todo mi tiempo. Pero yo no estoy segura.

Quería decir que, por raro que pareciera, no podía resolver nada hasta que conociera a Louise Ahrendts. Ya no era solo cuestión de cumplir los deseos de su padre, darle sus cartas y después despedirse. Louise era la mujer que su padre adoraba, la potencial madrastra que Ella nunca había conocido. Papá creía que, si ella seguía viva, Louise podría inspirar a Ella de una forma esencial para su futuro.

«Algo que tiene el potencial de traer felicidad y de cambiar vidas».

Se giró para mirar la montaña, donde papá decía que ellos paseaban sin ser vistos entre las aves azucareras y las proteas amarillas.

Se volvió de nuevo y le sonrió a Sam.

En privado, cuando estaba con él, sentía una apertura y una sensibilidad que no se esperaba. Él tenía muy claras sus opiniones sobre la escultura, el comunismo y el diseño de los barcos vikingos, pero también era bueno detectando estados de ánimo y matices. ¿Y su futuro? Quería destacar, llegar a ser alguien. Pero para conseguirlo tendría que dejar ese lugar tan maravilloso, pero tan lleno de problemas.

Y la familia que amaba.

¿Qué era lo que le había dicho aquel joven cuando estaban de pie junto a la barandilla del barco mientras se acercaban a Ciudad del Cabo?

«Aquí hay de todo. Belleza. Crueldad. Humanidad».

**P**OR SUERTE, EL día que habían elegido para el encuentro, los autobuses cumplieron su horario. Volví a casa lo más rápido que pude y limpié el polvo del salón, barrí el suelo, el rellano y las escaleras hasta la entrada del edificio. A Ella tal vez todo aquello le diera cierto reparo, pero al menos estaría limpio. Lo había organizado para que Pa cenara con sus amigos en otro bloque. Después preparé una bandeja para el té con las mejores tazas y platillos de Ma, los que sobrevivieron a la mudanza, e hice sándwiches triangulares de queso. La actividad me ayudó a olvidarme un poco del encuentro inminente, pero no dejé de recordarme que no debía quedarme perpleja si se parecía a David o hablaba como David.

Esperé en el sofá hasta que oí la llave de Sam en la cerradura.

Él se apartó y dejó pasar a la chica.

—Hola —saludó ella, tendiéndome la mano—. Soy Ella Horrocks.

La miré a esos ojos que eran los de David y envolví su mano entre las mías. Ella empezó a llorar de una manera sorprendentemente ruidosa. Incontrolable. Yo me esforcé por no hacer lo mismo. Sam le rodeó los hombros con el brazo y ella quedó en medio de los dos, abrazada por ambos. Estuvimos así hasta que sentimos que se calmaban sus sollozos.

Después se apartó y se limpió los ojos. Era delgada, con facciones bonitas y el pelo rubio. Llevaba un vestido verde sencillo y sandalias. David estaba en su pelo, en el perfil de su nariz, en esa suave sien que era como la que tenía él antes de la herida de la guerra.

—¡Lo siento! Es que creía que no la iba a encontrar nunca...

—Ven, Ella —conseguí decir—. Siéntate.

Miró a su alrededor, pero no se fijó mucho en el salón atestado, ni en las ventanas pequeñas. Yo esperé mientras se recomponía.

—¿Cuánto tiempo llevas en Sudáfrica, Ella?

Me di cuenta de que estaba buscando más cosas de David en ella, pero me dije que no debía hacerlo. Ella era una persona diferente.

—Dos semanas. Me preocupaba no encontrarla. —Miró a Sam.

—Has ido a Ricketts Terrace.

—Sí. Me dio mucha pena verlo así. Papá decía que era el mejor lugar del mundo.

Sonreí. Ella se quedó callada y se miró las manos. Sentí que se estaba preparando para lo que quería decir y que estaba reuniendo la calma necesaria para poder hacerlo. Tal vez supiera que el momento iba a ser abrumador. Era demasiado joven para comportarse de esa forma tan inteligente y compuesta después de sus lágrimas.

Esperé.

—Sé que esto no puede ser fácil —empezó a decir, vacilante—. Gracias por acceder a verme. Tengo algo para usted.

Abrió su bolso, sacó una carta y me la dio.

—Mi padre la escribió antes de caer enfermo, pero nos la devolvieron, igual que pasó con una carta anterior, diciendo que se trataba de una dirección desconocida.

—Sí. Dejaron de repartir el correo en el barrio.

—Papá quería venir a Sudáfrica, pero murió antes de que nos diera tiempo a embarcar.

Juntó las manos y las apretó. Yo quise extender la mano para tranquilizarla, decirle que lo estaba haciendo muy bien.

—Me pidió que la encontrara y le diera la carta.

Miré el sobre. ¡Justo después del desalojo! Por qué poco...

Ella me miró con esa quietud ardiente que recordaba. Yo tragué saliva y respiré hondo. David se instaló a mi alrededor. Sus dedos estaban en el sobre. Su amor estaba esperando en las palabras que había escrito. Me di cuenta de que me temblaban las manos. Nunca me temblaban en el quirófano. Sam se había tapado la boca con la mano.

—Gracias, Ella.

Me puse de pie apoyándome en un lado de la silla.

—¿Te importa que lea esto en privado?

Ella negó con la cabeza.

Sentí como si las paredes de la habitación se cerraran sobre mí.

Pero me obligué a no abandonar las formalidades.

—Sam, por favor, prepara el té para Ella. Y servíos los sándwiches que queráis.

    Mi amor:

    Te he escrito mucho, cientos de cartas, pero no he enviado más que una, meses atrás, cuando ya no pude soportar más la preocupación por tu posible situación. Te ofrecía ayuda económica y sacar a tu familia del país. Esa oferta sigue en pie. Me devolvieron la carta diciendo que no existía esa dirección. Espero, de verdad que lo espero, que estés a salvo.

    Muchos años atrás mi abogado me preguntó si tenía dudas sobre la capacidad de mi mujer para criar sola a nuestra hija. Le dije que no, pero en el fondo sí que las tenía. Volví a Corbey, desesperado por ti, pero al mirar a Ella dormida en su cuna me di cuenta de que no podría dejarla bajo la influencia exclusiva de Elizabeth. Ahora mi hija ha crecido y se ha convertido en una jovencita estupenda, llena de vida, sin un gramo de paciencia con el engreimiento o la falta de honradez, y con un gran corazón. No sabré nunca qué parte de ella ha moldeado el azar y qué parte mi sacrificio de dejarte a ti por ella, ni tampoco quiero ser tan osado como para imaginarlo. Simplemente me siento agradecido por la persona en la que se ha convertido. Demuestra, casualmente, una mezcla de gracia y resolución similar a la que tú tenías, y espero que con el tiempo llegue a desarrollar también tu valor...

    Mi situación ha cambiado por fin y tengo que decírtelo aunque me arriesgue a abrir heridas que tuvimos que enterrar hace mucho tiempo. Me voy a divorciar pronto. Elizabeth ha accedido porque, curiosamente, tiene un nuevo acompañante. Volverá a casarse cuando el divorcio sea definitivo. Ya es demasiado tarde para sentir amargura por ello, solo me queda un arrepentimiento permanente por los años desperdiciados.

Por eso te escribo para decirte que, si eres libre y todavía me amas como yo te amo, iré a Simon's Town. Pero si estás casada, tienes tu propia familia y no necesitas mi ayuda, te dejaré tranquila y solo te enviaré mi cariño, mis mejores deseos... y mi agradecimiento, de nuevo, por haberme dado los momentos más preciados de mi vida.

Espero que recibas esta carta. Entiendo que tal vez te hayas mudado, pero quizás te la puedan reenviar adonde estés, porque sé que tu familia es muy conocida.

Respóndeme, por favor, aunque sea para decir que no.

Con todo mi amor,

David

PODÍA OÍR EL RUMOR de la conversación de los jóvenes; Sam con su acento local y Ella con sus vocales perfectas. Me quedé sentada en la cama un rato, cogí las dos caracolas y las sostuve en la mano. Lloré y lloré en silencio, rota por el dolor, como si me hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran exprimido hasta dejarlo sin su esencia.

Lloré por el amor y por la pérdida.

Cuando ya no quedó nada, me limpié los ojos y me cepillé el pelo. Me quedé un rato delante de la ventana y después volví con Sam y Ella. Había estado en la habitación por lo menos media hora.

Estaban sentados el uno al lado del otro en el sofá. Él le estaba describiendo su trabajo.

—¡Ma! —Sam se levantó de un salto y me acompañó a la mesa, sujetándome para darme apoyo. Me sirvió té.

Me senté frente a Ella.

—Gracias —le dije—. Gracias por venir hasta aquí para traerme la carta de tu padre.

Ella me miró con una sonrisa triste. Sí que era hermosa, como había dicho Sam y también David, en su carta. Tenía un aire atento, como si hubiera aprendido a esperar antes de tomar una decisión, a guardarse su opinión hasta que estuviera segura de que podía confiar. Más o menos lo que yo pretendía hacer: mirar y esperar hasta que supiera a lo que me enfrentaba.

Los dos me estaban observando, preguntándose por la carta.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí, Ella?

No podía decírselo a ella todavía, ni tampoco a Sam. Necesitaba releer la carta y preparar mi confesión en vez de soltarla sin más y arriesgarme a que fuera demasiado para ese momento de primer y vacilante contacto. Debíamos conocernos algo más antes de revelarles que eran hermanos.

—Me gustaría quedarme una semana o dos más. Papá me dio una segunda carta para usted. Me dijo que era su regalo final. —Señaló otro sobre que había sobre la mesa, entre las dos, que yo no había visto.

Lo cogí. Ese sobre no lo había enviado. En él solo ponía mi nombre. Debió de escribir la carta cuando ya estaba enfermo y supo que no me vería de nuevo.

Sentí que se me cerraba la garganta. ¿Qué más quedaba por decir?

Ella dejó su taza.

—Estoy segura de que querrán estar solos, usted y Sam. ¿Podemos volver a vernos dentro de un día o dos? ¿Me podría contar más cosas? Hay tanto que no sé... —Se detuvo y se ruborizó—. Si no le parece una intrusión, claro.

Sonreí. Ahí estaba, un segundo, un destello de cómo debió de ser David de joven, recién ingresado en la Marina, ansioso por saber, deseoso de ver el mar.

—Claro. —Esa podía ser una forma más fácil de ir revelando mi secreto.

Ella asintió y cogió el bolso.

—Vuelvo contigo —dijo Sam—. No tardo, Ma.

Me dio un apretón en la mano y le abrió la puerta a Ella.

Ella dudó, volvió al salón y me dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Nunca vi a mi padre más feliz que cuando hablaba de usted —murmuró—. Usted fue su alma gemela, hasta el final.

**T** ODAVÍA ALGO AGITADA tras haber conocido a Louise (elegante, gentil, totalmente fuera de lugar en ese apartamento frío y oscuro), Ella no estaba preparada para el desafío del viaje de vuelta. El sol se había puesto y, en la oscuridad, Ocean View presentaba un aspecto siniestro. Sam y ella iban a hacer todo el trayecto en autobús y ella se había imaginado que sería tan directo como el viaje en tren. Pero empezó a sentirse inquieta desde el mismo momento en que llegaron a la parada del autobús, a pesar de la presencia tranquilizadora de Sam a su lado. Mientras esperaban, se dio cuenta de que él estaba intentando ocultar su piel blanca a la vista de unos chicos que había por allí, bajo unas farolas que iluminaban poco. Cuando llegó el autobús, ellos se acercaron y parecieron a punto de provocar algún tipo de confrontación (Ella se encogió tras el cuerpo de Sam), pero al final se fueron.

Ella subió al autobús y se hundió en un asiento de la primera fila.

Sam se quedó justo detrás de ella, como había hecho antes. Los otros pasajeros negros o de color los miraron con suspicacia y se sentaron lo más lejos posible, aplicándole a ella el mismo tipo de exclusión que seguramente Sam tenía que soportar por parte de los blancos todos los días.

—No me voy a quedar aquí mucho más tiempo —murmuró, acercándose a ella.

—¿A qué te refieres? —No se giró. No podía enfrentarse a ese muro de ojos acusadores. Casi podía oír cómo se preguntaban: «¿Qué hace aquí esa mujer blanca? ¿Es que cree que puede compartir nuestra alienación por hacer un viaje de autobús?».

—Ma lleva años ahorrando para que pueda salir de Sudáfrica —me dijo aprovechando el ruido del motor para que nadie le oyera—. No hay trabajo aquí. Y ya has visto cómo nos tratan.

Al oír eso sí se giró para mirarlo a los ojos.

—Lo comprendo en tu caso. Pero ¿qué pasa con Louise?

Sam suspiró.

El autobús se detuvo para recoger más pasajeros. Todos se quedaron mirando a Ella, que les sonrió de una forma que esperaba que pareciera educada, pero nadie le devolvió la sonrisa.

—Ma no quiere irse, por el abuelo —continuó diciendo Sam cuando reanudaron el viaje—. Y porque tendría que ahorrar más. Pero aunque lo lograra, no creo que se fuera. Este es su hogar. Aquí es donde están sus recuerdos.

La historia viva, pensó Ella.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó por encima del hombro.

—A Inglaterra. Hay allí artesanos que hacen el tipo de trabajo que a mí me gusta. Restauración. Encargos.

Le había enseñado alguna de sus piezas mientras esperaban a que su madre leyera la carta y se había quedado asombrada. Eran unas tallas preciosas y una carpintería resplandeciente, de una calidad que estaba a la altura de los interiores de los lugares más exquisitos.

El autobús se detuvo. Hombres negros y viejos con chaquetas gastadas se subieron, mujeres de color con cara de cansadas que llevaban fardos voluminosos recorrieron el pasillo y unos jóvenes hoscos con los ojos entornados se dejaron caer en los asientos agrietados. Si no fuera tan aterrador ser la única blanca del autobús, todo aquello resultaría insoportablemente triste, reflexionó Ella.

La cantidad de gente se redujo cuando se alejaron de los alrededores de Fish Hoek y la mayoría de los pasajeros ya se habían bajado cuando por fin llegaron a St George's Street.

Ella bajó aliviada. Sam la acompañó al otro lado de la carretera, hasta el hotel.

Ella se detuvo frente a los escalones y lo miró. Eran más o menos de la misma edad, pero él parecía mayor y más seguro de sí mismo. Tal vez el hecho de que te priven de tu identidad nacional te empuja a alimentar más la tuya propia.

—Gracias por acompañarme y preocuparte de que volviera sana y salva,

Sam. Te lo agradezco mucho. Buenas noches.

Él sonrió, asintió y se volvió.

Por fin había bajado la guardia un poco y la había mirado cuando le habló, advirtió Ella. Quería darle un beso, como los que le había dado a Louise, para darle las gracias pero también para que supiera... ¿qué, exactamente?

**M**I QUERIDA LOUISE:

Si estás leyendo esto, es que has conocido ya a mi querida Ella. Aparte de ti, ella ha sido la principal luz de mi vida. También sabrás que he sucumbido al cáncer. Llegó de repente y mi principal pena es que nos ha privado de la oportunidad de estar en contacto, de vernos de nuevo tal vez.

No pude cuidar de ti durante mi vida, mi querida L., pero quiero arreglar eso ahora, aunque solo pueda ser ya de una forma material. Te voy a dejar veinticinco mil libras en mi testamento para que las utilices como creas conveniente. Espero que ese dinero te ayude en tu casa o que te dé la oportunidad de ir al extranjero, a algún lugar donde te traten con respeto.

Muchas veces recuerdo los paseos que dábamos, cariño, y los días que pasé contigo en Ciudad del Cabo. Nunca he conocido felicidad igual. Tu cariño, tu belleza y ese destello de tus ojos no me han abandonado nunca. Al principio pensaba en ti como un hechizo que solo pasa una vez en la vida. Pero me equivocaba. Al final ha resultado ser un hechizo eterno.

Sé feliz. No llores por mí. Mejor vete a dar un paseo por la preciosa Simonsberg en mi memoria.

Con todo mi amor, siempre,  
David

FUI A SENTARME A un banco que había junto al hospital en la pausa para la comida, con la carta en el bolsillo. Me pregunté si David sospechaba que ningún matrimonio (ninguno que no fuera con él) iba a resultar satisfactorio

para mí.

Que acabaría sola.

La brisa estaba adquiriendo fuerza y agitaba la superficie lisa de la bahía. Pronto el sudeste se liberaría desde la montaña. Tal vez él le describió nuestro viento a Ella. Su hambre, su capacidad de alimentar fuegos, de arrastrar nubes, de hinchar velas...

Sentí que mi corazón entumecido se despertaba y después se aceleraba con un entusiasmo tan fuerte como la brisa.

El dinero no era fundamental para la felicidad, pero sí daba cierta tranquilidad. El legado de David serviría para que Pa y yo pudiéramos vivir tranquilos aunque yo perdiera el trabajo y también para ayudar a Sam a establecerse en el extranjero. Y, algún día, si nuestro país abandonaba esa locura, con lo que David había hecho por mí tal vez pudiese recuperar lo que había perdido. Simon's Town. Las altas montañas. El mar irresistible.

¡Una casita desde la que pudiera tener ambos!

No había tiempo que perder. Debía verme con los chicos pronto. Tenía que darle a Ella el hermano que no había conocido y a Sam a su hermana. Y después, cuando estuviéramos solas, le contaría a Ella mis recuerdos, la parte de su padre que yo conocí. Ese sería mi regalo para ella.

Pero no le contaría a nadie lo de la herencia.

Ni a Pa, ni a Sylvia en el hospital, ni a la cotilla de Vera, que vivía en Grassy Park pero que seguro que ya se había enterado de que había venido a visitarnos una blanca.

¿Y por qué se lo iba a contar?

Sonreí para mí y me levanté del banco.

Ese iba a ser mi último y más inesperado secreto.

ELLA ESPERÓ, BASTANTE nerviosa, sentada en el muro de la casita de Ricketts Terrace, dándole la espalda al viento que aumentaba por momentos y pensando en cuál iba a ser su siguiente movimiento. Papá y ella planearon seguir la Ruta de los Jardines, ir a ver otra parte del país. Después de todo, ya había cumplido su misión y había entregado la caracola y las cartas. Había estado a la altura de todas las esperanzas que su padre puso en ella.

Pero no se esperaba (a pesar de la intuición de papá) el fuerte sentimiento que había nacido en su interior hacia Louise y Sam. Y la acuciante sensación de que había algo más.

«Encuentra lo que quieres, Ella, y lucha por ello».

Poco después de volver a casarse, Elizabeth Horrocks Parker invitó a Ella a ir a Escocia a conocer a sus hermanastros. Y fue, esperando encontrar cierta conexión, pero ellos estaban enfrascados en sus propias vidas y mostraron solo un educado desinterés en la recién llegada. En Corbey, Ella no tenía ninguna vinculación especial con el capataz de la finca ni con su familia, su relación era estrictamente profesional. Y el tío abuelo Martin y su mujer no habían tenido hijos.

Ella era la única superviviente de los Horrocks. Por raro que pareciera, Louise y Sam eran lo más cercano a una familia que tenía.

Una ráfaga potente casi la tiró del muro.

Miró a su alrededor. Era demasiado peligroso refugiarse en una de las ruinas; podían derrumbarse sobre su cabeza en cualquier momento. La dócil bahía que había admirado por primera vez desde la ventanilla del tren se veía en ese momento agitada y cubierta de espuma y despedía salpicaduras en todas direcciones. Pero fueron las montañas las que la dejaron sin aliento. Las nubes se arremolinaban sin descanso encima de sus cumbres y después se

disolvían más o menos por la mitad de sus laderas.

«Una avalancha silenciosa, Ella. No te lo crees hasta que no lo ves.  
Una belleza salvaje, etérea».

Papá tenía un don para las palabras.

—Hola. —Sam apareció por encima de ella.

—¿Ocurre esto a menudo? —preguntó a gritos por encima del estruendo y abrió los brazos.

—¡Todos los veranos! —Rio él—. Es una atracción turística. Lo preparamos especialmente para los visitantes.

Ella se hizo un moño y se lo metió bajo el sombrero.

—¿Y no te da miedo?

—No, me he criado con el viento. En cierta forma —hizo una pausa— es como uno de esos amigos que te pone de los nervios. Ese que muchas veces deseas que desaparezca...

—Pero que echas de menos cuando eres tú el que te vas.

—Sí.

Ella contempló cómo una ola enorme se estrellaba contra esa columna que era el faro de Roman Rock.

—Un amigo mío ha tenido problemas —dijo Sam, e hizo una mueca—. Y la policía cree en la culpabilidad por asociación. Así que tengo que irme en cuanto llegue mi pasaporte.

Ella miró a lo lejos, por encima del agua desenfundada. Se habían visto cuatro veces así y cada vez había sido más reveladora que la anterior. A veces era por lo que decía él, o lo que decía ella, pero normalmente era solo por el hecho de estar sentados el uno al lado del otro en un silencio que era sorprendentemente fácil. Las palmeras rotas les daban sombra, la bahía resplandeciente los observaba. Ninguno de ellos juzgaba la presencia de ella allí, al lado de un hombre de color. Pero no había forma de negar ese tufillo a peligro, de no pensar en las consecuencias de que alguien los descubriera. En Sudáfrica, ese tipo de amistad estaba prohibida.

Siempre lo había estado.

Pero no tenía por qué ser así en el futuro.

—¿Por qué no vienes a Corbey? —preguntó Ella en un impulso.

Él la miró sin poder creérselo.

—Podrías ayudarme a restaurar la mansión.

SAM ME CONTÓ que Ella y él seguían viéndose en el barrio.

—Podemos hablar sin que nos vean, Ma.

O nos juzguen. Un hombre de color y una mujer blanca, a solas.

El viento soplaba con una fuerza terrible. Me agarré la capa y subí por Alfred Lane por primera vez desde que nos desalojaron. La mezquita se veía silenciosa al final de la calle, esperando a los fieles del astillero y a los tenderos a los que les habían permitido quedarse, que ya eran cada vez menos.

—Hay menos gente joven —se lamentaba el hijo del señor Bennett—. ¿Cómo puede sobrevivir una mezquita solo con hombres viejos?

Giré para dejar atrás la mezquita y me dirigí al barrio.

Muros desmoronados. Malas hierbas que lo invadían todo. El escalón agrietado ante el hueco de nuestra puerta.

La sensación de duelo que me provocaba todo ello.

Sam y Ella estaban sentados el uno al lado del otro en el muro, a la sombra de unas palmeras descuidadas. No había ningún parecido evidente (tenían el pelo y los ojos muy diferentes), pero yo sí veía similitudes en la forma en que ladeaban la cabeza o en la silueta de sus bocas cuando sonreían. Le había dicho a Sam que no le dijera a Pa nada de Ella todavía, que se la presentaríamos más adelante. Porque Pa lo sabría. Él lo vería.

—¡Ma! —Sam se levantó y vino corriendo hasta donde estaba yo—. ¡Pero sí tú nunca vienes al barrio!

—Ya, pero sabía que estarías aquí con Ella.

Él me ayudó a llegar hasta donde estaba ella.

—Señora Philander —saludó la chica, tendiéndome la mano, tímida de nuevo.

—Louise, por favor. —Yo la abracé con cariño.

Me senté entre los dos en el muro y miré hacia la bahía. Después, automáticamente, sin pensar, busqué entre los barcos a ver si reconocía alguno.

—¿Vamos a otra parte? —preguntó Ella mirando a Sam—. Si este lugar os pone tristes...

—No —respondí—. Quedémonos aquí un rato. Tengo algo que contaros a los dos.

Estuve unos minutos contemplando las gaviotas. Volaban contra el viento, buscando una racha favorable, y después se quedaban en el mismo sitio hasta que una ráfaga al azar las enviaba lejos, descendiendo en picado.

—La última vez que tu padre vino a Simon's Town, Ella —empecé a contar, agarrándola del brazo—, fue en los últimos meses de la guerra. Alemania estaba a punto de rendirse, pero el *HMS Cumberland* iba de camino al Lejano Oriente, donde todos creían que la guerra continuaría durante mucho más tiempo. David decía que los japoneses lucharían hasta por el último cuenco de arroz.

—Sí —asintió Ella—. He leído sus bitácoras de guerra. Pero todo terminó de repente con las bombas atómicas. Volvió a casa poco después de eso.

—Así fue. Pero lo que David nunca supo y lo que Sam y tú no sabéis tampoco —entonces puse la mano en el brazo de Sam y le di la espalda a Ella deliberadamente para mirarlo a él— es que en su última visita te concebimos a ti. Samie, cariño —se me quebró la voz—; tu padre es David, no Piet.

*Shock*, desconcierto y un principio de comprensión fueron los sentimientos que cruzaron la cara de Sam. A mi espalda, fui solo parcialmente consciente de que Ella soltó la exclamación y se puso en pie.

—Sam, perdóname. —Las lágrimas empezaron a caer—. Tenía que mantener el secreto. Si eso se hubiera sabido, habría quedado deshonrada incluso antes de que tú llegaras a nacer.

—¿Y lo sabe alguien más? —preguntó Sam con voz ahogada—. Aparte de Pa... quiero decir, Piet.

—No.

—Ella —me giré para mirarla—, sé que esto debe de resultar difícil para ti. Dejad que os lo explique un poco mejor.

Pero Ella no parecía estar pasándolo mal; de hecho miraba a Sam con lo que se diría que era una felicidad creciente.

—¡Somos hermanos! —gritó por encima del fuerte viento—. ¡Hermanos!  
—Sí —cogí su mano y la de él y las uní.

Me di cuenta de que Sam estaba abrumado, pero se levantó, abrió los brazos y abrazó a su hermana, meciéndola un poco contra su pecho. Yo siempre había estado orgullosa de él, pero tal vez ese fue el momento en que más orgullosa me sentí.

A esas alturas ya estábamos llorando todos, Ella con sollozos entrecortados mezclados con risas y Sam con una emoción silenciosa.

Encontré un pañuelo en mi bolsillo y me limpié la cara. Había más cosas que decir, no sobre nuestra historia de amor, porque eso se quedaba para mí, sino sobre las cosas que David y yo tuvimos que hacer.

—Hubo un incendio —continué señalando hacia el viejo Hospital Naval y obligándome a elegir bien las palabras para no revelar demasiado—. Tuvimos que evacuar el hospital. Volví aquí para comprobar que mis padres estaban bien, pero ellos habían ido a la iglesia a preparar sándwiches para los bomberos. Encontré una carta en mi cama; era de David. Iba a volver con mis enfermos, pero la leí antes. David me decía que no podía volver a buscarme —se me quebró la voz de nuevo y Ella me cogió la mano entre las suyas— y me pedía que lo perdonara.

—¿Dijo por qué? —preguntó en voz baja. Su cara estaba pálida, temerosa.

No podía decírselo, no podía estropear el amor que esa niña tenía por su madre.

—Lo necesitaban en casa, Ella. Tuvo que poneros a tu madre y a ti por delante. Yo lo entendí.

Ella se me quedó mirando. Luego miró a Sam y supe que ya había adivinado la verdad: el ultimátum de Elizabeth, la obligación de elegir entre la hija y la amante, la desgarradora decisión de David.

—Tu padre no sabía que yo estaba embarazada de Sam. Lo mantuve en secreto. —Me volví hacia Sam y me apoyé en él, sintiendo el tranquilizador calor de su cuerpo contra el mío. No sabía por qué, pero sentía frío—. Subí por la montaña, en dirección a la cantera, pero me perdí. —Hice una pausa.

En mi mente todo era real: el resplandor del fuego, las rocas que caían

rodando junto a mis pies cuando se produjo el deslizamiento en la montaña, el brillo de las estrellas en el cielo en esa zona donde no había humo, mi deseo de tirarme por el acantilado y hundirme en el indulgente mar... Aparté esos recuerdos.

—Piet me encontró y me llevó a casa —proseguí—. Prometió cuidar de ti como si fueras hijo suyo.

Sam levantó un brazo y me rodeó con él, apretándome contra su costado. Ella no me había soltado la mano. Sentí su energía a mi alrededor. ¿Ya había dicho suficiente, pero no demasiado?

—Ojalá papá lo hubiera sabido antes de morir. —Ella miró a Sam y le sonrió—. Te habría querido, Sam. Le habría encantado tener la oportunidad de conocerte.

Sam no respondió. Estaba mirando el mar donde las olas, azotadas por el viento, creaban un caos de espuma al acercarse a Long Beach.

—¿Sam? ¿Me perdonas por haberte mentido?

—Oh, Ma —exclamó y me miró—. No hay nada que perdonar.

—¿Y por haber guardado el secreto tanto tiempo?

—Hiciste lo que tenías que hacer. Podías haber perdido tu trabajo, habríamos tenido que irnos. —Se detuvo—. Pa dijo una vez que te había salvado. Creía que no lo decía en serio —Sam miró hacia Seaforth y sonrió—, pero resulta que sí que lo hizo.

Asentí.

—¿Y la abuela y el abuelo? ¿Lo saben ellos?

—No lo sabe nadie. Y es peor de lo que crees. Podría haber ido incluso a la cárcel ¿y qué habría pasado contigo entonces? No podía arriesgarme. Aun ahora no podemos arriesgarnos.

—¿Quieres decir que tiene que seguir siendo un secreto? —preguntó Ella—. ¿No podemos decir que somos hermanos?

—No —respondí categórica—, mientras estéis en Sudáfrica no. Tendréis que esperar a estar fuera del país incluso para poder daros un abrazo en público.

—Bueno... —Ella miró alegre a Sam y esa mirada rompió el hechizo de las lágrimas—. Pues tendremos que celebrarlo aquí, ¡rápido y en privado!

Los dos se echaron a reír. Ella le cogió la mano a Sam y los dos

empezaron a girar. Su vestido ondeaba alrededor de sus piernas. Yo los miré y su energía me encandiló. «Por favor, Jesús, o Alá, si sigues estando aquí en el barrio, mantenlos a salvo hasta que puedan salir de aquí para no volver nunca», pedí.

—¿Ella? —la llamé cuando su danza improvisada terminó y los dos se sentaron en el muro otra vez—. ¿Me perdonas tú por soltarte esta bomba a ti también?

Ella, la excepcional Ella, echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¿Y por qué no te iba a perdonar? —contestó exultante—. ¡Acabo de encontrar un hermano!

El viento tiró de mi capa y yo me envolví un poco más en ella. Tenía que irme pronto para llegar a coger el autobús de última hora de la tarde. Pa estaría esperando la cena. Tal vez le contara lo de Ella y lo del padre de Sam esa noche, antes de que Sam volviera a casa. Sabía que Sam tardaría. Querría volver a casa andando, por el camino largo que cruzaba la montaña, para asimilar todo eso de su nueva familia.

—Os voy a dejar aquí a los dos. —Miré alrededor, pero seguíamos estando los tres solos—. Tened cuidado. —Me levanté y miré a Ella—. ¿Podemos vernos en algún momento, Ella? ¿Solas tú y yo? ¿En el hotel, mañana por la tarde?

—Sí, claro. Estaré encantada.

Nos dimos un beso y su pelo claro y suave me rozó la mejilla. Después le di un abrazo a Sam.

—Te quiero, Ma —me susurró al oído, para que solo yo pudiera oírlo—. Eres la persona más valiente que conozco.

**E**L VIENTO CAMBIÓ de dirección por la noche, azotando las olas por otro lado para crear un patrón diferente y llenando el aire de finas partículas de tierra, gotitas de agua y trocitos de vegetación. Ella, que no había podido dormir, se fue a primera hora de la mañana a dar un paseo (si es que se podía llamar paseo a caminar estando tan cansada) hasta Jubilee Square y después se acomodó en el salón del hotel para esperar impaciente a Louise Philander mientras leía la última de las bitácoras de guerra de su padre. Tal vez le serviría para tranquilizarse, se dijo. Le vendría bien algo de calma. Ese nerviosismo expectante que sentía en su interior la estaba volviendo loca.

Bitácora de guerra  
Octubre de 1945  
De camino a Gran Bretaña

Tengo una hija preciosa que se llama Ella. Acaba de nacer. Hasta el momento Elizabeth no se ha ablandado. Pero yo todavía creo que hay futuro para L. y para mí. Un horizonte que ya no tenga que ser secreto. Que no esté fuera de nuestro alcance.

—¿ELLA?

Louise estaba de pie delante de ella, elegante con su uniforme blanco inmaculado. Ella no sabía nada sobre la jerarquía de las enfermeras, pero los diferentes broches que llevaba Louise debían de significar que tenía un puesto de considerable importancia.

—¡Me alegro de verte! —Ella se levantó y le cogió la mano, pero recordó justo a tiempo que no debían besarse—. Siéntate. ¿Quieres tomar un té?

—Sí, un té estaría muy bien. Si es posible.

Ella fue a recepción.

—¿Podrían traer té al salón, por favor? Para dos.

Era un riesgo y el recepcionista estuvo a punto de objetar algo (servir a una mujer que no era blanca en un hotel solo para blancos...), pero Ella añadió, muy seria:

—Es una reunión de negocios.

En el salón no había nadie más que ellas dos. Pronto apareció ese camarero que ya conocía con el té y un plato de galletas. Él saludó a Louise con la cabeza. Ella le sonrió y enarcó ambas cejas.

Ella esperó. En sus dos encuentros anteriores ya había aprendido suficiente sobre el carácter de Louise como para saber que esa reunión no era algo fortuito y que ella tampoco había elegido el lugar a la ligera. Louise claramente tenía algo más que quería compartir, pero seguramente no era otro secreto, porque no tenía reparos para hablar con ella en público.

Louise le dio un sorbo al té.

—¿Conoces el contenido de la carta que tu padre me escribió, Ella?

—Sí —respondió Ella—. Papá te dejó una herencia. Esperaba que fuera suficiente para darte independencia.

—Sin duda lo es —reconoció Louise, emocionada—. Se lo agradezco mucho. Tal vez gracias a eso algún día, cuando el país cambie, pueda encontrar un lugar mejor donde vivir. —Miró afuera y después a Ella—. Algún lugar más cerca del mar.

Tenía unos ojos de lo más extraordinario, notó Ella, un poco rasgados por las comisuras y de un tono de marrón dorado que iba muy bien con el color de su piel.

—Me alegro. Eso es lo que mi padre habría querido.

—Te estarás preguntando por qué he querido verte.

—Sí. Y además a solas, sin Sam.

Louise sonrió.

—Hoy no se trata de tu hermano, Ella, ni tampoco de cómo van a ser las cosas entre vosotros dos. Tenéis el resto de vuestras vidas para construir un vínculo fuerte. No —hizo una pausa—, he venido aquí hoy para hablar de ti.

—¿De mí?

—Sí. Para decirte que David puede estar orgulloso y tú también. —

Extendió la mano y le dio un apretón a la de Ella—. Tus padres se distanciaron por mi culpa. Una hija que no fuera como tú no habría sido tan generosa.

Ella se encontró sin palabras unos momentos. La disculpa que había preparado por haberse interpuesto entre su padre y Louise, por ser la razón por la que no pudieron casarse, se evaporó porque ya no era necesaria. Louise acababa de eliminar la última barrera que podía quedar entre ellas y la había borrado simplemente con unas pocas frases acertadas.

El viento aulló por un lado del edificio.

Louise se acomodó en el sillón y volvió para mirar por la ventana.

—Mi padre, Solly, me llevaba sobre sus hombros a la playa de Seaforth cuando hacía un viento como este. ¿Has estado en la playa? Ahí aprendí a nadar, entre esas rocas lisas. Y me aficioné a recoger conchas. Mi difunto marido —su voz tembló— buceaba para buscarme conchas: cauríes, mejillones y erizos verde manzana.

—Ahí fue donde le diste a mi padre la caracola.

—Sí. Si te la acercas al oído, se oye el mar. Estés donde estés, en cualquier parte del mundo. O también —sus ojos almendrados se posaron en Ella— el susurro de alguien que te ama.

—El susurro de alguien que te ama... —repitió Ella para sí.

¡Qué bonito! Tenía que recordarlo. Recordar esas palabras...

—El mar —dijo Louise señalando afuera— fue mi primer amor. Y creo que el de tu padre también.

—Es cierto —asintió Ella—. Me dijo que todo empezó con el mar.

Louise sirvió una segunda taza de té para las dos.

—¿Por qué has venido, Ella? Podrías haberle encargado a un abogado que nos encontrara. Haberte ocupado de todo desde Inglaterra. Habría sido más fácil, menos angustioso.

Ella se la quedó mirando.

—Papá quería que te encontrara. No era solo una cuestión de entregar las cartas. Sabía que tal vez aquí encontraría lo que yo estaba buscando.

—¿Y qué es lo que buscas?

Ella se revolvió en su asiento. ¿Cómo explicar que de alguna forma las palabras y los gestos de esa mujer eran un trozo de su propia historia, uno que

necesitaba para que su vida se completara y que su futuro tuviera sentido?

—Creo —empezó a decir Ella— que estaba buscándote toda la vida.

—¿A mí?

—Sí. —Ella sonrió. Estaba a punto de llorar, pero podía contenerse un poco más. Había estado llorando demasiado últimamente—. Tú has sido una presencia silenciosa desde mi infancia. Papá lo sabía. Me dijo que conocerte tendría el potencial de cambiar vidas.

Louise se levantó del sillón y fue hasta la ventana.

Ella sacó un pañuelo de su bolso y se sonó la nariz.

Louise se volvió. Durante un segundo quedó enmarcada por un cielo lleno de nubes pálidas moldeadas por el viento. Delgada, dorada, fuera de su alcance, como había dicho su padre. Tenía los ojos llenos de lágrimas también.

Volvió y se sentó.

Durante un momento las dos permanecieron en silencio.

—El mundo tiene extrañas formas de hacer las cosas, Ella. Te voy a llevar a conocer a mi padre. Él conoció a David antes que yo. —Hizo una pausa, como si estuviera decidiendo si decir más o no.

—Continúa, por favor —pidió Ella.

—El barco de tu padre, el *HMS Durban*, llegó cuando teníamos un viento del norte peor que este. Yo vi su barco en la bahía, entre la cortina de lluvia. Solly arregló los soportes de las ametralladoras, que se habían dañado en la tormenta. Seis años después David vino al hospital y se convirtió en mi paciente.

Ella sintió una emoción creciente. Las palabras de Louise le darían vida a las bitácoras de guerra, les aportarían contraste, emoción, equilibrio al unir las con los detalles minuciosos de papá. Si pudiera ganarse su confianza, juntar los fragmentos...

—¿Te importaría contarme cómo ha sido tu vida? —soltó sin más—. ¡Podrías venir a visitarnos a Corbey!

Y tal vez, al contarlo, encontrarían un bálsamo, una forma de curación para las dos.

Louise abrió mucho los ojos, atónita. Volvió a mirar por la ventana.

El mar, azotado por el vendaval, estaba cubierto de espuma.

—Tu padre me dijo que en Corbey el viento era diferente, menos enérgico.

«Quiero llevarte allí».

Ella esperó, muerta de impaciencia. Tal vez estaba siendo egoísta, pensando solo en lo que ella quería.

Louise volvió a mirarla. En su cara se veía solo puro placer.

—Gracias, Ella. Algún día iré.

SAM Y ELLA se encontraron por última vez en Ricketts Terrace. Ella quería quedarse más tiempo (sus conversaciones con Louise le estaban desvelando cosas extraordinarias), pero llegó al hotel un telegrama que hizo que tuviera que volver inmediatamente, y en avión en vez de por mar. Era por el tejado de la mansión. Una tormenta invernal había causado daños graves y había que tomar decisiones. Era el primer problema importante que surgía desde que era la dueña.

Sam la iba a acompañar, guardando las distancias, hasta el aeropuerto de Ciudad del Cabo. Ahí era donde se iban a despedir hasta que volvieran a encontrarse en Corbey.

Sam había reservado un billete para dos meses después. Según le habían dicho en la oficina la semana anterior, para entonces ya tendría su pasaporte. No había nada reseñable, le habían asegurado. No le hicieron preguntas. Tampoco encontraron ninguna culpa por asociación con individuos arrestados ni desaparecidos, ni con chicas blancas.

El viento se había calmado y la bahía se extendía tranquila ante ellos. Simonsberg ascendía hacia el cielo.

—No esperaba que pasara nada de esto —reconoció ella, tocándole el brazo.

—Es algo que hay en el aire —respondió él, toda precaución olvidada, con los ojos azul oscuro bailando divertidos.

«Tienes que hacer algo por mí —le había susurrado papá—. Algo que tiene el potencial de traer felicidad y de cambiar vidas».

Las gaviotas volaban en círculos sobre una barca de pesca que avanzaba como podía sobre las olas que rompían.

1969

**M**E SENTÉ EN un saliente junto al funicular y miré los edificios del antiguo Hospital Naval. El triciclo de un niño estaba tirado delante de la que fue la antigua sala de los enfermos. Unas cortinas estampadas ondeaban en una ventana. Más allá de los tejados, el mar brillaba bajo un sol brumoso.

Saqué la carta del bolsillo y la leí.

Querida Ma:

Corbey cambia con cada estación, y ya estoy empezando a reconocer las señales. La forma en que los árboles cambian de color y pierden las hojas, cómo la escarcha acaba con las plantas más tiernas. ¡Yo lo llamo el taller de la naturaleza!

Ella ha conseguido que me contraten para la restauración de la biblioteca y los paneles del pasillo. También los pasamanos necesitan reparación. Pero vamos a ir poco a poco. Tengo intención de aceptar otros trabajos en la zona para ir ganándome clientes. Hay una casita en la finca que me gustaría comprar cuando ahorre lo suficiente. Ella me la regalaría, pero quiero conseguir las cosas por mí mismo.

Tengo mucha suerte de estar aquí, Ma, y de saber que soy una pequeña parte de todo esto y que puedo contribuir a mi manera. Ella y yo estamos tan unidos como cualquier par de hermanos. El tiempo es malísimo en ocasiones y el corazón me duele por todo lo que te echo de menos a ti, el mar y las montañas, y es un dolor que no se va a ir nunca. Pero aquí nadie me mira como si fuera de segunda categoría. La gente me aprecia por como soy. A todos les gusta mi trabajo. Y no tengo que sentarme en una zona separada en el bioscopio.

Estoy aprendiendo más cosas de David por sus bitácoras de guerra.

Escribe sobre ti, Ma. Siento el amor que te tenía. ¿Sabes que dejó un montón de cartas que te escribió después de la guerra, pero que nunca envió? Cuando vengas a visitarnos en verano, Ella te las dará.

Mira esto que he leído:

«Todas las palabras, todos los momentos con ella son un regalo. ¿Cómo podría imaginarme volver a Simon's Town y no verla?».

Dile al abuelo que le echo de menos.

Con todo mi amor,

Sam

## *Agradecimientos*

Uno de los más fascinantes desafíos de escribir este libro fue retroceder en el tiempo para crear una versión auténtica de una comunidad moderna en tiempos de guerra. Por suerte, la mayor parte de Simon's Town se ha conservado primorosamente (de hecho muchos de los edificios de los que hablo en el libro todavía están en pie hoy), y eso facilitó un poco mi tarea. Pero no habría podido construir esta historia y recrear su localización sin toda la ayuda que he recibido.

Mi más sincero agradecimiento a Margaret Constant, del Museo de Simon's Town, que me dio acceso a registros de la ciudad, el astillero y de los barcos que pasaron por allí durante la guerra. A Audrey Read y David Erickson, de la Sociedad Histórica de Simon's Town, que respondieron a mis preguntas, me guiaron por el antiguo Hospital Naval para ayudarme a perfilar el personaje de David y me dieron unos consejos inestimables que me sirvieron mucho durante mi investigación en Sudáfrica y el Reino Unido. En cuestiones navales les doy las gracias por sus opiniones de expertos al capitán Terry Korsten y al capitán Bill Rice, ambos oficiales retirados de la Marina Sudafricana. También le doy las gracias a Patty Davidson, del Museo del Patrimonio de Simon's Town, por su generosidad al proporcionarme ayuda para recrear la comunidad de Ricketts Terrace antes del desalojo. La impresionante colección de datos genealógicos y fotografías del museo fueron esenciales para el desarrollo del personaje de Louise. En el Reino Unido los Archivos Nacionales, la Biblioteca Británica y el Museo Imperial de la Guerra me dieron acceso a sus registros sobre muchos temas, por ejemplo las negociaciones del Acuerdo de Simon's Town, informes del Hospital Naval y grabaciones de los supervivientes del hundimiento del *HMS Dorsetshire*, entre otros. Para construir la vida y la hoja de servicios de David estudié las carreras de cuatro oficiales de la Marina, todos reales y de edades

similares. La intervención de David en la batalla del Río de la Plata está inspirada en la acción heroica auténtica del teniente Richard Washbourn, oficial condecorado.

Le debo también un agradecimiento enorme a mi agente, Judith Murdoch, y a mis editores de A&B por sus consejos en todo momento. Y para finalizar, mi mayor agradecimiento a mi familia por su paciencia, su amor y su apoyo inagotables.

Barbara Mutch  
Londres

Título original: *The Girl from Simon's Bay*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2017 por Barbara Mutch Ltd.

© de la traducción: M.<sup>a</sup> del Puerto Barrietabeña Diez, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9104-878-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)